



*Confía
en mí*

MORUENA ESTRÍNGANA

Confía en mí©

MORUENA ESTRÍNGANA©

© Moruena Estríngana, 2012

www.moruenaestringana.com

Foto de la portada: fotilia©

<http://www.fotolia.com/>

Diseño de portada: Moruena Estríngana.

Registrado en el registro de la propiedad de Albacete.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las **sanciones establecidas en las leyes**, la **reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento**, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*Dedicado a todos los Alicantinos y a todos aquellos que han sido adoptados
por mi tierra.*

Prólogo

Existen muchas leyendas en Alicante de como se formó la bella cara del moro, esa cara triste que está en el monte Benacantil y que desde el 'Postiguet' puedes ver al alzar tus ojos hacia ese bello castillo moro. Pero cuatro fantasmas saben la leyenda verdadera, esa que vieron con sus propios ojos, y no pudieron impedir, una vez más, que el brujo los venciera.

La gente creó que la piedra se esculpió, formando la cara, por el paso del tiempo, los corrimientos de tierra...pero ellos saben que fue la magia la que lo hizo. Fue el brujo que está encerrado en el corazón del casillo, el que marcó la piedra para que estos cuatro fantasmas malditos, no olvidarán nunca que él, una vez más, había ganado la partida. Pues toda leyenda siempre tiene parte de verdad y esta es la leyenda de la cara del moro de Alicante:

Cuando los árabes gobernaban en Alicante existía un rey cruel que solo

sentía debilidad por una cosa, su hija Zahara.

Su hija tenía un sin fin de pretendientes musulmanes, pretendientes que nunca hubieran causado la ira de su padre si esta hubiera aceptado sus halagos. Pero la joven posó sus ojos en un joven cristiano que le confesó su amor a la luz de la luna, poniendo en riesgo su vida por esta hazaña, o tal vez haciendo que con esta hazaña la joven admirara su valentía. No pudo evitar sentir amor por ese joven y lo ayudó a escapar de palacio sin que nadie lo viera. Cuando regresó a la fiesta este amor aun brillaba en sus ojos y hacia que su hermosura brillara en su cara haciéndola parecer más hermosa. Su padre no dudó en comprometerla con el sultán de damasco, esto solo hizo que toda esa felicidad se tornada en dolor, y en su cara solo fueran visibles su angustia y su desesperación por la petición de mano junto al hombre que no deseaba.

Un día el joven cristiano volvió a su lado y le dijo su nombre, pero esto solo la sumió aun más en la pena, pues él se llama Ricardo de Oñate, hijo de uno de los cristianos con los que más encarnecidamente luchaba su padre. Este nunca permitiría que se casara con el hijo de su enemigo más acérrimo.

Pero esto no los desalentó para jurarse amor eterno, salvo que en este instante no estaban solos y alguien los vio sellar su amor y corrió a avisar al rey moro para contarle lo que hacia su amada hija.

Apresaron al joven con la única meta de acabar con su vida.

La joven se hundió en una profunda pena, su padre al verla en ese estado le prometió lo siguiente: Si mañana aparece la tierra blanca, te dejaré que te cases con él. Si no, lo mataré.

A la mañana siguiente cuando la joven se levantó observo por su ventana las bellas tierras que rodeaban el castillo, aun sabiendo que era imposible que la tierra se tiñera de blanco, tenía la esperanza de que así fuera. Y así era. Los almendros habían dejado caer sus flores en el bello suelo, haciendo que este se tiñera de blanco. Su padre ahora debía cumplir su

promesa.

Corrió a buscarlo, pero cuando lo encontró solo halló más dolor y desesperación, pues su padre no solo no había cumplido su promesa, si no que ya había matado al joven Ricardo y ahora estaba ante ella, sin vida.

Sin pensarlo y muerta de dolor, miro a su padre y se arrojó por el monte Benacantil. Si su padre no había dejado que en vida fuera feliz junto a Ricardo, el amor de su vida, ahora solo les quedaba la muerte para estar juntos eternamente.

Desde entonces en el monte Benacantil podemos observar la cara de este rey, que destrozado y amargado, vio como su hija se quitaba la vida porque él no había sabido entender su joven corazón.

Hace muchos, muchos años... Mucho antes de que esto sucediera, cuatro personas condenaron su vida para siempre. La desesperación de una madre por salvar la vida de su hija, le hizo buscar auxilio en la persona que más tarde los condenaría para toda la eternidad, y es que la angustiada madre no sabía que al prometer la mano de su hija a cambio de que el brujo la curara, estaba sellando sus destinos...

Y una vez más el brujo había vuelto a vencer, una vez más los cuatro fantasmas estaban destinados a vagar por las calles de Alicante, condenados a una eternidad sin poder descansar en paz.

Los cuatro veían como la muerte se llevaba a esos dos jóvenes y con ellos sus esperanzas de poder revocar la maldición, el brujo había conseguido matarlos antes que ellos pudieran hacer algo contra él.

Habían vuelto a perder, el brujo que los había condenado, había conseguido una vez más salir de su cárcel de plata escondida bajo el precioso castillo de Santa Bárbara. Sus esperanzas, sus sueños, una vez más se habían

perdido. No podrían descansar paz, solo esperar a que una vez más la vida volviera a unir a sus dos familias, por un lazo tan fuerte como lo era el amor y solo entonces podrían vencer al mago, pero hasta ahora siempre habían fracasado y las probabilidades que descendientes de su sangre estuvieran, una vez más, destinados a amarse eran cada vez más escasas. Tal vez estaban condenados a vivir eternamente como fantasmas.

O tal vez no, pues el destino, caprichoso y a veces piadoso, les tenía preparado una nueva pareja. Una vez más su sangre volvería a unirse y tal vez esta vez fuera la decisiva...o quizás no, pues como ya os dije antes, el destino es caprichoso y esta vez no lo iba a ser menos...tal vez lo único que les esperaba era una muerte temprana, ojalá esta vez fuera todo distinto...

CAPÍTULO 1

Fantasmas

No quedaba mucho tiempo, el brujo cada vez era más fuerte y no tardaría en salir y dar muerte a los únicos que ahora mismo tenían el poder de salvar a los cuatro fantasmas. Hacía ya años que dos jóvenes descendientes de los fantasmas habían nacido destinados a amarse. Los fantasmas llevaban mucho tiempo siguiéndolos y sabían por sus auras cuando entre ellos existía: el fuerte lazo del amor. Salvo que ellos aún lo desconocían.

No desaprovecharían la oportunidad de vencer al brujo. Estaban preparados para hacerle frente, y ganarían. Esta vez, despertaría más fuerte, puesto que, ya había empezado a hacer de las suyas y separarlos para siempre y por ahora lo había conseguido, cada año que pasaba la magia del brujo aumentaba y cada vez les era más difícil conseguir vencerlo y aun más, si sus únicas esperanzas acababan muertas por los tejemanejes del brujo.

Los dos jóvenes debían hacerle frente al brujo juntos, separados la maldición no se rompería, pues se inició por un amor y debía destruirse con otro amor fuerte y puro. El amor tenía que vencer contra el mal. Pero por ahora parecía ser que el único que había vencido era el brujo, pues los dos jóvenes cada día estaban más lejos el uno del otro y ambos parecían dispuestos a no acortar esas distancias.

La mujer sale de su encierro de piedra, en uno de los cuatro caballos de la Plaza de los Luceros de Alicante y paseó por el césped de la plaza. Su marido no tarda en seguirla.

—Él no se acercará ella y el tiempo se agota – dice el hombre.

—Aún hay tiempo.

—Yo no estaría tan seguro...—El hombre señala el castillo de Santa Bárbara—. El castillo está comenzando a desmoronarse, el mal ha encontrado

una grieta para salir y hacer de las suyas. Hace muchos años desde la última vez y ha tenido todo este tiempo para que su fuerza aumentara. Sabes que esta vez luchará con más fuerza para demostrarnos, una vez más, que estamos condenados.

—Tenemos que confiar en ellos. Deberíamos echarles una mano, a veces el amor necesita de un pequeño empujón.

—Odio cuando te pones así, mujer... Vale, les echaremos una mano. Espero que esta vez todo salga bien. No sé cómo después de tantos años no has perdido la esperanza.

— Porque la esperanza es lo último que se pierde querido—La mujer puso lo que sería un beso en la mejilla fantasmal del hombre—. Esta vez todo saldrá bien...

Rodrigo

La observo a lo lejos, han pasado trece años desde la última vez que hablamos, que estuvimos a menos de diez metros de distancia. Hace años que no conversamos, que no la escucho reír a mi lado. Y resignado, me conformo con mirarla en silencio y tengo la pesadez en el pecho al saber que cada día que pasa siento que eso ya no me basta, que ya no es suficiente. Pero por ahora me conformo con ser una sombra, que ve su vida pasar sin hacer ningún movimiento para acortar esta amarga distancia que ya dura demasiado tiempo. Pese a eso no me acercaré pues es lo mejor para ella, mi presencia solo arruinaría su vida y a ella menos que a nadie le haría algo así. Merece ser libre. Lo que yo soy, sólo trae desgracias y falsedad a los que me rodean y sobre todo les priva de su libertad.

Hace años, nuestros padres eran amigos inseparables y cuando Aysel nació, la acepté como una hermana pequeña. Siempre me seguía y alzaba su pequeña mano a la mía, no era más que un niño, pero me sentía importante al ver

a alguien tan pequeño coger con tanta fuerza mi pequeña mano.

Vi cómo dio sus primeros pasos, cómo se cayó tras estos y cómo se levantó. La vi cometer sus primeras trastadas, y cómo yo le cargaba con la culpa a ella, tras cometer las mías. Ella no decía nada, era mi mejor aliada, no era como esas niñas tontas lloronas que solo saben llorar para llamar la atención. Ella me miraba en silencio y luego recuperaba la sonrisa cuando le daba helados que robaba de la cocina, confiaba en mí. Para ella era su hermano mayor.

La veo salir de la biblioteca, me pongo el casco de la moto y una vez más me oculto ante sus ojos. Es mejor que si pasa por mi lado no me reconozca. Es posible que sepa quien soy, pues mi persona no pasa desapercibida y menos para la *'prensa rosa'*. Hace años que la prensa me persigue y cuentan todos mis pasos como si de verdad a alguien le importara mi vida. A la gente solo le importa criticar mi mala vida. Sonríe con ironía, pues yo no he elegido eso.

Ella tenía cinco años cuando nuestros padres se enfadaron, yo tenía ocho años, y nuestra amistad se rompió. El padre de Aysel odia al mío, cree que mi padre lo estafó, y tras eso el padre de Aysel se arruinó y el mío se hizo con sus pertenencias. Pasaron, de vivir a nuestro lado, a vivir en uno de los barrios más bajos de Alicante. Ahora viven en uno mejor, pero sé que lo han pasado mal. Yo sólo sé la versión de mi padre, y no sé si es la verdadera. Pero no me importa. Lo que sí me molestó fue, perder a mi pequeña hermana. Además, desde ese día no tenía a nadie a quien culpar de mis fechorías. Sonríe con pesar por mi ironía.

La veo andar hacia la parada del autobús. Siempre viene a esta biblioteca a pesar de que queda muy lejos de su casa, yo sé que lo hace por que está cerca de la playa. Cuando éramos niños nos fugábamos para pasear por la playa que había tras nuestras casas.

La veo caminar, va perdida en su mundo. Su melena castaña se mueve conforme camina. No es muy alta, comparada conmigo que mido uno noventa, es una enana, pero para ser una chica no está mal. Tiene los ojos color miel y

según la luz que le de parecen verdes. Va sola, como casi siempre. Sus amigas no pierden el tiempo en ir a bibliotecas. Yo tampoco la verdad, a veces no sé ni como apruebo.

Recuerdo un día que nos escapamos de casa con el perro de la cocinera, yo lo llevaba de la correa. Aysel me pidió incansablemente que se lo dejara, al final lo hice, pero su pequeño cuerpo no pudo con la fuerza del animal y éste la arrastró hacia el mar. Lo soltó pero ya estaba empapada. Era invierno y hacia mucho frío, me quité mi chaqueta y se la dejé, pero esto no le sirvió de mucho. Corrimos hacia la casa, ella iba a mi lado mientras yo pensaba una excusa para explicar por qué estaba calada hasta los huesos y no delatar nuestro pequeño secreto, que habíamos robado el perro de la cocinera. Vi a mi madre a lo lejos, era de noche y ella no podía ver si Aysel estaba mojada o no. Así que cuando llegué le dije que la mocosa se había caído a la piscina y yo la había rescatado. Aysel no dijo nada, y mi madre la metió corriendo a la casa para que se calentara. Se constipó y aunque la regañaron por imprudente, nunca dijo nada, nunca me delató. Yo me sentía culpable por ello y cogí mis ahorros y le compré un collar con un caballito de cristal que vi en una tienda. Cuando se lo di, me dijo que nunca se lo quitaría.

Estaba tan contenta con el caballito de cristal, que me sentí importante. Nunca en mi vida he conocido a nadie tan leal como ella, pero ella es algo prohibido. Nuestras vidas se separaron y si puedo evitarlo, nunca más se volverán a juntar. Yo solo le traería problemas.

Miro hacia donde coge al autobús y la veo alejarse en éste. Cuando el autobús se aleja, me subo a la moto y con el sonido del tubo de escape rompo la apacible noche de Alicante.

Aysel

Llego a mi casa y mi madre, como siempre, no está. Mi padre estará trabajando.

Dejo la chaquetilla de lana y la cartera en mi habitación, me siento en la cama encendiendo la tele, debería estudiar o hacer algo, pero no tengo ganas de nada. Me tumbo en la cama y me cae algo a la cara. Es mi caballito de cristal. Lo miro y lo dejo caer otra vez entre mi pecho. ¿Cómo pueden llegar a cambiar tanto las personas? Aunque realmente eso se veía venir. Me cuesta creer todo lo que dicen de él, es como si algo me impulsara a creer que hay algo detrás. Y me gustaría tanto que así fuera... siempre me culpaba de todo, pero aun así me gustaba estar con él. Después de cargarme con la culpa de algo que él había hecho, trataba de remediarlo por medio de regalos o helados. Era mi querido hermano mayor.

Rodrigo, aunque siempre le decía Rodri.

Pero ahora ya no es el que era, sólo le he visto en las fotos de la prensa, y lo que sé de él, es lo que escucho en la tele o por mis amigas de clase, y ya he perdido la cuenta de las veces que estas han llegado gritando que se han liado con él. Pero no sólo es eso lo que se escucha de él, aunque sí lo más nombrado.

Según dijeron, hace poco había estado liado con una mujer de treinta años que no parece ser trigo limpio, se la ve una busca fortunas. Él tiene veintiuno, tres más que yo, y por todo lo que hace y ha vivido, aun lo veo más mayor que yo y más lejano a mí. No sé si de verlo algún día le saludaría, es posible que él ya no me recuerde... y eso me da lástima, pues yo siempre lo recordaré. Su vida es demasiado complicada y emocionante como para acordarse de aquella a la que llamaba: mocosa o enana.

Se comenta que a Rodrigo le van los deportes de riesgo, lo último que hizo fue saltar en paracaídas con una moto. Era una de sus hazañas y toda la prensa había ido a verlo, a grabar como el alocado hijo del dueño de una de las empresas más importantes de España se lanzaba con la moto desde de un avión. Ese día me fui al cine y vi una película sola. Me dije que era porque tenía ganas de ver esa película precisamente ese día, pero en el fondo sabía que era porque, como dice el refrán, ojos que no ven corazón que no siente.

Lo he visto sólo por la tele, y es un joven guapo... bueno, muy guapo.

Sus ojos verdes, hacen estragos en más de una y su pelo negro solo hace que éstos se vean aun más intensos. Su sonrisa blanca y perfecta es capaz de dejar sin habla a toda clase de mujeres, desde las más niñas hasta las más ancianas. Es un ligón, tiene un cuerpo para el pecado, como dicen muchas. Y a mí me da rabia no ser una más de las miles de jóvenes que lo miran embelesadas. Me levanto de la cama y decido ponerme a estudiar; no sé por qué me ha dado por pensar en él hoy.

Otro día más de clase. Queda menos para el fin de curso y el calor del verano ya hace sus primeros estragos. Aunque aquí en Alicante hay muy poco invierno. Como dicen, dos días de frío y todo el año de primavera. La verdad es que tenemos muy buen clima y eso sólo es otro de los factores por los que amo tanto mi tierra.

Cuando llego al instituto y subo los escalones, veo que hay mucha gente en las clases hablando hasta el comienzo de ellas y otro tanto fuera, en la cafetería o en los pasillos. Casi nunca presto atención a esas cosas. Siempre tengo en la cabeza mis preocupaciones o mis estudios.

— Vaya cara traes — Me dice mi amiga Esther, su pelo rubio con mechas cae brillante y sedoso por su espalda. Sus ojos, demasiado maquillados, me miran con una sonrisa bailando en su iris azul. Siempre va a al última, cosa de la que yo no me suelo preocupar. Cuando voy a comprar ropa, me compro lo que me queda mejor, no lo que se lleva en ese momento. Esther nunca puede salir de su casa sin ir perfectamente vestida y maquillada.

Además le encanta la fiesta, no sabe lo que es ser fiel a su pareja y le encanta contarme su vida privada y algo que odio, los detalles de sus relaciones con sus ligues. Pero somos amigas desde primaria y nos llevamos bien.

—Es lo que tiene tener un examen el último día de la semana.

—Seguro que te lo sabes.

—No te creas— Si que me lo sé, pero siempre me pongo nerviosa, me da miedo que llegue el examen y quedarme en blanco. No sería la primera vez que me pasa, que pese a traer la materia preparada de casa, en el examen mi mente se queda bloqueada.

—Ya verás como te sale fantástico—Mi amiga pone un brazo sobre mi hombro.—. ¡Ah, se me olvidaba! — Se para y se pone delante de mí, es mas alta que yo, aunque poco hace falta para serlo, pues sólo mido uno cincuenta y siete —. Esta noche tengo una fiesta en el campo de golf.

—Lo pasarás bien—Sonríó y me coge del brazo para entrar a clase.

—¿Acaso lo dudas?—Se ríe y caminamos juntas hacia la clase.

Niego con la cabeza y Esther se ríe. Al final acabo sonriendo con ella.

El examen me ha salido bien, ahora estoy más relajada y puedo disfrutar tranquilamente de mi bollo de crema. Me encanta cuando la dulce crema mezclada con la vainilla se mezclan en mi lengua haciéndome que cierre los ojos de puro deleite. Un placer del que no me privo.

—Umm... delicioso—Comento tras tragar un bocado de mi succulento bollo.

—No sé cómo no temes que se te vaya a las caderas—Me río y sigo comiendo, la verdad, es lo que menos me preocupa, por suerte no soy de engordar, pero de serlo no sé si podría resistirme a estos manjares.

—¿No quieres?

—¡No! Este viernes es el gran día.

—Sales todos los fines de semana—Le recuerdo—, y siempre dices lo mismo.

—Pero no todos los fines de semana una puede ver al increíble, al genuino, a todo un hombre de los pies a la cabeza y por qué no decirlo, a uno que esta forrado y es muy famoso.

—Vamos tu ideal de hombre, guapo y rico. Aunque a veces pienso que si fuera feo y rico, aprenderías a besarlo con los ojos cerrados—Me da en el brazo de broma, pero ambas sabemos que tengo razón. Mi amiga sería feliz si atrapara a un alguien rico, sin importarle si siente por él una pizca de amor, es muy triste, pero esta es la realidad.

—Bueno... es posible— Se ríe y mete su dedo en la crema de mi bollo —. Pero este es...

—Único.

—Sí... Aysel. No hay dos como Rodrigo Adriano De Acebes.

Empiezo a toser, un trozo del bollo se me ha ido a hacia el otro lado, y por primera vez desde que como estos bollos, la dulce vainilla me ha sabido realmente amarga. Me da un vaso de agua y trago con ganas para que se me quite esta molestia.

—Vaya. ¿Estás mejor?

—Sí... claro.

—¿Lo conoces?

—¿A quién?

—A Rodrigo, mi futuro ligue, y si lo consigo el futuro padre de mis hijos.

—No. No lo he visto en mi vida.

Miento y realmente no sé por qué lo hago. Pero es mejor decir eso que explicar que un día era mi hermano mayor y que yo lo quería como tal. Que nunca entendí por qué me dejó de lado, aunque siempre esperé que volviera a por mí y fugarnos para ir a pasear por la playa. Pero todo esto quedo atrás, cuando su padre estafó al mío despojándolo de todo, haciéndole tener que empezar de cero. Pero hoy no será la primera vez que me pregunte: que hubiera

pasado si todo hubiera salido de diferente manera, y como siempre pienso que al final la vida hubiera acabado separándonos, es evidente por lo que sé de Rodrigo, que no nos parecemos en nada y él hubiera acabado siguiendo su propio camino y yo el mío.

Rodrigo

Observo la universidad desde la cafetería. A veces me pregunto, para que vengo aunque no se está mal aquí con los amigos tomando algo ¿Las clases? Creo que he ido alguna vez... para los exámenes. Y aunque no lo parezca, saco buenas notas, notas que según mi padre podrían ser mejores, ya que con lo poco que hago soy capaz de sacar notables, si me esforzara más, sería capaz de alcanzar matrículas y tanto mi padre como yo lo sabemos. Pero siempre le digo que es mejor no sobresalir, al que sobresale del grupo es al primero que cortan la cabeza. Mi padre siempre me mira y bufá, y esto provoca que me ría de su reacción. En el fondo sé que si evito las clases, es para no ser lo que él espera de mí, pues de ser así, pensaría que es por sus buenos consejos, no porque yo así lo hubiera decidido. Mis padres ya tienen una idea preconcebida de lo que soy, y hace años que dejó de importarme que no me conocieran más que de lo que dice la prensa sobre mi persona..

—Rodrigo, ¿quieres otra?— Asiento con la cabeza y al poco mi amigo viene con dos cervezas bien fresquitas. La cerveza o la tomas bien fría o no es más que agua sucia.

— Por lo que me han dicho, vas a venir esta noche a casa de Alan..

—Me dejare caer por allí — digo con tono aburrido. No tengo muchas ganas de ir esta noche. Últimamente no hay nada que consiga entretenerme, me aburro con todo fácilmente. Tal vez este domingo vaya con la moto de agua a echarme unas carreras. Necesito descargar adrenalina.

—Creo que van a ir amigas de instituto del hermano de Jorge.

—Habría que echarles un vistazo— Comento sonriente y Gustavo se ríe.

—Y a la que se deje, echárselo de cerca—Gustavo rompe a reír tras su comentario—. Diría que las jovencitas están menos espabiladas y saben menos, pero últimamente nos dan mil vueltas.

—Esas son las que me gustan. Con experiencia—Alega un amigo de Gustavo, lo miro impasible. Sigo la conversación sin prestarle mucha atención. Siempre es lo mismo.

—Sí, como a este—me señala y enseguida se por donde va a salir—, Carla tenía mucha experiencia.

No digo nada por el comentario y miro mi vaso, serio. Carla ha sido un error que cometí y del que no estoy nada contento. Es cuestión de días que salga en la tele contando lo que hicimos. Uno no se puede fiar de nadie, y menos de alguien que te busque expresamente... Es algo que sé, pero no puedo evitar la tentación de querer olvidar en los brazos de bellas caras desconocidas. Ellas disfrutaban conmigo y yo disfruto olvidando. Es lo que tiene la vida, ya que no puedo tener a una... las tendré a todas. Pero a veces pienso que eso no es suficiente para calmar mi maltrecha alma... ¡Maldición!

Hoy he llegado más tarde a la biblioteca, me pasé un poco con las cervezas y aunque me gustan los deportes de riesgo, no soy estúpido, el alcohol y conducir no son compatibles. Sé de primera mano lo que pasa si se conduce bajo los efectos de este. Trago el nudo que se me ha hecho al recordar y alejo esos amargos pensamientos de mi mente. Ahora no... Me gusta vivir al límite, pero todavía no quiero mirar a la muerte a la cara.

Llego a la biblioteca de la playa y observo la puerta desde mi sitio habitual, tras un árbol. No todos los días Aysel viene a la biblioteca, pero si ha venido siempre sale de esta a las ocho. Y ya son casi las ocho.

Pienso en sacar de mi chaqueta de cuero un cigarrillo...o lo haría, si no hubiera dejado de fumar, opto por sacar el paquete de chicles para poder mascar

algo que acabe con esta imperiosa necesidad de fumar y me apoyo en la moto para esperar. A veces me pregunto por qué diablos hago esto. Pero pese a no hacer nada arriesgado, y aunque sólo la veo desde la distancia, me gusta saber que está bien. Una vez hace unos ocho años, la vi pasear por la playa con los padres de su amiga, ella y su amiga se separaron un poco de éstos y Aysel tropezó y cayó de rodillas. Y típico en ella, no rompió a llorar, sólo se quedó allí tendida en el suelo, pero yo estaba cerca y había escuchado el golpe contra el suelo y sabía que debía de estar rabiando. Estaba yendo hacia ella cuando los padres de su amiga llegaron y la cogieron. Aysel no es de la que pierdan el tiempo llorando. O al menos no con las cosas que carecen de importancia.

Cuando era niña se guardaba sus lágrimas, sólo una vez la vi llorar... Y nunca he conseguido olvidar ese día...

Capítulo 2.

Fantasmas

Observan al joven Rodrigo sumergido en las sombras, mientras mira hacia la biblioteca sin querer que nada delatara su presencia.

—Este chico es tonto. Nunca se acerca a ella.

—Y tú ¿sabes por qué es?—contesto el fantasma hombre con guasa.

—Claro que lo sé...

—Como mujer eres muy perceptiva para esas cosas. ¡Llevas toda tu maldita existencia diciendo eso mismo!

—Cascarrabias. Tendrás años, pero sigues siendo el mismo abuelo chocho de siempre. Amargado.

—No me tires de la lengua. Bueno di, por qué.

—¿Ah, no lo sabes?—El fantasma hombre bufó—. Claro eres hombre.

—Mira, mejor te guardas lo que sepas para ti.

—No, no tiene mérito saber cosas si no puedo restregártelo por esa cara de viejo blanco, diciéndote solo que lo sé. Él la quiere, pero no se cree digno de ella. Por eso no se acercará a menos que hagamos algo. Y aparte, tiene miedo que la prensa le quite a ella su libertad. Él odia que lo persigan y que todo el mundo sepa todo lo que hace, y no quiere eso para ella. No quiere condenarla.

—La quiere ¿no? Pues que vaya y le diga unos poemas. Que le cante una canción bonita.

—Mira que estás anticuado. Eso pasó de moda hace años.

—A más de uno le diría yo como se conquista a una mujer. Hoy en día no hay romanticismo.

—Sí lo hay... pero de otra manera.

—Sí. Primero cama y luego me he enamorado. Cuando yo era joven...

—Los hombres iban de cama en cama y las mujeres teníamos que guardarnos para nuestro marido y seguir siendo puras hasta después de casada—bufó la mujer.

—Es como debe de ser.

—Mira no empieces, ha costado muchos años que la mujer por fin pueda hacer lo que quiera.

—*Bueno vamos a lo que vamos.*

—*Claro, cambiando de tema cuando te conviene, ¿eh?—El hombre pone cara seria.*

—*O pones en marcha tu estúpido plan o me largo.*

—*No es estúpido.*

—*¿Vamos o qué? Mujeres, no sabéis más que dar dolor de cabeza. Hasta muerto me duele la cabeza de oírte.*

La mujer le bufa y se marcha sin mirar si le seguía, para poner en marcha su plan.

Aysel

Se me ha hecho tarde, pienso mirando mi reloj de muñeca, no sé que me ha pasado. Son más de las ocho y media. ¿Cómo he podido meterme tanto en el libro que no me he dado cuenta de la hora que es? Me sentía como si no pudiera apartar la vista de sus letras. Qué raro. No pierdo más el tiempo y recojo mis cosas a toda velocidad, cuando salgo de la biblioteca, veo a lo lejos la parada del autobús y como el que debo coger acaba de irse. Mierda, ahora tendré que esperar una media hora. A menos que vaya hacia el mercado y coja otro. Eso tendré que hacer.

Salgo hacía las calles que hay antes de llegar al ayuntamiento. Observo la iglesia de santa María bombardeada, algunos de esos cañonazos, disparados por la armada francesa en mil setecientos nueve aún están incrustados en la piedra, es escalofriante. Han pasado muchos años desde aquello pero esta fachada aun representa los horrores que debieron de vivir por aquel entonces mis antepasados.

Sigo andando centrándome en lo que me rodea, todo esta extrañamente solitario, no se ve a nadie. No me gusta nada, camino algo más deprisa de lo

normal y sin querer tropiezo con un trozo de acera que se ha desprendido. Caigo al suelo y veo como el bolso cae hacia delante y se desparrama parte de su contenido. Me he hecho daño en la rodilla, pero me muerdo la lengua para no gritar. Tengo que salir de aquí, tengo un mal presentimiento.

Empiezo a recoger mis cosas cuando veo unas botas negras militares, muy desgastadas, pisar mi cartera. Levanto la mirada, temerosa de lo que me voy a encontrar y al hacerlo, veo a un hombre mal vestido mirarme con una mirada lasciva, me está mirando el pecho y eso que llevo una camisa... Dejo de pensar, cuando sigo su mirada veo que, con la caída, uno de los botones de la camisa se ha desprendido y se ve parte de mi sujetador. Me tensó y me sube un sudor frío e incómodo por el cuerpo. Tengo miedo, miro a todos lados esperando ver a alguien, pero la calle está solitaria. ¿Por qué no haya nadie?

Me levanto olvidando mi cartera, lo mejor es salvar el pellejo, y nada más ponerme en pie empiezo a correr, pero una mano me coge y me lanza contra la pared. Se acerca, y para mi horror no va solo, hay dos más con él. Me aterro. ¿Cómo se supone que salgo de esta? No dejo de pensar en como hacer para lograr escapar, estoy aterrada y noto como el miedo comienza a paralizarme, pero no puedo dejar que el miedo me venza, no me quedaré quieta para que hagan conmigo lo que les da la gana.

Entonces me acuerdo de algo que hacen siempre en las películas en estas situaciones. Rodillazo en sus partes. No pierdo el tiempo en pesar, lo hago sin más, al hacerlo me hago daño, pero por su cara de dolor me doy cuenta de que ha sido efectivo. No pierdo el tiempo en pensarlo y comienzo a correr olvidando como me duele la rodilla por la caída y ahora por el rodillazo, me siguen de cerca. ¿Y que esperaba? Esto no es una película, es la vida real, pero como desearía que no fuera más que una horrible pesadilla...Escucho el ruido de una moto y veo que esta se para delante de mí.

—Sube —me dice una voz fría. No puedo ver quién hay tras el casco, pues el cristal es negro.

—No... —Veo que mis atacantes se acercan.

—¿Ellos o yo?—Lo miro.

Es difícil decidir entre uno y otros, realmente no debería elegir a ninguno. Siento como un empujón en la espalda, y temiendo que sean mis atacantes sin pensarlo más me subo en la moto del desconocido. Debo de estar loca, o más bien desesperada. Sigo aterrada, y el hecho de estar ahora en la moto de un desconocido no me hace sentir mejor. ¿Pero que opción me quedada?

La moto ruge por las calles de Alicante, pero yo sólo pienso en cuando acabará este viaje y si no habré cometido mi mayor error al subirme en la moto con él. Llevo las manos puestas en los agarres y trato de no pegarme a él, pero no puedo evitarlo, me llega su perfume. Huele a cuero y a colonia cara. Me gusta como huele y por un momento cierro los ojos. ¿Seré estúpida? ¡Podría ser un loco asesino y yo me pongo a soñar con su perfume! Eso me pasa por ser una fantasiosa. Los caballeros andantes no existen. La culpa la tienen todos esos libros románticos que leo y las películas pastelonas. ¿Y si me lleva a su casa y...?

¡¡Qué he hecho!! Y antes de que siga pensándolo más, la moto se detiene cerca de la Avda. Maisonave. Trato de bajarme antes de que lo haga el motorista, pero no tengo tanta suerte, pues este baja y poniéndome las manos en la cintura me baja de la moto con una facilidad pasmosa. Es mucho más alto que yo y con sus manos casi abarcan mi cintura, si me quisiera hacer algo le sería fácil. Trato de zafarme y él me suelta.

—A buenas horas te das cuenta de la estupidez que has hecho—Parece enfadado y yo me detengo para mirarlo—. ¡Pero es que eres tonta! ¿Cómo se te ocurre subirte en la moto de un desconocido?—su voz suena amortiguada por el casco, lo miro con cara seria.

—¡Ese desconocido eres tu, cabeza de chorlito!

—Claro, lo más normal del mundo es que te subas en la moto de alguien que no conoces. ¡Serás insensata!

—¿Pero de qué vas?!

Lo miro furiosa, le iba a dar las gracias al ver que no trataba de retenerme, pero pensándolo mejor comienzo a irme. Pero me giro y lo observo.

—Que sepas que si lo llego a saber me quedo con los tres babosos, ante de subir a la moto de un estúpido de tu categoría. Y te iba a dar las gracias, pero ¿sabes qué te digo? Que te las metas por donde te quepan.

Lo fulmino con la mirada y empiezo a andar, no me puedo creer que le haya dicho esas palabras, pero el miedo que corre por mis venas no me deja pensar con claridad. Me parece escuchar una risa amortiguada por el casco, pero me es lo mismo, ahora lo único que quiero es irme a mi casa y olivar a este... a este idiota. ¿Por qué digo tantas palabrotas? Sólo una persona me ha sacado así de mis casillas. Y era muy pequeña para saber decir palabrotas. Aun así siempre le decía las palabras más fuertes que conocía por aquel entonces. Rodrigo siempre se metía conmigo, y pese a eso siempre estaba a su lado. Se pueden ir ambos al infierno.

Rodrigo

La veo irse, no sé si estar contento por ella, por no haber perdido la calma con los atacantes o matarla por subirse a la moto de un desconocido. Es una insensata. Pero he de reconocer que he disfrutado viéndola enfadada. Hacia tiempo que no me divertía tanto. Sigo molesto por lo que ha hecho y, diablos, sigo pensando que debería ser más prudente. Es una lástima que esto no vaya a repetirse.

Mejor así, me digo mientras la veo ir hacia la parada del autobús. Se me había olvidado cómo se le suben los colores cuando se enfurece, y cómo sus motas doradas de los ojos echan chispas por ello.

Es una lástima que nuestros padres se separaran. Hubiera sido divertido

seguir metiéndome con ella unos años más. Sigue siendo una mocosa... Una mocosa muy guapa e inalcanzable. Subo a la moto y me alejo de aquí, de ella... Una vez más.

Llego a la fiesta, que ya esta bastante avanzada. He estado dando vueltas con la moto y luego he ido a mi casa para cambiarme. Nada más entrar siento un montón de miradas femeninas en mí, y... disfruto de ellas pensando con quien de ellas acabaré la noche, tratando de encontrar en sus brazos un consuelo que siempre ansío y nunca encuentro. Lo peor es que cuando llega el nuevo día, la soledad que siento se hace más profunda, pues los besos robados no pueden llenar este —vacío, que sin saber de donde proviene existe en mi interior y que hoy, como en tantas otras noches, trataré de llenar.

Entro en la sala y veo a mis amigos, alguno tienen algo más interesante en las manos que una copa. Sonrío al ver a Gus con una morena pechugona.

—Hola, yo soy a quien estás buscando—Me giro y veo a mi lado a una rubia bajita muy bonita, me sorprende su mirada decidida y pienso: ¿Y por qué no?

—Hola—le digo con una sonrisa—. ¿Quieres beber algo?

Ella asiente y mira a su alrededor con evidente superioridad en la mirada, al tiempo que pone su mano sobre mi brazo. La dejo hacer, para ella solo soy un trofeo, alguien de quien presumir al día siguiente. Para mí, ella es alguien con quien trato de ser un poco más feliz...aunque no lo consiga.

Aysel

Llego al instituto. Estamos a lunes y este fin de semana me lo he pasado recordando al joven que me rescató y a mis atacantes. Toda la escena me parece surrealista. Cuando me desperté el sábado, casi me parecía más una pesadilla de

la que acababa de despertar, que un hecho vivido. Pero fue real, muy real y mi mente no quiere olvidarlo. La verdad es que, aunque me cueste reconocerlo, él tenía razón. Pero era elegir entre un mal y otro mal. Soy una irresponsable, pero confíe en él. Y lo cierto es que, pese al miedo a lo que me podría haber hecho, no he dejado de pensar en su voz y en su olor. Debo de estar completamente loca, si hasta he empezado a tener sueños raros. Llevo dos noches soñando que el castillo de Santa Bárbara se desprende y que algo oscuro y malvado sale de la cara del moro. No entiendo nada.

—¡Aysel!—Mi amiga viene hacia mí y me coge del brazo—. ¡¡Llevo todo el fin de semana llamándote al móvil!! ¿Por qué diablos lo apagas cuando tengo algo tan importante que decirte?

Ella no sabe que lo apago precisamente por eso, es una suerte que no tenga el número del teléfono de mi casa. No me gusta que me cuente sus ligues y menos lo que hace con ellos. Y por suerte el día del ataque llevaba el móvil en mi chaqueta y no lo perdí junto a las demás cosas.

—Se... me gastó la batería.

Lo típico que dice todo el mundo cuando lo apaga. Al final se va a convertir en una frase hecha, más que una realidad.

—Bueno, no importa ahora mismo te lo cuento.

¡Qué remedio! Podría quedarse afónica o yo momentáneamente sorda. La miro con lo que pretendo que sea una sonrisa amigable.

—¿A que no sabes con quién me enrollé?

—Con un tío.

—Claro que fue con un tío, tonta—Se ríe y me coge del brazo. Se aleja un poco de un grupo de chicos que pasan—. Me lie con Rodrigo Adriano.

Y entonces mi sonrisa amigable se borra. El corazón me late con fuerza, me debería dar igual, pero es algo que siempre me pasa cuando escucho los ligues de Rodrigo, odio este corazón mío que late alocado cuando se trata de él.

—¡Dios, no veas como besa! Ese chico sí sabe manejar la len...

—Será mejor que vayamos a clase—la corto, tensa, no quiero seguir escuchando. Tiro de ella, pero no se da por aludida y sigue hablando.

—Y esos labios... tan gruesos, deben de ser un pecado. Aysel. Y...

—¡Basta! No me importa lo que hagas con tus ligues, no me gusta saber como los besas, como te besan o como te tocan en todos los lados. Me da exactamente igual.

Y para mi sorpresa y para la suya también, salgo del instituto y bajo los escalones a toda velocidad. No sé que me pasa pero no puedo detenerme.

Las palabras de mi amiga me llegan una y otra vez, quiero acallarlas, pero sólo puedo verla a ella y a Rodrigo besándose. Me debería dar igual... No me debería importar... Pero lleva toda la vida importándome. Lo odio, por lo que su padre le hizo al mío. Pero sobre todo lo odio porque cuando mis padres se separaron y él me vio llorar por primera vez, me prometió que nunca me dejaría sola. Y nunca cumplió su promesa. ¡Lo odio! Por mí puede liarse con todo Alicante si quiere. Es su vida y la mía esta lejos, muy lejos de la suya.

Capítulo 3

Fantasmas

—No ha servido de nada — comenta el hombre fantasma a la mujer.
Ambos miran como Aysel pasa por los Luceros andando deprisa.

—Él es tonto. Debería haberle dicho quién era.

—No es tonto. La regañó. Es una imprudente—Puntualizó el hombre.

—Confió en él.

—No sabía que era él.

—En el fondo sí.

—No debimos meternos en el cuerpo de esos vagabundos y tú le diste un empujón.

—El que necesitaba para que se subiera en la moto.

—Ojalá yo pudiera empujarte a ti, no sé como consigues liarme siempre.

—No será... ¿Porque tú también esperas acabar con esta maldición que nos persigue?

—Sí, razón más que suficiente para tener que soportar a una vieja casamentera.

—Separados no sirven. Ya vistes lo que pasó la ultima vez. A él lo mataron y ella se tiró por el precipicio. Al final el brujo venció y la maldición no se rompió. Cada año que pasa es más fuerte, y cada vez será más y más difícil vencerle. Sabes tan bien como yo que, o están juntos, o el conseguirá matarlos, como hace siempre, y así separarlos.

—Bueno, bueno... te haré caso. Pero la próxima idea es mía.

—Eso lo veremos.

La mujer entró en su caballo de la fuente de los Luceros, el hombre la siguió más tarde para ver la ciudad desde sus caballos de piedra, el único sitio donde no estaban malditos, en Los Luceros.

Rodrigo

Escucho la melodía de mi móvil otra vez. ¿En qué momento el di el móvil a esta pesada? En el que me emborraché y perdí el control. Lo apago y me quito la camiseta para meterme en la piscina, pues hoy ha salido buen día y el sol aprieta bien fuerte. Me lanzo de cabeza y recibo el agua fría en mi cuerpo. Emerjo del agua y hago unas brazadas para ejercitar mis músculos.

Llevo toda la mañana en la empresa de mi padre, ayudándole con unas inversiones, siempre hago el papel de aburrido o de pasota, pero en el fondo me gusta manejar el dinero en bolsa y prever qué acciones son las que más van a subir y cuándo es el momento clave para venderlas. Pero es algo que nunca confesaré a mi padre.

Salgo de la piscina y me siento en una de las hamacas. Hoy es viernes y esta noche hemos quedado para una fiesta en la misma casa del otro día. Son cerca de las ocho, y esta semana no he ido a la biblioteca. A la mierda con la promesa. ¿Para qué me sirve mantener mi promesa, si Aysel nunca sabrá que lo hago? Y creo que si la seguía cumpliendo, es por que no quería fallarla. A ella no.

Pero ya me es lo mismo. Yo soy así, no soy un tío de fiar, no se puede confiar en mí y sólo corrompo a los que me rodean, les hago daño...sin poder evitarlo mi mente evoca a Pedro... no puedo permitir que eso vuelva a pasar. No lo permitiré.

Me levanto y entro en la casa. Los sirvientes me miran y asiente con la

cabeza en señal de saludo. ¿Cómo sería vivir sin ellos?

—¡Otra portada más!—Mi madre tira una revista en el primer mueble que ve, la miro por encima.

—La verdad es que salgo guapo.

—¡Me dijiste que habías dejado a Clara! ¡Me mentiste!

—Si has decidido creer a la prensa, ni me molesto en contestarte
—Empiezo a andar, pero se pone delante de mí.

—Eres un insensato Rodrigo.

—Sí. ¿Algo más?

—Quiero que la dejes, esa mujer sólo quiere tu dinero y la fama que le da estar a tu lado.

—¿Y quién no madre?

Ella me mira y termino de subir las escaleras hacia mi habitación. Es inútil decirle que la dejé hace tiempo, no suelo estar mucho con nadie. Me canso enseguida de todo... Pero Carla decidió vengarse y esto sólo es el principio. ¿Qué será lo siguiente? Sinceramente, es algo que no me quita el sueño.

Llego a la fiesta y lo mismo de siempre, siento un montón de miradas femeninas en mí. Noto que alguien me coge la mano pero se la suelto enseguida, no me gusta cogermelo de la mano con nadie. Miro quién es y veo a la rubia pesada con la que me lie el otro día.

—Hola—Se alza y me da un beso en la mejilla—.Llevo toda la semana llamándote— me dice dándome un beso en el odio.

—¿A sí? No me di cuenta— Sonrío y me separo un poco de ella.

—Hoy tenemos que esperar hasta que vengán a recoger a mi amiga, y mientras tanto tengo que estar con ella en la fiesta...que remedio.

¿Esperar? ¿Espera que repita? La miro, esta niñata... ¿de qué va?

—Oye, espera— Sonrío—. Esta noche estoy algo liado.

—Ah, luego te buscaré. Mi amiga es la primera vez que sale, ahora mismo está en el servicio. Es buena chica, pero he tenido que traerla engañada.

Es un poco infantil. No es como yo.

Se pasa las manos disimuladamente por el escote. Yo busco a alguno de mis amigos que tenga las manos libres, pero desgraciadamente eso es prácticamente imposible.

—Mira hay viene. Te la presentaré, para que no tenga dudas que conozco a Rodrigo Adriano. Por su cara intuyo que todo esto no le gusta. Pero yo tenía que traerla para que viera que no miento—Su mirada es desafiante y no me gusta un pelo. Sin conocer a la amiga siento algo de lástima por ella.

Siento curiosidad por ver quien es y me giro, pero al hacerlo casi deseo no haberlo hecho nunca. Aysel.

¿Qué diablos hace aquí? Me tensó y la observo tratando de ver un ápice de reconocimiento por su parte hacia mí, pero solo me mira con indiferencia, tal vez no se acuerde de mí. Eso sería lo mejor. Pero en el fondo sé, que espero me recuerde como cuando era pequeña, no por lo que ha visto de mí en las revistas ¡Seré un estúpido sentimentalista!

Aysel

Lo miro, no puedo creerme que sea él. Sus ojos verdes me estudian serios, es más alto de lo que creía. Me acerco, tal vez no se acuerde de mí, me cuesta un mundo hacerme la despistada, pero no quiero quedar como una tonta delante de él, ya que él me olvidó hace años.

Mi corazón late desbocado. Me tiemblan las piernas y me muero de ganas por saber si se acuerda de mí. Hay poca luz, pero sus ojos verdes como esmeraldas, me estudian y me siento presa de ellos, su belleza no se puede ocultar con esta escasa luz, reluce como si tuviera luz propia. El pelo negro le cae sobre la frente y algunos juguetones mechones de su cuello se posan sobre su camisa blanca arremangada. Decido no apartar los ojos de su cara, pero aunque no haga un estudio exhaustivo de su cuerpo, sé por las fotos, que su bello cuerpo está cincelado y marcado por los músculos. Está muy serio, no muestra ninguna

sonrisa que me haga entrever que me ha reconocido, pienso con amargura. Me pongo ante ellos dos y mi amiga me coge el brazo.

—Rodrigo te presento a Aysel. Tiene un nombre un poco raro—dice, con lo que parece una seductora sonrisa. Rodrigo me mira, serio, no me ha reconocido, no pienso ser la estúpida que le dice que sé quién es. Si él ha decidido olvidarme, me haré la tonta antes que hablar y demostrarlo. En el fondo siento una gran desilusión por esto, siempre creí que el día que volviéramos a vernos, él se acordaría de mí y me preguntaría que tal me había ido todo, siempre acababa ahí nuestra charla, luego, cada uno seguía el camino que había seguido estos años, pero nunca pensé que cuando lo tuviera ante mí, fuera esta total indiferencia la que nos poseyera.

—Encantado de conocerte—Me saluda muy cortésmente.

Parece como si se hubiera pensado esa simple frase, y ante mi sorpresa no se acerca a mí para darme dos besos, si no que me ofrece la mano. La miro, a esa mano me aferraba cuando era una niña... una niña estúpida. Alzo la mía y se la estrecho, sintiendo como una descarga cuando nuestras palmas se juntan. Ambos nos miramos a los ojos, pero la intensidad de los suyos me hacen desviar la mirada a nuestras manos. Aún sigue siendo tan pequeña entre las suyas... por un instante me siento como si el tiempo no hubiera pasado.

—Bueno Aysel—Me corta mi amiga ansiosa por perderse con él—, tú ve a beber algo yo tengo que hablar con Rodrigo.

Tira de él y nuestras manos se separan, se deja arrastrar y yo como una estúpida, los miro irse. Me quedo quieta y miro el ambiente, en ese momento me doy cuenta que me siento fuera de lugar. Llevo una camiseta de color verde y un pantalón sencillo de color negro. No me he puesto casi maquillaje, ni llevo mi pecho a la vista como si fuera un cartel de invitación a tocarlo. Yo no encajo aquí, y mi amiga esta demasiado ocupada tratando de volver a ser la chica de Rodrigo, una vez más. Me escabullo entre la gente y salgo de la casa, el frío de la noche me golpea y saco mi móvil.

—¿Papá, puedes venir a por mí?

—Claro princesa.

Le digo la dirección y me siento en el borde de la acera para esperarlo, escuchando las voces y la música de fondo. ¿Seré rara por no ser feliz en estos sitios? ¿Estaré desperdiciando mi juventud por no querer lo mismo que las demás jóvenes? ¿Me arrepentiré cuando sea vieja por no haber sido como ellas?

Escucho ruidos de cristales y al girarme veo a un joven borracho vomitando. Y los amigos en vez de ayudarlo se ríen y lo graban en el móvil. No, creo que no me arrepentiré de esto. Me levanto y me alejo un poco más para esperar a mi padre.

Sólo espero que llegue cuanto antes, no quiero ver otra vez a Rodrigo. Si he de ser sincera, me ha dolido mucho que no me reconociera. Llevo años soñando, para mi mortificación, con este encuentro y en todos mis sueños él me sonreía, como aquel niño travieso que me contaba su última travesura y me animaba a seguirlo. Pero ese niño se fue.

Rodrigo

La miro desde la ventana. Este ambiente no es para ella, no encaja aquí. ¿En qué pensaba?

Ahora esta cabizbaja, lo sé por la forma en que se recuesta sobre si misma. Tal vez debería haberla dicho que la recordaba... Y una mierda, ella no me reconoció, y de mí sí se ha hablado durante todos estos años. Era una niña de cinco años, ¿qué esperaba? ¿Que me recordara? ¿Que me cogería la mano con la misma confianza que antaño? ¿Que me siguiera sin más?

Soy un estúpido, sabía que de verla alguna vez, ella no me recordaría y a los hechos me remito. Ella ya me ha olvidado. Mejor, mucho mejor, en mi vida no hay tiempo para una mocosa irresponsable.

Capítulo 4

Fantasmas

—Sí, menuda idea—La fantasma mujer camina cerca de la joven—. Meter en la cabeza de la amiga de Aysel que la engañarse para llevarla a la fiesta.

—Ahora ellos se han visto. Pero son un par de tontos.

—Sí, la verdad es que sí. Y no te acostumbres a que te dé la razón. ¿Alguna idea?

—¿Aparte de separarme de ti y no verte más? Ninguna.

—Lástima—El hombre camina por la acera. Un joven pasa por donde esta y le atraviesa—. Yo no sé como pueden llevar tantas cosas metálicas en el cuerpo.

—Es la moda.

—La moda, la moda. Menuda moda más estúpida.

—Tú que sabrás—Otro joven sale y vomita cerca de él, la mujer rompe a reír.

—Mira, hay cosas que no cambian. Beber hasta perder el sentido—El hombre se cree listo, pero siempre vuelve a caer una y otra vez en los mismos errores.

Ven como llega un coche y para cerca de la joven, esta se sube en él y mira una vez más a la casa y allí estaba él. Rodrigo.

—Se han visto —dice el hombre, ilusionado.

—Pero ambos creen que no se reconocen.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—*Recordárselo*

Y dicho esto desaparece de allí.

Aysel

Me levanto sudorosa y enfadada. Hoy no tenía ganas de soñar con Rodrigo, pero no he dejado de hacerlo. ¿Por qué?... Porque le he visto. Veía al niño pillo que me traía helados, al niño que se colaba en mi casa y me ayudaba a fugarme de esta para ir a la playa. Al niño que se metía en líos y me echaba la culpa, para luego más tarde venir a verme, arrepentido y con algún regalo o helado. Ese niño en el que yo confiaba sin más. Y no quería, no quería verlo, no quería recordarlo, ¡no quiero saber nada de él!

Me mojo el cuello y al agacharme mi caballo de cristal choca contra el lavabo y lo miro. Soy una estúpida por negarme a recordarlo y llevar en el cuello algo que me recuerda diariamente a él. Soy una hipócrita.

Son más de las once cuando me levanto del sofá en el que llevo un rato viendo la tele. Escucho la puerta de mi casa y entra mi madre.

—Hola hija, ¿cómo has dormido?

—He dormido—Si soñar toda la noche con Rodrigo se le puede considerar dormir.

—Vaya.

Me acaricia tiernamente la mejilla y dejas las bolsas de la compra en la mesa, junto con una revista del corazón. Sin quererlo, mi vista se va a la portada y allí esta el perfecto Rodrigo con su nuevo ligue. Siento una opresión en el pecho al verlo besándose con ella en la portada, y como su mano morena por el sol le acaricia las nalgas.

—Vaya vida lleva Rodrigo—Comenta mi madre con reproche.

Dejo de mirar la revista y miro a madre, diciéndome a mí misma que la opresión que siento en el pecho no significa nada. Hablo con mi madre de lo que me pasó anoche y me dice que no le gusta nada mi amiga Esther. Yo, como siempre, me hago la tonta y cambio de tema. Aunque tras la encerrona de anoche, me siento algo enfadada al recordar que ella me dijo que íbamos a casa de una amiga suya, se le olvidó mencionar que era una fiesta, y además dudo incluso que la casa donde estuvimos sea de alguna amiga suya. Si me llevó fue solo para restregarme por los ojos que conoce a Rodrigo y que se había enrollado con él, por si yo dudaba de su palabra. Escuchamos abrirse la puerta y al mirar hacia esta vemos a mi padre, con cara de pocos amigos.

—¿Te pasa algo querido?

—No—Pero va hacia su habitación y se encierra.

—Voy ha hablar con él.

Asiento, yo también pienso que a mi padre le pasa algo. Me giro y miro la mesa de la cocina y otra vez veo la revista. ¿Qué ve en esa mujer? ¿No se da cuenta que ella nunca verá al verdadero Rodrigo? ¿Y quien lo vería?, él se esconde muy bien en sí mismo. ¿Dejará que alguien vea como es en realidad? A mí seguro que no, pues ni me recuerda, además, tal vez estoy tratando de hacerme creer que en verdad la imagen que he visto de Rodrigo todos estos años, no tiene nada que ver con su verdadera personalidad, porque me niego a pensar que el niño al que quería de niña desapareció hace años, pero es posible que esa sea la realidad y ya no exista. Escucho sonar el timbre.

—¿Quién? — pregunto tras levantar el interfono.

—Soy Esther, la arrepentida. Ábreme.

Lo dice con voz lastimosa y, al mirar a la habitación de mis padres y tras las explicaciones de ambos de lo mala compañía que es Esther, la digo que me espere en la puerta, que enseguida bajo.

—Dime que hago aquí — digo tras ver como toca el timbre de una casa de tres plantas cerca de la playa.

—Ir a la piscina.

—Ya sé que vamos a la piscina. Pero... ¿En que momento he dejado que me convencieras?

—Creo que ha sido en el momento que te dije que eras una estrecha...o tal vez cuando comente que eras aburrida, o cuando te dije que no puedes saber si algo no te gusta si no lo pruebas...

—Vale—La corto, realmente fue esto último lo que me hizo darle la razón, pensaba que una fiesta en la piscina con unos cuantos amigos suyos no sería tan malo, pero al ver donde estamos me temo que es otra encerrona de Esther.

La miro al tiempo que se abre la puerta y un chico rubio aparece detrás de esta con una amplia sonrisa.

—¡Esther!—Coge a mi amiga y le da un sonoro beso en los labios—. Estaba desando verte.

—Yo también—Se besan con más insistencia y yo hago ruidos con la boca para que se percaten de que no están solos.

—Perdona Aysel. Gustavo esta es mi amiga, Aysel.

Gustavo me mira sonriente y tras devorarme con la mirada de forma descarada se acerca y me da dos besos en la mejilla. Nos invita a entrar posando sus manos sobre mi cintura, pero yo me aparto de él y me alejo un poco de la parejita.

—Afuera está todo el mundo, y a la derecha hay una barra con bebidas. Estáis en vuestra casa—Dice Gustavo mientras se come con la mirada a Esther.

—Gracias—Murmuro sabiendo que ninguno de los dos me escucha.

Miro a mi amiga, pero ésta juega con el pecho musculoso de Gustavo. Decido salir hacia la piscina a tomar algo, tal vez si le doy una oportunidad a esto, no sea tan malo. Hay gente, pero no esta tan llena como anoche, doy un repaso rápido a la piscina y veo a alguien emerger del agua, y cuando lo hace, su cabellera negra como la noche sale de esta y veo quién es. Rodrigo. Otra vez no. Pienso al tiempo que voy hacia la barra a esconderme de su vista.

Rodrigo

Me acerco a una hamaca y me tumbo en ella. Espero que me dejen

tranquilo unos minutos, no tengo muchas ganas de habar con nadie. Me he pasado toda la noche pensando en Aysel. Pensé que venir a esta fiesta sería buena idea, pero aún sigo enfadado porque... No, por nada, no importa en absoluto que no me reconociera.

—Venga guapa, quítate el vestido. Seguro que debajo escondes un cuerpo de escándalo.

—Lo siento pero no, además mi cuerpo no es tu incumbencia—¿Aysel? Debo de estar realmente mal si me ha parecido escucharla aquí.

—Venga, no seas tímida, si quieres puedo ayudarte.

—¡Quita tus sucias manos de mí!

No puede ser... abro los ojos y allí esta. Delante de uno de mis amigos. El que más largas tiene las manos. Me levanto al ver que éste pasa de irse y de que, por más que Aysel trata de alejarse, él no parece pillar la indirecta. Pablo en ese aspecto puede ser un poco pesado. ¿Qué demonios hace aquí? Debería haberse quedado en casa jugando con las muñecas, no es más que una niña inocente.

—¿Pablo, puedes venir?

Pablo me mira y luego a Aysel, que en vez de devolverme la mirada la agacha y aprovecha la distracción de Pablo para irse. No puedo evitar que me duela su indiferencia.

—¿Qué quieres?

—Nada, me pareció verte algo extraño en la espalda— Y dicho esto me tumbo otra vez en la hamaca.

—Serás cabrón.

No menos que tú. Pienso tras cerrar los ojos. Sin poder evitarlo mi mente evoca a Aysel. Aún no he aceptado el hecho de que me olvidara, y que para ella ya no sea ni un mero recuerdo. Ella ha sido lo único bueno que he tenido en la vida. Ha sido la única persona que confío ciegamente en mí. Y ella no me recuerda.

—Venga Aysel vamos a darnos un baño.

—Debe de estar helada y además paso. ¡Eh, para! No me quites el vestido.

—Así mucho mejor. ¡Dios! tienes un cuerpo de escándalo. Cualquiera lo diría bajo esa ropa de recatada y mojigata.

—Dame el vestido—Dice Aysel enfadada.

Abro los ojos y veo a Aysel a pocos metros de mí, en bañador. Mi mirada la recorre, incapaz de apartar mis ojos de sus bien formadas curvas. Miro a mí alrededor y veo que no soy el único que se ha percatado de sus crecidos atributos y ese hecho me molesta.

—Dámelo—Repite.

La miro y veo como el sol brilla en la cadena que lleva entre sus... pechos. Se me hace raro decir pechos de alguien que considero mi hermana. No puede ser... Me levanto de la hamaca y miro el colgante. Es el caballo que le regalé. El que prometió que nunca se quitaría. ¿Acaso habrá mentido al decir que no me recordaba? ¿Lo llevará solo porque le gusta? Veo como Pablo se acerca a ella con toda la intención de abrazarla. Sin ser consiente de lo que hago me acerco y me coloco entre ellos parando a Pablo. Pongo un brazo sobre Aysel sintiendo un respingo. No me mira, pero sé que sabe que estoy a su lado.

—Gracias — digo tras quitarle el vestido de las manos a su amiga. — Toma, pónitelo.

Me mira con cara de pocos amigos.

—Ahora me apetece bañarme — dice desafiándome.

—A mí me importa bien poco lo que quieras hacer, pensé que querías ponerte ese... vestido — le digo apartándome un poco. ¿Qué narices le pasa? No hay quien entienda a las mujeres. Y yo que pensé que ella era diferente.

Estúpido iluso.

—¿Desde cuando te preocupas por tapar a las chicas en vez de destaparlas?—Me dice Pablo sin apartar la mirada de los pechos de Aysel.

“Desde que no deseo que nadie la vea con la misma mirada que yo”.
Pablo posa su mano sobre Aysel y esta pone cara de asco y da un paso atrás. Necesita ayuda y tal vez sea hora de recordarle quien soy. La cojo de la mano y la saco de allí, hacia la puerta de la piscina que da a la playa. Si le gusta como si no, hoy va a recordarme.

Aysel

Me veo arrastrada por Rodrigo y, pese a que trato de clavar los pies en la arena, éste tiene más fuerza que yo y acabamos cerca de la orilla del mar. Se detiene y me suelta la mano. Al hacerlo siento la necesidad de volver a unirla de nuevo. ¿Qué me esta pasando?

—¿Se pues saber que pintas tú en esta fiesta?!

Lo miro incrédula. Y me pongo el vestido para tratar de calmarme y pensar que decirle.

—¿Y se puede saber a ti qué te importa?

—Me importa, porque no me gusta ver como una mocosa como tú se estropea y mis amigos no son muy buena gente... — Me mira con sus ojos verdes—. Maldición, ¿no te acuerdas de mí?—Siento pesar escondido entre sus palabras, aunque trata por todos los medios que no lo note en su mirada.

Rodrigo alza su mano y toca mi caballito de cristal. El leve contacto de sus nudillos sobre mi piel ha hecho que esta me palpite.

—Yo... — Le miro a los ojos. ¿Me recordará? ¿Por qué ayer se hizo el tonto? — Pensé que no me recordarías — confieso, cómo si eso explicara todo.

—Es muy difícil olvidar a alguien que te perseguía diariamente— Me aparto molesta de él.

—¿Yo te perseguía? ¡Eras tú quién no paraba de venir a mi casa, y de llevarme contigo cuando tenías intención de hacer alguna trastada y querías una

coartada! ¡Eras tú quién entraba a mi casa tras éstas para reglarme cosas o darme helados! — Me mira y parece divertido—. ¡Eres tú quién nunca cumplió su promesa!— le espeto furiosa, porque odio ver como sonrío tras saber que lo recuerdo, pues ahora sabe que lo recuerdo, lo recuerdo todo.

Me mira serio y no dice nada, pero me parece ver dolor en su mirada verde. Se gira para observar el mar. Sólo lleva el bañador y puedo ver una cadena de plata sobre su piel morena y el tatuaje tribal que tiene en el brazo. Ha cambiado mucho, pero por un momento me ha parecido ver en su mirada, a ese niño travieso que buscaba mi compañía. Y aferrándome a eso, sin saber por qué lo hago, me acerco a él y le doy la mano, como cuando no era más que una niña que confiaba plenamente en su hermano mayor. Siento su mano rígida en la mía, me gusta sentir su piel, su calor en la mía. Me recorre un escalofrío cuando por fin Rodrigo cierra su mano atrapando la mía, haciéndola parecer extremadamente pequeña.

No puedo evitar sonreír. Me siento como si no hubiera pasado el tiempo. Rodrigo se sienta en la arena tras soltar mi mano y yo le sigo. No decimos nada y observo su perfil. Tiene una cicatriz sobre la ceja y lleva pendientes de diamantes en las orejas. Todo ello resalta su belleza. Parece un pirata. Se ha convertido en un joven muy guapo.

—Es mejor que te alejes de mí— Lo dice serio, tan serio que no me parece él.

—No sé por qué dices eso. Acabamos de...

—De cometer un error— Se levanta. Me quedo en el suelo mirándolo—. Llama a tu padre y dile que te recoja. No trates de ser lo que no eres... o tal vez seas así... mira haz lo que te de la gana. Que nos acordemos el uno del otro no cambia nada.

Lo que dice me molesta y lo veo irse hacia la fiesta, dejándome allí con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Y lo que más me molesta, es que se vaya sin más, sin volver siquiera la vista una vez más para mirarme tras su

amarga despedida.

Por un momento pensé que todo era como antes, hasta había tenido la esperanza de que me hablara, de que me preguntara algo tan sencillo como, qué ha sido de mi vida durante todos estos años. Pero nada ha cambiado, sólo lo he visto, pero la distancia que nos separa sigue siendo una realidad. Ahora mismo estoy más inclinada a pensar que él es como dice la prensa, aunque me cueste aceptar esa amarga realidad.

Siento como mi mejilla se moja por mis lágrimas, me las seco con rabia y las reprimo, no pienso llorar por él otra vez. Sólo Rodrigo puede conseguir que mis ojos lloren cada vez que se va. Lo odio, porque pese a todo y pese a lo que diga lo extraño, y siempre he esperado que volviera. Creo que es hora de cerrar el pasado. Me levanto y me quito la cadena con el caballito de cristal. Es mejor dejar las esperanzas. Y con un dolor sordo en el pecho y mis ojos anegados por las lágrimas, digo adiós a ésta lanzándola al mar. Ya es hora de dejar el pasado atrás. Éste nunca volverá. Y eso debí de haberlo sabido hace tiempo.

Capítulo 5

Fantasmas

La mujer fantasma deja el collar sobre la arena.

—Es sólo un collar — dice el hombre cascarrabias.

—No es sólo un collar, es un símbolo. Y es mejor que algunas cosas no se pierdan..

—Yo sólo veo un colgante.

—Hombres...

Rodrigo

La veo irse y pese a que lo que he dicho es por su bien, me invade un sentimiento de culpa. Otra vez me cogió la mano con plena confianza en mí, y yo la he fallado. Pero es lo correcto. Sin embargo, cuando llego a la piscina y miro a mi alrededor, vuelvo sobre los pasos que he dado hacia el lugar donde, por un momento, me permití soñar que todo era posible. Que no era sólo un joven que había tirado su vida por la borda y que, si la acercaba a mí, no estropearía todo lo bueno y puro que ella tiene. Por un momento me olvidé que su padre odia al mío. Por un segundo, sólo por un segundo, creí que podíamos ser amigos.

Ve algo que brilla en la arena y me agacho creyendo que es un trozo de cristal, pero conforme me acerco me doy cuenta de que efectivamente es un cristal, pero no uno cualquiera, es el caballito que la regalé. ¿Habré actuado

egoístamente? Cojo el colgante y lo aprieto en mi mano. La he defraudado. A ella también. Miro hacia el mar. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Dejarla marchar, dejar que me odie, que sólo sepa de mí lo que se dicen en la tele. Es lo mejor para los dos... Sin embargo...

Me pongo la camiseta y las zapatillas y voy con mi moto a cometer mi mayor error. Tal vez no éste en la parada, pero al doblar la esquina la veo allí, sentada. Paro delante de ella y le ofrezco el otro casco.

—Sube te llevo a casa.

—No quiero. Gracias.

—Maldita sea. No me hagas rogar.

—No, por dios, hacer rogar al señorito—Será...

Bajo de la moto y la aparco a un lado, me quito el casco y me siento a su lado en la parada.

—Bueno pues iremos en autobús—Ella no me mira, se mira las manos y se retuerce el vestido.

—Yo me voy a mi casa, tú vete dónde quieras.

—Yo quiero recuperar a una pesada, que me seguía todos los lados.

Y dicho esto pongo ante sus ojos el colgante que le regalé. Me siento algo incómodo al hacer esto y me levanto.

—¿Es demasiado tarde para ello?—Le pregunto temeroso de su respuesta.

La miro y veo que no me devuelve la mirada, dejo caer el colgante en su regazo. Me siento como un completo estúpido. Me voy hacia la moto poniéndome el casco, subo y me preparo para irme, pero siento una pequeña mano sobre la mía.

—No es tarde.

Dicho esto, me coge el otro casco y sube detrás de mí. Sé que esto es un error, sé que lo mejor que le podría pasar a Aysel es que yo desapareciera de su vida. Pero pese a todo, por primera vez en mucho tiempo, en mi cara se pinta una sincera sonrisa.

Aysel

Rodrigo para la moto en el aparcamiento del castillo. Espero que baje para hacerlo yo y, para mi sorpresa, posa sus manos sobre mi cintura y... Un momento. Miro la moto, miro el casco... Era él. Estaba tan pendiente de lo que estaba pasando entre Rodrigo y yo que no me había fijado en las semejanzas.

—¡Eras tú!—Le señalo con el dedo, mientras me quito es casco—. ¡Tú me salvaste! ¡¡Y no me dijiste nada!!— Se quita el casco, su pelo negro le cae ondulado sobre los ojos.

—Sorpresa.

—Vete al infierno—Me doy la vuelta y comienzo a irme, pero Rodrigo me coge del brazo—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué diablos me echastes la bronca?

—¿Qué por qué? ¡Maldita sea, te subiste en la moto de un completo desconocido! ¿Qué hubiera pasado sino hubiera sido yo?

—Pues nada, ahora mismo no sé qué diferencia hay entre ellos y tú, solo se de ti lo que dice la prensa, y nunca dicen nada bueno.

Me atrevo a mirar a Rodrigo a pesar de mi enfado, y veo como su mirada se endurece. ¿Le ha hecho daño comentario?

—Vamos te llevaré a casa, donde estas muy bien protegida por tus adorados y amados padres—Comienza a andar, pero le pongo una mano en el brazo.

—Perdóname. Es solo que me duele que no me dijeras quién eras...

pensé que te habías olvidado de mí.

—Es muy difícil olvidar alguien tan pesada—Rodrigo se gira y me sonrío—. Te invito a comer.

¿Ya está? Pues sí que cambia pronto de estado de ánimo. Rodrigo me ve parada y me mira.

—Vale, me invitas a comer.

—Creí que me saltarías con el royo feminista de que tú tienes tu dinero y que vamos a medias.

—Tienes más dinero que yo, y además estoy ahorrando. Soy un poco como Robín Hood. No me importa despojar del dinero a los ricos para dárselo a los pobres.

—¡Dios! los años han creado de ti un monstruo—sonríó por el comentario y Rodrigo, sin que me lo espere, entrelaza su mano con la mía.

Me sonrojo, pero lo sigo y caminamos cogidos de la mano por el castillo de Santa Bárbara. Llegamos a una de las almenas del castillo y nos asomamos para contemplar toda la ciudad.

—Siéntate.

—No, podría caerme.

—Eres tonta si piensas que te dejaría caer.

Y antes de que conteste me alza como si no me pesara nada, y me sienta sobre la piedra, se queda a mi espalda y su brazo me sujeta por la cintura. Miro como su mano, morena por el sol, descansa en mi cintura y trato de tragar en nudo que tengo en la boca del estómago. Mi corazón late desbocado y mi cara ahora mismo esta roja como un tomate. Esto es mortificante.

—¿A que es precioso? Es como sentir que eres el amo de todo, que toda la ciudad esta bajo tus pies. Así debió sentirse el rey moro cuando se asomaba por aquí—Comenta Rodrigo perdido en sus propios pensamientos.

—Sí.

No puedo decir nada más, me siento invadida por un sentimiento

extraño, soy demasiado consciente de su cercanía, del calor de su pecho, del calor de su mano. Y no sé si quiero este sentimiento. Rodrigo tiene razón en una cosa, él sólo me hará daño. Pero es tan fácil dejarse llevar por los sueños...

—¿Te acuerdas cuando vinimos con nuestros padres?

—¿Qué me cogiste de la mano y nos perdimos por el castillo? Nos tuvieron que llamar por los altavoces, sí, lo recuerdo—escucho la risa de Rodrigo.

—No sé cómo te fiabas de mí, siempre te estaba metiendo en líos.

—La verdad es que yo tampoco lo sé. Creo que influía que fuera pequeña y estúpida.

—Y ahora ya no eres así. Aunque sigues siendo una enana, dudo mucho que seas estúpida.

Me molesta que me llame enana, pero me llama la atención el dolor que me ha parecido percibir en su voz.

—Me gustaba estar contigo, eras mi hermano mayor—Reconozco.

—Sí.

Lo dice muy serio y me siento tensa, como si Rodrigo estuviera librando una batalla de la que no quiere que sea partícipe.

—Ya no sé que queda en ti, de ese niño que yo conocía.

—Yo tampoco—reconoce con un ápice de tristeza.

Nos quedamos en silencio. Su reconocimiento me ha dejado pensativa, es posible que estemos aquí ahora juntos por nuestra infancia común, pero ya no quede nada de esa amistad del pasado y lo único que compartamos sean los recuerdos.

No puedo negar que desde que lo he vuelto a ver me siento más llena de vida, y no dejo de pensar en cuando será el siguiente encuentro. Pero esto no puede ser más que una equivocación por nuestra parte. O tal vez no.

Lo único cierto es que me gustaría descubrir lo que queda de ese niño,

en el Rodrigo adulto.

—¿Por qué te gustan los deportes de riesgo?—Pregunto para tratar de averiguar algo más de su vida actual.

—Porque cuando salgo vivo de ellos, siempre me siento afortunado por estar vivo.

—¿Normalmente no lo sientes?

—No. Es difícil sentirse afortunado cuando...

Se calla, noto que pone sus manos en mi cintura y me baja de la almena. Me giro y lo veo andar, lo sigo.

—¿Cuándo qué?

—Vamos a la cafetería.

—¿Cuándo qué? — insisto yendo tras él.

—Dios, eres más pesada que antes.

Me sonrío y antes de que pueda decir algo más me coge de la mano y caminamos hacia la cafetería. Me quedo sin saber la respuesta. Lo miro molesta, Rodrigo está serio.

—Es una tontería enana, y deja de mirarme con el ceño fruncido te saldrán arrugas.

—Deja de meterte conmigo, no me gusta que me digas enana, y por mis arrugas no te molestes—Me mira divertido pero no comenta nada—. No comeré hasta que no me lo digas.

—Eso que me ahorro—Llegamos a la cafetería y se pide un bocadillo, una ración de ensaladilla, un refresco— y una bolsa de patatas, el camarero me pregunta si quiero algo—. Ella no quiero comer.

—¡¡Eh!! — Rodrigo me sonrío con picardía.

—Pide lo que quieras, una de las cosas que más me gusta es gastar el dinero de mi padre—Le sonrío y me pido todo lo que se me pasa por la cabeza. El camarero y Rodrigo me miran, extrañados.

—¿Algún problema?—Le digo.

—Ninguno, pero pensé que invitaba a comer a una enana, no a un ejército.

Le doy un empujón y se ríe. Nos sentamos en una mesa que esta próxima al borde del castillo, tenemos que hacer más de un viaje a por lo que hemos pedido, bueno a por lo que he pedido. Empiezo a comer y me detengo al notar como Rodrigo me mira.

—¿Tengo algo en la cara?— Me paso la mano por la mejilla, Rodrigo se ríe y niega con la cabeza—. ¿Entonces?

—Se me hace raro estar con una mujer que coma y no piense en su línea.

—Ah... eso. Yo no soy como ellas. Disfruto mucho comiendo — digo mientras me meto una patata en la boca.

Rodrigo sonrío y le devuelvo la sonrisa. Seguimos comiendo en silencio y lo miro de reojo, me siento rara estando aquí sentada, bajo la sombra de un pino en el castillo, con él. Pero Rodrigo tiene algo que nunca he encontrado en nadie. Con él me encuentro cómoda, cómo si pese a todo, pueda ser yo misma ante él. Pese a lo que ha pasado, que pertenecemos a mundos distintos y esto puede ser solo un paréntesis de un día, me siento bien y no me imagino estando en ningún lugar que no sea aquí.

—¿Qué tal las clases?—pregunta cuando termina de comer y se da la vuelta para mirar hacia el mar.

—Bien, no tengo problemas con las notas.

—Eres una empollona ¿no?

—No... sólo me gusta estudiar— Se ríe y, cuando termino de comer, me giro y me pongo a mirar el cielo a su lado.

—No recuerdo la última vez que hice algo tan sencillo como comer en el campo—Me comenta pensativo.

—Yo alguna vez lo he hecho con mis padres...

—Tienes suerte.

—A ti no te gusta lo sencillo, no encaja contigo o al menos eso creo por lo que dice la prensa de ti.

—Tienes razón—Parece molesto y se levanta—. Voy a por un café. ¿Quieres?

—No gracias

Rodrigo se aleja y me giro para mirarlo. Me desconcierta, parece un tío duro que no necesita a nada ni a nadie y, sin embargo, lo siento tan solo, puedo ver tanta soledad en sus ojos verdes, esa soledad no se puede fingir y las fotos nunca lo pueden captar, pero ahora al tenerlo cerca puedo verla y me es muy difícil ignorarla, pues me gustaría saber por qué, si aparentemente lo tiene todo, se siente tan solo. Me gustaría poder ser su amiga y hacer que dejara de sentir esa soledad. Saco del bolsillo de mi falda la cadena, y pensando tal vez el pasado pueda volver me la pongo. Tal vez lo imposible sea posible...

Capítulo 6

Fantasmas

—El castillo se esta agrietando.

—Ya te lo dije, viejo bobalicón, el brujo esta tramando algo.

—Pero ellos están juntos, ganaremos.

—Aún están muy lejos el uno de otro. Rodrigo no va a bajar sus defensas. No va dejarla entrar tan fácilmente en su vida, pues cree que como mejor esta ella es le lejos de él.

—Ese chico es tonto. Ella es lo mejor que le puede pasar en la vida.

—Por eso mismo. Porque él sabe que ella es lo mejor que le puede pasar en la vida y lo mejor que le ha pasado, y no quiere estropearlo.

—Estos jóvenes... ¿qué crees que quiso decir antes?

—¿El súper inteligente no lo sabe? Que tenga una mujer que decirte esto.

El hombre bufa mientras la mujer se ríe.

—No tiene en su vida nada por lo que le merezca la pena seguir viviendo. Por eso arriesga, para no olvidar que por estar vivo se siente afortunado.

—La tiene a ella.

—No es tan sencillo.

—¿Prevés problemas?

—El mal los quiere separados y lo peor...muertos, si ve que esa es la única forma para que no lo destruyan.

—No lo conseguirá.

—Y sin embargo, esta creando dudas en la mente del joven. Él debe vencer los obstáculos que se ha impuesto a lo largo de su vida.

—¿Y si le ayudamos?

—Hay obstáculos que sólo se pueden superan si lo hace uno mismo.

—¿Debemos confiar en él?

—Sí. Pero eso no quiere decir que me quede con las manos quietas.

—¿Qué estás pensando?

—Ya lo verás, no seas impaciente...

Rodrigo

Recojo el café y al girarme veo a Aysel venir hacia el bar con las sobras para tirarlas.

—¿Ya está todo?—Ella asiente, le pago al camarero y nos vamos hacia donde estábamos antes.

—Toma, espero que te guste—Aysel mira el helado y lo coge.

—Gra... Gracias.

Parece tensa y se pone roja. ¿Por un simple helado? Mujeres. Pero pese a eso, sonrío. Lo abre, es un almendrado, y empieza a comérselo. La miro de reojo cuando llegamos al borde de una de las almenas del castillo, para poder observar el mar desde aquí, y veo como disfruta de verdad con el helado. Me pierdo en el tiempo, en los recuerdos, en cuando era una niña, si quería sacarle una sonrisa sólo tenía que darle un helado. *Para Rodrigo*, me digo, pues hace rato que nuestra relación esta pasando a ser incómoda.

Me suena el móvil que llevo el pantalón del bañador, y lo saco. Carla. ¿Qué querrá esta ahora?

Decido no cogerlo, al rato deja de sonar. Aysel me mira sin decir nada, termino el café y al ir a dejarlo en la mesa me vuelve a sonar el móvil.

—Tal vez sea importante—Eso me temo, por eso no lo quiero coger.

—No lo creo—Levanta los hombros y mira hacia la playa.

—Me gusta este sitio. Alguna vez he venido...

—¿Sola?

—Sí. A mi amiga estas cosas no le van.

—¿Sólo tienes una amiga? — digo algo divertido.

—No claro que no... —Pone cara de pensar—. ¿Mis padres se pueden contar como amigos?

Rompo a reír y ella, pese a que me mira con cara de enfado, al final acaba riendo conmigo.

—Soy patética.

—No, más vale una que sea legal, a miles que no lo sean...

Toso incómodo, no sé por qué he dicho eso. Ha sido demasiado profundo para mí. Con Aysel me es muy difícil estar siempre alerta, con ella me siento libre, soy yo mismo, y eso no me gusta.

—Ya hace mucho calor aquí. Vamos te llevo a casa.

—Claro.

Vamos hacia la moto. Aysel parece distante, y lo prefiero así.

—Se me hace raro haber pasado el día contigo. Y temo que cuando me

dejes en mi casa, todo seguirá como siempre, será así ¿verdad?—No sé que decir, siempre temí que ella pudiera ver más en mi interior que ninguna otra persona y parecer ser que es cierto. Yo tenía pensado dejarla en su casa y hacer como si este día no hubiera tenido lugar—. No importa Rodri—Me paro y la miro. Nadie me ha llamado así desde que lo hacia ella—. ¿Por qué me miras así?

—Por... por nada—decido cortar con todo esto de raíz—. Mira Aysel, hoy lo he pasado muy bien. Ha sido... divertido, quedar con una enana...

—Seguirás tu vida. Lo he entendido.

—Es mejor así. Lo hago por ti.

Aysel me mira enfadada, sus motas doradas brillan en sus ojos con intensidad.

—Vete a la mierda Rodri. No digas que lo haces por mí. Lo haces porque te da la gana.

—Deberías lavarte esa boca. Hablas fatal—digo tratando de clamar su enfado, aunque debería dejar que se enfadara conmigo, que me odiara y pensara que todo lo que dice la prensa de mí es cierto, pero no puedo.

—Sólo contigo—Admite con una pequeña y pícaro sonrisa bailando en sus labios.

—Ah, me alegro que sólo yo pueda sacar lo peor de ti—digo divertido, pero en el fondo algo molesto.

Tengo razón, ella no sacaría nada bueno de ser mi amiga. Además... ¿yo para qué necesito nada de eso? Estoy muy bien así. *Cómo me gusta mentirme a mí mismo*, pienso con amargura. Me sonrío y cuando llegamos a la moto veo un charco en el suelo. Me agacho para tocarlo. Es gasolina.

—¡Mierda! Algún desgraciado me ha vaciado el depósito de la moto.

Capítulo 7

Fantasmas

—*¡Vaya idea! Vaciarle el depósito de gasolina—Dice el hombre fantasma observando a su esposa.*

—*Una tiene magia para algo. Además, ya se me estaba oxidando al no usarla. Es una lástima que esté limitada por la maldición — contesta con pesar.*

—*Bueno, ¿y eso va a hacer que se unan? Yo creo que el chico en cuanto la deje en su casa, se alejará de su vida. Y tú también lo sabes.*

—*Sí, lo sé. Pero, por lo menos, les hemos dado más tiempo para que estén juntos—La mujer mira con tristeza a los dos jóvenes. Aysel está mirando a Rodrigo mientras este habla por teléfono.*

—*Él le ha dicho que la pide un taxi. Ella se irá.*

—*No se irá, se quedará con él. Ella no es como las demás.*

—*Y el chico es tonto por no darse cuenta.*

—*¡Tú sí que eres tonto! —Dice la mujer—.Él lo sabe perfectamente, por eso quiere alejarse de ella. No sé cuantas veces tengo que repetírtelo.*

—*Ese chico no es muy listo.*

—*Pues como todos los hombres. A ver si te has creído que éste iba a ser diferente.*

El hombre se da la vuelta malhumorado y camina por el aparcamiento.

—*Tú lo has sentido, ¿verdad? — el hombre mira a la mujer.*

Lo había sentido, pero no quería asustarla, pues sabía que les quedaba menos tiempo del que creía para evitar que el mal volviera a salir de su tumba de piedra, y tratara de destruir a las únicas personas que podían romper su maldición.

—*No he sentido nada.*

—*¡Mientes! Siempre pones esa cara seria cuando mientes y piensas que yo, así, no podré ver ninguna emoción.*

—No te soporto.

—Yo a ti tampoco.

Ambos miran como Rodrigo se alejaba hacia una de las almenas y como Aysel duda de seguirlo o no.

—No podemos permitirnos otro sacrificio—Ambos miran a los jóvenes—. Esta vez no podemos dejar que para separarlos acabe matándolos.

—Habrá que hacer algo.

—Al menos no algo tan estúpido como vaciarle el depósito.

—Si vuelves a decir...

Pero al girarse el fantasma hombre había desaparecido. La mujer bufó y contempló la escena de los dos jóvenes, en silencio. Si ellos supieran que es lo que se les viene encima... Sintió lastima por ellos. No, por primera vez, se sentía egoísta, porque para salvarse ellos tuvieran que usarlos y que la vida de los jóvenes estuviese en peligro. Pero el día que revocaron la maldición, estaban desesperados y no pensaron en las consecuencias. A veces uno nunca piensa en las consecuencias de sus actos hasta que es demasiado tarde.

Aysel

Miro a Rodrigo, apoyado en una de las almenas que hay en el aparcamiento al aire libre, me ha dicho que soy estúpida por no irme. Y me ha comentado que llamaba un taxi y me da dinero para que me lleve a mi casa, me he negado, por supuesto, cosa que no ha debido de sentarle muy bien, pues se ha alejado de mí profiriendo maldiciones. Al final me decido y me acerco a donde está. Lo miro y me pongo a su lado.

—Deberías irte.

—No me iré. Vas a ir a por gasolina e iré contigo. No eres quién para decirme lo que debo o no debo hacer.

Quiero parecer seria, pero en verdad estoy temblando por si me echa sin

más. Soy consciente de que cuando le diga hoy adiós, tal vez sea para siempre.

—Eres muy testaruda... — Rodrigo me mira y yo lo miro desafiante—. Haz lo que quieras, pero tenemos una buena caminata y tú vas en chanclas.

—No me importa.

Lo miro a sus ojos verdes y me pierdo en ellos, nunca he visto unos ojos tan increíblemente verdes y tan intensos. Una vez más, al mirarlo, veo esa soledad que no quiere mostrar a nadie y sé, que si le digo que la percibo, dejaría de mirarme a los ojos.

—Mocosa insensata. Vamos, antes de que sea demasiado tarde.

Rodrigo empieza a andar y baja delante de mí, se vuelve y me coge de la cintura para bajarme.

—No estoy inútil—digo sonriéndole. He conseguido retrasar la despedida, al menos unas horas.

Y eso me hace sentir triunfal.

—Me alegra saber que esa sonrisa que tienes en la cara, se te borrará cuando tengas que subir la cuesta del castillo, andando.

Rodrigo me sonrío pícaramente y sigo andando. Me pongo a su altura y él, como si fuera lo más normal del mundo, me coge la mano, otra vez. No trato de quitársela, pues me encanta estar así, me siento otra vez esa niña que confiaba ciegamente en su hermano mayor. ¿Me estaré equivocando al dejarme llevar por él tan fácilmente? Lo miro y al recordar su mirada triste y solitaria, sé que no, siento que no, pues tengo la sensación que Rodrigo, más que nadie, necesita que alguien confíe en él, y me da igual que una parte de mí piense que tras lo que sé de él por la prensa, pueda estar cometiendo un error, quiero juzgarlo por lo que él me muestra, no por la prensa sensacionalista. Aunque yo sea una mocosa como él dice.

Llegamos hasta al final de la cuesta, me duelen los pies de las ampollas que me han salido por mis chanclas nuevas, pero prefiero no decir nada, porque así Rodrigo no tiene una razón para mandarme a mi casa. Y eso es algo que

quiero retrasar al máximo. Rodrigo no ha ido lento, no hemos hablado mucho durante el trayecto, pues era ya de por sí demasiado complicado respirar.

Sólo de pensar en la subida... pero yo lo he querido así, y no daré a Rodrigo la oportunidad de decir que: te lo dije.

Vamos a por la gasolina y, para mi sorpresa, Rodrigo no me suelta de la mano. Me siento feliz por ello. Me siento como si, al estar unidas nuestras manos, fuera lo que debe ser. Encajan sin más. Pero luego me acuerdo de la vida que lleva Rodrigo y sé que soy una tonta al ilusionarme por esto, cuando estará cansado de cogerle la mano a sus ligues. ¿Por qué me siento flotar y la vez me siento triste? No puede ser que lo que siento por Rodrigo sea algo más que un amor de hermano... aunque él no es mi hermano. No puede ser nada más. Pero sé que siempre ha habido algo más, algo que he tratado desesperadamente de no querer reconocer, pero es más fuerte que mi determinación por no sentir por él más que un amor de hermano. Ojala se pudiera dejar de querer cuando se quisiera, o elegir de quién se enamora uno, así se sufriría menos, pero no se elige y yo, pese a negarme a sentir nada, sé que ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo por estar a su lado y por sentir su cálida mano aferrar con fuerza la mía.

Lo miro y lo veo a mi lado tan guapo y tan confiado en sí mismo, que me siento una intrusa en su vida. Lo mejor es no hacerme ilusiones con él. Tiene razón, no encajamos. Y no porque él no encaje en mi vida, sino porque yo estoy a años luz de encajar en la vida que ha formado a su alrededor. ¿Por qué no puede ser más fácil?

Rodrigo

Es una mocosa testaruda y cabezota. Pero en parte, he de ser sincero conmigo mismo, me gusta que se haya quedado, hecho que más que alegrarme,

me molesta. No se por qué la llevo de la mano, pero me gusta, nunca lo he hecho antes con otra chica, sólo con ella. Tal vez la llevo de la mano, porque necesito saber si Aysel sigue confiando en mí. Es algo estúpido y algo que no necesito en mi vida para nada. Trato de convencerme, mientras siento la calidez de sus dedos y el placer de su presencia a mi lado. Me digo mientras sé, que por más que trate de negarlo, siempre he sentido algo por ella, siempre he sabido que si un día llegara a amar a alguien, sin duda sería a ella. Pero ahora mismo prefiero pensar que no ha llegado el día de amar a nadie, que aun no la amo como sé que acabaré haciéndolo si esta amistad llegará más lejos, y eso es algo que no puedo permitirme, pues mi mundo es muy oscuro, estoy rodeado de mentiras y de hipócritas, que harían cualquier cosa con tal de lucrarse a mi costa, aunque para eso deban arrastrar al fango a alguien que no se lo merece.

Pero aquí estoy ahora, aferrando su pequeña mano, como un estúpido que no hace más que alargar la agonía que vendrá tras dejarla en su casa y desaparecer de su vida, como si este día nunca hubiera tenido lugar en nuestras vidas.

Pasamos por un quiosco y me detengo para comprar agua. Pero al hacerlo me arrepiento, pues en más de una revista del corazón salgo con Carla. Miro a Aysel, ella me sonrío como si no pasara nada.

—Ya las había visto. La verdad es que no sales muy bien en estas fotos.

Pese a su sonrisa miro las fotos, y me arrepiento de haberme dejado llevar por alguien como Carla. Ella me engañó y yo, tonto de mí, creía que lo tenía todo controlado, pero no era así, la muy... desgraciada, había contratado a un fotógrafo para asegurarse la exclusiva cuando la dejara. No sé qué vi en alguien como ella, aunque la verdad es que la mayoría de veces me pregunto qué veo en las mujeres con las que paso la noche. O más bien, el rato... qué diablos, ¡me gustan las mujeres! Sólo buscan placer en mí y yo no quiero nada más de ellas. De ella no y, sin poder evitarlo, mi mirada se posa en Aysel. De ella no...

—¿Quieren algo?—Miro al dependiente y salgo de mi ensoñamiento,

saco mi cartera y miro a Aysel.

—¿Quieres algo más aparte de agua? — Aysel mira la sección de chucherías—. Eso es para niños.

—Yo al revés que tú, hace poco que deje de ser una niña. Quiero dos de éstas—Las señala y el dependiente se las coge—, otras dos de ésta y de ésta y una bolsa de pipas.

—Sí, lo mejor para combatir la sed es una bolsa de pipas—Aysel me mira seria—. Lo que tú quieras, enana.

Pago cuando Aysel deja de pedir marranadas y nos alejamos de allí. Abro una de las botellas y me la bebo casi toda, Aysel lleva otra pero no la ha abierto.

—Abrimos primero una y luego otra—dice cogiendo mi botella y bebiendo con total naturalidad.

Me quedo desconcertado por este hecho. Todo es tan normal, tan sencillo, que no parece que me haya pasado toda la vida alejado de su lado. Me devuelve la botella y me bebo lo que queda un trago, y la tiro para coger la que lleva en la mano y así llevarla yo. Seguimos andando y no puedo coger a Aysel de la mano *porque va rebuscando entre la bolsa de chucherías*, pienso molesto.

—¿Quieres?— dice tras meterse un dulce en la boca.

—No me gustan esas porquerías.

—Claro, esto son porquerías y el alcohol no lo es—La miro y ella me mira seria—. Tú has empezado.

—Trae—Le quito la bolsa y me meto una golosina en la boca—. Hace años que no pruebo una chuchería.

—Ahora me dirás que no las pruebas desde que no nos vemos.

—Es posible.

Es cierto, yo era un niño, y prácticamente por aquel entonces empezó mi rebeldía contra el mundo. Me niego a creer que fue por ella...

—Nunca es tarde.

Sigue comiendo chucherías y, para mi pesar, me veo metiendo la mano en la bolsa y cogiendo otra.

—Ya no queda mucho para llegar— digo al poco—. Un amigo mío tiene un taller.

—¿Un amigo tuyo que trabaja?— comenta con ironía sonriendo.

—No sólo me junto con hijos de papa, que lo que mejor saben hacer es dejar a cero sus cuentas corrientes—No digo como yo, pero por la forma de decirlo Aysel ha entendido erróneamente que me incluyo en este grupo. Prefiero no decirle que aunque me gusta enfadar a mi padre, no soy un cabeza de chorlito que gasta sin tener en cuenta lo mucho que cuesta conseguir el dinero.

—Eso es un punto a favor y uno en contra tuyo. No deberías malgastar el dinero.

Sonrío y veo como abre la bolsa de pipas.

—Se me da bien gastar dinero—Bromeo mientras la veo comer pipas—. Eso te va a dar mucha sed.

—Siempre puedes comprar más agua. ¿No se te da bien gastar dinero?— Bromea. Me saca la lengua divertida.

—Por cierto, ¿te has venido sin dinero?

—Umm... tengo un euro. ¿Lo quieres?

—Claro que no, tonta. Es sólo que te has ido de la fiesta sin dinero y sin nada.

—Mi amiga lleva mis cosas... ¡O no! Debe de estar preocupada por mí...o eso creo—Noto la duda en su voz y sinceramente por lo poco que conozco a su amiga, dudo mucho que esté preocupada por ella—. ¿Tienes móvil?

—Al revés que tú, yo sí soy precavido.

—¡Ja! — Me río y ella sonrío, saco el móvil y se lo ofrezco.

—Si no me equivoco este móvil es ahora mismo el mejor del mercado ¿no?—Asiento—. Es bonito.

Marca el número usando el método de “número desconocido” por

sugerencia mía y Aysel acepta, pues no le apetece que su amiga la interrogue de por qué llama desde mi móvil y cuando le da a llamar, me acuerdo de quién es su amiga y que tengo su móvil anotado en el mío. Y no pone precisamente su nombre.

—¿Babosa? ¡¡Tienes el número de mi amiga apuntado como babosa!!

—Ella es quién se ha ganado ese apodo.

—¿Apodas a todos tus ligues?— Me mira—.Sí, por tu cara ese es un sí —Su amiga coge el teléfono y Aysel le dice que está bien y que ya la llamará mañana y quedará con ella para recoger su móvil y su cartera—.Toma—Me tiende el móvil y lo guardo—.Ella cuenta de ti cosas muy distintas.

—¿Así? ¿Y que te dijo?

—Eres un creído. No creo que le guste saber que la llamas babosa—Me dice con un deje de reproche en su voz.

—De hecho no es la primera babosa que tengo en mi lista. Has visto el número, es un número correlativo—Se para.

—¿Te has besado con doscientas chicas? — Verla decir eso de mí en voz alta me molesta, para mí son sólo besos, pasar el rato, hasta que Aysel lo dijo para mí estaba bien, pero ahora me siento incómodo hablando con ella de ese asunto.

—Cambiemos de tema. Además, no es que sea una babosa, es un nombre que usamos mis amigos y yo cuando nos liamos con alguna, por una broma de cuando éramos niños. Gus tras su primer lío dijo que la tía parecía una babosa besando. Y ya lo usamos así... es mejor cambiar de tema— No sé por qué le he confesado esto. La verdad, es que me ha salido solo. Tal vez, para que no piense de mí que soy un insensible por poner este mote a las jóvenes con las que me lío. Si no guardo sus números por su nombre es porque olvido su nombre...y a ellas con facilidad.

—Sí, mejor. Será mejor que no le diga a mi amiga lo que piensas.

No digo nada, realmente no sé que decir. Se me hace muy raro hablar

con ella de su amiga y yo liándonos. Me siento incómodo.

—¿Queda mucho?

—¿Ya te has cansado de mi compañía?—Le sonrío, pero en fondo espero que me diga que no.

—No, es sólo que quiero saber donde me llevas.

—Vaya no cofias en mí.

—No te conozco como para confiar en ti—lo que dice es cierto, pero aun así me molesta. ¿Qué esperaba? ¿Qué confiara en mí sin más? Ya no es una niña. Y yo no quiero su confianza...

—A tres calles de aquí—La digo serio, pues cuanto antes acabemos con esto mejor. No he cambiado de idea en lo que se refiere a desaparecer de su vida cuando la deje en su casa.

Aysel asiente y andamos en silencio unos metros. La observo de reojo y Aysel me pilla mirándola. Nos quedamos mirándonos en silencio y me parece ver resignación en su mirada antes de apartarla.

—¿Quieres?—dice ofreciéndome pipas de manera natural. Cojo la bolsa y me hecho un puñado en la mano.

—Luego nos vamos a arrepentir—Digo en tono amistoso, olvidando por el momento mi idea, y hacer menos amarga la inevitable despedida.

Aysel me observa y le sonrío cuando le devuelvo la bolsa.

—Te echaré la culpa, al menos para variar—Bromea dejando de estar seria, de momento.

Me sonrío y le devuelvo la sonrisa, ese era nuestro secreto de niños. Y me gusta saber que lo recuerda. ¿Qué me está pasando? Es sólo Aysel. Es mi pequeña Aysel. Y cuando por mi mente pasa el posesivo de *mi pequeña Aysel*, siento de verdad que eso es lo que quiero. Y eso me aterra.

Capítulo 8

Aysel

Llegamos a un taller pequeño y, nada más entrar el joven mecánico se acerca a saludar a Rodrigo de forma efusiva.

—¿Quién es esta preciosidad?—Me mira y Rodrigo lo mira serio antes de responderle.

—Una amiga.

Pero no me presenta y pasa hacia dentro con su amigo, que me mira de arriba abajo antes de irse. Me miro en un espejo que hay en el taller y me veo con mi vestido ibicenco y el bañador bajo este, no es mi mejor ropa y veo que me ha dado el sol en los mofletes, ahora se me ven las pecas.

Pienso en los cambios de humor de Rodrigo y siento en ocasiones, como si estuviera librando una lucha interna. He preferido dejarlo pasar, pues sé que esa lucha interna se debe a que no quiere prolongar este día a mi lado, me da miedo decir algo y que todo termine.

—¿Ves algo interesante?—Miro a Rodrigo a través del espejo—. Yo sólo veo una enana—Le doy y me giro para mirarle seria.

—Deja de decirme enana, ya no tengo cinco años, cumplí los dieciocho hace poco.

—Eso no te hace ser mayor, enana—Sonríe y lo miro seria.

Tiene razón. Salgo fuera del taller y, al poco sale Rodrigo con una

botella de plástico de litro y medio, llena de gasolina.

—Vamos.

Lo sigo, pero no sé por qué, me ha molestado su comentario y que no me presentara siquiera. ¿Qué esperaba? Para Rodrigo esto sólo es un día atípico, un día que no tiene intención de repetir, lo he sabido ver perfectamente en sus ojos más de una vez.

Llegamos al castillo y empezamos a subir en silencio, Rodrigo ya no ha hecho amago de cogerme la mano y yo voy un poco alejada de él. Lo cierto es que no me importa estar en silencio, pero ahora este silencio me resulta incómodo.

—Siento si te ha molestado el comentario—dice entre dientes.

Me paro para preguntarle, y al hacerlo resbalo con una piedra y el zapato se me sale del pie. Siento una mano en mi cintura y sé que, gracias a los reflejos de Rodrigo, no me he caído al suelo.

—Pero, ¿estás loca? ¿Te has visto los pies?

Me miro los pies y veo las heridas de las rozaduras que me han dejado las chanclas nuevas.

—No pasa nada.

—¡Y un cuerno que no pasa nada! ¿No pensabas decirme que te hacían daños las chanclas? No, claro que no—Adivina sin que yo comente nada.

—No me duele... casi.

—Ja, a otro con ese cuento, quédate aquí sentada que yo iré a por la moto.

—No pienso quedarme aquí sentada.

—Más te vale que sí—Empieza a subir y lo sigo—. Pero, ¡serás cabezota! – dice tras pararse para mirarme. Lo veo dejar la botella en una roca y venir hacia mí. Se agacha un poco ante mí, de espaldas—. Sube.

—No, puedo andar solita.

—No me colmes más la paciencia Aysel.

Me da vergüenza subir a “coscoletas”, pero al final accedo y Rodrigo me alza a su espalda con suma facilidad, como si yo no pesara nada. Siento su espada amplia y, con reticencia, acabo por poner las manos alrededor de su cuello. Rodrigo se agacha a por la botella y continuamos el camino. Mi corazón late con fuerza al sentirlo tan cerca, no debería latir así de fuerte por él, pero lo hace, es algo que no puedo controlar. Me sorprende a mí misma agachando la cabeza para dejarla descansar en el hueco de su cuello. Me gusta su cercanía, me gusta demasiado.

—Cuando eras niñas no ponías tantos reparos en usarme de caballito.

—Cuando era niña, aunque te cueste creerlo hace años que dejé de ser una enana.

—Lo que tu digas—Bufo y Rodrigo se ríe—. ¿Te acuerdas?—Me pregunta al poco refiriéndose a cuando me llevaba a caballito.

—Sí.

—Me sorprende que te acuerdes de tantas cosas.

—Tengo buena memoria. Veía esos dibujos de la princesa y su caballo.

—Esos estúpidos dibujos. Luego me tocaba hacer de caballo para que me dejaras tranquilo un rato.

—En el fondo yo creo que te gustaba.

—Tú sueñas—Me río ante la voz seria de Rodrigo y me dejo llevar por él.

Cierro los ojos, pues esta sensación es tan buena que no puedo evitar perderme en el placer de sentirlo tan cerca. Me siento tan plena estando cerca de él, que es algo que me asusta y me encanta por igual.

Rodrigo

No sé si antes me gustaba o no esta sensación, pero ahora sí, y

demasiado. Me gusta sentirla cerca, esto tiene que acabar. Hoy ha sido un día muy raro, tengo que volver a la realidad y pronto. Si no, acabaré pensando que todo puede ser como antes y que soy tan bueno para ella como puede serlo cualquier otro. Pero esa no es la verdad. La verdad es que acabaría arrastrándola por el mal camino, y me pasaría toda la vida culpándome por haber destruido algo tan bello y puro. Y lo peor de todo, su libertad. La prensa no la dejaría tranquila si me ven mucho tiempo con ella, hoy en caso de vernos no ven nada interesante al no ser Aysel alguien conocida y no estar haciendo nada escandaloso, pero si me vieran pasar más tiempo con ella, eso sí levantaría sus sospechas y la acosarían. No quiero que ella pase por lo que yo estoy pasando y que odio. Pero ahora me permito soñar y sentir su respiración en mi hombro. Sus pequeñas manos me rodean y me siento más unido a ella de lo que nunca me he sentido a nadie. Me da más miedo esto que siento, que todos los deportes de riesgo que realizo.

Llegamos a la moto y la dejo con cuidado en el asiento de atrás. Me mira con sus increíbles ojos dorados y yo, por primera vez, me quedo sin saber que decir.

—Bueno, ya es hora que te deje en tu casa. Ya he perdido todo el día sacándote de paseo.

Por su cara sé que le ha dolido, pero yo soy así. Hago daño a quien me rodea. Es mejor que lo sepa cuanto antes. Aparto la mirada, pues ya estoy pensando decir algo que alivie su dolor. Pero me siento un cabrón por actuar así con ella, pero lo reprimo y comienzo a echar la gasolina en el depósito, cuando echo toda la de la botella me siento en la moto y doy un casco a Aysel y me pongo yo el mío. La pongo en marcha y espero que ella ponga sus manos sobre mi cintura, pero al mirar hacia atrás veo que sus manos están en las asas de la moto. Yo me lo he buscado, es mejor así.

Salimos del castillo y lo hago como si quisiera huir de algo, como si con la velocidad a la que vamos pudiera dejar atrás los pensamientos que me

atormentan y me ahogan. No tardamos en llegar a su casa. Siento como Aysel se baja de la moto con rapidez y se quita el casco.

—Supongo que esto es un adiós—La miro a través de mi casco. No es tonta y sabe que lo que ha pasado hoy ha sido algo raro y que no va a volverse a repetir, se podría decir que ha sido un paréntesis en nuestras vidas y cuando me vaya todo volverá a la normalidad—. Adiós entonces, espero que te vaya todo bien.

No digo nada, solo asiento, a veces sobran las palabras, pero al poner la moto en marcha y alejarme, sé que, sino dije nada, es por que no quiero decirla adiós. ¡Maldición! ¿Qué necesito para saber que yo soy lo peor que le pasaría en la vida?

Capítulo 9

Fantasmas

Los Luceros están tranquilos, son más de las cuatro de la noche y casi todo el mundo duerme en sus casas. Pero había dos fantasmas que no lo hacían, que vagaban por la plaza sin ser vistos, sin que nadie los molestara.

—No me gusta, no me gusta nada—Murmura la mujer, tensa.

—Por ahora está calmado.

—Está preparado para actuar.

—No dejaremos que haga nada malo. Aún no es fuerte, nosotros sí —matiza el hombre.

—Pero estamos muertos. ¡¡Es que no te das cuenta!! Por ahora podemos parar sus ataques, pero... ya ha comenzado. El padre de Aysel ha empezado a recibir la influencia del mal.

—Aún hay tiempo.

—Pues hace dos semanas que Aysel y Rodrigo no se ven.

—Y lo hemos intentado todo... o casi todo.

—¿Otra vez tramando algo, mujer?

La mujer no dice nada, sólo mira al hombre con una sonrisa y desaparece de allí. El hombre, se lleva las manos a la cabeza.

—¡Qué dios nos ayude! no sólo tengo que luchar contra el brujo, sino

con una mujer casamentera.

Aysel

Dos semanas sin saber de él, pero sin dejar de pensar en él. Cierro los ojos y sólo veo su mirada, su soledad. Lo mismo pasan años antes de verlo... Me gustaría poder ser más valiente y atreverme a llamarle, a exigirle que debemos ser amigos. Pero no lo soy, y cada vez que pienso hacerlo, mil excusas se presentan en mi cabeza, y todo eso no son más que tonterías para no aceptar la verdad: que me rechace y tener que reponerme a su negativa. Lo echo de menos. Sólo fue un día después de muchos años de su ausencia. Pero fue un día mágico, no dijimos casi nada, pero sí sentimos, yo me sentí unida a él. No sé qué hacer para recuperar a mi amigo. Tal vez debería rendirme...

—¿Aún estás sin arreglarte?—Miro a mi madre que acababa de entrar en mi habitación.

—Ya casi estoy.

Hemos quedado para cenar con unos amigos de mi padre, no tengo muchas ganas de ir, pero me lo ha pedido por favor y no he podido negarme, además, necesitaba un respiro tras los exámenes de selectividad.

Llegamos al restaurante que esta en El Campello, veo que los amigos de mi padre han elegido cenar fuera. Les saludo, ya los conozco de otras veces, también conozco a su hijo, no ha debido venir, pero mi suposición se contradice cuando Leandro sale del restaurante y viene hacia mí.

—Hola preciosa—Me da un cariñoso beso en la mejilla.

—Hola.

—Veo que te han obligado a cenar aquí con ellos. Lo mismo que a mí
—Me dice tratando de parecer molesto pero sin conseguirlo.

Leandro es un chico muy guapo, estudioso, educado, amigos de sus amigos, solo se lía con una chica si la ama de verdad... *Todo lo contrario a Rodrigo*, pienso para mi pesar.

Nos sentamos a cenar y cuando llegan los postres Leandro me propone ir a andar por el paseo marítimo que esta al lado del restaurante. Acepto, mejor que escuchar a nuestros padres hablar de negocios.

—¿Qué tal las clases? ¿Sabes ya la nota de selectividad?

—Bien, con ganas de que acaba el curso y no, aun no sé la nota.

—Seguro que tendrás una buena nota y luego vendrá la universidad, aunque ya sabes que yo te ayudaré en todo lo que pueda—asiento. No pongo en duda que Leandro me ayude—. Luego he quedado con unos amigos, si quieres venir... Lo pasaremos bien y así te olvidas un poco de los estudios, te mereces un descanso y celebrar que casi estás en la universidad.

—No me va mucho eso de salir de fiesta...

Escuchamos el ruido de una moto y nos giramos a mirarla. Cuando lo hago me doy cuenta que es Rodrigo. Para a pocos metros de nosotros en una heladería. Se quita el casco y saluda a unos amigos. Mi corazón late desbocado y me quedo quieta luchando con mis ganas de ir a decirle algo. Pero lo único que saldría de mi boca sería un simple: hola. Al final, me decido por girarme hacia Leandro y seguir andando, pero no hemos dado dos pasos cuando mi madre nos llama.

—Vamos a tomar un helado.

Veo que mi padre se ha sentado en la heladería donde esta Rodrigo. No han debido verlo.

—No yo...

—Vamos.

Leandro me coge del brazo y vamos hacia la mesa. Miro a Rodrigo y lo veo mirarme con cara seria, mi padre esta de espaldas a él, mejor. Pedimos los helados y trato de prestar atención a lo que me dice Leandro, pero no puedo, solo pienso en Rodrigo, y en lo tonta que me siento estando sentada a pocos pasos de él y no decirle nada.

—Mira quién está hay—Mi madre está tomando su horchata y mira hacia Rodrigo —.Es un perdido, lo siento por su madre.

—¿De quién hablas?

Mi padre se gira y yo miro de reojo a Rodrigo, él no nos mira, parece ajeno a nosotros.

—Menuda le ha caído a su madre, pero por su padre me alegro. Se lo merece.

—No deberías hablar así de él, no lo conoces—Defiendo a Rodrigo incapaz de callarme.

—Tú tampoco —me recuerda.

—No, por eso mismo no puedo hablar de él.

—Además, se lio con una mujer mayor, el otro día vi las fotos. Ella dice que tiene treinta pero sé que son más de cuarenta y dos los que tiene. Al final todo se acaba sabiendo y seguro que Rodrigo lo sabe. Ese joven no sabe lo que es la decencia—Alega mi madre en defensa de su criterio.

—Las chicas decentes como tú no se acercan a jóvenes de su clase —comenta el padre de Leandro.

Me muerdo la lengua para no decirles cuatro cosas, al final opto por levantarme.

—¿A dónde vas hija?

—Voy a ver si encuentro... conchas. Ya sabes como me gustan.

—Te acompaño—Leandro comienzo a levantarse.

—No, ahora mismo vengo, tú quédate aquí.

Les sonrío, cojo mi limonada y camino hacia la playa. Cuando llego a

esta, empiezo a andar para calmar mi furia. ¿Cómo pueden ser así? ¿Por qué hablan de Rodrigo sin conocerlo? Seguro que lo ha escuchado todo. Siento vergüenza ajena por lo que han dicho. Y me da rabia que lo juzguen tan crudamente. Me siento mal por él, y no sé cómo decirle que yo no pienso lo mismo.

—No deberías ir sola por la playa—Miro delante de mí y veo a Rodrigo—. Y yo no debería estar aquí, sólo dios sabe por qué te he seguido.

Lo miro seria. Rodrigo se acerca a mí y coge mi vaso para beber de mi limonada como si nada.

—Yo no pienso como ellos.

Rodrigo me da la limonada, siento que me molesta en las manos y la dejo en la arena.

—Deberías. Es la verdad.

Pero yo no lo creo así. Él me ha dejado ver parte de ese Rodrigo que no enseña a nadie, y sé que lo que dicen tiene muy poco que ver con la realidad. No entiendo por qué tengo esta fe ciega en él, ya no soy esa niña confiada que le cogía la mano sin más, pero, aun no siéndolo, siento que confío en él.

—Es injusto.

—No te angusties enana, yo pienso como ellos de mí mismo.

—No se como puedes decir algo así—le digo indignada—. Eres bu...

—Ni se te ocurra decir que soy bueno. Prefiero mil veces ser lo que ellos han dicho, que ser un pelele y un buenazo para nada.

—Piensa lo que quieras. Qué más te da lo que yo opine de ti.

Comienzo a irme y Rodrigo me llama.

—¿Qué?—Me giro y lo miro, está serio.

—Sí me importa lo que tú pienses. ¡Y, maldición, no debería ser así!

Me acerco a él. Nuestros ojos se encuentran en esta oscuridad, tan solo iluminada por las tenues luces de las farolas del paseo.

—Yo prefiero juzgarte tras conocerte y no hacerlo sin tomarme la molestia de saber cómo eres en realidad. ¿Me dejarás conocerte?

—Me pones en una encrucijada. La razón me dice que te deje marchar...

—¿Y el corazón?— Al decirlo, el mio me late con fuerza. Y espero agitada una respuesta.

—Que recupere a la amiga que un día confío en mí. Pero ya no creo en esas mariconadas de creer en el corazón... — Parece incómodo y no puedo evitar sonreír.

Lo miro, y sé que es una locura lo que me impulsa el corazón a hacer, pero tal vez esta sea la última vez que lo veo y me muero por saber que se siente entre sus brazos. Me acerco a él y dubitativa le abrazo, a la espera de que cierre los brazos y me devuelva este abrazo que tanto que me esta gustando y tanto me ha costado dar.

—Esto es una locura.

Pero, dicho esto, siento su mano rodearme y lo noto apoyar su cabeza en la mía. Me recuesto sobre su pecho y aspiro su perfume, huele a colonia cara, y a él, como si aspirara la noche a través de él, o el peligro. Me gusta sentir su corazón y como sus fuertes manos me abrazan por la cintura. Me siento tan feliz que no puedo evitar que me inunde la tristeza por cuando esto termine. Sé que anhelaré siempre volver a estar rodeada de sus brazos. Es tan fácil acostumbrarse a lo bueno... Se está tan bien así.

—No quiero irme nunca... — digo el alto.

Se me ha escapado. Me tenso, pero también se tensa Rodrigo y se separa. Culpo a mi rápida boca por no haber callado las palabras que gritaba mi corazón con fuerza. No puedo evitar sentirme estúpida y avergonzada por lo que he dicho.

—Es mejor que te vayas.

—Rodrigo yo...

—Es mejor así, por favor.

Me mira con sus ojos verdes, cargados de dolor, y sólo pienso borrar de su mirada toda tristeza, pero escucho la voz de mi madre llamarme y sé que me tengo que ir. Me giro para mirarla y al volver a Rodrigo se está alejando. Miro al suelo y veo allí la limonada, que hemos dejado olvidada. ¿Qué he de hacer ahora? El corazón me dice que no lo deje marchar, que luche por él. Creo que he cometido el error de amar a Rodrigo, o tal vez siempre lo he amado y es ahora cuando por fin reconozco que si nunca lo olvidé fue precisamente por eso mismo.

Rodrigo

He hecho lo correcto, debía alejarme de ella. Pero ahora en el *pub*, con mi bebida preferida en la mano y un número de chicas guapas adulándome, no puedo evitar pensar que la he traicionado, otra vez. ¡¡Maldición!! Es mejor para ambos que me aleje. Pero tal vez estoy tomando el camino fácil. ¿Qué mal me podría hacer conservar mi amistad con Aysel?

Me ha gustado estar con ella y he disfrutado del abrazo, tal vez demasiado. Aún recuerdo su pequeño cuerpo acurrucado en mis brazos, me he sentido tan bien, tan pleno, que me ha dado miedo. No soy tan tonto como para no saber que siento algo por ella. Siempre ha sido así, pero ¿amor? No, no puedo sentir algo así, algo que sólo nos haría desgraciados a ambos. O tal vez piense eso porque es más fácil poner una excusa que admitir el hecho de que me da miedo amar y no ser correspondido... No, no es eso. Pero no puedo dejar de pensar y de recodar la fuerza con la que me abrazó y la perfección con la que su cuerpo encajaba con el mio. Sé que es un error, que lo más sensato sería alejarme de ella y mirarla solo en la distancia. Pero, aun siendo un error, no paro de pensar cuando será la próxima vez que volveré a tenerla en mis brazos. Nunca creí que un simple abrazo pudiera ser tan intenso con la persona adecuada. Con

Aysel las pequeñas cosas dejan de ser insignificantes. Y eso me gusta, pero a la vez me aterra. Me aterra enamorarme de ella sólo para verla marchar, porque sé que es lo más justo.

No puedo condenar su vida por el mero hecho de haberme enamorado de ella. Y que la prensa la acose y especule de todo lo que hace, no quiero que nadie hable mal de ella. Ellos nunca conocerían a la verdadera Aysel, sólo contarían de ella lo que más vendiera, y eso no es justo. A veces el querer no es suficiente para que dos personas estén juntas. En mi caso, lo que siento me hace alejarme, pues no quiero para Aysel lo que yo tanto odio. ¿Estaré actuando con caballerosidad o estaré tomando el camino fácil por miedo a su rechazo? ¡Qué me aspen si lo sé!, porque ahora lo único que sí sé con certeza, es que me muero por estar a su lado una vez más.

¿En qué momento me tuve que cruzar en su vida? Todo estaba muy bien cuando sólo la miraba en silencio y me imaginaba como sería estar a su lado. Todo era más fácil cuando recordaba como de niña confiaba en mí sin más, pero ahora, aun siendo una joven adulta, vuelve a confiar en mí. Vuelve a seguirme sin más, no veo en sus ojos la censura por lo que soy, y sé que ella es capaz de ver tras los míos eso que nunca he contado a nadie, no puedo evitar perderme en los suyos y desear agarrar la mano que me tiende y cogerla con fuerza para no defraudarla por la confianza que me brinda. ¿Por qué confía en mí sin más? No le he dado motivos para que confíe, pero cuando éramos niños tampoco le daba motivos para ello, siempre la metía en líos y, aun así, día tras día, me volvía a tender la mano. ¿Por qué? No entiendo a Aysel y sin entenderla, aun sabiendo que es una locura, me siento invadido por la felicidad que me aporta saber que alguien en este mundo confía en mí. ¿Por qué demonios ha tenido que ser ella? No sé que camino tomar.

Siento que me vibra el móvil, lo saco y veo que tengo un mensaje de un número que desconozco:

No vuelvas a fallarme. Yo confío en ti. Aysel.

De todas las cosas que me podía haber dicho Aysel, esta es la que más me descoloca. Es una insensata. No debería confiar en mí Escierto que me ha descolocado recibir su mensaje, por primera vez no sé que hacer ni que decir. No tengo el control de lo que esta pasando entre Aysel y yo, y eso no me gusta. Me gusta vivir al límite, hacer deportes de riesgo, pero siempre yo decido cuándo y cómo y sé qué riesgo estoy corriendo. Con Aysel no lo sé, pues me veo superado por lo que nos esta pasando y no sé cómo va a acabar esto. Me da miedo, pues sé que yo no soy bueno conservando las cosas... Además, ya la he perdido una vez, el destino quiso que nos separáramos. Pero, aun sabiéndolo, me encuentro otra vez pensando en aferrar esa confianza que ella deposita en mí y hacer lo posible por no defraudarla.

No sé que hacer y eso me pone furioso, mi vida estaba muy tranquila hasta que la enana se cruzo en ella. ¿Por qué el destino ha querido volver a unirnos? No se da cuenta éste, que yo soy lo peor que podría pasarle ¿De verdad lo sería? Me aterra esa pregunta, no sé de donde ha salido, no sé por qué he pensado eso. Claro que lo sería... ¿o no? Otra vez me mi mente piensa por si sola. Maldición no sé que hacer.

Una rubia se acerca a mí y me sonrío, le sonrío y me pasa la mano por el pecho.

Bajo la mirada a sus pechos. Algunas no se andan por las ramas. Sonrío y la miro, pero, por primera vez al mirar a una mujer, sólo veo a Aysel, y en las ganas que siento de volver a abrazarla. Fue más intenso el abrazo que me dio, que todos los abrazos amorosos que me han dado tantas mujeres, de los que he perdido la cuenta. Aysel no lo sabe, pero con tan solo un abrazo, se ha grabado en mi memoria a fuego. Maldición, me gustó demasiado sentirla cerca. Antes de ver a Aysel en la heladería, había tenido una charla con mi padre y trató de enderezarme, de decirme que estoy arruinando mi vida. Soy su vergüenza, mi

hermano lo ha hecho todo bien... ¡Ah!, sí, mi querido y perfecto hermano, que dirige las empresas de mi padre, a su lado, es el hijo que todo padre desearía. Mi padre es mayor, estuvo casado antes de estarlo con mi madre, con la madre de Nico, cuando esta murió, el crió solo a su hijo hasta que llegó mi madre y se casó con un hombre que le sacaba quince años, pero que al parecer, según dicen, se casó por amor. Cosa que no tengo por qué poner en duda, pues aunque pase poco tiempo con ellos y piense que ellos me quieren lejos de su vida, lo cierto es que se quieren. Mi madre, se quedó al poco embarazada y me tuvo, cuando nació Nico ya tenía quince años. Y, desde ese día, se me recordó y se me educó para que fuera como mi admirado hermano. Es decir, una copia exacta de un hijo bien hecho. Pero la cosa no salió como ellos creían... qué se le va hacer. No pienso dejar que me manipulen y no ser más que un reflejo de lo que se espera de mí. No estoy orgulloso de muchas cosas que he hecho, pero me gusta ser como soy y no pienso cambiar por nadie. Nadie merece que yo cambie por él. Y nunca lo haré. Nunca.

Mi padre me ha comentado que sería bueno que dejara las fiestas y empezara a sentar la cabeza. Que así no conseguiré nada bueno y nunca conseguiré a una chica decente que quiera estar a mi lado. Si el padre de Aysel supiera que él y mi padre coinciden en algo... Sonrío con amargura. No me importa, no me importa nada lo que ellos piensen. No necesito a nadie. Y en el mismo instante que pienso eso, aparece en mi mente la cara sonriente de Aysel. Soy un necio, pues sí necesito algo en la vida, lo único que no puedo, ni quiero tener. Necesito a Aysel.

Aysel

Estoy repasando unos apuntes cuando entra mi amiga Esther y se sienta a mi lado.

—No tardará mucho en entrar el profesor—Le digo antes de que hable,

sé lo que me va a preguntar y aun no sé que contestarle.

—Llevo todo el fin de semana llamándote. Me llamas el viernes para pedirme el número de Rodrigo Adriano y no me dices para qué. ¿No puedes pensar que me carcome la curiosidad de saber por qué alguien como tú se querría relacionar con él?

—¿Alguien como yo?

—No me entiendas mal, pero él está a años luz de ser tu chico ideal. No encaja contigo, sois la noche y el día. Hasta yo sé que no es un buen tío y eso que...

—No quiero escuchar más.

Bajo la mirada y trato de ignorar sus palabras, pero estas no paran de darme vueltas en la cabeza. Y no paro de pensar que, por muy distintos que seamos, yo no me veo tan lejos de él. Pero parece ser que soy la única que piensa así. Y odio que a todo el mundo le haya dado por recordarme cuántas diferencias hay entre nosotros.

Rodrigo no me contestó al mensaje, me costó horas decidirme a mandárselo y me pasé todo la noche soñando que sonaba el móvil y me despertaba para llevarme la desilusión de que no había nada. No me ha contestado y en vez de perder la esperanza, sigo mirando el móvil como una ingenua, esperando un simple mensaje. Soy patética. Tal vez debería aceptar que Rodrigo y yo somos como el agua y el aceite. Nunca se mezclan.

Siento dolor en el pecho al pensar en ese nunca, pues, pese a todo, sé que lo que siento es amor, y no un amor pasajero, un amor que lleva años fermentándose en mi alma. Me siento triste por sentir esto. Tal vez hubiera sido mejor que nuestros caminos no se hubieran juntado de nuevo, así hubiera seguido ignorando que lo que sentía por él era amor.

Las clases me están yendo fatal, no he parado de pensar en Rodrigo, en

lo que la gente dice de él y en lo que me ha dicho mi amiga: que no es par a mí. Entro el aseo y me echo agua en la cara, hoy iba tan nerviosa pensando que Rodrigo no me había contestado, que ni me he acordado de ponerme un poco de rímel en las pestañas. Es una suerte que no tenga la piel muy blanca.

—Vaya cara tienes—Mi amiga entra con su bolsa de maquillaje, con la que se retoca a casi todas horas—.Una mujer siempre tiene que estar perfecta.

—Tu cara parece un cuadro—Me da un empujón y me río—.Déjame algo—Le cojo el rímel y el lápiz y me maquillo de forma que no parece que lo esté.

—Ponte brillo de labios—Se lo discuto, pero al final ella gana la discusión y me pongo brillo de labios.

No me queda mal, pero me siento como si tuviera los labios llenos de caramelo. Luego, sin que me de cuenta, me echa de su colonia, para mi gusto es demasiado fuerte. Pero viendo su cara ilusionada prefiero callar. Espero que se pase pronto este olor.

Salimos del aseo y vamos a las clases que quedan. Cuando llega la hora del almuerzo, mi amiga me coge por banda.

—¿Por qué querías el número de Rodrigo? Y esta vez quiero la verdad.

—Si me prometes que no se lo dirás a nadie te lo digo—Mi amiga asiente y empiezo a comerme un bollo de crema, mientras mi amiga me mira expectante. Me hago la tonta y trato de pensar que le puedo contar—. Éramos amigos de niños... y cuando lo vi no nos reconocimos, pero el otro día me vio con mis padres y sí me reconoció, al verme con ellos—Me lo estoy inventando un poco, pero no quiero compartir toda mi historia con Rodrigo con ella—. Y me dijo que lo llamara para ver que tal todo, pero perdí el número.

—¿A las doce de la noche?

—Sí... Claro—La miro de reajo para ver si se lo ha creído y parece que sí, pues sonrío.

—Amigos de niños, vaya, quién lo iba a decir. ¿Y cómo era de niño?

—Un niño.

—Ya sé que era un niño, tonta. Pero, ¿era un bicho o un niño bueno?

—No me acuerdo bien—Miento y me siento incómoda al hacerlo, pero no quiero compartir ese pasado con nadie, es algo entre él y yo.

—Por eso el otro día cuando hablé de él, de que me liaría con él... cosa que conseguí... — Puntualiza y no puedo evitar tensarme tras recordarlo—. ¿Pasa algo? Lo digo porque tu reacción del otro día fue como la de ahora.

—No he tenido ninguna reacción, no he hecho nada—Matizo seria.

—Claro, claro— Me mira— . ¿Y, cuándo se supone que me cuentas lo que falta de la historia? — La miro seria—. Nos conocemos de toda la vida, y sé cuando cuentas las cosas a medias. Pones la cara más seria y piensas las cosas más de lo normal. Venga cuéntamelo, no diré nada.

—Vale—Al final me convence. Soy débil—. El otro día cuando lo vi en la piscina me fui con el, comimos juntos y pasamos la tarde en el castillo—Me mira emocionada—.Como amigos... como hermanos, más bien. Eso es lo que él era para mí. Luego nos dijimos adiós y supe que él no tenía intención de seguir con nuestra amistad, pero el viernes lo vi y mi padre dijo algo muy feo de él, por eso necesitaba decirle, que aunque no quiera volverme a ver, confío en él...

—¡Dios, estás colada hasta los huesos!

—Cállate—digo bajito y mi amiga me mira sonriendo—. No me gusta...—Me sigue mirando con una sonrisa pícaro—. Vale, un poco—Me mira y se ríe más—. Vale, vale lo admito, pero es un secreto.

—Y tanto... tienes un problema.

—Lo sé, no es para mí.

—Lo siento nena, pero es la verdad y nada me gustaría más que verte feliz, pero...

—Somos personas distintas.

—Muy distintas. Aun así, él ha hecho por ti algo que te demuestra que

le importas, aunque sea como amiga.

—¿El qué?

—Mira, conmigo se lió y lo siento Aysel, no sabía que te gustaba. Pero ya no hablare más de eso. De haberlo sabido nunca lo hubiera hecho, hay muchos como él— Me da un apretón en la mano—.Pero sólo me dio suss besos,sólo me enrolle con él, no hubo nada más que besos robados. No me habló, no me contó nada de él, su personalidad quedó escondida y así lo hace con todas. Con todas menos contigo, contigo hizo algo tan sencillo como ir a comer, y seguramente te hablaría no tratando de demostrar nada, sólo siendo quien es, no tiene que fingir contigo. Sería él mismo, ¿verdad?

La miro, pues me asombra tanto lo que ha dicho, como que haya salido de su boca. Pero tiene razón. Rodrigo conmigo es como es, no interpreta ningún papel, tal vez no nos veamos más, pero me mostró un lado suyo que guarda celosamente ante todo el mundo, menos a mí. O, tal vez, eso es lo que quiero creer, pues hace años que no veo a Rodrigo y no sé cómo será con otras personas. Tal vez, sólo haya deseado con fuerza que lo que ha dicho mi amiga sea cierto y he visto similitudes de lo que pasó ese día y lo que ha dicho. Quizá, esté desesperada por creer que para él fue tan especial ese día como para mí.

—Como me gusta tener razón.

Se ríe y mete el dedo en mi bollo de crema, yo solo puedo sonreír. Pues, aunque tal vez lo que ha dicho no sea cierto, también puede que sí lo sea, y prefiero pensar que por un día compartí con Rodrigo algo que no ha compartido con mucha gente. Necesito creer que fue especial.

Salgo de las clases y empiezo a bajar la cuesta, observo como la gente mira hacia la carretera y señalan algo. Me vuelvo y veo un coche que parece una nave. El tubo de escape hace bastante ruido y, aparte de eso, se nota que es un coche caro y a decir verdad muy bonito, aunque no entiendo de coches. Dejo de

mirarlo y sigo andando.

—No me hagas perseguirte por toda la cuesta—Me giro, pues reconocería esa voz en cualquier parte.

—¿Rodrigo?— digo, tras controlar a mí desbocado corazón que ha empezado a latir con fuerza tras escucharlo y es él mirándome desde dentro del coche con cara de pocos amigos.

—No te hagas la tonta y sube.

—No te había visto—digo yendo hacia el coche.

Rodrigo ha venido a por mí. Siento una gran sonrisa en mi cara y la reprimo para que no piense que me gusta mucho. Entro el coche y me mira, pero se acaba de poner unas molestas gafas de sol que no me dejan ver sus ojos. Cierra los cristales y me doy cuenta de que son más oscuros de lo normal. El coche es de cinco plazas, pero, por lo que, veo los de detrás irían bastante apretados.

—Si fueras lista no deberías haber subido al coche, ahora ya es tarde. Espero que no te arrepientas.

—No me arrepentiré — digo con una sonrisa.

—Eso lo dices ahora, enana.

—No me llamas así.

Se ríe y me relajo en el asiento del pasajero. Estoy feliz, ha venido a por mí. Lo miro de reojo y me quedo boba mirando lo guapo que es. Miro sus fuertes manos coger el volante. Me gustan sus muñecas morenas con las pulseras de cuero que lleva, el reloj es plateado y no me hace falta mirar la marca para saber que es de los caros. Aun así, Rodrigo no parece un pijo, simplemente parece una persona que tiene estilo para vestir y que sabe lo que quiere. No creo que siga ningún patrón a la hora de vestir, él es su único patrón. Pero, no sólo me atrae su belleza exterior, es su interior lo que me hace querer saber más, tener la fe ciega de que hay más. Pienso en las palabras de mi amiga y me aferro a ellas. Quiero conocer al Rodrigo que se esconde detrás de esta perfecta fachada. Lo malo es,

que una vez lo conozca del todo, ya nada podrá evitar que lo ame con toda mi alma. Tal vez no debería correr el riesgo. Pero justo cuando pienso eso Rodrigo se gira y me sonríe. Y s e que haría lo que fuera por saber qu e esconde tras esa triste mirada, aunque eso suponga amarlo en silencio.

Capítulo 10

Rodrigo

Llegamos a la hamburguesería y pedimos la comida. Me río porque Aysel pide casi lo mismo que yo, o más. No sabía que fuera tan comilona. Y eso me gusta. Estoy cansado de las chicas que solo piensan en su físico y viven del aire. Cogemos la comida y conduzco hacia una cala en la que no hay mucha gente porque casi nadie la conoce; salimos del coche con las bolsas y una toalla que llevo en el maletero.

Ponemos la toalla en la arena y la comida sobre ella. Aysel se quita los zapatos y se arremanga el pantalón, me río y me tira arena, al final hago lo mismo. Me siento y empezamos a comer. Sin poder evitarlo me pierdo mirando y viendo como va comiendo, un poco de todo.

No hemos hablado mucho desde que la recogí y no me ha preguntado por qué no he contestado al mensaje, no me atosiga con preguntas, sólo espera. Y eso me gusta, pues me hace sentirme dueño de la situación y no acorralado. Me pregunto por qué tiene que ser ella la única que me conozca también. No me siento como si tuviera que dar mil explicaciones por algo que ni, tan siquiera, yo sé como explicar.

—Siento no haberte contestado el mensaje—Digo cuando terminamos de comer y nos quedamos en silencio mirando el mar.

—No pasa nada. Hoy estás aquí—Se vuelve y me mira.

—¿Así de simple?

—Sinceramente... Me molestó un poco—le sonrío y ella me devuelve la sonrisa—. Pero ahora estás aquí.

Siento que es sincera. No puedo evitar apartar las cosas de la comida y atraerla hacia mí. Le paso el brazo por el hombro y, cuando ella se recuesta sobre mi pecho, me siento como si hubiera ganado algo muy importante. Y a la vez me siento algo tonto por mi impulso. Pero me gusta notar su pequeña mano en mi pecho y la mía apoyada en su pequeña cintura. Estoy tan a gusto que me da miedo lo que puede pasar cuando tenga que irme de su vida. Sé que siempre añoraré esto. Le cojo la mano y las miro entrelazadas, nunca me había cogido

tanto la mano con alguien, no recuerdo haberlo hecho antes de ahora, bueno, sin contar cuando éramos niños. Tal vez sea un imprudente, pero, desgraciadamente, lo soy. Llevo toda la vida enamorado de ella, sin querer reconocerlo.

—No se cómo sigues confiando en mí. A veces pienso que eres tonta —Se levanta y me mira malhumorada, sonrío—. No me mires con esa cara. Tú y yo estamos a años luz de parecernos, no tenemos nada en común, nada de nada.

—¡No! Por eso estamos aquí sentados mirando el mar, después de haber comido unas hamburguesas. No, definitivamente, no tenemos nada en común.

—Eres rápida, pero te llevo ventaja en muchas cosas.

—Pues enséñame—Me río con ganas de Aysel. Ella levanta la mirada para encontrarse con mis ojos, aun sonrientes.

—Ni de coña, enana.

—Ya veremos—sonrío y Aysel se deja caer otra vez en mi pecho.

—Estoy incómodo así—Se levanta pero yo soy más rápido y la pongo delante de mí—. Así mejor. Piensa que soy un sofá— Aysel se ríe y al final cede y apoya su espalda sobre mi pecho—. Cuando eras una niña no parabas de seguirme. Eras un coñazo.

—Sí claro, si yo no te hubiera seguido, no hubieras tenido a nadie a quien culpar de tus fechorías. Como la vez que robamos chocolate de la despensa y nos hinchamos a comerlo, dijiste que me habías pillado con las manos en la masa y que, como buen hermano mayor, habías venido a sacarme de la despensa. Te creyeron porque yo era una niña y tenía la cara llena de chocolate y tú no. No se como te soportaba.

—Ni yo. A veces creo que eras masoca.

—O una santa—Rompo a reír.

—Estás a años luz de ser una santa—me río y al final Aysel se ríe conmigo.

—¿Cómo esta Nico? ¿Le va todo bien?

—Sí, supongo que sí.

—Ponía en las revistas que se ha casado.

—Sí, es el padre perfecto tiene la mujer perfecta y dos niños perfectos. Tanta perfección me empalaga—Aysel romper a reír en mi pecho—. A veces, cuando éramos niños, él venía a verte y te hacía mimos, pensaba que él acabaría separándote de mí— No sé por qué he dicho esto y me siento incómodo tras haberlo confesado—. Dejemos este tema.

—No me caía bien—Me sorprende lo que dice y le pregunto por qué—. Porque todos se empeñaban en que lo imitaras. Era una niña pero nunca fui tonta. Y no me gustaba como tu padre te gritaba diciéndote que debías de parecerme más a Nico. Recuerdo que siempre me preguntaba por qué, y rezaba para que no cambiaras nunca. Nico era muy aburrido. Supongo que los polos apuestos se atraen.

—Supongo que eres la única persona que me soporta. Mi mujer perfecta — Digo con burla.

—No creo que sea la única, y creo que estoy a años luz de ser tu mujer perfecta.

Si tú supieras...Pienso mientras miro el mar sobre su cabeza.

—¿Te molesta?—dice al rato de estar en silencio, un silencio que no se me hace incómodo, pues no tengo la sensación de tratar de llenarlo con temas aburridos por decir algo. Me gusta estar aquí, con ella. Es como si lo demás no existiera, aquí solo soy yo.

—¿El qué?

—Que todo el mundo crea conocerte y nadie sepa nada de ti—Este tema me resulta demasiado serio y no quiero profundizar mucho.

—No me importa lo que la gente piense, nunca me ha importado.

—Creo que mientes.

No la contradigo y ella no añade nada más. Me gustaría decir que no me importa, que no me moleta, pero sería un hipócrita y, desgraciadamente, no lo soy.

—¿Qué tal las clases? Aunque, supongo que bien, eres un cerebritito.

—No lo soy, además, no sé cómo tú podrías saberlo—Cierto, me ha pillado.

—Tienes cara de eso.

—Sí, de niña empollona que no sabe hacer otra cosa ¿no?

—Lo cierto es que no, más bien tienes un aire dulce e inocente. Y... sí, algo de empollona.

—Tonto.

—Al final tendré que creérmelo, pues llevas todo el día diciéndome eso.

—Pues no sé a qué esperas para empezar—Me río y Aysel conmigo—. Hoy no me ha ido muy bien una de las clases.

—Vaya, lo siento. ¿De qué era?

—De inglés.

—El inglés se me da bien. Las inglesas también claro.

Aysel se remueve y me sorprende a mí mismo pensando si será por celos. Me alegraría por un lado que así fuera, pero por otro no sé si sería capaz de mantener lo que siento lejos, si supiera que ella siente lo mismo.

—No hablemos de tus ligues—Lo dice tratando de sonreír, pero percibo cierto malestar en su voz.

—Es lo que soy. Me gustan las mujeres, y yo a ellas. Es lo que hay, pequeña.

Siento que se tensa y ahora sé que es porque la he molestado. Pienso en mejorar las cosas y decirle que ella es, y será, la única mujer que amaré toda la vida. Pero luego la realidad me golpea. Yo y ella somos como el agua y el aceite. Nunca podremos estar juntos. El precio a pagar es muy alto.

Aysel

Me ha molestado. Pero ya sabía que es así, y más cuando le he oído

hablar de otras chicas, me he sentido celosa porque nunca seré una de ellas. Soy una tonta y este sentimiento del amor lo es aun más. La verdad es que no quiero ser como ellas, nunca querría ser lo que no soy. Lo que quiero es que, siendo como soy, sintiera algo por mí. Trato de pensar con la razón, de ver que lo mío con él no puede ser, pero el amor se pasa mis razonamientos por lo alto y se aferra al corazón, haciendo que albergue esperanzas, aunque sepa que no las hay. Miro el mar, sé que debo decir algo, lo que sea, con tal de que no piense que me ha molestado su comentario.

—¿Te acuerdas por qué se enfadaron nuestros padres?

—Sí. Tú eras una enana cuando eso pasó.

—Eh, tengo buena memoria, me acuerdo de muchas cosas.

—Sorprendentemente sí.

—Recuerdo el día de la pelea, tú y yo estábamos cogiendo conchas en la playa, y vi a mi padre venir hacia mí hecho una furia...

—Te cogió haciendo que nuestras manos se separaran—Miro mis manos entrelazadas con las de Rodrigo. Recuerdo ese día perfectamente, también recuerdo que, cuando mi padre me llevaba en brazos, yo le gritaba a Rodrigo que no me dejara—. Nunca olvidaré tu cara llena de lágrimas... —Tose como para aclararse la voz y sigue hablando—. Cuando se fueron tus padres, entré en mi casa y mi madre lloraba en los brazos de mi padre, mi hermano trataba de calmarlos y yo les exigí una explicación. Me dijeron que tu padre decía que el mío lo había estafado, no sabía si creerlo o no. Pero, aun así, lo culpé por lo que pasaba.

No digo nada, pues lo que ha dicho Rodrigo es que le afectó mi partida. Tal vez, para él no sólo fuera una mocosa pesada, quizás también disfrutaba de mi compañía. Ojalá. Y tras pensarlo, mi corazón da un brinco emocionado en mi pecho, es una suerte que Rodrigo esté a mi espalda, siento como mis labios se contonean formando una sonrisa.

—Mi padre casi nunca habla de tu padre. Por no decir nunca.

—Vamos, que le haría mucha gracia saber que su preciosa y única hija esta sentada ahora mismo conmigo en la playa.

No digo nada, pues ambos sabemos que haría lo posible por separarme de él. Ya no es sólo por lo que el padre de Rodrigo hiciera, es por todo lo que la gente ha comentado de él. A ojos de todos, Rodrigo no sería la mejor compañía para alguien como yo.

—Me da igual.

—Eso lo dices ahora.

Lo dice con amargura y no puedo evitar girarme para mirarle a la cara. Sus ojos verdes miran el mar y parecen presos de éste, pues no los baja para mirarme y me siento dolida por no poder ver sus sentimientos a través de ellos. Me giro y contemplo el mar en silencio. De repente, siento a Rodrigo olerme el cuello.

—¡Dios! ¿Pero qué perfume llevas? Seguro que es uno para volver loco a un hombre.

Me río.

—No tiene gracia chiquilla. Lo digo en serio ese perfume es un peligro.

—No lo creo.

—¿Quién te lo ha comprado?

—No se por qué supones que no he sido yo.

—Digamos porque, más o menos, tengo una idea de cómo creo que eres, y no pareces de las que pierde toda una tarde en una tienda de perfumes para conseguir uno que sea apropiado para ti.

—Lo veo un aburrimiento, además, al final acabas con dolor de cabeza y siempre compras el que menos te gusta, porque de tantos que has oído, ya no sabes como huelen—Rodrigo se ríe pues le acabo de dar la razón—. Vale, está bien. Mi amiga, es decir, para que me entiendas, babosa número ciento noventa y ocho, creo que era, me lo puso esta mañana.

—Debí haberlo imaginado. No te pega.

—¿Por qué?

—Porque es como disfrazar una flor tierna, frágil, dulce y hermosa, en una rosa, hermosa, pero peligrosa y con afiladas garras escondidas tras su hermosura.

—Y bella—Me molesta su comentario, pues no creo ser frágil ni tierna, ni... ¿hermosa? Él ha dicho que soy hermosa—. ¿Me consideras...?

—Sí... —Rodrigo parece incómodo, trato de volverme para mirarlo, pero él habla mientras lo hago y me detengo—. Tan hermosa y frágil como una hermana pequeña a la que cargarle las culpas.

Hermana pequeña... me quedo en silencio. Pues de forma subconsciente su comentario me ha herido. Yo no quiero ser una mujer peligrosa, no quiero ser lo que no soy, sólo quiero que a él le guste por ser como soy. Y eso esta a años luz.

—Por cierto, ¿conseguiste recuperar el bolso tras la agresión en el ayuntamiento? — pregunta sacándome de mi ensoñación.

Me aclaro la voz antes de hablar, pues estoy dolida al saber que para él sólo soy una hermana pequeña. Para mí, él no es solo mi hermano mayor. Hace años que eso quedó atrás.

—¿Cuando me gritaste tras rescatarme?—Siento como Rodrigo de ríe —. Sí, afortunadamente, un alma caritativa lo llevó a la comisaría y me llamaron para que fuera a recogerlo.

—¿Se lo contaste a tus padres?

—No, les dije que me lo dejé en la parada del autobús. Como siempre voy pensando en mis estudios, no lo vieron raro.

—Me alegro que lo recuperaras.

—Yo también y, más me alegro de que no me quitaran nada. Los tipos que me atracaron eran un poco raros.

—Sí, lo normal hubiera sido que se llevaran tu bolso y robaran todas las cosas de valor.

—Sí, pero todo ha pasado. Prefiero no pensarlo más.

—¿Tuviste miedo?

—Claro, no sabía que me iba a pasar. De hecho, desde que me pasó, voy por la calle temerosa de que me vuelvan a atracar.

Rodrigo me acerca más a él al tiempo que me dice que lo siente, es como si tratara de aliviar mi dolor con la protección de sus brazos, y, por Dios que lo está consiguiendo, pues me siento protegida y segura. Me relajo en sus brazos sintiendo su calor en mi espalda, se está tan bien aquí, que me entristece pensar cuando nos separemos, con Rodrigo nunca se sabe si volverá.

—El otro día en El Campello quien te acompañaba era Leandro, ¿verdad?

—Sí, el hijo de un amigo de mi padre.

—Y del mío.

—¿Sí? No lo sabía.

—Son amigos desde hace muchos años, pero mi padre nunca ha querido tenerlo como socio. Aunque éste se lo pidió una vez tras otra y de mil maneras distintas. Él verá lo que hace.

—Vaya, no lo sabía.

—No nos llevamos muy bien. Aunque, realmente, ni él ni ninguno de los socios y asociados de mi padre se fían de mí... — Sonríe, pero no se me escapa el deje de amargura en su voz.

—A mí no me cae tan bien.

—Copiona—dice riéndose.

—Es la verdad, tiene algo que me incomoda, aparte del hecho que cada vez que me ve no para de enumerar las virtudes de su hijo Leandro. Me siento como si me lo quisiera colocar sea como sea.

Rodrigo estalla en carcajadas y me giro para mirarlo.

—¿De qué te ríes?

—De que te caiga mal por algo que es tan evidente.

—¿El qué?

—Que tú y Leandro sois la pareja perfecta. Él es perfecto para ti.

Lo dice con tanta certeza, con tanta naturalidad, como si no le importara. Me siento dolida y me levanto para salir de la protección de sus brazos. Comienzo a caminar por la playa y, para mi martirio, siento que mis ojos se nublan. Me ha dolido lo que ha dicho Rodrigo, porque ha dado voz a mis temores. Leandro es mi chico perfecto, él no. Mi padre nunca aceptaría a alguien como él, a Rodrigo no. Quiero detener esta locura, dejar de quererlo, pero es imposible, pues creo que nací amándolo. Soy una simple soñadora que no sabe ver la verdad que tiene ante sus ojos. Nosotros, solo podemos ser amigos. Pues, por mucho que ahora estemos juntos, cuando nos separemos, cada uno hará su vida, una vida que esta a años luz de ser la misma.

—¡Para!—Siento la mano de Rodrigo en mi brazo y al mirarlo me doy cuenta de que no es la primera vez que me ha llamado—. Dios, pequeña, ¿qué te pasa?— Observa mis ojos llenos de lágrimas afectado—. Me mata verte llorar.

Le miro a sus ojos increíblemente verdes y veo su dolor. Le afecta que llore, por suerte he conseguido retener mis odiosas lágrimas y aun no se han deslizado por mis mejillas, pero ninguno de los dos puede ignorarlas. No puedo decir nada, sólo mirarlo, y perderme en sus ojos verdes que me miran tristes, pues no saben el sentido de mi pesar. Tras un instante, que parece una eternidad, Rodrigo me abraza y me derrito en sus brazos, fuertes, protectores y firmes. Y, entonces, no puedo evitar que las lágrimas, que hasta ahora he mantenido a raya, se deslicen por mis mejillas empapando su camisa. Trato de calmarme, pero soy tan feliz entre sus brazos, que lloro por la ausencia que me dejaran éstos cuando ya no estén.

—Deja de llorar o me partirás el corazón—Lo dice riéndose, pero yo siento su preocupación entrelazada en sus palabras.

—No es nada... cosa de chicas.

—Es decir, que te va a venir la regla pronto—Lo miro enfadada y roja

como un tomate —. Enana, cuando tú no habías empezado a ser una mujer, yo ya sabía de ellas— Le doy y se ríe—.Por lo menos, ahora frunces el ceño y de tus ojos no salen lágrimas—Me sonrío y me separo un poco de él—.Te confesaré un secreto—.Lo miro expectante—. Soy muy débil, cuando veo llorar a una mujer, soy capaz de cualquier cosa con tal de que deje de llorar.

—¿A sí?—Le digo divertida. Y poco a poco voy controlando mis estúpidas lágrimas. Odio llorar, no es algo que haga a menudo y menos en presencia de alguien, pero con Rodrigo me relajó hasta el punto de sentirme tan cómoda a su lado que me olvidé de esconder mis emociones.

—Ummm...—Se toca la barbilla pensativo—. No, la verdad es que no —Nos reímos—. Pero no me gusta verte llorar y eso, sí es verdad.

—Ya se me ha pasado.

—¿Y ahora me vas a contar por qué has llorado?

Me separo un poco, me coge de la mano y comenzamos a caminar por la playa.

—Porque me molesta que la gente quiera saber más de mí que yo misma. Ya soy mayorcita para saber quién es el chico ideal para mí, pues mi chico ideal no tiene por qué ser el chico perfecto para mí.

—Me alegra que tengas personalidad. Mi concepto de ti cambiaría mucho si hicieras lo que los demás quieren que hagas y no lo que de verdad quieres hacer—Sonrío por lo que ha dicho Rodrigo.

—En eso nos parecemos.

—Tú sueñas, enana. Tú y yo nos parecemos en nada.

—Y, sin embargo, nunca haríamos nada que no quisiéramos hacer. Sí, totalmente diferentes.

—Tuche—Me río y caminamos por la playa en silencio.

De repente suena el móvil de Rodrigo y lo saca para ver quien es. Lo coge, sin soltarme la mano, y nos paramos. Empieza a hablar muy amigablemente con alguien y, al llamarle cabrón de forma cariñosa, sé que es un

tío. Rodrigo se ríe y luego me mira y se pone serio.

—Hoy no puedo... sí, estoy con alguien... claro que es una tía, no soy un mariconazo como tú... — Rodrigo se ríe y me mira sonriente—. No lo sé... ¿De verdad que no hay nadie?—Me mira otra vez serio—. No sé... sí, ya sé que es un partido importante... esta bien, iré—Cuelga y me mira como pensando que decir y, para mi sorpresa, antes de hablar, se pone las gafas de sol y comenzamos andar.

—Tengo que ir a jugar un partido.

—Si quieres, puedo ir a animarte desde el banquillo—Le dijo sonriente y esperanzada por que acepte y la tarde no se termine tan pronto.

—Otro día quizás—Está serio y agacho la mirada, pues había esperado que me dijera que sí.

Llegamos a donde esta la toalla y lo recogemos todo para ir al coche. Entramos en silencio en éste y Rodrigo conduce sin decir nada hacia mi casa. Llegamos y se detiene en la puerta de la urbanización.

—Bueno, ya nos veremos—. Lo miro y Rodrigo sigue mirando la carretera.

Espero que diga algo, pero al mirarlo percibo la sensación de que está cavilando algo y, por lo que parece, nada bueno, pues acaba de apretar la mandíbula.

—Maldita sea. No te bajes, te llevo al partido. Pero tienes que prometerme algo— Me mira, pero sus gafas negras no me dejan ver sus ojos verdes y, al ver la seriedad de su cara, me trago la risa que estaba empezando a asomar por mi boca por haber conseguido lo que quería. Asiento—. No quiero que digas nada de lo que veas en el partido, no quiero ni que me juzgues, ni que me mires con otros ojos después. ¿Está claro? — Asiento—. Bien, pues más te vale tener buena voz y animarme bien fuerte, al menos así habrá merecido la pena llevarte.

Miro hacia la carretera y me pregunto por qué me ha hecho prometer

algo así, aunque, al pensar en sus deportes preferidos, puede que se trate de algún deporte de riesgo. Pero él ha dicho jugar un partido. A saber que clase de partido es. Mi mente inquieta ya ha empezado a imaginar un partido a lomos de un caballo, de una moto... a saber tratándose de Rodrigo me puedo esperar cualquier cosa.

Capítulo 11

Fantasmas

Los fantasmas miran la escena que tiene lugar en el coche desde la calle. La mujer esta contenta, el hombre no.

—Yo de ti no cantarí victoria, todavía.

—No creo que el mal pueda separarlos. Su unión es fuerte.

—¡Ja! Eres demasiado optimista, pero sobre ellos pesan muchas nubes negras...

—Lo sé, pero tengo la esperanza que la unión haga la fuerza. No pienso perder esa esperanza.

—Yo ya la perdí hace tiempo. Te olvidas del padre de la chica.

—No me olvido. Sé que no se quedará callado, pero no pienso perder la fe. Si me rindo, sería como si el brujo ya hubiese ganado y nunca le daré esa satisfacción.

El hombre la mira, pero no quiere decir nada. Él ya hace tiempo que ha perdido la esperanza. A veces quisiera ser como ella y creer que es posible estar libres de la maldición que pesa sobre ellos, pero cada vez que ellos fracasan y el brujo vuelve a ganar, sus esperanzas e ilusiones se ven mermadas. Ojalá pudiera creer que quién la sigue la consigue. Pero dejó de tener ilusión hace muchos, muchos años.

El coche circula por las calles de Alicante, los fantasmas lo siguen hasta el partido sin perder detalle de lo que pasaba dentro de éste.

—¿Y tú crees que es bueno que la lleve al partido? Ella lo quiere, no sé por qué tiene que ver esa faceta de él.

—Eres tonto. Esto no es para que lo quiera más, es para que él la muestre ese lado de su vida que guarda bajo llave.

—Esperemos que salga bien. Aunque, no veo muy convencido al chico. No está preparado para que ella vea esa parte de su vida.

—Pues lo siento por él, pero ya es hora de que ella sepa algo más.

La mujer ve como Aysel sale del coche y Rodrigo empieza a andar sin esperarla. Le sabe mal haber tenido que hacer enfermar al muchacho que tenía que jugar en lugar de Rodrigo, pero un poco de fiebre no mata a nadie. Tenía que salir bien. Tiene esperanza en estos jóvenes. Esta vez, ellos serían más fuertes y podrían superar juntos los impedimentos que el brujo les pusiera. Esta vez ganarían. Tenían que ganar...

Por un segundo, le asalta la duda, pero la reprime. Si deja que la duda se implante en su mente, ya estaría perdiendo pasos ante el brujo. Ganarían y punto. Eso está mejor, piensa la mujer con una amplia sonrisa.

Aysel

Miro a Rodrigo caminar delante mía, lo sigo dándole vueltas a la cabeza de lo que me voy a encontrar. Me abre la puerta del centro y al entrar me quedo atónita. Había imaginado cosas, pero nunca, ni aun teniendo una pista, hubiera pensado en esto.

Es un centro de deportes para discapacitados. Hay una pista de baloncesto en una zona cubierta y el pabellón está lleno de jóvenes en sus sillas de ruedas entrenando. Todo está dispuesto para su comodidad, amplias gradas y buenos accesos a las zonas de juegos. Hay una amplia cristalera en uno de los lados y tras ella puedo ver un campo de fútbol. Es magnífico.

Veo a un joven muy guapo en silla de ruedas acercarse a Rodrigo y le da la mano. Rodrigo se la toma y le da un abrazo.

—Me alegro que hayas venido—El joven me mira—. Hola Aysel.

Agrandando los ojos ¿Por qué sabe mi nombre?

—Tan bocazas como siempre—dice Rodrigo en un rugido—. Me voy a

cambiar.

Rodrigo me mira un segundo sin quitarse las gafas, está muy extraño. No sé por qué me tendría que molestar que tuviera amigos minusválidos.

—¿Cómo sabes mi nombre? — le pregunto al joven.

—Por hoy ya he sido bastante bocazas. Me llamo Pedro—Acepto su discreción y pienso que más tarde hablare con Rodrigo sobre ello. Le doy dos besos—. Me alegro que Rodrigo haya venido. Aunque nunca a traído a nadie para que lo vea jugar. No es porque se avergüence, más bien, es porque no le gusta que la gente sepa que tiene un lado humano—Pedro se ríe—. La verdad es que, este pabellón y esta asociación, son una alegría para muchos jóvenes que pierden la esperanza cuando les comunican que nunca más volverán a caminar, o cuando han perdido algún miembro que los hace sentirse diferentes.

Lo miro y me entristezco.

—Lo siento.

—No sientas lástima por mí. El accidente podría haberme matado —Pedro sonrío y luego cambia la vista a un lugar tras de mí—. Y me hubiera privado de seguir junto a lo mejor que me ha dado la vida.

—Es un tierno sentimentalista—Una joven un poco mayor que yo de pelo rubio y ojos verdes, se acerca a Pedro y le da un dulce beso en los labios—. Más te vale ganar.

—¿Acaso lo dudas?

Veo como se va hacia el campo de juego y su novia, que se ha presentado como Luna, me dice que me siente a su lado.

—Rodrigo ayudó a fundar esto— Señala el pabellón—. Tras el accidente de Pedro. —La miro y me sorprendo—. No lo esperabas, ¿eh? Suele pasar cuando sólo se mira la superficie.

—Te confundes conmigo—digo molesta—. Yo sí conozco a Rodrigo, soy amiga suya de toda la vida y sé que bajo su fachada se esconde un Rodrigo que ni él mismo conoce y que es digno de mi admiración—Evito decirle que

aunque lo conozco desde pequeña, solo hace unos días que hemos retomado nuestra amistad...por llamarlo de alguna manera.

—Bien, me gusta que estés de mi lado. Pero, entiéndeme, tenía que probarte—Lo primero que se me ocurre cuando me dice eso, es decirle alguna broma por tener que probarme, pero luego al ver su sonrisa se me olvida y se la devuelvo—. Rodrigo no se rodea de las mejores mujeres, mira a esa fresca de Carla, nadie sabe la verdad de Rodrigo.

—No, la verdad es que no—Miro hacia el campo y al ver a Rodrigo me quedo sin palabras—. Pero... eso es...

—Fantástico—Rodrigo va en silla de ruedas y coge el balón para tirarlo a la canasta—. Cuando Pedro tuvo el accidente se negaba a usar la silla de ruedas, lo pasamos muy mal y Rodrigo al final empezó a usarla y hacerle ver que no era tan difícil, que los obstáculos se los ponía uno mismo. Le dijo que si de verdad seguía teniendo ganas de luchar por la vida, de vivir, debía amarrar con fuerza lo que le había tocado padecer y demostrar a todos que, aun en una silla de ruedas, nunca nadie pararía su camino. Yo creo que Pedro se hundió más cuando Rodrigo le dijo que, cuando su amigo volviera a la vida, que lo llamara. Que él no era amigo de un cobarde. Al final Pedro comenzó a usar la silla y a valerse por sí mismo. Rodrigo fundó este club deportivo. A veces no actuamos hasta que las cosas nos tocan de cerca. Aun así, Rodrigo escondió sus emociones tras su fachada, pero yo sé que lo pasó muy mal con todo esto— Miro a Rodrigo que ahora se ríe con un joven que acaba de encestar y sé que, pese a que parezca que pasa de todo, sufre por los que le rodean.

Me da rabia que la gente no se dé cuenta de que, pese a llevar silla de ruedas, siguen siendo personas que siguen teniendo los mismos hobbies y sueños. Aunque, desgraciadamente, las ciudades no están preparadas para ellos. Como los cines por ejemplo. Ponen a los minusválidos en primera fila y se creen que con eso han hecho una buena obra. Me da rabia, nadie se pone en primera fila, o muy poca gente. Y, claro, el empresario pensará que, si no van casi

minusválidos, para qué poner un ascensor para que se pongan un lugar más alto. Pero, volvemos a lo mismo, si tú no les das comodidades, ellos no se van a poner en primera fila, donde nadie se pone, porque es mortal para el cuello, y luego limpiarte las manos diciendo que no pones más comodidades porque con los pocos que van al cine no interesa la inversión.

—Sí, es una lástima, pero, desgraciadamente, es lo que hay. Es más fácil invertir dinero para gente que está lejos, que también se lo merecen, pero hay muchas personas que te necesitan a tu alrededor y a veces los olvidamos porque están demasiado cerca. Una vez me dijeron que si cada uno ayudara a los que tenía en su entorno, el círculo cada vez se haría más y más amplio, pero al querer ayudar todos a los mismos, no se resuelve nada.

—Tienes razón—La miro y le sonrío. Me cae bien, no sé por qué, pero hacía tiempo que no tenía una conversación tan profunda con alguien... Bueno, teniendo en cuenta que mi única amiga es quien es... No me extraña.

—Ya va a empezar.

Saca bolsas de patatas que duran poco tiempo llenas, no porque nos las comamos, sino porque cada canasta que meten saltamos del asiento para gritar. Cuando el partido finaliza, Luna y yo estamos exhaustas. Vemos a los chicos entrar en el vestuario y nos reímos al ver el suelo a nuestro alrededor lleno de patatas, pero ha merecido la pena, al final han ganado.

—Será mejor que salgamos corriendo antes de que nos vea la señora de la limpieza.

La sigo hasta la puerta y nos quedamos cerca de los vestuarios esperando a que salgan. Al poco, siento una mano en mi cintura y al girarme veo a Rodrigo que lleva el pelo mojado por acabar de salir de la ducha.

—Nosotros nos vamos. ¿No te han llamados tus padres? — me pregunta. Niego con la cabeza—. Será mejor que no tentemos a la suerte.

—Encantada de conocerte—Luna me da dos besos—. Llámame cuando quieras. Que Rodrigo te dé el número.

—Ahora lo apunto.

—Bueno ya nos vemos—Pedro acaba de llegar, me tiende la mano y se la estrecho.

Nos acercamos hacia el coche y le pido a Rodrigo el teléfono, me da el móvil y le pregunto por qué nombre busco a Luna.

—¿Pues por cuál va ser, enana? ¿Luna?

—No sé, lo mismo le has puesto uno de tus famosos apodos.

—Sólo lo usas para las... babosas, para saber a quién no debo coger el teléfono. — Entramos en el coche.

—A saber que apodo me tienes puesto...

—Ni se te ocurra mirarlo—Y dicho esto, me quita el móvil, se lo guarda y arranca el coche.

—¿No me habrás puesto babosa doscientos?

—Para eso tendríamos que habernos enrollado.

—Cierto, entonces tendrías que haberme puesto un mote, no sé... o algo así—Le digo y el endurece el gesto—. Lo averiguaré.

—En tus sueños.

—¿Y el teléfono de Luna?

—Luego te mando un mensaje con el número.

—¿De verdad que no me lo vas a enseñar?

—No.

—Eres insoportable.

—Gracias—Lo miro y veo que está sonriendo, parece disfrutar con esto.

—No era un cumplido—Rodrigo se ríe mientras conduce, acabo sonriendo y dándole vueltas a cómo quitarle el móvil para ver que nombre me ha puesto—. Sobre lo de esta tarde...

—No, no quiero saber nada, hiciste una promesa.

—Sólo quería decir...

—Aysel no soy mejor persona por lo que has visto, no me hagas un mártir. No lo soy. No te quería llevar. No quiero que pienses que soy algo que no soy. No te confundas Aysel, yo no soy mejor persona que nadie y si hice eso por esos jóvenes, sólo fue por lo que le pasó a Pedro. Lo he hecho, pero no soy un héroe, pues ni lo pensaba hasta el día que Pedro tuvo el accidente. No soy mejor persona que antes, no te confundas. Sigo siendo el mismo. Y serías lista si te alejaras de mí.

Lo miro, lleva las gafas puestas, pese a que es de noche, no sé que decir, pues él dice que no es un héroe, que sólo lo hizo porque le tocó de cerca, pero lo hizo. Da igual si lo hizo antes o después, ha hecho mucho por esos jóvenes que ahora tienen un sitio donde ir a jugar al baloncesto y pasar un buen rato y donde se sienten mejor, pese a su discapacidad física. Donde sus limitaciones son su arte para demostrar que son los mejores en la pista. No quiere reconocerlo, pero les ha dado algo por lo que luchar, y eso lo ha hecho él. Esto no cambia lo que siento por él, siempre he sabido ver más de lo que Rodrigo muestra. Simplemente, me ha hecho pensar en lo que la gente cree que sabe de él, en lo que la prensa cuenta y lo que lo difama. Seguramente si supieran que va a jugar

con esos jóvenes y que la asociación la fundó él, no les interesaría, eso no es noticia. La noticia es con quién se va o no a la cama. La vida de una persona famosa se basa en lo que se venda de ella, en la noticia que van a dar de esta. ¿En qué más cosas se habrán equivocado?

Lo veo conducir, el silencio es cortante, siento su incomodidad y ahora que se acerca poco a poco a mi casa, me da miedo despedirme y no saber cuando volveré a verlo. Detiene el coche en la puerta de mi casa y pone el brazo sobre el volante.

—¿Puedo decir algo...?

—No, será mejor que te vayas.

Agacho la mirada, herida, pero enseguida la levanto decidida. Tal vez me haya vuelto loca.

—¿Puedo darte algo? Por lo que he sentido esta tarde—Capto su atención y se gira para mirarme—. Me gustaría darte un beso de agradecimiento.

—Un beso de agradecimiento—Sonríe cínicamente—. Un beso en la cara, de mi hermanita, ¿no?— *¿pero será borde?* Pienso indignada.

Me sonrojo hasta la raíz de mi pelo. ¡Claro que era un beso en la cara! ¿Qué esperaba?

—Claro.

—Eres una cobarde entonces— Se ríe—. ¿Lo que he hecho esta tarde no se merece un beso en los labios? Un piquito.

Por la forma en como lo dice entiendo que me está probando y sabe que no le besaré, que me sonrojaré y me iré. Quiere espantarme, se nota claramente en su voz. Pero, quizás, se haya confundido esta vez. Estoy nerviosa y muy enfadada porque haya dicho que le daría un beso de hermanita. Me ha retado y voy a aceptar el reto. Se va a enterar este. Me tiembla todo. El corazón me suena con fuerza y sólo puedo escuchar sus latidos en mis odios. Aprietos los labios y me preparo para demostrarle que no soy tan enana como dice.

Lo miro, esta sonriendo, se cree que no me atrevo, pero, antes de

pensarlo más, acorto la distancia que nos separa y poso mis labios temblorosos sobre los suyos, firmes y cálidos. Siento como se tensa, él no se lo esperaba, yo tampoco, la verdad, debo de estar loca. Pero ahora que siento sus cálidos labios bajo los míos, me siento de todo menos loca. Noto un escalofrío y, sobre todo, la necesidad imperiosa de no dejar de besarlo nunca. Pero me separo.

Ha parecido un beso eterno, así lo guardare en mi mente, pero ha sido muy rápido y Rodrigo aun no se ha repuesto. Lo miro y está tenso.

—¡Estás loca!—Esa reacción no la esperaba—. ¿Tanto me he confundido contigo? No creí que fueras de las que besa a un chico a la primera.

Me siento indignada por lo que me ha dicho. Cojo mi mochila, con toda la intención de irme del coche, y de que no vea mis lágrimas salir desbordadas por mis mejillas. ¡Será imbécil! Él me reto. ¿Quién entiende a los hombres? ¡Y sobre todo a este!

Salgo del coche y, pese a que voy corriendo, espero una llamada que no llega. Espero que me coja del brazo y me pida perdón. Espero y espero hasta que escucho el ruido del coche y veo cómo se aleja de aquí.

Me siento hundida, pues, el muy idiota, ha estropeado mi primer beso. Y, si lo besé, fue porque era él y porque sabía que acabaría dejándome, pero nunca pensé que me dejara tan desecha y desconsolada. Lo quiero más que a nadie, pero ahora mismo solamente deseo que sufra tanto como yo. Se lo merece por ser tan... tan... tan memo. Él, que se jacta de regalar miles de besos. Nunca pensé que, por darme a mí uno de esos besos, se pusiera así. Yo simplemente quería un recuerdo con el que soñar, pero ha hecho que ese recuerdo se vea teñido de un sabor amargo. Ahora solo puedo pensar en él con rabia y esa rabia es la única que retiene mi nudo de lágrimas.

Estoy en mi cama refugiada entre mis cojines y compadeciéndome por mi estupidez al besar a Rodrigo, cuando me suena un mensaje en el móvil. Me

levanto y lo miro:

Mira en el ascensor

Rodrigo

¿En el ascensor? Salgo de mi habitación y abro la puerta de mi casa al tiempo que escucho la puerta del ascensor abrirse. Miro hacia dentro y no veo nada, pero al bajar la vista lo que veo me hace sonreír. Una sonrisa que queda un tanto rara en mi cara surcada de lágrimas. Rodrigo me ha dejado una tarrina de helado. Encima hay una nota. Lo saco del ascensor y entro en mi casa, dando gracias una vez más por que mis padres no estén en ella. Les tendría que haber explicado por qué había llegado hecha una furia y sólo tenía ganas de llegar a mi cuarto y llorar. Cierro la puerta y voy a mi cuarto. En parte, me muero por saber qué contiene la nota, pero, por otra parte, me da miedo. Con Rodrigo es una de cal y otra de arena. Por fin me decido y la abro.

Perdóname por lo de antes, me he comportado como un imbécil. Eso sólo hace darme la razón cuando te digo que no esperes mucho de mí. Lo siento, y... gracias por darme algo con lo que soñar. No besas mal, enana.

Rodrigo

Termino de leer la nota y, como dice, no sé que esperar de él. Dice que le he dado algo con lo que soñar y luego suelta una estupidez como lo de que no beso mal. Está claro, por esta carta, que Rodrigo me sigue viendo como esa hermana pequeña a la que un día decidió cuidar. Siento como mis ojos se llenan de lágrimas y miro el helado, deseando que sea de chocolate. Es buen momento para probar si el chocolate quita las penas. Lo abro y... bingo, es de chocolate. Me pregunto si podré lograr calmar con él mi maltrecha alma. Miro la nota y la leo una vez más, para ver si veo algo que antes no he visto, pero, tras hacerlo una y otra vez, sólo veo la nota de un amigo que me ve como a su hermana. *Qué*

triste, y nada más pensar esto, ataco al helado. Por lo menos, mis lágrimas han cesado, tal vez, tengan razón con eso de decir que las penas con chocolate se llevan mejor.

Rodrigo

Estoy en la playa, sentado cerca de mi coche y totalmente perdido. Se me ha ido todo esto de las manos. Creía que podíamos ser amigos, que nada le haría daño a nuestra amistad. Pero esta amistad hace daño a una persona, a la única que no quería herir, Aysel.

Aun siento el calor de sus cálidos labios en los míos y aun veo sus ojos llenos de lágrimas por mi contestación. Pero, no podía hacer otra cosa, prefiero que me odie ahora a que, más tarde, sufra cuando el destino nos vuelva a separar. Aunque, no podía dejarla sin más, he sido débil y, como cuando era una niña, la he comprado un helado. Todo vuelve a ser como antes. Bueno, todo no, pues ahora no sentimos como niños, sentimos como adultos y los sentimientos de adultos, a la vez que más profundos, también pueden ser más peligrosos. Puedo alejarme de ella, si solo soy yo quien tiene estos sentimientos, pero no sé si seré capaz de alejarme de ella, si es ella quien los tiene. Ante todo, no puedo arrastrarla al mundo que yo me he creado y del que solo recibiría daños y más daños. No quiero que la señalen con el dedo, que pongan en duda su pureza y su persona. No quiero que la gente piense que es como yo, por estar conmigo.

No puedo dejar que ella pase a ser sólo un personaje televisivo, donde la gente se crea con derecho de juzgarla y a opinar sobre su vida. No puedo dejar que ella lleve esa vida, pues yo la odio. Nunca debí acercarme a ella, nunca debí creer que ser su amigo no le haría daño, que no nos haría daño. Quizá, el beso sólo haya sido una forma de molestarme, de retarme, ya que yo le había retado a ella. Nunca pensé que me besaría, ni se me había pasado por la cabeza. Y cuando

sentí sus cálidos labios besar los míos, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para dejarlos marchar en vez de atraparlos con los míos y besarla como siempre he deseado hacer. Es mejor que me aleje mientras pueda. Pero me pregunto si no será ya demasiado tarde.

Llego a mi casa y mi madre esta bajando las escaleras con un impresionante y caro vestido.

—En la mesa del salón tienes unas cuantas de fotos tuyas. Por si te interesa ver en lo que te has convertido—La miro y sonrío.

—No me interesa madre, para eso tendría que tener sentimientos.

—No sé cómo no te da vergüenza, ser...

—¿Cómo madre? — La miro mientras juego con las llaves—. O mejor dicho, ¿cómo no soy?

—Si te parecieras más a Nico nos ahorrarías muchos problemas. Deberías empezar a sentar la cabeza.

—Es una lastima que no lo sea—La miro desafiante.

—Y seguro que esta noche no te quedarás en casa. Simplemente, has pasado por aquí para cambiarte e irte a dejarnos en evidencia.

—Es bueno saber que una madre te conoce tan bien.—Digo con ironía.

Mi madre no dice nada más y acabo de subir a mi cuarto. Me cambio la camisa y me voy. No tenía pensado irme, pero está visto que no puedo dejar que se crean que no llevan razón.

Cojo la moto, y me voy hacia la antigua casa donde viví de pequeño, antes de que mi padre traicionara al padre de Aysel. Ahora es mi casa. Mi padre quería venderla, pero yo compré ambas casas, pues mi padre se quedó con la de los padres de Aysel cuando estos entraron en bancarrota.

Aparco en el garaje, subo hacia el salón, y me dejo caer en el sofá. No tengo ganas de hacer nada. Uno está mejor cuando no tiene sentimientos.

¡¡Maldición!! Ojalá no los tuviera. Desearía que, por una vez, dejaran de ver en mí lo que no soy, ojalá no pensara tanto en Aysel deseando llamarla para hablar. ¡Maldición! Llevo toda la vida necesiéndola, pero me había acostumbrado a vivir sin ella. Ahora ya no creo que eso sea posible. Es lo único bueno que me ha dado la vida. Debo de ser un egoísta, pues no quiero alejarme de ella y perderla una vez más.

Llevo toda la semana dándole vueltas a la cabeza y estoy harto. Se me debe de notar en la cara, pues estamos en el *bar de Toni*, donde nos reunimos los amigos de toda la vida, Gus y Pedro no paran de mirarme. Luna es más directa, ya me ha preguntado varias veces si me pasa algo, no sé ya las veces.

—No me pasa nada y Toni—el dueño, que es un chico joven, me mira—, ponme otra cerveza.

—Iremos luego al barrio, ¿no? — me pregunta Gus.

—Yo no.

—Ahora sí creo que le pasa algo, fijo—dice Pedro. Luna le sonrío y me mira—.

—Y yo creo que lo que le pasa se llama Aysel.

—Déjate de tonterías — la miro serio, dándole un trago a la cerveza que me acaba de traer Toni—. Aysel está en su casa muy bien, y seguro que es muy feliz en su mundo de algodones.

—Eres injusto con lo que dices. No creo que ella sea así—me dice Luna—. La llamé ayer. Cogí el número de tu móvil, por cierto es interesante el nombre que le has puesto. *Mi Aysel*. Te delatas, Rodrigo. El *mí* es demasiado posesivo—La miro con cara de asesino—. ¿Qué? Otra vez no dejes tu mochila en cualquier sitio— Me mira con cara pícaro y bebe del vaso de su novio—. He quedado con ella mañana por la tarde. ¿Te vienes?

—No.

—Iremos a dar una vuelta por la Explanada y luego a tomar un helado al “*Peret*”. Lo pasaremos bien.

—Me da igual.

—La noté algo alterada y, al principio, dijo que no podía, que tenía mucho que hacer— La miro—. Luego, escuché a su madre de fondo decir algo de una modista y de unos vestidos, y noté cada vez la voz de Aysel más y más tensa. Al final, le dije que le vendría bien salir de su casa y dijo que era justo lo que necesitaba. Y accedió. Creo que esta pasando algo en su casa que le esta afectando. Tal vez deberías llamarla—.Luna bebe un trago del vaso de Pedro, la miro, pero no digo nada.

Me molesta que esté mal, pero es su vida y peor estaría si le salpicara lo que yo he creado con la mía. Es mejor así. Aunque me cueste en el alma este distanciamiento, y más, sabiendo que cada día que pasa la pierdo un poco más.

Capítulo 12

Fantasmas

—Los necesitamos— La mujer fantasma da vueltas por el césped de los Luceros, la gente pasea por allí, sin ser conscientes que dos fantasmas tratan de liberar su alma.

—Lo sé, lo sé. Pero ellos todavía no pueden vernos. Hemos estado cerca de ellos muchas veces y nunca han visto más allá de lo que ven sus ojos.

—Pues algo habrá que hacer, tenemos que dar con la persona que está canalizando el mal del brujo, antes de que éste salga de su confinamiento, y destruirla. Y es alguien que está cerca de ellos. La solución está en la separación de sus padres. Algo se nos ha escapado, necesitamos que ellos

averigüen que pasó exactamente cuando sus padres se enfadaron.

—Lo sé—El hombre mira a los caballos, estaban posados, en silencio, en su tumba de roca—. ¿Te acuerdas del hombre que los creo para nosotros?

—Sí, me llevé una gran sorpresa cuando me hablo. Él pudo ver nuestro dolor, aun siendo unos fantasmas. Gracias a él, tenemos un respiro en la maldición aquí en la fuente de los Luceros. Un gran hombre. Hizo un buen trabajo para nosotros.

—Y para ellos.

—Ojalá un día pueda devolver a mi hija su libertad.

El hombre no dice nada, pues él también desea con desesperación que eso suceda. Pero se siente impotente, sabiendo que su liberación depende de dos jóvenes. Dos jóvenes que deben luchar juntos para vencer al brujo. Pues la unidad hacia la fuerza y ellos necesitaban de esa fuerza para vencerlo. Separados, él ganaba y si los mataba, estaba todo perdido. Y la última vez los mató para ganar más tiempo y ser más fuerte.

No podían permitir que otra vez acabara con dos jóvenes inocentes. Cuando quisieron contra atacar a la maldición del brujo, nunca pensaron en los pobres jóvenes a los que habían condenado con ésta. Ahora, ya era demasiado tarde, pues Aysel y Rodrigo estaban condenados a seguir su destino. Un destino que podía traerles la muerte. Esta vez tenían que vencer. La eternidad es muy larga si se está maldito.

Aysel

—Me encanta ese fular—Me giro hacia Luna. Hemos quedado para dar un paseo por la Explanada.

Vamos los tres, Luna, Pedro y yo. Hasta el último momento esperé que

Rodrigo viniera, pero, por otro lado, me da corte verlo después de lo que paso el otro día tras el beso. No he parado de repetir una y otra vez la escena en mi mente. Yo, cometiendo la estupidez de besarlo. Yo, rozando esos labios, es con lo que he soñado una y otra vez desde entonces. Solamente, que en mis sueños él me devuelve el beso. En mis sueños, él sonreía y me besaba con más pasión. Estúpidos sueños.

—Sí, es bonito. Pero a mí me gustan más lo pendientes.

Cojo un par de pendientes de los hippies que hay en la Explanada y me los miro por encima para ver que tal me quedan. Pregunto el precio y no son caros. Al final, caigo en la tentación y me los compro. No lo puedo evitar, tengo debilidad por las baratijas. En eso no he salido mi madre, que prefiere un regalo al año, pero caro, a una pulsera de imitación. Eso me recuerda el caos que se ha vivido en mi casa esta semana. Mi padre es ahora copropietario de una empresa de construcción. El padre de Leandro le hizo una oferta y mi padre se ha metido de lleno en ella. Lo ha arriesgado todo. Por ahora va bien la cosa, y como dice mi madre, ahora no somos lo que perdimos. Ahora pertenecemos a la élite de la sociedad en Alicante. Pero yo lo odio, no entiendo cómo han arriesgado todo, por conseguir pertenecer a un grupo de gente que nos dio de lado cuando más los necesitábamos.

Anoche mis padres fueron a una cena donde vieron a sus antiguos amigos y todos se mostraron muy afectuosos con ellos, según me comentó mi madre. No entiendo como no se dan cuenta de que lo teníamos todo, y lo han arriesgo por algo que no es seguro y que puede hacernos perderlo todo otra vez. Yo soy feliz siendo simplemente Aysel Ruiz. No necesito ser la señorita Aysel Ruiz, hija de mi padre, el empresario Lucas Ruiz. Mi madre lleva toda la semana yendo de modista en modista. No han hecho más que empezar en esto y ya están hasta arriba de préstamos.

Hay cosas que no entiendo, una persona que no ha estado nunca en bancarrota, puede cometer la imprudencia de arriesgarse, pero, una que ha

sabido lo que es tenerlo todo y perderlo de golpe... Lo normal sería que ahora que han venido mejor las cosas, no tirar la casa por la ventana, pero no, son tantas las ganas por demostrar que nunca ha pasado nada, que se arriesgan innecesariamente. Quiero a mis padres y los respeto, pero no me gusta el juego al que están jugando ahora, y no se cómo decirles que en este juego no quiero participar. No quiero ser la señorita Aysel, quiero seguir siendo quien soy. Al menos siendo quien soy tengo amigos que no esperan nada de mí, sólo y únicamente mi amistad.

—Me encanta ese vestido para ir a la playa—Salgo de mi ensoñación y lo miro—. ¿Qué te parece?

—Si me preguntas a mí... — dice Pedro—.Es un poco transparente.

—Es una suerte de que no sea tu opinión la que pida—Sonrío y la miro. Luego miro el vestido mientras espera que conteste.

—Estoy de acuerdo con Pedro, es un poco transparente.

—Puritanos. He dicho para ir a la playa, debajo me pongo el bikini.

—Haz lo que quieras—dice Pedro y mueve su silla de ruedas hacia otro puesto y lo veo como pide que le enseñen unas pulseras.

Es muy guapo, tiene el pelo castaño y los ojos de un color azul muy intenso. Nos ha traído él en su coche hasta aquí.

—Me lo llevo.

Me río pues Pedro tenía razón, ella iba a hacer lo que quisiera al final. Seguimos mirando puestos y acabo comprando un pareo de color dorado y blanco con otros pendientes, los guardo en el bolso. Al pasar los puestos, vemos la concha que esta en medio de la Explanada, hoy hay una banda de música tocando. Casi toda la gente que hay son personas mayores y se les ve felices.

Siempre me ha hecho gracia el tema de las sillas aquí en la Explanada, están por toda ella, la gente las coge y se sienta. Muchos abuelos vienen y se sientan con sus mujeres donde quieren o hacen corros entre varias parejas.

Es curioso que las sigan poniendo, pues eso indica que no robaran

muchas o, al menos, no demasiadas. La verdad es que es una gozada sentarse aquí en la Explanada rodeados de palmeras y con el puerto tan cerca.

Alicante es una de las pocas ciudades que tiene la playa tan cerca del centro de la ciudad. Al llegar a la Rambla, veo dos estatuas de un hombre y una mujer, por las caras que tienen no les han pillado en su mejor momento. Sonrío y miro hacia la Rambla de Méndez Núñez, ya están puestas las luces para las Hogueras de San Juan, una fiesta que me encanta. La llevo en la sangre desde que era una niña y cada año lloro en “*la cremá*”, cuando se queman las Hogueras. Aunque, son como los fénix, pues cada año renacen de sus cenizas y vuelven a decorar nuestras calles con esos espléndidos monumentos. Mucha gente no entiende que se gasten tanto dinero para quemarlos en cuatro días, pero esto mueve dinero y da trabajo. Muchas familias viven de la construcción de las Hogueras. Si se dejaran de hacer, muchos dejarían de trabajar, sería una lástima.

Seguimos andando hacia “*el Peret*”. Este año han puesto casetas de artesanía también aquí en la Explanada. Me pararía a mirar, pero Luna y Pedro ya están decidiendo el helado que se van a pedir. Yo por eso no tengo problemas, me gustan todos. Me acuerdo de Rodrigo al pensar en los helados, y me pregunto una vez más, si volveré a verlo. Casi hubiera preferido que no hubiera vuelto a mi vida. Sabía que sentía algo por él, pues siempre que escuchaba su nombre me giraba, siempre que decían algo lo escuchaba con expectación y cuando alguna decía que se había liado con él, podía notar el peso de los celos y de la envidia en mi corazón. Pero antes, era un sentimiento dormido, ahora es un sentimiento latente y duele mucho saber que no sé que esperar de él. Tengo ganas de verlo. Ojalá pudiera verlo pronto.

—Un penique por tus pensamientos—Me dice una voz dura y profunda en mi oído, al tiempo que noto una mano cálida en mi cintura. Rodrigo—. Siempre he deseado decir esa frase de *Casablanca*—Mi corazón late con fuerza y siento como mi cara se calienta tras ponerme roja.

Me giro y lo miro, lleva las gafas de sol y el pelo negro le cae

desordenado por la frente. Aun así, se nota que es un desorden que ha buscado aposta. Está increíble y estoy como un flan por su cercanía. Lo miro, Rodrigo me pasa la mano por la mejilla y espero que haga un comentario de mi sonrojo, pero, por el contrario, simplemente me acaricia y me sonrío.

—Has venido—dice Luna. Ahora tendremos que pedir antes de que nos dejes sin helados—. Rodrigo aparta la mano de mi cara y se gira para sonreír a Luna y saludarlos.

—Pasaba por aquí—comenta como si nada.

—Claro, claro—dice Pedro y se ríe yendo hacia una mesa que acaban de dejar libre.

—¿Qué tal estás?—me dice Rodrigo, que ha puesto su mano en mi cintura para guiarme hacia él.

—Bien. – *Temblando por tu cercanía y perdida por no saber que esperar de ti, pero bien.* Claro, que eso no pienso decírselo.

—Un pajarito me ha dicho que esta semana tu casa era un caos—Miro a Luna al tiempo que me siento en la silla que Rodrigo ha separado para mí.

Antes de que Luna pueda sentarse, hace lo mismo con ella y luego se sienta a mi lado. Lo observo, pues lo ha hecho con total naturalidad, como se hacía antaño, como un auténtico caballero y, lo gracioso, es que él no es consciente de ello. Sonrío y al poco siento que me mira.

—¿Qué?

—Nada... Nada—Me sonrío y coge la carta de helados.

—No se para qué miras la carta, si siempre pides lo mismo—dice Luna riéndose.

—Hoy voy a probar algo distinto—Empieza a mirar los helados, deja la carta en la mesa y señala uno con el dedo—. Que enana, ¿te atreves con este a medias conmigo?

Lo miro con rabia por el mote y luego miro el helado. Es un helado de lo menos cinco bolas de varios sabores con nata por encima y caramelo. Tiene

buena pinta, pero he de reconocer que lo que me hace decidirme es la sombrilla y el loro que vienen como adorno.

—Vale, pero ya que estás, pide que te pongan una bengala—Lo miro sonriente y Rodrigo pone cara seria. Pedro rompe a reír.

—Estás de broma, ¿no?—Me pregunta incrédulo.

—No, ya que es tan grande y caro que nos pongan una bengala. Éste de arriba la tiene—Le sonrío y él me sonrío.

—Si cuando digo que eres una enana...—Le doy con la carta y Rodrigo me la quita. —. Estate quieta caprichosa.

Llega el camarero y Rodrigo le pide lo que quieren sus amigos y el helado especial con bengala. El camarero le mira serio y Rodrigo también tras las gafas, se puede ver su seriedad en la forma de su cara. Al final, el camarero lo apunta sin hacer comentarios. Para mi sorpresa, Rodrigo pide una botella de agua. Cuando era niña, siempre me daba mucha sed tomar helado. Aunque, tal vez, no se acuerde y la haya pedido solo para él. Me gusta más pensar en mi versión, con un poco de suerte...

—¿Y ahora por qué ríes?—Rodrigo me mira divertido.

—Nada, cosas mías.

—A este paso, me vas arruinar si cada pensamiento tuyo vale un penique.

—No creo que eso sea un problema para ti, tacaño—comenta Luna.

—Esta tarde estuve en la empresa de mi padre y está algo preocupado —Dice Rodrigo cambiando de tema—. Le ha salido un competidor, una empresa nueva y, parece ser que aun siendo nueva no les ha impedido pisar fuerte. Mi padre teme que le quite clientes.

Lo miro, pues creo que sé de qué empresa se trata. Otra vez no, otra vez nuestros padres no pueden ser enemigos. La historia se repite. Me sube un escalofrío y, para mi sorpresa, Rodrigo lo percibe y me mira.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo que me ha dado un poco de frío.

—¿Quieres que nos cambiemos de mesa?—comenta Pedro.

—No, de verdad, ya se me ha pasado.

Rodrigo sigue hablando con sus amigos, pero yo sigo pensando en mis cosas. No me gusta que esto esté volviendo a pasar. En el fondo, tenía la esperanza de que volvieran a ser amigos. El padre de Leandro ya tenía una empresa de construcción, pero, tras asociarse con mi padre, han creado otra, apostando muy fuerte. Mi padre era muy bueno en su trabajo, ha llamado a todos sus antiguos socios y ha conseguido que le den su apoyo.

Siento una mano coger la mía, es Rodrigo, me aprieta la mano y entrelaza sus dedos sobre los míos. Miro mi regazo y veo nuestras manos entrelazadas mientras Rodrigo habla con Pedro del partido del otro día. Me gusta estar con él. Me gusta demasiado soñar que Rodrigo puede sentir algo por mí, y odio que nuestros padres vuelvan a ser enemigos, una vez más. Si mi padre supiera con quién estoy ahora mismo, me encerraría en mi casa. Es un juego peligroso este al que estoy jugando, pero prefiero mil veces jugarlo, aunque sea arriesgado, que quedarme escondida viendo como la oportunidad de estar con Rodrigo pasa.

Veo que algo se posa ante mis ojos y al prestar atención detenidamente, veo que es el helado y con bengala incluida.

—Ale, helado con bengalita para la niña caprichosa—Sonrío y miro mi bengala consumirse.

—Desde que era pequeña que no me ponen un helado así.

—Todavía sigues siéndolo—Puntualiza Rodrigo.

Le doy y me río. Al menos por un segundo, y gracias a las tonterías de Rodrigo, consigo olvidar lo que ha tenido ocupada mi mente en los últimos minutos. Cojo mi cuchara y empiezo a comer el helado. Está delicioso, no sé que haría sin helado. Me encanta.

—Nadie puede decir que no te gusta el helado —me dice Pedro

sonriéndome.

—Yo... la culpa la tiene Rodrigo. Él me inició en esto—Rodrigo alza las cejas por lo que puedo ver tras las gafas.

—Ahora tendré yo la culpa. No te preocupes, no te iniciaré en nada más, no quiero que luego me eches la culpa.

—Tonto—Se ríe y mete su cuchara en el helado.

—Cuando era niña, se metía en líos para que le diera un helado.

—¡Eso es mentira! No le creáis—Miro a Pedro y a Luna que se están riendo de nuestros comentarios—. Él me metía en todos los líos y me echaba la culpa de todo.

—Pero a ti te encantaba.

—Sí, claro.

—Si no te gustara, no hubieras ido siempre tras de mí.

—Lo hacía porque alguien tenía que cuidar de ti.

—Te saco tres años, enana.

—Deja de llamarme eso—le digo con una mueca.

—Deja de comportarte como tal—Se lleva una cucharada de helado a la boca y sin pensarlo, le doy en ésta y la cuchara cae sobre su pantalón vaquero—. ¡Pero serás...! ¡Ésta me la pagas!

Lo miro y, antes de que llene la cuchara de helado, me levanto y empiezo a correr por la Explanada sabiendo que él me perseguirá. Rodrigo al poco me alcanza y siento por mi mano algo pringoso.

—Eres un asqueroso—digo entre risas. Rodrigo se ríe conmigo, alzo la mano para mancharle la cara pero, para mi sorpresa, Rodrigo me la coge y se lleva mi mano llena de helado a la boca.

Mi sonrisa se pierde y me quedo muda cuando siento sus labios y su lengua limpiarme el helado. No puedo verle los ojos, pero si puedo sentir como mi corazón late con fuerza y como toda mi atención se centra en sus labios besando mis dedos. Me siento derretir y sé que estoy roja como un tomate.

—Así, evito que me vuelvas a manchar—Me da un tierno beso en la mano y la deja caer. Me deja sin palabras, Rodrigo comienza a andar hacia la mesa, me quedo quieta y se gira para mirarme y sacarme de mi ensoñación—. ¿Tengo que ir a por ti, enana?

Le miro y camino hacia él poniendo morros. Rodrigo se ríe y sigue haciéndolo mientras nos sentamos en la mesa para terminar el helado.

—¿Habéis escuchado al última de Adriano? — Acabamos de terminar cuando una señora, que lleva una revista de cotilleos, habla de Rodrigo, tras pasar la página, a una de sus amigas—. Resulta que ha estado con esa mujer mayor, pero, por lo que pone en esta página, en la cama no eran sólo dos. Dice que fue una noche loca en toda regla. A saber qué ha hecho ese vividor. No sé como la madre de Adriano puede dormir por la noche tranquila, teniendo el hijo que tiene. Esa mujer debe de ser una santa, menuda le ha caído. Y seguro que hasta está metido en la droga. Es una lástima, tan guapo y tan perdido.

Nos tensamos los tres mientras Rodrigo saca un paquete de chicles y se mete uno de estos a la boca, impasible, como si le resbalara lo que se esta diciendo de él. Le cojo la mano y se la aprieto, pero no me devuelve el apretón.

—Esa vieja amargada... Seguro que dice eso porque nadie se fija en ella. Si únicamente hay que mirarle esa verruga que tiene cerca de la nariz —Luna hace como si le diera un escalofrío y le sonrío.

—Bueno, nosotros nos vamos, hemos quedado con mis padres. ¿Te llevamos? — dice Pedro refiriéndose a mí.

—Yo la llevo—contesta Rodrigo.

Rodrigo no acepta el dinero de Pedro para pagar. Nos despedimos de ellos y vamos ha pagar a la caja, pera después irnos a dar un paseo por la playa. Cruzamos el semáforo del puerto cuando Rodrigo me coge la mano y me detengo.

—No me gusta—Se detiene y me mira—. No me gusta lo que dicen de ti. Sea verdad o sea mentira, no tienen ningún derecho.

—¿Sea verdad o sea mentira? Venga Aysel, no me vengas de moderna. No creo que te sea indiferente lo que digan.

—Es tu vida.

No me es indiferente, me duele que sea cierto, pero no por lo que ha hecho, sino por lo que siento. Porque me duele imaginar cómo le da a otras todos esos besos que yo tanto deseo probar, y que quiero que sean sólo para mí.

—¿Puerto o playa?—Cambia de tema y prefiero darme por vencida. Si a él no le molesta, allá él.

—Playa.

Caminamos en silencio hacia la playa y cuando entramos vamos hacia al orilla. Ya ha empezado a anochecer y se está muy tranquilo aquí. Me paro y me quito los zapatos. Para mi sorpresa, Rodrigo me los coge de la mano y los lleva él.

—Seguro que tú los mojarías.

—Ni que fuera una niña.

—Lo eres.

—¿Por qué insistes en eso?

—¿En qué?

—Déjalo.

Seguimos caminado y Rodrigo me acaricia la mano con la suya, siento pequeños calambres en la zona que acaricia y pierdo el hilo de mis pensamientos, sólo puedo pensar en su mano jugando con la mía.

—¿Qué te ha pasado esta semana?

Lo miro y dudo si decirle la verdad o no, pero al final opto por hacerlo, no me gusta tener secretos con él. Aunque me da miedo su reacción cuando sepa quién es la competencia de su padre.

—Mi padre ha recuperado su puesto en el mundo de las empresas. Es copropietario de la empresa que esta haciendo competencia a la de tu padre.

Rodrigo se detiene pero no dice nada, luego murmura una palabra mal

sonante y suelta mi mano para saca la caja de chicles otra vez.

—¡Maldita sea, necesito un cigarro no un maldito chicle!—Guarda los chicles sin coger ninguno. No sabía que fumaba y lo estaba dejando.

—Es mejor no fumar...

—Lo sé, por eso lo he dejado—Me dice serio pensando en lo que acaba de descubrir de mi padre.

—Lo siento... yo...

—Tú no tienes la culpa Aysel—dice —serio—. Otra vez nuestros padres son enemigos. Siempre la misma historia.

—Ya... no me gusta todo esto. No quiero la vida que llevamos, me gusta como está la mía. Pero mis padres sólo piensan que ahora pertenecen, otra vez, a la élite de la sociedad.

—Tú siempre puedes decidir si quieres o no seguirlos. Al final la decisión es tuya.

—No quiero hacer daño a mi padre y esta semana no he ido con mi madre a las pruebas de la modista para vestidos de noche. Están algo mosqueados. No sé que hacer. No quiero esto—. Me detengo y Rodrigo me coge de los hombros.

—Aysel, no debes dejar que nadie te manipule, si no quieres ir a esas cenas llenas de hipócritas, no vayas, ya no eres una niña a la que puedan manejar.

—Pero es mi padre, su sueño, y quiere que este toda la familia unida.

—Tu padre y sus sueños... Debería aprender que para conseguir sus sueños no debe decidir el destino de las personas que le rodean.

—Lo sé, pero... estoy en una encrucijada, Rodri.

Rodrigo se queda callado.

—Solo tú me llamas de esta forma.

—Me alegra—El sonrío con tristeza—. Cuando me llevaste a mi casa...
¿Te irás esta vez para siempre?

—Ojalá pudiera, pero parecer que me gusta tu compañía, enana—Lo miro y no puedo evitar sonreír—. ¡¡Que voy a hacer contigo!!

—Ser mi amigo.

—Si eso fuera fácil...

Me parece escuchar que dice: *y suficiente...*, pero no estoy segura, el ruido de las olas chocando en la orilla, y la levedad con la que lo ha pronunciado, me hacen pensar que tal vez no lo haya escuchado bien. No, sinceramente, no creo que haya dicho eso, pues esa simple palabra podría dar a entender muchas cosas.

—Me alegro.

—¿Ah sí?—Rodrigo parece divertido—. La última vez que nos vimos saliste corriendo de mi coche—Sonríe.

—Esto...

—Creo que puedo hacer algo para que no te de vergüenza recordarlo...

—¿Borrarlo de mi mente? Eso seguro que funcionaría. Además, la culpa fue tuya por retarme. Soy débil para negarme a un reto de tu parte—Se ríe. Trato de parecer calmada y madura con este tema, pero estoy como un flan, y no sé de donde saco esta serenidad para hablar con tanta normalidad de algo que me ha quitado el sueño todos estos días.

—No voy a borrarlo de tu mente, haré algo mejor— se ríe—. Devolvértelo—Se detiene y se pone delante de mí, le miro a los ojos, pero no puedo vérselos. Pese a que ya es de noche, Rodrigo no se ha quitado las gafas y no puedo verle sus increíbles ojos verdes—. Que conste que esto sólo lo hago para que aprendas. Para los que vendrán.

Siento en su voz un deje de furia, pero su sonrisa me confunde, no sé que pretende hacer. Abro la boca para preguntar, pero Rodrigo me pone un tierno dedo en los labios y me los cierra. Luego, lo veo acercarse a mí y noto sus cálidos labios posarse suavemente sobre los míos. Su calidez, su cercanía, su mera presencia me hace casi perder el sentido. Quiero más de esos labios, quiero

lo que sé que va tras un leve beso en los labios, quiero sentir que me besa como si temiera perderme al terminar el beso. Pero el beso sólo es un leve e intenso roce de sus expertos labios.

Sus labios se separan de los míos, aun siento la vibración que estos han dejado a su paso. Mi respiración está agitada y doy gracias a la oscuridad de la noche para que Rodrigo no pueda ver mi cara roja.

—Ahora estamos como al principio, te he devuelto el beso.

Rodrigo se ríe como si el beso hubiera sido insignificante, trato de moverme, pero me tiemblan demasiado las piernas. Se gira, me pasa la mano por la cintura y seguimos caminando.

Poco a poco me voy tranquilizando, aunque muy poco a poco, su cercanía me altera y me encanta. Huelo su perfume y me invade una sensación muy cálida por estar con él así. Llegamos al final del paseo y nos volvemos, al hacerlo miro el castillo.

—¿Sabes la leyenda? — le pregunto.

—Sí, el rey moro no quiso al chico que había elegido su hija y los separó. No importó lo mucho que se quisieran, el padre lo mandó matar y al final tuvo que pagar viendo como su hija se quitaba la vida, pero ya era tarde.

—Es una historia muy triste. ¿Crees que es cierta?

—En parte, menos la parte que la tristeza del moro se marcó en piedra para que todo el mundo la viera. No creo en esas cosas.

—Yo sí.

—Claro, eres una fantasiosa. Seguro que sueñas con tu príncipe azul.

—No... Pero creo que toda leyenda tiene algo de verdad.

—Pon los pies en la tierra Aysel. Aunque, bueno, mejor sigue soñando, tus sueños no te harán daño, la vida real sí.

—¿Como a ti?

—No quiero halar de eso.

—No me creo que no te importe.

—Cree lo que quieras.

—Si no te importa es porque es verdad— Se para.

—Es verdad a medias, pero no soy mejor persona por eso. Si yo fuera tú, te alejarías de mí. Sólo te puedo traer desgracias, y más ahora que tu padre vuelve a ser importante.

—No me importa— Rodrigo sonríe cínicamente—. Además, no creo que vayas a venir más, aunque lo hayas prometido— Le confieso.

—No me iré, si no me lo pides, pero atente a las consecuencias.

—Hace años que dejé de creer en tus promesas— Me duele decírselo, pero es la verdad, y quiero saber por qué no cumplió su promesa.

Rodrigo se para y se separa, luego, mira el mar y se pasa la mano por el pelo.

—Te diré algo. Pero no quiero que esto te haga pensar que yo...

—¿Que eres mejor personas? — Él sonríe—. No lo pienso, no hay nadie peor que tú — le digo de broma.

—No te pases, siempre habrá alguien peor que uno. Pero, me ha costado muchos años labrarme el apodo de vividor y de mala persona, no me gusta que me lo quiten tan rápido— Sonríe pícaramente y me mira—. Nunca me fui del todo, siempre he estado ahí.

Luego, se gira y se mete la mano en el bolsillo. Parece incómodo por lo que ha confesado y no sé que decir. ¿Siempre ha estado hay? Y, entonces, me acuerdo de algo.

—Por eso Pedro sabía de mí.

—Sí.

—Y por eso estabas cerca cuando me atracaron, ¿verdad?

—Sí, pero sólo lo hacía porque no quería romper la promesa que te hice.

—¿Por obligación?

—Es posible.

—Pues te libero de ella, haz lo que quieras y si quieres dejar de verme, hazlo. No quiero que lo único que te ate a mí sea una promesa.

Me siento dolida al saber que Rodrigo, quizá, sólo está ahora conmigo por una promesa que me hizo hace tanto tiempo. Por un lado, me alegra que la cumpliera, me alegra mucho, pero, no quiero que una promesa sea lo único que le haga estar ahora a mi lado. Quiero que haya algo más.

—Entonces, ¿qué quieres que me ate a ti?

—Nuestra amistad. Me gusta más pensar que si estas conmigo, que si me coges de la mano, que si te muestras conmigo como no lo haces con nadie, es porque nos une una amistad que nació hace años, no por una promesa que me hiciste siendo una niña desesperada. Me haría daño que fuera así.

—No es por eso —dice con pesadez, como si le costara horrores confesar algo tan sencillo como eso—. Si no me gustara tu amistad, te hubiera pedido hace tiempo que me libraras de ella.

—No creo que fuera la primera promesa que rompieras — le digo sonriendo.

—No, pero sí sería la primera que le hice a alguien que consideraba mi hermana pequeña.

Su hermana pequeña. Esas palabras se me clavan en la mente y me obliga a sonreír. Aunque sé que él no sentirá nunca nada por mí, no paro de tener ilusiones por lo que pueden significar sus gestos y sus palabras.

—Me alegra saber que si vienes conmigo es porque quieres.

Rodrigo asiente, pero parece incómodo. Me pongo a su lado y miramos el mar.

—¿Te cuesta más aceptar cumplidos, que las cosas malas?

—Es más fácil mirar hacia otro lado, estoy más acostumbrado a ellas. No me molestan.

—Y que te halaguen, ¿sí?

—No te confundas, recibo muchos halagos por parte de las mujeres, a

menudo— Me sonríe burlonamente, y miro hacia el mar.

—Es bueno saber que yo sólo soy una más. Así, nunca esperaré más de ti que lo que me des.

—Tú no eres una más. De ser así, ahora mismo estaríamos en la arena tirados enrollándonos hasta perder el aliento. Tu eres... eres mi pequeña hermana.

He tenido la sensación que quería decir algo distinto, cómo si hubiera decidido cambiarlo en el último segundo, pero me ha dolido tanto escuchar otra vez eso, que no quiero pensar nada más, pues podría tirar mi moral por los suelos.

Siento que me suena el móvil, en qué momento. Lo saco. Es mi madre.

—Hola mamá—Mi madre me dice que se van de cena y que me están esperando para ir todos juntos—. No, mamá, no voy a ir— Empieza a decirme que no entiendo lo importante que es para ellos ir todos juntos—. Mamá, yo no he elegido esto, no quiero ir. Pasarlos bien— Cuelgo antes de que me haga sentirme más culpable y guardo el móvil en el bolso.

—¿Estás bien?—Rodrigo me levanta la cara—. Vaya peque, te has vuelto una llorona con los años.

No digo nada, simplemente, me quedo mirándolo, apretando los dientes para que mis lágrimas de culpabilidad no salgan de mis ojos. Se ha quitado las gafas y veo como sus ojos recorren el camino de una de ellas, que ha salido de su confinamiento.

—No estoy llorando—Digo entre dientes—. Me siento una miserable.

—Se te pasará.

—En eso tienes práctica.

—Digamos que sí. ¿Estás segura que no quieres ir?

—Sí, pero me pregunto si no estaré siendo injusta. A veces, por las personas que quieres, tienes que hacer sacrificios. Tal vez debería ir.

—Será mejor que te lleve a tu casa.

—No quiero ir.

—Pero si no vas, no pararás de darle vueltas a la cabeza y martirizarte pensando que no eres buena hija.

—Me gustaría quedarme contigo— reconozco.

—Pero es con tus padres con quien debes estar en estos momentos. Vamos.

Rodrigo comienza a andar y le sigo, peleando con las ganas de detenerme y convencer a Rodrigo para que este paseo no termine. Él se vuelve. Al final, comienzo a andar en silencio, a su lado. Salimos fuera de la playa, Rodrigo deja los zapatos en el suelo y me los pongo. No decimos nada y llegamos en silencio a los aparcamientos del puerto. Sé que está mal decirlo, pero ahora mismo estoy enfadada con mi madre por haberme estropeado el paseo. *Y ni siquiera sé cuándo volveré a ver a Rodrigo*, pienso, mientras llegamos a su coche.

Cuando llegamos a mi casa Rodrigo para el coche, pongo la mano en la maneta de la puerta mientras trato de pensar que decir para romper este molesto silencio.

—Yo... Bueno, ya nos....

—Mañana, si te apetece, podríamos ir a “*Castell de Guadales*”.

—Yo... — lo miro. — Me gustaría.

—Al final va a ser verdad que no soy tan malo— Se ríe, me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—No cambies nunca. La gente que de verdad que te conoce y quiere conocerte, sabe como eres.

—Eh... A las... diez aquí— Parece incómodo—.Vamos, enana, que llegarás tarde. — Sonrió y me bajo del coche.

Pero esta vez no me acompaña el llanto, si no una dulce sonrisa.

Capítulo 13

Fantasmas

Los cuatro fantasmas están en el castillo de Santa Bárbara. Tratan de usar su magia para parar la salida del mal, pero no podían, el peso de la maldición que se cernía sobre ellos era muy fuerte y cuando más fuerte era el mal, más fuerte era ésta.

Se encuentran dentro de la montaña, en uno de los pasadizos, temen que el brujo tarde o temprano, saldrá de su cárcel de plata, una caja mágica que albergaba al mago en el corazón de la montaña.

Habían tratado de hablar con Rodrigo o Aysel, pero no había servido

de nada. Ese día no había llegado. Sus mentes aun estaban cerradas a ellos. Notaban como el tiempo se les acabara sin poder haber hablado con ellos. Y temían que cuando los pudieran ver, fuera demasiado tarde para parar la fuerza del brujo, una vez que hubiera salido del todo de su prisión.

Ahora trataban de prolongar ese tiempo, ya no estaban ellos dos solos, los cuatro fantasmas luchaban para alargar el día en el que el brujo pudiera salir del todo. Tenían que ganar tiempo para descubrir a quién estaba manejando, como si fuera una marioneta en sus manos. Tenían que averiguarlo y detenerlo. Eso les daría la victoria, pues al brujo le costaría mucho encontrar a otro que le sirviera para sus objetivos y podrían destruirlo para siempre y, así, librarse de la maldición.

No podían fallar, pues esta vez tenía que ser la definitiva. La eternidad era demasiado larga para los fantasmas malditos, atrapados entre los dos mundos, en el de los vivos y en el de los muertos. Ya era hora de alcanzar la paz eterna. Tenían que conseguirlo, lo lograrían.

Rodrigo

Estoy esperando que baje Aysel y estoy inquieto. He pasado toda la noche alterado, y no tiene que ver con el hecho de haber quedado con Aysel. Ayer por la noche vi en la tele como Carla hablaba en otro programa del corazón. Es increíble todo lo que creen saber de mí esos entrevistadores, saben dónde estoy en todo momento. Si alguna vez necesito recordar que hice un día, simplemente tengo que llamarlos.

Sonríó con una cínica sonrisa, pues no tienen ni idea y, aun así, la gente los cree, porque mi actitud y mi forma de pasar de todo les dan pie a creer conocerme. Siempre digo que no me molesta y, en cierto modo, hasta hace poco

no me molestaba... tanto. Pero, ahora que estoy cerca de Aysel, tengo miedo de que todo esto le salpique. No sé si debería seguir tentando a la suerte y seguir quedando con ella, pero no puedo dejarla sin más, y no podría perdonarme que todo esto la hiciera daño a ella. No se merece lo que yo me he ganado a pulso. Por primera vez en mi vida, me gustaría retroceder en el tiempo y ser otra clase de persona, no por mí, sino por tener una posibilidad de empezar algo sincero con Aysel. Bueno, *¡basta ya!*, me estoy poniendo melancólico.

—¿Y esa cara de enfado?—Aysel acaba de entrar al coche y me mira.

—Nada. ¿Nos vamos?

—Claro—la miro antes de ponerme las gafas de sol. Lleva un sencillo pantalón vaquero y una chaqueta blanca, también vaquera.

—¿Qué tal la cena?—la pregunto mientras conduzco.

—Te mentiría si te dijera que bien. No me gusta tanta falsedad. No sé ni las veces que escuche a una amiga de mi madre, decir que tenía una hija preciosa, que seguro que cazaba un buen partido. Ni que el amor se pudiera medir por la dimensión de la cartera de uno.

—No hay mucha gente que piense como tú. Cuando una madre tiene una hija, aspira a que se case con un médico o con un hombre rico, si luego viene y dice que se ha enamorado de un hombre normal y corriente, pone buena cara y siempre le caerá bien su yerno, pero en el fondo, siempre envidiará a la que ha conseguido un buen partido.

—Es injusto. No creo que el dinero haga más feliz a las personas. ¿Tú eres más feliz por tenerlo? ¿Te gusta que todo el mundo crea conocerte cuando en realidad no sabe nada de ti?

—El dinero me da igual Aysel, pero ayuda.

—Y no serías feliz sin él, ¿no?

—Seguramente sí—reconozco. Me gusta gastar el dinero de mi padre, porque él se cree que es lo único que sé hacer. Pero creo que sería capaz de

poder labrarme mi futuro, sin pensar que si logro algo es sólo por ser hijo de quien soy. Claro, que esto no lo se pienso decir a Aysel, ni a nadie—. ¿Y volviste tarde?

—A las cuatro, y porque Leandro me vio medio dormida sobre una silla y me trajo a casa.

—¿Leandro?

Alguien perfecto para ella. Como le he dicho antes a Aysel, Leandro es la clase de hombre que una madre siempre espera como yerno.

—Sí, no sé si podré ir a otra cena de este tipo, no las soporto. Además, mis padres han comprado otra casa. No quiero cambiar de casa. No quiero tener que vestirme de forma diferente para ir por mi casa, y que no me vean los sirvientes con mi pijama de piolín—Rompo a reír. —. No te rías, es cierto—se ríe—. No sé cómo decírselo a mi padre. No quiero herir sus sentimientos y no paro de darle vueltas al hecho, de que tal vez deba sacrificarme por él. Estoy hecha un lío.

—Aysel, entiendo que quieras a tu padre y que quieras hacer esto porque crees que es importante para él, pero no entiendo que para hacer eso, tenga que ser a costa de reprimir lo que eres y lo que deseas.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que tengo razón, siempre la tengo—se ríe y me siento mejor al oír su risa, pero la conozco como para saber que no estará tranquila hasta que dé con una solución que no haga daño a su padre.

Pongo música y nos pasamos el resto del trayecto a Guadalest escuchándola en silencio. Cuando llegamos, aparcamos en un *parking* al aire libre y salimos del coche para ir hacia el pueblo.

Es un bonito pueblo, está en medio de montañas. Es increíble donde hacían los castillos antiguamente. El castillo está algo destruido por los corrimientos de tierra y por las guerras, pero aun así es un pueblo que tiene su encanto.

Vamos paseando por el pueblo y no puedo aguantar más sin coger la mano a Aysel. Me he acostumbrado a sentir su pequeña mano entre la mía.

—Me gusta tu coche. Es más discreto.

—Sí, hoy en día no es raro que la gente tenga un Mercedes. No me apetecía llamar mucho la atención.

—Te aseguro que la llamas—Me sonrío y mira hacia unas jóvenes que le miran y sonrían.

No creo que me reconozcan con las gafas, tal vez les resulte conocido, pero al no poder verme bien la cara, se quedarán con la duda: de que me suena. Llevo el pelo sin arreglar, dejando que ondulado y medio liso caía sin orden. En las fotos siempre lo saco perfectamente de punta y a la moda. Pero ahora quería ser solo yo, un chico más con una chica.

Llegamos a una calle donde hay un museo de miniaturas.

—Nunca he venido aquí, pero siempre he oído hablar de él.

—Vamos, seguro que te gusta. Yo he estado alguna vez y se ven muchas curiosidades. Hay una pulga tocando un violín. Y en una tiza el David de Miguel Ángel. Al menos cuando yo vine.

—¿Sí? Me va a encantar—Sonrío y me siento bien por haberla hecho olvidar el quebradero de cabeza que tiene ahora mismo.

Entramos al museo y miramos las miniaturas a través de unas lupas. Aysel no para de llamarme para que mire lo que ella está viendo, está ilusionada y parece una niña, no entiendo como algo tan sencillo como esto, puede hacerla feliz. Tal vez por eso me gusta tanto, porque me hace valorar las cosas que son aparentemente sencillas.

—Mira la Estatua de la Libertad dentro del ojo de una aguja. Es increíble. ¿Cómo harán eso?

—No tengo ni idea.

—Me encanta. ¿Hay más museos?

—Sí, hay uno de casas en miniatura, no tan pequeñas como esto. Son

como casas de muñecas, con todos los detalles en el interior.

—¿Iremos?

—Claro—Le paso la mano por la cintura y seguimos mirando el museo.

Cuando salimos, Aysel me comenta eufórica lo que ha visto, como si yo no hubiera estado allí, la escucho y le sonrío. Seguimos paseando y se detiene en todos los puestos.

—Yo tengo mucho peligro con estas cosas.

—Tú compra lo que quieras.

—No he traído tanto dinero—dice sonriendo.

—Vas conmigo. A mi padre no le importará.

—Ya me has invitado al museo, no me gusta ir de lista—No me mira y sigue mirando una cajita de madera para guardar cosas.

—Tú nunca podrías ir de lista. No eres como las demás—Me sonrío y me coge de la mano para ir a otro sitio, me quedo algo parado, pues hasta ahora era yo siempre el que le cogía la mano a ella. Creo que estoy jugando con fuego, no sé si sería capaz de irme sin más, si la cosa se pone fea. Ojalá nunca tenga que tomar esa decisión.

Seguimos paseando y salimos a una calle donde se ve, al fondo, el castillo.

—Oh, qué bonito. Parece cómo salido de la nada.

—Sí, y para entrar en el castillo hay que pasar por debajo de la montaña.

—No sabía que conocieras sitios tan increíbles.

—Te sorprendería todo lo que sé.

Se ríe y vamos hacia la montaña, pasamos bajo la roca para entrar en el castillo. Un hombre nos graba con una cámara para hacer llaveros. Paseamos hasta llegar a la plaza y nos acercamos a las murallas para ver el pantano que hay al fondo del valle. Cuando llegamos, coloco a Aysel delante de mí y pongo mis manos a ambos lados de ella.

—Es precioso, esta tan verde el pantano.

—Sí, este año ha llovido bastante, por eso esta tan lleno.

—Me gusta este sitio. Gracias.

—No me des las gracias, tonta.

—Aun así, me gusta estar aquí... contigo.

Me quedo sin palabras, miro hacia el pantano, por no saber que decir.

—Oye, perdona—Me giro y veo a una rubia pija, mirarme—. Le he dicho a mi amiga que eras alguien famoso y no se lo cree. ¿Lo eres?

—No, te has confundido.

—Oh, qué lástima. ¿De verdad que no eres alguien famoso?

—De verdad. Si lo fuera lo sabría.

La rubia se aleja y Aysel me mira sonriente.

—Mentiroso—Bajo la vista y alzo las cejas.

—Es una mentira piadosa.

—Sí, pero has perdido la oportunidad de conseguir una cita con ella. Y seguro que es tu tipo, se parece a mi amiga.

Me aparto un poco y comienzo a andar, no me gusta hablar de mis ligues con ella, y lo cierto es que desde que volví a su vida, no he estado con nadie. Nunca nadie ha podido ser como ella, y era tontería buscarle un doble cuando sólo quiero estar con Aysel.

—Tal vez la vea luego—Miento.

—Claro.

Aysel me sigue, pero el comentario nos ha distanciado, ha roto la magia que teníamos hasta ahora. Nos ha devuelto los pies a la tierra. Se para a mirar las montañas apoyándose en la barandilla de roca que hay y me pongo a su lado.

—¿Qué le paso a Pedro?—la miro—. Si quieres decírmelo.

—No es un secreto— No me gusta hablar de ello, me trae recuerdos... —.Estábamos de fiesta, teníamos diecisiete años y bebimos. Yo casi nunca bebo mucho porque me sube enseguida, no me gusta no ser consciente de mis actos—

Cosa que me recuerda a Carla, aprieto la mandíbula y sigo hablando—. Estábamos en casa de uno de nuestros amigos cuando vi que la puerta se cerraba, me dijeron que era Pedro que se había ido, y salí tras él. No pude pararlo a tiempo, cogió su moto y se fue. No me quedó mas opción que coger la mía y seguirlo esperando poder alcanzarlo antes de que pasara algo. Pero no pude, doble una esquina al tiempo de ver como Pedro salía por los aires y como, en un segundo, su vida cambiaba para siempre. Sólo fue un segundo, una equivocación, un error para el que no hay marcha atrás. Una vez la cagas, es para siempre. Y ahora, él siempre pensara que si no hubiera cogido la moto, borracho, podría andar. Ha aprendido la lección, pero a ambos nos queda la amargura de saber que esa lección ha llegado demasiado tarde y a que precio.

Recuerdo trozos de la historia que he omitido y los reprimo, no estoy preparado para contarlos, prefiero que ella no sepa toda la verdad.

—Lo siento.

—Más lo siente él—digo sin ánimo de parecer borde. Aysel me coge la mano y se la aprieto—. Ya sabes, nunca cojas el coche borracha o mejor nunca conduzcas — le digo sonriendo—. Las mujeres soy un peligro al volante.

—¡Eh!, seguro que lo hago muy bien.

—Pero no será con mi coche.

—Dirás tus coches—Sonreímos por el comentario, noto como la suben los colores y mira hacia la montaña.

Me gusta cuando se sonroja, hoy en día es muy difícil encontrar a una joven, con la inocencia de sonrojarse por una simple sonrisa.

—Creo que va a llover—dice señalándome unas nubes.

Las miro, y veo como las nubes están bajando por las montañas.

—¡Corre!—le apremio.

Comenzamos a correr hacia el restaurante, pero aun así, la lluvia nos alcanza y entramos empapados.

—¿Mesa para dos?—asiento al camarero y nos conduce a una mesa al

lado de una ventana que da al pantano. Está lloviendo con fuerza.

—Llevas las gafas mojadas—Miro a mi alrededor veo todo el mundo está con lo suyo y me las quito—. Nunca he visto unos ojos tan verdes como los tuyos.

—Nadie tiene el encanto que tengo yo—. Se ríe, mientras cojo la carta—. Tienen una olleta que es la especialidad, y merece la pena poblarla.

—No sé yo...

—No seas enana. Hay que comer de todo.

—Vale, pero como no me guste, tendrás que comértelo tú.

—Te gustará.

Pido la olleta y la bebida. Miramos por la ventana como llueve y cojo la mano que Aysel tiene sobre la mesa.

—Parecemos novios, siempre cogidos de la mano—Me tenso ante su comentario y la retiro cogiendo un trozo de pan.

Sabe que algo me pasa, pero sólo me mira con sus ojos dorados y no hace ninguno comentario. Nunca podremos ser novios. Es algo imposible.

Terminamos de comer y nos quedamos mirando como sigue lloviendo, mientras nos traen un café y un café con leche condensada, que ha pedido ella.

—No deberías echarle azúcar, ya está muy dulce con la leche condensada—la digo cuando nada más traerlo, coge la bolsita de azúcar para echarla en el café.

—Me gusta dulce.

—Tú verás—Se queda con el sobre a medio camino y, finalmente, lo deja en el plato—. Qué raro que me hagas caso.

—Es el primer café con leche condensada que me tomo, supuse que tú sabrías de esto más que yo.

—Ya decía yo que habías cedido muy rápidamente— sonrío y prueba el café.

—Está bueno.

Empiezo a tomar mi café, han puesto la tele y se oye de fondo un programa de zapping. De repente cambian, y se ve una escena de lo que pasó ayer por la noche en el programa del corazón. En él, hablan de lo que yo hice y le dan la razón a Carla que, por lo que he visto, ha empezado a llorar, diciendo:

—Yo... es muy fuerte lo que tengo guardado y tal vez un día lo pueda contar, por ahora guardaré silencio. Aun así, esa noche no pasó nada, pero me temo que él no se dará por vencido.

Me llama la atención lo que dice y miro la tele. Al poco, cambian a otro programa y me quedo mosqueado, pensando que tendrá Carla bajo la manga. ¿Qué está tramando?

La gente se cree que yo, si no tuviera nada que ocultar, llamaría a la televisión, cosa que ya me han ofrecido, y me defendería, pero si entro en ese juego, estaré perdido. No me queda más remedio que esperar a ver que pasa y, si la cosa se pone fea, pondré una demanda por difamaciones.

—No me gusta esa mujer. Qué mal gusto tienes, Rodri—Me sonrío y me coge la mano.

—Sí, la verdad es que sí, pero eso está cambiando.

—Es una suerte, sino tendría que pedirte que te pusieras gafas—Me río por sus ocurrencias y agradezco lo que hace para hacerme olvidar. ¿Qué he hecho en la vida para merecerla?

Llegamos a Alicante y aparco cerca del bar de Toni; cuando terminamos los cafés y, viendo que no amainaba, hemos decido correr hacia el coche, pero nos hemos mojado algo más porque Aysel, al ver al de los llaveros, quiso ver que tal habíamos salido. Mereció la pena por ver su cara cuando le dieron un llavero en el que salimos los dos juntos.

Me ha llamado Pedro cuando estábamos volviendo para decirme que estarían en el bar de Toni. No parece que ella tenga muchas ganas de volver a su casa, pues cuando le he dicho si se venía ha contestado en seguida que sí. Me

gusta estar con ella, pero no me gusta que esté huyendo de lo que sucede en su casa. No está bien y no para de darle vueltas al tema de cómo decirle a su padre, sin herirlo, que ella no quiere la vida que él acaba de emprender, que ella es feliz con la vida que lleva ahora.

Termino de aparcar y Aysel baja del coche. Me reúno con ella y vamos hacia el bar de Toni. Me gusta porque es un “*bar—pub*”. Es todo de madera, no es muy grande, tiene dos mesas de billar y dos dianas. A veces, nos pasamos los domingos aquí, jugando a las cartas o al billar. Quién diría que Rodrigo Adriano pasa los domingos en un bar del barrio haciendo algo tan simple como jugar a las cartas con los amigos. Si la gente supiera... Aunque, lo cierto, es que lo saben, pero esto no vende, sólo venden las veces que me permito ser joven y hacer lo que hacen todos los demás.

—Me gusta—dice Aysel nada más entrar.

—Eh... Hola—Pedro nos saluda desde una mesa, Luna esta en las dianas jugando con uno de nuestros amigos. Nada más vernos, se acerca a saludarnos.

—Me alegra que hayas venido—le dice a Aysel y se la lleva hacia las dianas.

—Vaya, parece que a Luna le ha caído bien Aysel. Creo que le ha cogido cariño de hermana—Dice su novio.

—Eso es porque no se fía de mí—Alego.

—Lo iba a decir yo— Nos reímos y dejo en la mesa la cartera y el móvil.

—¿Jugamos un partida de póquer?

—Te estábamos esperando—comenta otro amigo del grupo.

—Esperándome para desplumaros—digo sacando el paquete de chicles y cogiendo uno para mitigar mis ganas de fumar.

—Eso ni lo sueñes. Hoy serás tú el que se deje el dinero—dice Toni—. Yo me apunto. No hay gente estas horas y he cerrado la puerta. Por cierto—dice

sentándose a nuestro lado, mientras reparto. Miro de reajo a Aysel que está jugando a la diana con Luna—, el otro día, por la cámara, pille a dos montándose en el baño.

—No jodas, tienes porno gratis—dice Pedro.

—Sí, pero no era para eso para lo que puse las cámaras.

—Que te robaran fue algo esporádico—comenta Pedro.

—Sí, pero de haber tenido cámaras, ahora esos desgraciados estarían en la cárcel — contesta Toni a Pedro—. Así me quedo más tranquilo. Si alguien me quiere robar, que robe, yo luego lo denuncio pues tengo imágenes que prueban quién es. A mí nadie más me toma por tonto.

—Pues eso es difícil—Bromeo—. Bueno reparte, que a este paso, pensaré que te las estás colocando—digo con una sonrisa.

Comenzamos a jugar y empiezo a hacer mi juego. Se me da bien el póquer, pues nadie sabe cuando miento o cuando digo la verdad. Es muy difícil que mis emociones afloren en mis ojos o mis gestos.

—Por cierto, ¿has escuchado lo que dijo ayer era víbora de Carla?

—No trates de distraerme, que no lo vas a conseguir— Pedro se ríe y me mira.

—Era la idea, pero ahora contesta, ¿no vas a hacer nada?

—Por ahora, no ha dicho nada que me perjudique.

—Están siendo muy injustos contigo.

—No me conocen. Qué digan lo que quieran—Robo carta y miro de reojo a Aysel que acaba de sonreír ante un comentario de Luna.

La partida continúa y empiezo a ganar. Sonrío, pues cuando me pagan todos dicen tacos y sé que les jode perder, pero que se le va a hacer, juegan con el mejor. Me río ante mi estúpido pensamiento y miro hacia donde está Aysel. Ahora están tomándose un refresco,— que ellas mismas se han servido y unas patatas, sentadas en unos sofás que hay en el pub. Se le ve feliz hablando con Luna y, como si hubiera percibido mi mirada, me mira y sonrío.

La partida sigue y me distraigo cuando Aysel se levanta para hablar por teléfono, veo como su cara pasa de la sorpresa, a la tristeza. Ahora tiene cara de resignación y asiente antes de colgar. Me mira y viene hacia mí.

—No voy—Tiro las cartas, sin importarme que tuviera escalera, y voy hacia ella—. ¿Qué pasa?—digo posándole una mano en el brazo.

—Esther. La babosa... — Debo de haber puesto cara de no tener ni idea de qué hablaba—. Resulta que anoche se emborrachó, y parece que más de la cuenta... Se ha levantado ahora en casa de un joven y esta aterrada, porque no sabe cómo ha llegado allí, ni si ha usado protección.

—Tu amiga es un poco cabeza loca y yo no soy el más indicado para

juzgarla, pero siempre digo que, desgraciadamente, una mujer siempre tiene más que perder, pues ella es la que tiene que cargar con el hijo que puede venir y eso no es todo...

—Ya, enfermedades venéreas... Está llorando y quiere que vaya su casa para hacerla compañía.

—Y tú quieres ir.

—Sí. Es mi amiga.

—Lo entiendo—Le paso la mano con ternura por la mejilla—Pero me duele que cargues con los problemas de todo el mundo.

—No pasa nada, estoy bien. Sé que me necesita.

—Es ella quién se ha metido sola en todo esto. Aunque, te comprendo.

—Ya, si lo sé, siempre le digo que tenga cuidado, pero...

—Tranquila, Aysel, te entiendo. Te acerco a su casa—Veó que niega con la cabeza.

—Vive a dos calles de aquí y, no es que no quiera que me acompañes, pero prefiero ir sola, quiero pensar qué le voy a decir. Ahora mismo, sólo pienso en gritarle por su irresponsabilidad.

—Te comprendo—Me gustaría discutir y acompañarla, ya que sus ojos están nublados por las lágrimas no derramadas y tiene el entrecejo fruncido. Pero comprendo que quiera un poco de soledad para poner sus ideas en orden—. Ten cuidado.

—Lo tendré. Voy a despedirme de ellos.

Veó como se aleja, se despide de Luna y coge su bolso, vuelve hacia a mí y le acompaño a la puerta.

—Bueno... pues, ya nos veremos —dice con un movimiento de hombros.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo mismo digo—Me mira y se muerde el labio. Yo sonrió ante su nerviosismo y, aun sabiendo que no debería, me agacho y le doy un suave beso

en los labios.

—Yo... esto... adiós—Sale por la puerta. Me quedo mirando a ésta hasta que escucho las risas de los amigos detrás.

—La has asustado—comenta Toni riéndose.

—Callaros atajo de cotillas. No es lo que creéis. No puede ser.

Se callan y me siento para seguir jugando a las cartas, aunque sé que mi racha de ganar ha terminado. Estoy inquieto por la mirada triste de Aysel y por todo lo que esta viviendo últimamente. Ojalá pudiera ayudarla.

Aysel

Llego a mi casa cansada y desmoralizada. Mi amiga se ha pasado toda la tarde llorando y nerviosa, pero cuando le han llamado para irse a tomar algo se he puesto contenta y se ha ido sin más. Cuando salió por la puerta ya no quedaba nada de esa Esther llorosa y asustada, me sentí como si hubiera perdido el tiempo con ella.

Entro y, nada más hacerlo, me detengo. Mi casa está patas arriba. Los muebles tienen sábanas blancas y en la entrada hay maletas.

—¿Qué pasa aquí?

—Nos vamos—Mi madre sale con una amplia sonrisa y me da un beso en la mejilla.

—¿A dónde?—digo tratando de tragar el nudo de dolor que me desgarran el pecho.

—A nuestra nueva casa.

—Yo no quiero irme—Me mira—. Mamá, no sabía como decírtelo, cómo decíroslo, pero no quiero irme, me gusta estar aquí.

—Pero esta casa es pequeña, aquí no cabe nada, no es suficiente.

—Lo ha sido durante años. Para mí es suficiente.

—No sabes lo que dices. Cuando veas tu ropa nueva...

—¿Mi ropa nueva?

Mi madre mira nerviosa la maleta, la miro temiendo lo que me voy a encontrar. Al abrirla, veo que nada de eso es mío, todo son trajes y ropa de marca, no hay nada de lo que yo tenía.

—¿Y mi ropa?

—Ahora ya no la necesitas.

—¿Y mi ropa?—Trato de no perder la calma y la miro.

—Pues... la he dado... era vieja y fea.

—¿Has dado mi ropa? ¡Mamá, era mi ropa, mía! ¿Es que no te importa nada que sea mío? No me lo puedo creer— Entro a la cocina.

—Hija esa ropa...

—Era mía, sólo con eso es suficiente. Yo soy mayorcita para decidir que tiro y que no.

—Ahora tu estatus social ha cambiado.

—No mamá, ha cambiado el tuyo y el de papá, no el mío. No quiero irme con vosotros, me quiero quedar aquí. No puedo llevar una vida para la que vosotros sí estáis preparados. No puedo ir. No puedo— Me doy la vuelta, tratando de apretar la mandíbula para que mis lágrimas no salgan.

—Debes comprenderlo, son mis amigos.

—No mamá, no puedo comprender como llamas amigos a unas personas, que cuando más las necesitaste, te dieron la espalda. A unas personas para las que no has sido nada más que un recuerdo, hasta que has recuperado tu dinero. No me hagas entender esa clase de amistad, porque no puedo.

—Pero hija...

—Basta Magda. Deja a la niña—Miro a mi padre, viene y me coge de las manos—. ¿Es lo que quieres? — Asiento—. Bueno, no me hace gracia dejarte aquí, pero los vecinos siempre estarán cerca y sólo nos iremos a unos

minutos de aquí. Pero prométeme que vendrás a alguna fiesta.

—Tal vez—Mi padre me aprieta la mano cariñosamente—. ¿Y ahora qué hago con mi ropa? No puedo ir al instituto con un Armani.

—Te daré los tickets y puedes cambiarla... pero la tuya ya está en la parroquia.

Mi madre me mira, no puedo decir nada, me siento dolida por cómo han tratado de manejar mi vida. Si no hubiera dicho basta, hubieran seguido manejándola sin más. Me ha tocado comerme la cabeza, temer su desilusión, su tristeza, con lo fácil que hubiera sido preguntarme, simplemente, que quería hacer yo.

—Nos vamos a ir. ¿Estarás bien?—Asiento—. Te dejo dinero para que compres y, toma, esta es tu tarjeta de crédito—Mi padre me da el dinero y la tarjeta y, tras darme un beso, se van.

Me pregunto por qué tienen tanta prisa, por qué no se han quedado a cenar conmigo, por qué lo han hecho todo tan fácil. Esperaba un poco de gritos, al menos, así me hubiera sentido más importante. Me han cambiado por una vida llena de lujos. ¿Esto es la familia para ellos? Me pregunto si esto es lo que sentirá Rodrigo día a día, soledad.

Miro el dinero y pienso en pedirme algo para cenar, pero no tengo hambre, tengo el estomago tenso por los nervios. Abro la nevera y veo que esta desconectada, la enchufo y me voy por mi casa, que no es muy grande, a quitar las sábanas de los muebles. Una vez termino, mi casa parece otra vez, mi casa. Pero no lo es, ya no es más que una casa vacía, cambiada por una vida de lujos, donde la familia ha dejado de ser lo primero.

Escucho el móvil y lo cojo, al ver que es Rodrigo, me trago el nudo de lágrimas que tengo en la garganta y trato de buscar una voz que no demuestre que estoy llorando.

—Hola.

—Hola enana. ¿Qué tal estás?

—Bien... — Siento que una lagrima corre por mi mejilla, aprieto la boca—. Muy bien—No sé cómo he parecido serena al decirlo, pues es muy difícil decir que se está bien cuando tu cara está surcada por las lágrimas.

—¿Qué te pasa? — Más que una pregunta parece una afirmación.

—Nada.

—Aysel, conozco tu voz y sé que ahora estas tratando que yo no escuche como lloras. ¿Ha pasado algo malo?

—Mis padres me han dejado sola en mi casa, ahora vivo sola. Y toda mi ropa es de marca. Debería estar celebrándolo, ¿no? — Dicho esto, me quito el móvil de la oreja porque empiezo a llorar y me invade la vergüenza porque Rodrigo me oiga en este estado—. Rodri, prefiero estar sola— Cuelgo, pues es lo único que puedo hacer.

Me voy a mi cama y me tiro sobre los cojines para llorar a gusto. Al poco, escucho al timbre, pero lo ignoro. Vuelve a sonar, pero no le hago caso. Seguro que es la pesada de la vecina que viene para ver que tal estoy y decirme que no estoy sola, que para lo que necesite ella esta aquí. No tengo cara para recibir a nadie.

Me levanto y voy al servicio. El timbre sigue sonado, pues que suene, porque tras verme la cara en el espejo definitivamente no pienso abrir a nadie. Me echo agua en al cara y me la seco con una toalla. El timbre se para y al poco siento un mensaje en el móvil.

Voy a por él y lo leo, es de Rodrigo:

Abre la maldita puerta

Aunque no tuviera su número, no me cabría la duda, tras leerlo, de que es él. Voy hacia la puerta.

—¿Rodrigo?—digo tras esta sin abrirla.

—El mismo.

—No puedo abrirte.

—Me da igual que tengas la cara roja como un tomate y los ojos hinchados, abre.

—Así, con esa descripción, debo de estar horrible, mejor no abro. Estoy mejor, ya se me ha pasado.

—No me pienso mover, abre.

—No, es mejor que te vayas.

—Bueno, pero cierra la puerta antes de irte a la cama.

—Vale, lo haré.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Me aparto de la puerta y voy hacia mi cuarto. Me sorprende que Rodrigo se haya ido así, sin más. Me echo en la cama y empiezo a escuchar un ruido raro en la puerta. Al salir al pasillo, veo que Rodrigo está entrando por esta. Lo miro asombrada y él me alza una tarjeta de crédito.

—Dijiste que cerrarías la puerta, no que ya lo hubieras echo.

—¿Pero serás...?—Me acerco a él—. ¿Cómo has podido forzar mi puerta?

—No le ha pasado nada, pero ahora ya estoy dentro. ¿Se puede saber por qué no me abrías la maldita puerta? ¿Qué te crees? ¿Que iba a salir corriendo al verte con esa cara?

—No me recuerdes que parezco un monstruo— Me pongo las manos en la cara y lloro otra vez—. Lo siento.

—Eh, Aysel no pasa nada. Yo estoy aquí.

Rodrigo me atrae a sus brazos y me abraza, me dejo abrazar y me derrumbo. Siento como me coge en brazos y le dejo hacer. Acabamos sentados en el sofá, me refugio en su pecho como si fuera una niña perdida que necesita consuelo. Poco a poco, me voy calmando y voy notando las caricias tranquilizadoras que me esta dando Rodrigo en la espalda.

—Lo siento—Alzo los ojos y veo sus ojos verdes mirarme—. No sé que

me ha pasado.

—Yo creo que me hago una idea—Levanto las cejas de manera inquisitiva—. Tus padres han preparado todo para que te fueras con ellos sin preguntártelo, e indignada, les has dicho que no podías irte y ellos lo han aceptado sin más y se han ido. Por eso, te has sentido remplazada, como si valiera más la vida social y rica, que la vida en familia y acomodada.

—Nunca pensé que entre todas las personas, tú serías la única que me conocería tan bien.

—No te acostumbres. Soy igual de bueno como de destructivo—Lo miro y veo en sus ojos verdes la verdad de sus palabras, él realmente cree que puede hacerme daño. Ojalá pudiera hacerle ver que sólo me haría daño si se alejara de mi lado una vez más.

—Tú di lo que quieras. Yo pensaré lo que me apetezca—Lo miro y veo tristeza en los ojos de Rodrigo—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Ahora quien esta mal eres tú.

—Ya se me ha pasado. Pero no quiero salir de tus brazos—Rodrigo se ríe y me apoyo en el hueco de su cuello. Él se apoya en mí.

—Qué voy a hacer contigo— Lo dice como en un susurro y sé que es imposible, pero he sentido pesar, en estas palabras, y dolor.

Busco su mano y la entrelazo con la mía. No se por qué hago esto, pero necesito sentir su cercanía y darle mi apoyo. Nos quedamos en silencio, sin decir nada. Rodrigo ha empezado a acariciar mi mano con movimientos circulares y siento como van desde mi mano a todo mi cuerpo, un sinfín de escalofríos. Levanto la mirada y él me mira.

—Rodrigo...

—No, no puede ser—Le miro a los ojos y me pregunto si habrá sabido leerme en los míos que estaba a punto de confesarle mis sentimientos.

Me avergüenzo de lo que iba a hacer. ¿En qué estaba pensando? Pero, tras mi vergüenza, miro sus ojos verdes y veo tal dolor en ellos que toda mi

vergüenza y mis temores se congelan en mi alma. ¿Por qué están cargados de dolor sus ojos? ¿Por qué siento que mis ojos se llenan de lágrimas al sentir cómo me atraviesa la angustia que he visto en sus ojos?

—¿Qué pasa?

—Será mejor que me vaya, es tarde—Comienza a levantarse, me deja con delicadeza en el sofá y va hacia la puerta—. Mañana tengo un examen—Se ríe—. Yo tratando de ser un chico responsable.

—Rodrigo, espera—Lo cojo pero no se gira.

—No, es mejor que me vaya, créeme, es lo mejor—No se vuelve pero siento su tensión.

—¿Qué pasa? ¿Sabías lo que te iba a decir?

—Sólo sé que ibas a cometer el mayor error de tu vida.

—¿Así? ¿Y cuál es ese error?

—Yo—Y, dicho esto abre la puerta y se aleja, dejándome con la boca abierta y el corazón hecho trizas.

Cómo no lo iba a saber, si me conoce como nadie me conocerá jamás. Si hoy no me habían pasado pocas cosas, esto ya corona la tarta. Acaban de rechazarme. Pero, pese a mi dolor, poco a poco asimilo sus palabras. ¿Él, un error? ¿Por qué piensa eso Rodrigo? No lo entiendo. No creo que él sea mi error. No podría serlo.

Creo que Rodrigo me ha dicho que no, de la manera más fácil y, si no me ha dejado confesarle mis sentimientos, ha sido porque no quería que nuestra amistad se rompiera.

Me siento triste, noto que he dado un paso atrás en mi relación con Rodrigo y, lo que es más triste, me veo presa del pesar que he visto en su mirada y siento más tristeza por ese dolor que por el mío. No sé como aliviarlo y, tal vez, lo mejor que pueda hacer para conseguirlo sea alejarme de él.

Miro mi casa, vacía y silenciosa, y el peso de esta soledad se me echa encima. Quiero salir de aquí.

Me pongo una chaqueta, me maquillo un poco para tapar los restos de maquillaje y de llantos y, tras coger el móvil y dinero, bajo al garaje a por mi moto, esa que tengo muerta de risa de lo poco que la uso. Conduzco por las calles de Alicante, cada vez más solitarias por la noche y yo cada vez más perdida y sin rumbo fijo.

Paso por la fuente de Los Luceros y la miro, siempre lo hago, me encanta esa fuente, de niña creía que estaba encantada. Un día me pareció ver a alguien dentro de ella. Pero era una niña, no había nadie allí. Detengo la moto, ahora la fuente está rodeada por unas rejas, pues van a poner el tranvía en Alicante y aún no está inaugurada esta parte.

Dejo la moto a un lado y me introduzco en la plaza. Tiene bastante luz, cualquiera puede verme aquí dentro y la policía puede sacarme de aquí por entrar en un sitio vallado, pero, aun así, lo hago y me quito el casco ante los caballos de piedra que llevan años viendo la vida pasar.

Cuántas historias deben saber, cuántos corazones han visto unirse y cuántos otros han visto romperse. ¿Pondrán ver como el mío llora? Me giro y comienzo a andar por ella. Me fijo en un de los caballos, el que creía que un día me guiñaba un ojo. No lo hace. Claro que no. Pero, pese a saber que era imposible que lo hiciera, me siento desilusionada, una vez más. Una vez más, mis ojos se llenan otra vez de lágrimas y me paso la mano furiosa por éstas.

—*Creo que deberías decirle algo a la chica*—Me detengo y miro a todos los lados para ver si veo a alguien. No hay nadie.

—¿Quién anda hay?

—*Nos ha oído. ¿Nos verá?*—Me tenso y miro a todos lados. Me sube un escalofrío por el cuerpo.

—*No está preparada*—Es la voz de una mujer.

—¿Quién hay ahí?—Estoy empezando a asustarme.

—*Ella me lo está pidiendo.*

—¡Nooooo!—Y con el peso de esta negativa, noto como mi cuerpo se

siente cada vez más y más débil y cómo el suelo cada vez esta más próximo de mi cuerpo, pero, antes de cerrar los ojos y caer sobre el mullido césped, me parece ver a dos fantasmas, un hombre y una mujer, mirándome. ¿Qué me pasa?

Capítulo 14

Fantasmas.

—¿Por qué?

El hombre mira como la mujer acaricia con ternura el rostro de la joven. Calienta el ambiente para que Aysel no tuviera frío, en Los Luceros tienen más poder que en ningún sitio y pueden usar su magia sin miedo a que se vea empañada por la maldición. Mira al hombre.

—Hoy ya ha sufrido bastante, ser consiente de esto podría hacer que se cerrase para siempre a nosotros.

—No lo pensé. Parecía el momento indicado. Ella por fin podía oírnos.

—Lo parecía porque al estar vulnerable, está más receptiva a todo, pero no lo era.

—¿Crees que queda mucho para que llegue el día que pueda vernos?

—No, queda muy poco, tanto para ese día como para el día de la batalla.

El hombre la mira y se va hacia la estatua perdiéndose en ella. La mujer en cambio, se queda toda la noche velando a la joven y evitando que su joven cuerpo se enfríe cuando el frío rocío se pose sobre su piel.

Aysel

—Señorita, despierte.

Me despierto de golpe cuando me tocan y miro a mi alrededor. ¿Qué hago en Los Luceros?

Y entonces lo recuerdo todo, me llevo la mano a la cabeza, pues me duele de haber llorado.

—Yo... Lo siento—El policía me ayuda a levantarme. Miro mi reloj y veo que no es muy tarde, son las siete.

—No pasa nada, has tenido suerte que he sido yo quien te ha visto. ¿Está bien?

—Sí, estoy bien—Me sacudo el césped del pantalón y miro al joven

policía que me sonríe—. Lo sé, tengo una pinta horrorosa.

—Sí, y por lo que veo ha estado llorando, haré como que no ha pasado nada, pero no vuelva a entrar aquí, está vallado. Me señala la amplia valla, como si yo fuera tonta y no la hubiera visto, pero me callo y asiento. Mejor no tentar más a la suerte. Me voy hacia mi moto antes de que el policía cambie de idea y me lleve a comisaría.

Conduzco buscando una cafetería, porque no tengo ganas de volver a mi casa, aún no he asimilado el hecho de vivir sola. Necesito pensar, poner mis ideas en orden, y en mi casa no puedo.

Pienso en Rodrigo, en su mirada triste y se me encoge el corazón. No sé que debo hacer y me siento tonta por lo que he hecho. Nunca he sido muy lanzada con los chicos, de hecho, nunca he salido con nadie y nunca me habían besado, hasta Rodrigo. Pero, con él siento que no puedo dejar que se me escape, que debo ser yo la que de el primer paso. No sé por qué lo sé, pero es lo que me dicen sus ojos al mirarme.

Estoy sacando conclusiones por mi ilusión de estar con él, que es lo más probable. Estoy dejándome llevar por el mundo que hemos creado Rodrigo y yo cuando quedamos, dónde todo parece ajeno a nosotros y dónde me hace sentir especial cuando me mira, con esa intensa mirada suya. Si pienso en la realidad, ésta no me gusta, pues Rodrigo no es de los que tienen novia, es un macarra y pasa de todo y de todos. Pero, al pensar en ese Rodrigo, se me hace muy difícil ver en él al Rodrigo que se muestra ante mí. ¿Cuál de los dos es el verdadero Rodrigo? ¿Qué he de hacer?

Llego a una cafetería, me pido un café con leche y un *croissant* y entro el aseo a arreglarme un poco. El camarero me ha mirado de una manera rara, pero ha tenido la educación de no decir nada. Cuando me miro al espejo casi me caigo hacia atrás. ¡Qué desastre! No me extraña que el policía me haya perdonado y el camarero haya pensado que estoy loca.

Me quito la tierra del pelo y de la cara. Me hago una coleta y parece que ahora tengo mejor aspecto al quitarme el maquillaje, que se ha corrido, y la

tierra. Salgo y veo que el camarero ya me ha puesto el desayuno y me ha dejado el periódico al lado.

—Gracias, siento mi aspecto...

—Una mala noche, ¿no?—Me dice el hombre amablemente.

—Sí.

—Pues ahora tomate la leche caliente y relájate—Me guiña un ojo y se va atender a una pareja que acaba de entrar.

Empiezo a comer y, mientras tanto, cojo el periódico para ojearlo y al ver la portada casi me caigo de la silla. En ella sale Rodrigo, con una amplia sonrisa y rodeado por dos rubias. Y yo pensando que estaba mal. ¡Será desgraciado! Y yo una estúpida. Sí, claro que siente algo por mí, lástima. No me ve más que como una enana y una hermana pequeña.

Leo el titular, “*el joven hijo del prestigioso presidente de la empresa de construcción De Acebes, vuelve dejarlos en evidencia, tras una noche de fiesta y alcohol*”. Y yo preocupada por él.

Dejo el periódico con rabia en la barra, reprimo las lágrimas y sigo comiendo, pero es muy difícil hacerlo con el corazón roto. Yo creía que había visto dolor en sus ojos, pero, si vi dolor, era solamente porque no sabía cómo rechazarme sin causarme daño con su marcha. Por eso prefirió irse, porque así no tendría que hacerme daño tras su negativa. Y yo tenía esperanzas...

A veces, somos capaces de todo con tal de no querer ver la amarga realidad. Para Rodrigo sólo soy una niña, a la que vio nacer y por la que, simplemente, siente cariño de hermanos. Es muy triste, pero esa es la realidad.

Llevo casi todo el día sentada en la mesa del castillo, donde un día comí con Rodrigo. He pensado mucho y he llorado otro tanto, he sentido las miradas de la gente curiosa que pasaba por mi lado. Y he llegado a la conclusión: que siempre seré para Rodrigo lo que soy, una amiga. Pero, rechazaré sus manos, pues me hacen daño. Rechazaré sus abrazos, pues me hacen añorarlos cuando no está. Y sobre todo, sus besos, pues él los da sin importar que sea yo, y para mí sí

es importante dárselos a él. Si quiere algo de mí, se encontrará con lo que somos, amigos. Ahora ya lo sé. Ahora sé lo que debo hacer.

Me pica la cara por el sol y las lágrimas y, pese a que me da la sombra de un pino, sé que la tengo roja. He comido algo en bar del castillo, pero muy poco, lo suficiente para acallar mi estómago.

Me levanto, me duelen los pies de estar tanto tiempo sentada mirando a la nada. Me asomo al borde del castillo apoyándome en la muralla de piedra. Veo la playa y, a lo lejos, el atardecer. Se me ha hecho muy tarde, pero era como si no sintiera nada, como si sólo pudiera pensar. Escuchando cómo mi corazón llora por el rechazo de Rodrigo.

Me refugio en mi chaqueta y camino por el castillo hacia la moto, pero al pasar al lado del bar, siento un susurro detrás de mí, como si el viento tratara de decirme algo. Me giro y lo vuelvo a oír, y entonces veo un hueco en la pared. Me acerco y paso la mano por éste. Meto la mano, pero no pasa nada. Lo vuelvo a intentar y una corriente helada parece quemarme la mano. La saco y me alejo de la pared. No sé que era, pero algo me ha recorrido la palma de la mano, la miro, temiendo tener una picadura de un bicho, pero me tranquilizo al ver que está intacta. Definitivamente me voy, ya es hora de irme a mi casa, sola.

Rodrigo

La resaca me esa matando, pero los remordimientos son peores. Ayer me pasé el día durmiendo. Maldición, por una vez no hice nada, bueno no es la primera vez que salgo en la portada de un periódico o revista y el titular es totalmente erróneo.

Cuando Aysel... Aún recuerdo su mirada y cómo me atravesó lo que sabía me iba a decir. Esto no debería de haber pasado, pero ha pasado y no me ha quedado más remedio que irme, aunque en el fondo, ansiara quedarme. Ella no

es para mí. Mi pasado y lo que soy, la golpearía y no quiero que nadie le haga daño, mucho menos por mi culpa.

Nunca olvidaré su mirada. Me siento un ser miserable, pero lo he hecho por su bien... ¿o no? Ya no sé que pensar. Me paso la mano por el pelo y comienzo a andar por la casa donde vivíamos, antes de que mis padres se enfadaran con los de Aysel.

Cuando salí de su casa me fui a un bar a beber y, cuando bebo, se me sube enseguida, cosa que en ocasiones no me importa si estoy con mis amigos en el bar de Toni, acabamos diciendo tonterías o haciendo el tonto y no pasa nada. Pero cuando no es así no suelo beber, pues la gente suele aprovecharse de esos momentos. Y ayer paso justamente eso.

De repente, sin saber de donde habían salido, me vi rodeado por dos jóvenes que empezaron a besarme y a tocarme. Yo me aparte de ellas con furia, pero el daño ya estaba hecho. Al poco llegó Gus y nos fuimos al bar de Toni. Pasó cerca de donde yo estaba y, al ver que salía tanta gente, le llamó la atención, me vio y me sacó de allí. Nos pasamos toda la noche bebiendo allí y hoy estoy hecho una mierda.

Pero más me duele saber que he perdido a Aysel, que ya ni siquiera podemos ser amigos. Es imposible que exista una amistad cuando hay sentimientos por medio y no solo de uno, sino de los dos.

Ya es de noche y, pese a que sé que lo mejor es alejarme de ella y esperar que me olvide, no puedo. No puedo irme sin más y no paro de pensar, estúpidamente, una solución para estar juntos. La única es escondernos como si fuéramos unos presos o hubiéramos hecho algo malo. Es la única salida, si no queremos que su padre nos separe o que a ella la juzguen por estar con alguien como yo.

Otra vez estoy llenándome la cabeza de vagas esperanzas para no alejarme,

para no perderla. Pero es que, pese a que sé que lo mejor es irme y que ella haga su vida lejos de mí, no puedo hacerlo. Una parte de mí se niega a decirle adiós.

Cojo el móvil y busco su número, quizás esté cometiendo el mayor error de mi vida... pero aun así no puedo irme sin más.

—Hola Rodrigo—Aysel parece muy contenta. Me quedo extrañado. ¿Qué esperaba encontrarla llorando? Pero seré estúpido.

—Hola enana. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, he ido de compras con Leandro y me ha ayudado a cambiar toda mi ropa de marca, he vuelto a hacer de mi armario uno normal.

Leandro. Se me forma un nudo en la garganta y trato de respirar serenamente, cuando en lo único que pienso es en marcar la cara de ese imbécil por estar siempre tan cerca de Aysel. Tal vez ayer no pretendía decirme nada... quizás confundí las señales... pero eso es imposible, maldición, pues llevo toda la vida mirándola de la misma manera que sus ojos me miraron ayer. Y me miraron como siempre deseé, en lo más profundo de mi ser, sin querer nunca reconocerlo.

—Me alegra que tu armario ahora sea normal. ¿Y qué tal está vivir sola?

—Muy bien, ahora estaba estudiando con Leandro, no entendía unos ejercicios y me los está explicando—*El bueno de Leandro.* Siento como la furia me atraviesa, pues sólo pienso en mil ideas para ir a su casa y que ese par de... bueno, de amigos, no estén solos. ¿No debería estar contento porque ella haga su vida y no sea yo quien se la destruya? No, la verdad es que no, porque egoístamente sé, que no sé si un día seré capaz de verla con otro que no sea yo. Ojalá supiera que he de hacer—.Rodrigo te dejó, me está llamando Leandro.

—Claro. No hagas esperar a Leandro—Sé que por mi voz he dejado entrever mis celos, pero a la mierda con todo. ¿Cómo se supone que debo quedarme tras saber que están solos en la misma casa?

Nunca en toda mi vida me he sentido así. Sabía que este día llegaría, que un día cuando la viera estaría con otro, que otro la mimaría y la diría lo que

yo no he podido decirla. Sabía que un día vería como otro besaba los labios, esos que yo deseo devorar, pero me equivoqué al pensar que ese día estaría preparado, que ese día lo aceptaría. Pues ahora mismo, siento la rabia correr dentro de mí y los celos no me dejan pensar con claridad. Ese idiota no debería estar con ella estudiando, debería ser yo.

Aprieto el móvil con fuerza y busco otro número en la lista. Ahora mismo necesito hacer algo para descargar lo que siento y, tal vez, pueda pensar que es lo mejor para ella, aunque, en el fondo sé, que lo mejor para ella es que me vaya de una vez. Ojalá haya otra salida, pues, saber que debo irme de su lado y dejar el camino a otro, me está matando. No quiero que otro ocupe el lugar en la vida de Aysel, ese que yo llevo años añorando para mí.

—Hola Marcos. ¿Algún deporte que me pueda interesar?

Aysel

Cuelgo el teléfono y me quedo en la oscuridad de mi habitación recuperándome. Le he mentido y he querido parecer entera cuando, por dentro, me estoy rompiendo.

—Aysel. ¿Vienes?—Miro hacia la puerta y entra Luna—. Eh, pequeña. ¿Qué te pasa?

Y, como si fuera mi hermana mayor, me refugio en sus brazos y trato de buscar apoyo.

—Estoy enamorada de Rodrigo.

Luna lleva toda la tarde preguntándome que me pasaba, por qué estaba tan seria.

—Oh, peque, eso ya lo sabía—Me separo y la miro—. Se os nota un poco.

—Un momento. ¿Se nos nota?

—Creo que es justo que sepas algo de Rodrigo—Me seco las lágrimas y vamos hacia el sofá—. Rodrigo no quiere que lo que él ha hecho, que lo que él es, te perjudique. Hace años, a Pedro y a mí nos perjudicó, y estuvimos un tiempo que la gente nos juzgaba mal y salíamos en todas las revistas, como los amigos del perdido Rodrigo. Lo pasó mal, pues él era el único que tenía la culpa de lo que era y de que la prensa lo persiguiera. Pero pasaron muchos meses antes de que todo se normalizara. Cuando Pedro tuvo el accidente, dijeron que la culpa podría haber sido de Rodrigo y eso era mentira, era un bulo para crear noticia.

>> Pero Rodrigo—Continua—, se echó la culpa de éste, pues el coche contra el que chocó Pedro era de la prensa, que los estaba persiguiendo. Rodrigo cree que solamente puede destrozar la vida a las personas. Si volvió a vernos, fue porque le dije que lo necesitábamos y dejó lo que sentía a un lado, para sacar adelante a Pedro. La culpa le hizo construir el centro para minusválidos. Él no se siente un héroe, porque se cree el culpable de lo que le pasó a Pedro. Tiene miedo de destruirte la vida a ti también, pues la prensa te acosaría si os ven juntos.

—Yo... no sabía nada. ¡Dios! Rodrigo lo ha tenido que pasar fatal.

—Si, pero él siempre hace como si no pasara nada. La gente que lo ve de fiesta se cree que es un juerguista. Sólo unos pocos sabemos que cuando bebe, es porque trata de olvidar los fantasmas que le persiguen.

Lloro por Rodrigo, pues ahora entiendo, por qué ese día no quiso que le dijera que era un héroe por lo que había hecho por los minusválidos. Lo había hecho para que su alma hallara consuelo con esa culpa que lo persigue.

—Aysel... Rodrigo lleva toda la vida queriéndote—La miro y me quedo quieta.

¿Queriéndome?—. Por eso sabemos todos quién eres. Alguna vez hemos ido con él en el coche cuando te vigilaba sin que lo vieras, a la biblioteca o a la salida del cine con las amigas. Ha estado cerca en todos los momentos importantes de tu vida. En tu primer día de instituto por ejemplo, estábamos los tres en su coche cuando saliste sola de las clases con un montón de libros y

parecías serena, para nada afectada con el cambio. Dijo algo de una estúpida promesa...

—Me prometió que nunca me dejaría, pensé que solo me había seguido unas cuantas veces, no que siempre había estado cerca...

—Aysel, si lo quieres, lucha por él, él prefiere alejarse antes que hacerte daño, pues teme que acabes como Pedro.

—Yo...—¿Puede ser verdad que él me quiera? Y, entonces, recuerdo la última palabra que me dijo antes de irse... que él era el mayor error de mi vida.

—¿Qué vas a hacer?

—Luchar, pero no sé cómo—Pero, sí sé que es lo que debo hacer—. ¿Alguna idea?

—La verdad es que no.

Me quedo en silencio pensando en el dolor de Rodrigo y estrujándome la mente para buscar una salida. ¿Es posible que me quiera? De ser así, ¿qué he de hacer?

Entro en mi habitación, Luna acaba de irse. Me tiro en la cama y miro el techo sin saber que hacer. Me empieza a invadir el sueño y, cuando casi me he dormido, me viene a la mente un recuerdo, algo en lo que hasta ahora no había reparado. Me despierto, tratando de pensar en él, de analizarlo. La otra noche, cuando estuve en Luceros, sentí que alguien me miraba, pero no eran miradas normales. Eran transparentes. Eso es imposible. Debía de estar tan dolida y con los ojos tan llenos de lágrimas, que creí ver eso. Pero mi alma me dice otra cosa, mi intuición me dice que me estoy engañando al buscar una excusa para justificar lo que pasó. Es improbable que viera fantasmas, éstos no existen. Pero, tras pensar eso, siento un escalofrío y la certeza de que sólo trato de engañarme, pues los vi...¡¡Imposible!!, esto de vivir sola y pensar tanto en Rodrigo me ha dejado trastornada.

Me levanto de la cama inquieta, cojo el móvil y una manta fina y salgo al balcón. Me recuesto en el sofá de mimbre y miro la noche. Pienso llamar a

Rodrigo si quiero encontrar una solución, para que no crea que me destruirá la vida por estar juntos, debo empezar por decirle que le he mentido.

Busco su número y me trago el nudo de nervios. Noto que me tiemblan las manos y, cuando escucho que los tonos van sonando, mis nervios se acentúan y temo que el nudo que tengo en la garganta no me deje hablar cuando conteste al teléfono, si es que contesta.

—Hola enana—Sonrío al escuchar su voz.

—Yo... Hola. ¿Dónde estás?

—Estoy con unos amigos.

—Ah... Yo, bueno, quería decirte que esta tarde estuve con Luna. No con Leandro.

—¿Y por qué me mentiste? — No parece enfadado, pero sí serio.

—Porque quería...

—Estas jugando con fuego.

—No, no estoy jugando y... ¿puedes venir?—Siento su risa.

—Estoy un poco lejos de tu casa, a unos doscientos kilómetros.

—Ah... Rodrigo. Te necesito y sé que tú también me necesitas. Me gustaría que supieras que... estoy aquí, ¿vale? Y que no soy tan débil como... crees—Se me rompe la voz al hablar y no puedo hacer más que colgar.

Tal vez lo que le he dicho no haya servido de nada, pero era más fácil decir parte de la verdad que decirle que lo quiero, y que no me importa lo que digan de mí.

Estamos a viernes y, para mi desgracia, he accedido a ir a la fiesta de inauguración de la mansión de mis padres. Termino de arreglarme, me he puesto el vestido verde de seda que mi madre ha encargado para mí.

No tengo humor para fiestas. Desde el martes que no sé nada de Rodrigo. No lo he vuelto a llamar. No sé que hacer para que se dé cuenta, que juntos podemos luchar por lo que sea que haya entre nosotros, y me da miedo

pensar que tal vez quiera ver algo que no existe.

—Estás preciosa—Mi madre me mira y pone ante mis ojos una caja de terciopelo. Al abrirla veo una gargantilla con esmeraldas.

—No quiero joyas.

—No puedes llevar ese caballo de cristal. Ya es hora de que lo dejes de lado, hija.

—No, no lo haré—Saco el caballito de mi escote, y para que se vea, hago que la cadena sea más corta—. Es perfecto para mí.

Mi madre no añade nada más, no sabe que Rodrigo fue quien me lo regaló, nunca me preguntó de dónde lo saqué.

Bajamos las escaleras y entramos en el salón, donde ya han llegado los primeros invitados. Mi madre me va presentando y yo asiento, pero no hago amago por parecer feliz por estar aquí. Al poco, veo como se sumergen en sus conversaciones y me voy hacia una mesa repleta de canapés y bebida.

Sigue llegando más y más gente, me quedo por la sección de los canapés medio escondida. Miro la sala a través de un espejo y me parece ver... No puede ser. ¿Qué hace Rodrigo aquí? Está lejos, escondido tras las sombras de unos floreros y cerca de uno de los balcones. Es él. Reconocería esos ojos verdes en cualquier sitio. Sale hacia la noche por los balcones y, sin perder tiempo, lo sigo y veo que camina hacia el lago antes de poder darle alcance.

—No se por qué he venido.

Lo miro desde la distancia y veo como su esmoquin negro cae sobre su cuerpo quedándole perfecto, haciendo que su masculinidad quede realizada. Está tan increíblemente guapo, que me duele mirarlo.

—Yo tampoco lo sé, pero me alegro que estés aquí.

—No sabes a qué estás jugando. Llevo toda la maldita semana pensando en las razones por las que tenía que salir de tu vida, y ninguna de ellas parecía lo bastante fuerte como para hacerme olvidar el hecho de que no quiero ya salir de ella. Aun así, es mejor que nos separemos, pero no quiero irme sin más. He venido a decirte adiós.

Se me hiela el corazón, pero me acuerdo de lo que me dijo Luna y cojo fuerzas para hablar.

—Eres un cobarde y un tonto por creer que yo soy débil o porque me podría pasar lo mismo que a Pedro—Me mira serio.

—Luna se ha ido de la lengua—Sonríe con amargura—. ¿Qué más te ha dicho?

—Que luche por ti.

—Pierdes del tiempo.

Doy un paso y lo miro a los ojos, parece cansado y muy triste. Eso me da fuerzas para seguir, para conseguir que él dé una oportunidad a lo nuestro. Pero, pese a mi determinación, tengo miedo, miedo que esta noche me diga adiós para siempre. No puedo permitirlo, al menos no sin luchar.

—No lo pierdo si al final puedo hacerte entender que...

—No. No sabes nada, Aysel. La gente no se callará, te señalarán como lo hicieron con ellos, nos perseguirán y harán de tu vida un infierno. Dejarás de ser libre. No voy a estar contigo a cambio de tu libertad.

—Ya has tomado la decisión por los dos, ¿no?

—Sí—Me acerco a él mientras hago un esfuerzo sobre humano para no echarme a llorar.

—Entonces, no me quieres.

—No. No te quiero—Lo dice sin mirarme a los ojos, y se da la vuelta. Me pongo delante de él y alzo mi mano a su cara bajándole la mirada hacia mí—. No te quiero Aysel—Siento como si una espada me atravesara, pero, pese a mi dolor, veo a través de sus ojos, veo sus ojos verdes cargados de dolor y me aferro a ese dolor para creer que aun no esta todo perdido.

—Pues siento decirte que yo a ti sí—No dice nada, tan solo me mira, y permanece inmóvil—. Tú una vez me dijiste, que no podía dejar que mis padres eligieran por mí, a cambio de dejar de lado lo que yo quería. Pues tú estás haciendo lo mismo que ellos. Llevas toda la vida decidiendo por mí. Decidiste alejarte y cumplir tu promesa en silencio. Has decidido que no puedes tener una

relación conmigo y no hay quien te haga cambiar de idea. Eres como ellos —Rodrigo se tensa y aprieta la mandíbula, temo que más que luchar por él estoy cabreándolo, pero ya no puedo dejar de hablar y de decir todo lo que siento—. Cuando éramos niños, nuestros padres decidieron por nosotros y nos separaron. Eres como ellos, pues ahora eres tú quien ha decidido por mí, sin preguntarme que quiero hacer—Los ojos verdes de Rodrigo me estudian, y siento como se endurece su mirada—. Pensé que tú me conocías mejor que nadie. Pensé que tú sí me preguntarías que quiero hacer yo. Pero me equivoqué—Agacho la cabeza, para no mirarlo a la cara. Me duele demasiado mirarlo y saber que nada de lo que diga o haga, le hará cambiar de idea—. Nunca dejaré de amarte, pero no puedo luchar contra tus estúpidos pretextos para que no lo intentemos. Tú ya has decidido por los dos.

Me permito mirarlo una vez más antes de irme. Había decidido luchar, amarrar con fuerza lo que siento, pero no serviría de nada. Rodrigo tiene que luchar él solo y vencer a sus fantasmas. Yo no puedo hacer nada.

—Todo el mundo cree que eres un loco, que te arriesgas a todo, que haces deportes de riesgo y que no le temes a nada en la vida. ¿Qué pensarían si supieran que sí le temes a algo? A que te amen. Siempre pensé que eras más valiente. Siempre has deseado que fuera lista y me alejara de tu vida, lo has conseguido. Adiós Rodrigo.

No puedo mirarlo, pues siempre pensé que sería él quien me diría adiós y en parte, él esta noche venía a hacerlo. Cómo han cambiado las cosas, pues le he dicho adiós, aun siendo lo último que quería que saliera de mis labios.

Ahora, sólo me queda esperar. No puedo luchar sola en esto y Rodrigo ya ha demostrado que prefiere pasarse la vida pensando en lo que pasaría, que vivirla y ver qué pasa.

No me vuelvo para ver su mirada de rabia y salgo corriendo hacia la cochera de la casa. Es una suerte que haya traído la moto, pero cuando subo a ésta el vestido me molesta, y me doy cuenta de que con tacones y con el vestido no llegaré muy lejos. Me quito los tacones de los zapatos, por suerte consigo

arrancarlos sin tirar mucho y me arremango el vestido. Luego, triste y libre, salgo a la noche.

Me siento hundida y totalmente perdida, y sobre todo, arrepentida por haber dicho lo que dije a Rodrigo, pero me sentí impotente al ver que él prefería decirme adiós antes que luchar. Tal vez debería haberle dicho otra cosa... Tal vez... Lo hecho, hecho está y sentía de verdad lo que le dije. Ahora no puedo arrepentirme por haber sido sincera cuando he temido perderlo. Pero... ¿Ese adiós será para siempre? No puede ser, pues no podría vivir sin él. Lo necesito, y sé que él me necesita a mí.

Llego hasta los Luceros, perdida con mis cavilaciones y alzo la visa hacia la fuente y, lo que veo, casi me hace perder el equilibrio y caerme de la moto. En la fuente hay dos fantasmas.... ¡Fantasmas!

No, sencillamente, esto no puede ser. Me paro, bajo de la moto y la imagen no se pierde. Siento un grito de terror en mi boca, pero no sale de ésta, se queda en mi garganta como si se tratara de un nudo molesto. Sé que debería irme, pero me quedo y los sigo mirando. Son los que vi el otro día. Me aterro y recuerdo que la otra noche los escuché hablar.

Pienso en huir, pero algo que creo que es mi estupidez, me hace no ir hacia la moto y sino colarme, otra vez, en la plaza. Creo que esta noche estoy poseída, pues he hablado a Rodrigo de forma que quizás lo haya perdido para siempre, y ahora creo ver fantasmas.

¿Qué me sucede? Y, en vez de irme, para colmo de males, cómo si de una fuerza sobre humana se tratara, me veo caminando hacia ellos. Me quedo mirándolos. Están sobre el agua, pero no la tocan. La mujer le dice al hombre: *que todo ha sido por su culpa*, y el hombre grita: *que ella es una estúpida casamentera*.

Los miro y siento como me invade el miedo, estoy viendo fantasmas. Sinceramente, no me creo lo que estoy viendo y menos aun, que no esté gritando como una loca. Me veo invadida por una risa nerviosa y busco con la mano un lugar en el que sentarme. Al final, me dejo caer en el suelo. Me quito el casco y

me encuentro con ambos fantasmas observándome.

—Fantasmas—digo como si fuera lo más normal del mundo. Sigo riéndome y llorando a la vez, creo que he entrado en un estado de shock. No sé que me pasa. Me llevo la mano al estómago, al tiempo que siento una cálida mano sobre mi hombro y me voy calmando poco a poco. Levanto la mirada y veo a la mujer fantasma mirarme.

—¡Dejadme!—Trato de ponerme de pie, pero me tiemblan las piernas—. Esto es un sueño. Es una locura — digo poniéndome las manos sobre la cabeza. Cierro los ojos para volver a abrirlos, con la esperanza de estar durmiendo de verdad y que esto no sea más que un pesadilla.

—Ojalá lo fuera, pequeña, pero el momento ha llegado y no entiendo por qué ha sido ahora. Es evidente que no estás preparada.

—Claro... Es eso—Luego empiezo a reírme otra vez.

—La chica está mal de cabeza. ¿Estás segura que ella podrá ayudarnos?

—Cállate, majadero—Lo miro y el hombre fantasma echa un bufido y se aleja hacia la fuente—.Aysel, cálmate.

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre?—La miro y ella me mira con una mirada transparente y cariñosa—. Claro, eres un fantasma, debes de saber muchas cosas. ¿Me he vuelto loca? ¿Me he matado?—Ya no sé ni qué tonterías salen por mi boca.

—No y no.

—¿Qué me pasa?

—Es una historia un poco larga—La mujer trata de tocarme, pero me aparto—.Hoy no es el mejor día, pero me temo que se nos agota el tiempo.

—¿El tiempo?

—Mira—La mujer señala hacia donde está el castillo, al mirarlo veo salir de éste un humo negro, pero no parece que se esté quemando. Además, brilla cuando los rayos de luna se posan sobre él. Me aterrera.

—¿Qué es eso?

—El brujo ha encontrado una brecha, pero no todos pueden verlo. Está

saliendo de su cárcel de plata para vengarse y ganarnos, una vez más, y así seguir malditos. Los humanos han colocado andamios para restaurar la cara del moro, eso ha creado grietas en el castillo, lo que le permitirá salir con más facilidad de su cárcel, por así decirlo. Antes sólo podía salir por una pequeña grieta, pero ahora tiene muchas más salidas. A saber qué está tramando ahora.

Está hablando más para ella que para mí, porque me estoy enterando de nada. Todavía sigo esperando despertar en cualquier momento.

—Creo que me he pedido, o mejor, esto es un sueño—Cierro los ojos y los abro tratando de hacerla desaparecer—.No lo es —La mujer niega con tristeza—. No quiero verte.

—Lo sé, pero tú eres la elegida, naciste para ayudarnos a vencer al brujo y romper la maldición. Tú y... Rodrigo.

—¿Rodrigo?—Sonrió cínicamente—. Pierdes el tiempo con él. Él sólo cree en él mismo.

—Rodrigo está atormentado por lo que le pasó a Pedro, y porque sus padres nunca lo hayan aceptado tal como es. Lleva toda la vida luchando por ser diferente, pero él no lo sabe.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Siempre hemos estado a vuestro lado. También sé lo que ha pasado esta noche.

—Esto parece...

—Irreal y, pese que estás blanca y temblando, te lo has tomado mejor que los otros.

—¿Otros?

—¿Estás demasiado asustada para escuchar la historia?

—¿Tengo otra salida?

—No, lo siento—Me responde con pesar, la mujer fantasma.

Me mira y luego extiende su mano para ayudarme a levantarme. Yo, más guiada por la curiosidad que por el hecho de aferrar su mano, alzo la mía y, para mi sorpresa, no atravieso a la mujer, sino que siento una cálida mano coger

la mía.

—En la fuente somos poderosos y podemos usar la magia. Fuera de ésta estamos malditos.

—¿Sólo sois libres en la fuente de los Luceros?

—En toda la plaza. La piedra que se usó para construirla está dotada de magia pura y el amor con el que miran los Alicantinos a su plaza, hace que este sitio sea mágico y esté libre de impurezas, por eso en esta plaza somos libres y no nos afecta la maldición. Algo que ya te lo explicaré mejor luego—Abro la boca para replicar, pero prefiero callarme y esperar a que ella me lo cuente—. Cuatro caballos para cuatro malditos. Que coincidencia ¿Verdad?

—No lo sabía, yo solo veía una fuente más.

—Lo sé, pero es una fuente mágica, pudimos juntar nuestra magia en ella y hacer un círculo de protección.

—

—Es como si fuera el centro de Alicante.

—Algo así.

De repente la miro y me doy cuenta que la estoy hablando.

—No me temas. No te haré daño.

—¿Qué quieres de mí?

—Pues... muchas cosas—La mujer sonrío—. Pero esta noche necesito tu cuerpo para llevar a cabo una misión.

—¿Mi...cuerpo?—Empiezo a irme hacia atrás.

—Por así decirlo, debo viajar dentro de él, donde la maldición no me tocará, e ir hacia el castillo para hacer un conjuro y ganar tiempo—La mujer me señala en el cielo la nube de color negro y plateado que se cierne donde está el castillo—. Luego te explicaré todo, pero no hay tiempo. ¿Por favor?

La miro a los ojos, bueno a sus ojos transparentes, y siento que todo esto es una locura, pero no tengo miedo y le creo. Eso me sorprende más que estar hablando con un fantasma maldito. Al final, asiento y la miro nerviosa por lo que me va a pasar. Siento que se acerca a mí e, instintivamente, doy un paso

hacia atrás. Luego, veo que al chocar contra mi cuerpo, sale de éste una luz blanca muy pura.

-Vámonos.

La escucho hablar en mi cabeza.

-Tranquila, no pasa nada.

—Yo os seguiré—dice el hombre que ha salido de la fuente y tras él dos fantasmas más.

Ahora sí que me aterro. Creo que esto no es un sueño, más bien una pesadilla. Los otros fantasmas son dos jóvenes, un chico y una chica.

-No es momento para aterrarse, Aysel. Ellos no te harán nada, son mi hija y mi yerno, ya te lo explicaré.

Los miro y asiento, camino hacia mi moto y arranco a pesar que me tiemblan las manos. Siento como la mujer me da fuerza y como ésta me hace estar más serena. Los otros fantasmas me siguen de cerca y lucho contra la necesidad de gritar. ¿Por qué a mí?

-Porque tú amas.

—¿Qué quieres decir?

No dice nada y subo la cuesta del castillo, oscura por la noche, simplemente iluminada por la cálida luna que ilumina los cuerpos sin vida de los fantasmas. Cuando llegamos al final de la cuesta y la mujer me dice que siga conduciendo, hasta que llegamos a donde el otro día sentí la corriente de aire, al bajar de la moto, la mujer me indica cómo debo tocar la pared para que ésta se abra.

-Es un pasadizo secreto.

No hago más preguntas y, al pasar las manos, la piedra se mueve.

-A tu derecha hay una antorcha.

La cojo y, al poco, ésta se prende.

-Ahora puedo usar mi magia más pura a través de ti.

Caminamos en silencio hacia el centro de la montaña, cierro los ojos por el frío y el sentimiento de maldad que hay en el ambiente, y que me recorre.

Mis manos se alzan y la mujer, a través de mí, dice un conjuro. Abro los ojos y veo una caja de un metal brillante rodeada de un aura negra agitándose. La nube negra da vueltas en torno a ésta y, de repente, parece formarse la cara de un hombre.

—No me venceréis. Nunca...—La voz amortiguada y la maldad me atraviesan y me aterro. Poco a poco, la nube negra se desvanece hasta llegar a la calma. La mujer, baja mis manos y sale de mi cuerpo.

—Gracias.

—Sí... Yo...

Me tambaleo y, al tratar de tocar a la mujer, la atravieso.

—Aquí no somos más que meros fantasmas, no tenemos mucha magia. Vamos salgamos de aquí. Salimos y me quedo mirándolos, todavía no muy convencida de lo que estoy viendo. Pese a lo que he visto y hecho, no las tengo todas conmigo. Debería estar gritando, o no confiar en ellos, pero no, no les tengo miedo y los miro como si los conociera.

—Eso es porque somos tus antepasados—Miro a la mujer mayor.

—Sí, esa historia hay que contársela, pero ahora el chico esta buscándola, desesperado.

—¿Rodrigo?—Pegunto—. ¿Dónde está?

—Va hacia tu casa, por segunda vez. Te ha buscado por varios sitios y teme por lo que te haya podido pasar.

—Oh no. Debo ir.

—Claro—dice el hombre sin más.

Corro hacia la moto y me subo en ella. Conduzco con cuidado y guiada por los cuatro fantasmas. Cuando llego a mi casa, veo la moto de Rodrigo, y conforme me acerco a ella, veo que Rodrigo sale por la puerta de la verja y me ve.

—¿Estás bien?—Me baja de la moto y, al quitarme el casco, veo la preocupación pintada en sus ojos.

Han pasado tantas cosas extrañas desde que lo vi por última vez, que me

parece tan raro estar viviendo algo tan normal. Trato de serenarme y recuerdo lo que pasó antes de que me fuera.

Me invade el dolor, que dejé olvidado por el encuentro de los fantasmas, pero ahora regresa a mí con fuerza. ¿A qué habrá venido?

—Sí...

—¡Maldición! ¿En qué pensabas?

—En irme de allí—digo al verlo mirarme furioso—.Estoy bien.

—¡Llevo casi dos horas buscándote!— ¿Dos horas? No he sido consciente de que había pasado tanto tiempo.

—¿A qué has venido?—Le digo seria.

—A ver si estabas bien—Se acerca a su moto. Siento el peso del dolor por esta afirmación, pues temía que sólo hubiera venido para eso.

—¿Sólo a eso?

—Claro, que me preocupe por ti o lo que sienta por ti, no cambia nada.

—Ah... Bueno, ya has visto que estoy bien, me voy a mi casa. Buenas noches.

Saco las llaves del asiento de mi moto y el bolso que, por suerte, lo dejé en ésta.

Miro a Rodrigo que está de espaldas a mí, se ha quitado la chaqueta y lleva la camisa arremangada por encima de los codos. Me duele ver como todo lo que siento por él no puede cambiar nada. Que por mucho que lo quiera eso no hará que él quiera luchar por mí. No digo nada más y empiezo a caminar, sintiendo un gran pesar en mi corazón. Cuando los fantasmas... *Si es que lo que no me pase a mí...* pienso al recordarlo, me dijeron que Rodrigo estaba buscándome, pensé que era porque se preocupaba por mí, pero también quise creer que mis palabras le habían ayudado a ver las cosas de otra manera. Pero sigue pensando lo mismo, que junto a él sería infeliz y no soportaría el peso de las críticas de la sociedad y de los medios de comunicación.

Llego hasta la puerta de hierro que da a la urbanización y meto la llave en la cerradura, entro y empiezo a caminar, pero me detengo al no sentir sonido de

la puerta al cerrarse, al volverme, veo que ésta se cierra. Se cierra detrás de Rodrigo que ha entrado detrás de mí. Me invade la ilusión y la incertidumbre, reprimo mis ganas de ir hacia él y preguntarle, ¿por qué?

Sigo andando y lo siento andar tras de mí. Cuando llego al portal de mi casa, abro y veo como él sostiene la puerta para que pase, entrando detrás mía. En el ascensor, me da vergüenza mirarlo, no sé por qué está aquí y siento como mi corazón late con fuerza por su proximidad.

Cuando el ascensor se para, voy hacia la puerta de mi casa y, al tratar de abrirla, me tiemblan tanto las manos que Rodrigo me quita las llaves para abrir él. Entramos y, para mi sorpresa, Rodrigo cierra la puerta con llave. Me vuelvo y lo miro, pero él entra al salón sin mirarme. ¿Hasta cuándo me va a tener con esta incertidumbre?

—Deberías llamar tus padres para que sepan que estás bien.

Dejo el casco en la mesa de la cocina y entro al salón para mirarlo.

—¿Por qué has subido?—Lo miro, está serio. Ya llamaré más tarde a mis padres.

—Realmente, no lo sé. Lo mejor sería que me fuera, pero tus palabras me han hecho pensar que tal vez haya esperanzas... o tal vez la única explicación sea que eres una insensata por sentir algo por mí. A lo mejor, simplemente, quiero ver cómo alguien como tú puede sentir algo por mí, sabiendo que tú y yo somos tan diferentes. O tal...

—O tal vez te callas. Rodrigo, dime la verdad o vete. Esta noche ya he tenido demasiadas emociones—Pienso en los fantasmas y lo poco que sé de su historia, me invade un escalofrío por el aura maligna y el brujo que vi en el castillo.

—La verdad...—Sonríe cínicamente y lo miro—Esto no debería estar pasando. Debería, por una vez, pensar en los demás e irme, pero tú me has dicho algo que me ha dolido, pues yo sé lo que se siente cuando los demás deciden por ti. Por eso estoy aquí. Para dejarte decidir y aceptar tu decisión, aunque piense que si dices que sí, estarás cometiendo la mayor equivocación de tu vida.

—Tú.

—Yo—reafirma.

Lo miro y me acerco. ¿Rodrigo trata de decirme que tenemos un futuro juntos? Siento que las piernas me tiemblan, y al estar cerca de él sólo deseo que me abrace y poder sentir la protección de sus brazos. Esta noche temí perderle. Haré lo que sea para demostrarle que lo nuestro puede funcionar. Mi cara no puede evitar pintar una sonrisa. Tal vez lo imposible sea posible.

—No se me da bien esto, ena... Aysel—Sonrío y lo miro—. No quiero que te pase nada malo— Siento su dolor y la lucha interior que está teniendo, a través de sus ojos, y casi siento lástima por él. *Casi*, pues yo quiero demostrarle que todo es posible, hasta juntar el agua con el aceite—. Si me he mantenido alejado de todo todos estos años, ha sido porque no quería que te salpicara lo que yo he hecho por voluntad propia, y lo que soy. Esto nada tiene que ver con lo que sienta o deje de sentir. Sinceramente, espero que digas que no. Así sabré que has elegido lo mejor para los dos y no temeré que te pase nada...

—Como a Pedro.

—Sí.

—Tú no tuviste la culpa.

Rodrigo se aleja de mí y sale al balcón, está oscuro, sólo iluminado por la luz de la luna. Me sitúo al lado de Rodrigo y le cojo la mano temerosa de que me la quite, pero me la coge y me agarra con fuerza.

—Fue mi culpa.

—No, no lo fue. Tú no tienes la culpa de que la prensa no vea límites a la hora de informar. Llega un punto en el que sólo piensan en la noticia y se olvidan que tras esta hay vidas y personas que se merecen vivirla como quieran. No fue tu culpa, y sí, fue una lástima que pasara.

—Sí, eso lo sé. Pero estuvieron muchos meses tras nosotros, para mí era lo normal, pero para ellos era todo nuevo y agobiante. ¿Tú quieres eso?

—Tal vez podemos llevarlo en secreto. Aunque a mí no me gusta esconderme.

—Será lo mejor, al menos hasta que la noticia de tu padre pase un poco.

El otro día saliste en una revista.

—¿Sí?

—Vaya, no lo sabías—Sonríe, parece algo más calmado.

—Qué digan lo que quieran.

—Eso, tú hazte la valiente, enana.

—¿Podrías dejar de llamarme eso?

—No—Sonríe, pero se pone serio cuando se vuelve para mirarme y me gira hacia él—. Entonces, ¿vas a ser tan loca de aceptar estar conmigo? ¿O vas a demostrar tener cabeza y dejar que simplemente seamos amigos?

—Creo que prefiero estar loca.

Trato de parecer calmada, pero por dentro estoy que no cojo en mí de gozo. ¡Voy a estar con Rodrigo! Creo que aún no me lo creo.

—¡Dios, eres la persona más insensata que conozco!

—Y esa es la declaración más rara que he escuchado.

—Pues todavía no has visto nada de mí—Siento como las manos de Rodrigo se posan en mi cintura y como me va acercando a él, poco a poco—. Pero primero comenzaré por enseñarte esto—. Y dicho esto, baja sus dulces labios y me besa.

Cuando los siento cálidos y firmes sobre los míos, me siento invadida por un sinfín de escalofríos, noto todo mi cuerpo puesto en el beso, toda mi alma atenta de cada instante de este beso. Quiero atesorarlo, por entero, en mi mente. Su lengua juguetona me acaricia el labio y, siguiendo un impulso, abro la boca para recibirla y, al hacer esto, el beso deja de ser inocente y pasa a ser una danza de pasión, ternura y, sobre todo, amor. Pongo mi mano en el cuello de Rodrigo y lo beso como si llevara toda la vida besándolo. Me siento embriagada por el beso y presa de su abrazo. Tengo ganas de llorar, al mismo tiempo que de reír. Y aun no me creo que estemos juntos. Me invade temor por el futuro, pero, de alguna manera, me creo capaz de todo por estar junto a él. Tal vez sea una insensata, como dice Rodrigo, o tal vez solo este perdidamente enamorada de él. Sea como sea, ahora mismo me siento la mujer más feliz del mundo. Nunca creía que un beso pudiera decir tanto, que sus labios me podrían decir tantas palabras. Sus labios me besan como si llevara toda la vida deseando estar aquí, me siento

única en cada beso, en cada roce. Rodrigo me hace sentir especial y única.

Me abrazo más a él, pues necesito sentirlo, necesito su fortaleza para no caerme, ya que mis piernas no han dejado de temblar desde que sus labios comenzaron esta dulce danza con los míos. Me siento completamente y perdidamente, enamorada de mi Rodri.

Rodrigo finaliza el beso y me mira de forma pícaro. Yo, poco a poco, voy volviendo a la tierra.

—Vaya enana, besas bastante bien. Me parece que me va a gustar esto.

—Podrías dejar de llamarme enana—digo algo enfurruñada. Rodrigo me coge de la cintura y me lleva hasta el salón.

—No veo por qué, me gusta hacerlo—Alega sin más.

—Y si a ti te gusta, no hay más que hablar—Rodrigo se ríe y, al mirarlo a los ojos, lo veo feliz y me sorprende no ver en ellos, por primera vez, esa tristeza que empañaba el verde de su mirada.

Vamos hacia el sofá y no he terminado de sentarme cuando sus besos me atrapan de nuevo y me dejo llevar, feliz por su pasión, por su amor y por la calidez de sus expertos brazos.

No sé cuanto tiempo ha pasado cuando Rodrigo sonriente me aparta y mira su reloj.

—Me tengo que ir. Es mejor que me vaya ahora que es de noche.

Levanta la mano y me acaricia la mejilla, me agacho y acuno mi cabeza en su pecho e inhalo su olor. No quiero que se vaya, pero tiene razón, ahora no lo verán y por la mañana será más peligroso.

—Ten cuidado—Asiente y se levanta. Me tiende la mano y se la cojo para ir hacia la puerta.

—¿Tenías pensando hacer algo mañana?—Me pregunta.

—Mi idea era ir a casa de mis padres, a recoger mis cosas y darles una explicación convincente de lo de ayer.

—Bien, llámame si quieres quedar—Se agacha para atrapar otra vez

mis labios con los suyos—.Ya no tienes escapatoria, enana— Sonríe cuando frunzo el ceño por el apelativo.

—¿Quién te ha dicho que quiero escapar?

Rodrigo me mira sonriente y me veo inundada por su sonrisa, pues es pura y no teñida de dolor ni de cinismo. Está feliz.

Abre la puerta para irse, no sin antes advertirme de que la cierre, como si fuera tonta. Lo veo irse y, nada más hacerlo, cierro la puerta y me recuesto en ella. A continuación, grito de alegría, para a continuación remplazar el grito por uno de espanto, cuando veo a cuatro fantasmas ilusionados mirarme con cara de alegría. Me había olvidado de ellos. ¿Y ahora qué?

Capítulo 15

Aysel

Los miro nerviosa, me he sentado en el sofá y espero estar preparada para que me cuenten por qué los puedo ver, y por qué esta noche han usado mi cuerpo para hacer magia. No me puedo creer que lo haya hecho, parece que hayan pasado mil cosas desde que eso pasó. Sonrío al recordar a Rodrigo.

—Oh, mírala no es más que una tonta enamorada—Abro los ojos y miro al hombre mayor.

—Cállate abuelo. Está enamorada, pero no es tonta. Más le vale que nos escuche si no quiere que esa felicidad termine pronto—Me mira y pierdo la sonrisa por lo que ha dicho.

—Hablar. ¿Quiénes sois y por qué os veo?

—Ya era hora que la niña bajara de las nubes y se decidiera.

—Ahora sí que me has cabreado—La mujer alza las manos y el hombre desaparece.

—Le costará unos minutos volver. Ahora hablemos. No se por qué un día me casé con él.

—¿Es tu marido?

—Sí, pero te aseguro que el día que acepté ser su mujer estaba borracha o loca, ya no lo sé—Sonrío ante el comentario de la mujer.

—Y yo ciego por no haberte visto bien—El hombre aparece y mira a su mujer con furia. Miro a la pareja de jóvenes, tienen las manos cogidas y no dicen nada. Me invade la tristeza al mirarlos.

—No pueden hablar, están malditos a pasar toda la eternidad sin hablarse, a menos que se rompa de una vez la maldición.

Miro a la mujer y luego al hombre, que me miran por primera vez, con lo que parece, una mirada comprensiva en ambos. Veo que a pesar de ser fantasmas los rasgos moros del joven se ven marcados en su cara.

—Hace muchísimos años, antes de que Alicante se llamara Acra, vinimos a esta tierra buscando a un brujo, pues, mi hija—Señala a la joven—, estaba gravemente enferma. El brujo nos prometió curarla a cambio de que ella

viviera con él para siempre, como su esposa. Yo, desesperada, acepté, mi hija no podía hablar estaba demasiado enferma para ello. El brujo la curó y cuando mi hija despertó, se horrorizó por lo que había hecho y se fugó de casa con su amado, pues ella ya estaba enamorada de un joven—Mira al joven y luego a mí—. Pero el brujo los encontró y le pidió que cumpliera con la promesa que había hecho su madre. Ella se negó y el joven, que se llama Alain, luchó con todas sus fueras, pero al final murió a manos del brujo. Mi hija, Amán, ante la impotencia, se quitó la vida delante de los incrédulos ojos del brujo. Impotente por haber perdido, los maldijo a vagar por toda la eternidad juntos, pero sin poder hablarse, sin poder comunicarse nunca más su amor. Los condenó a vagar para siempre entre el mundo de los vivos y de los muertos.

>>Yo escuché la maldición, se la conté a mi marido y buscamos a otro brujo que, sobre el cuerpo de los jóvenes, pudo hacer un conjuro para que la maldición pudiera romperse. Pero para ello, la maldición sólo podía romperse por descendientes de las familias de los jóvenes, pues sólo sus familiares podrían romper la maldición que pesaba sobre uno de sus antepasados. Y lo que era peor, como la maldición se había creado por el amor de los jóvenes, sólo ésta podía romperse, cuando otra vez, en el transcurso de los años, dos descendientes de ambas familias, volvieran a unirse por el lazo del amor. Sólo con la unión de los dos descendientes y la fuerza de su amor, podríamos destruir al brujo. Y para lograrlo, teníamos que matar al brujo, para que nuestra hija y Alain pudieran vengarse. Lo intentamos, pero al hacerlo nos maldijo a nosotros también a vagar por toda la eternidad unidos a la misma maldición, y sólo seríamos libres si conseguíamos vencerlo, pero él juró que nunca permitiría que esto pudiera realizarse.

—Que historia más triste. Es decir, que yo soy una descendiente de...

—De la familia de Alain—Señala al joven y el muchacho asiente—Y Rodrigo es descendiente de mi familia, es decir de mi hija.

—¿Tengo sangre mora?

—Sí, pero no eres la única—Sonrío, pues no me importa de dónde venga mi sangre, sigo siendo yo—. Hoy en día nadie tiene sangre de una sola raza, pero la gente prefiere engañarse y pensar que sí. Ilusos.

—Sí, la verdad es que sí—Miro a Alain y se me hace raro saber que desciendo de algún familiar suyo—. Entonces, estáis ligados a esta tierra hasta que se rompa la maldición, ¿no?—pregunto cambiado de tema y centrándome en lo que de verdad importa.

—Sí. Hemos visto los cambios de Alicante bajo las sombras, y en uno de ellos tuvimos algo que ver, pues Zahara y Ricardo eran descendientes nuestros.

—¿La leyenda del castillo?

Recuerdo los hombres porque siempre me ha llamado la atención la cara del moro y siempre me hacía la misma pregunta. ¿Tanto le costaba al moro aceptar la pareja que había elegido su hija?

—Sí, pero no fue una leyenda. Zahara y Ricardo estaban predestinados, pero también estaban destinados a odiarse. Nosotros hicimos lo posible por juntarlos y el mal hizo lo posible para mover sus hilos como más le interesó. Al final, los dos jóvenes murieron y con ellos nuestras esperanzas de poder vencer al mal. Una vez más, nos ganó. Hasta ahora.

—Entonces, ¿qué se supone que hemos de hacer?

—Por así decirlo, canalizar nuestra magia cuando llegue el momento, para poder luchar contra el mal.

—¿También erais brujos?

—No, pero el brujo que trató de quitar la maldición nos concedió poderes paranormales para poder vencer al mal, pero sólo en nuestro plano son fuertes y no están malditos. En este plano donde los seres humanos nos ignoran, la magia es limitada.

—Entonces, cuando llegue el día tenemos que ayudaros a que uséis vuestra magia a través de nosotros, como esta tarde—digo tratando de

entenderlo.

—Sí, pero hay un problema.

—¿Cuál?—La mujer me mira y se pasea por el salón.

—El mal también está saliendo de la caja mágica donde guardamos las cenizas del brujo. u El brujo, que nos ayudó, la conjuró para que su poder no pudiera salir de ella.... Aunque puede salir sólo cuando nuestros descendientes vuelvan a unirse—Sonríe cínicamente—. Nuestro brujo hizo lo que pudo, pero la magia del desgraciado que nos maldijo, era más poderosa. Tratamos de usar nuestra magia para encerrarlo y ganar tiempo, pero cuando llega el día que él elige, es muy poderoso y puede salir libremente.

—¿Sólo un día?

—Sí, solo un día, pues ese día tiene toda su magia con él y gasta toda ésta para ser libre del todo. Siempre ha ganado. Ahora ha usado su magia para meterse en la mente de las personas adecuadas, esas que se dejan influenciar con facilidad y ha hecho con ello que os sucedieran cosas a vuestro alrededor para separaros. La primera fue cuando erais unos niños, y luego ha atormentado a Rodrigo para que no se acercara a ti. Pero el brujo no cree en el poder de la mujer, no cree que una mujer sea capaz de luchar por lo que quiere y no ha pensado en ti. Eso nos da ventaja, pues él no contaba que tú cogerías el toro por los cuernos—Me dice sonriendo—. ¿Se dice así?— Asiento—. Lo he escuchado alguna vez. Un hombre tonto. Ignorar el poder de una mujer. Somos igual de fuertes que ellos, y eso nos ha dado ventaja, tal vez por eso tú nos has podido ver antes, pues Rodrigo aun tiene que luchar contra lo que le atormenta. Contra sus miedos. No puede dejar que él gane.

—Pero hoy...

—Hoy ha vencido un poco a sus miedos. Todavía le queda, pero hoy ha demostrado la diferencia entre la gente fuerte que se mueve marcando su propio camino, y los que se dejan llevar. Si le ha costado decidirse es porque necesitaba un empujón, y eso te tocaba a ti.

Sonrío.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hablar con Rodrigo, pero no creo que te crea, ya lo pensamos, pero tenemos que saber quién es el que esta siendo manipulado por el mal, dejándose llevar por éste sin más. Cuando demos con él, podremos saber contra quién nos enfrentamos y, con suerte, acabar con él antes de que llegue el día, pues al igual que nosotros el brujo necesita a alguien que canalice su poder en el mundo de los vivos. Si logramos que el hombre expulse al brujo de su cuerpo, esto nos daría ventaja, pues tendría que buscar a otra persona para sus planes y eso le costaría años. Y una vez elegido el día, no puede cambiarlo, pues elige el día, pero a la vez que hace esa elección para él, también nosotros conseguimos más fuerza ese día, pero no tenemos la ventaja de saber cuando será. Si no tiene a alguien que le haga de puente, será débil y venceremos con mucha facilidad. Pero no sabemos quién puede ser la persona a la que está manipulando.

—¿Hay que acabar con esa persona?

—No, solo convencerla de que venza al mal. Yo no me puedo meter en ti si no me dejas, el mal no puede hacerlo en alguien que no lo acepta.

—Igual que el bien.

—Sí, en realidad en la vida es así, cada uno se deja influenciar por sus padres, por sus amigos o por su pareja, pero uno decide qué quiere hacer y que no. Hay que ser fuertes para ser uno mismo, para luchar contra el mal y vivir bien sin hacer daño a nadie. Tratando ser uno mismo y no dejándose influenciar por nada ni por nadie—Sonrío a la mujer al tiempo que escucho el móvil sonar.

—Un segundo—La mujer asiente y el hombre se pasea por el salón mientras voy a por el móvil que he dejado en la cocina. Es mi madre.

Me ha preguntado dónde estoy y le he dicho que estoy en mi casa, se ha quedado más tranquila, me ha dicho que se iba a tomar una copa con sus amigos y mi padre.

Miro el reloj del móvil, son las cinco de la mañana, y ahora se acuerda de mí. Me invade la tristeza al ver cómo el dinero cambia a las personas. Yo creía que mis padres lo tenían todo aunque no éramos ricos, pero éramos felices y estábamos bien. Ahora somos una familia separada.

—Tus padres te quieren, pero para ellos era importante recuperar lo que perdieron.

—Lo sé—Dejo el móvil y la mujer fantasma se pone a mi lado.

—A veces, los padres nos creemos que los hijos saben lo mucho que los queremos, pero nos equivocamos, y cuando crecen ya no se lo decimos. Yo no me di cuenta que mi hija ya no era una niña hasta que fue demasiado tarde. Ella no me contó que se había enamorado, y yo no sabía que el joven que nos ayudó cuando la trajimos a Alicante la quería. No supe nada porque ella no confió en mí, ella tuvo su culpa, pero yo también.

—Es difícil confiar algo, cuando se teme que no lo van a aceptar. Mi padre nunca aceptaría a Rodrigo.

—No, eres su niña. Pero nunca es demasiado tiempo.

—Rodrigo es la clase de chico que mis padres nunca querrían para mí.

—Sí, pero eso no tienes que desanimarte, a la hora de la verdad tu padre deberá elegir entre lo que siente por ti y su orgullo. Los padres siempre queremos lo mejor para los hijos, pero los hijos nos demuestran que a veces estamos equivocados, al no ver más allá de lo que queremos para ellos. Casi siempre, lo perfecto no es lo adecuado. Rodrigo es un buen chico y te quiere como nadie lo hará nunca—La miro, pues Rodrigo no me ha hablado de sus sentimientos—. Tu padre sólo ve lo que todo el mundo, un chico rebelde que no se quiere más que a si mismo, pero cambiaría de opinión si perdiera su orgullo y empezara a ver a Rodrigo como lo ves tú.

—Es difícil.

—Sí, pero no imposible. Nada en esta vida lo es. Eso me lo repito desde el día que vi a mi hija maldita. Puede que tengamos sólo una pequeña

oportunidad de vencer, pero me aferrare a ella con todas mis fuerzas y no me rendiré hasta que lo logre. Vamos a ganar y espero que sea esta vez.

—Si vas a la batalla pensando que vas a perder, perderás—Comento.

—Sí, la vida es así. Siempre hay que jugar para ganar y si pierdes, tener una sonrisa en la cara, pues sabes que, pese a haber perdido, lo has dado todo.

—Gracias por los consejos.

—Llevo toda la vida viendo como esta pasa ante nuestros ojos. Yo he cometido muchos errores, pero tal vez por eso pueda hablar ahora.

—Bueno, mujer, deja a la niña que duerma, que a este paso vemos el amanecer aquí y la maldición ya me esta pesando—El hombre se toca el corazón.

—Si te pesa el corazón, es porque de tener corazón, tendrías una piedra.

Me río ante el comentario, la mujer se acerca y me da lo que sería un beso. Siento una brisa en mi mejilla y al mirarla veo como se desvanecerse.

Me siento en la silla de la cocina y repaso todo lo que me han dicho. Según ellos, al maldecir a sus hijos lo único que pudo hacer el brujo fue, que a raíz de la unión que volvería a producirse entre las dos familias, estos pudieran vencer al mal, por ser sus antepasados. De alguna manera, al revocar la maldición del brujo, nos condenaron a todos, pues estoy atada a ella y sé que el brujo hará lo posible para separarnos. Incluso matarnos. Lucharé para salvarlos, para salvarnos mejor dicho.

Ahora me queda lo más difícil, decírselo a Rodrigo, y sé que no me creerá. Pero no le quedará más remedio que hacerlo. Peligran nuestras vidas. Esto no debería estar pasando.

Pero no puedo culpar a los fantasmas por tratar desesperadamente de revocar la maldición del brujo, nadie puede juzgar a nadie si no ha estado en su pellejo, pues no sabemos como reaccionaremos estando en la misma situación.

He pasado casi todo el día en casa de mis padres, me han contado la fiesta y se les veía muy ilusionados. Me he sentido egoísta por pensar en mí y por la soledad que siento porque me hayan cambiado por todo esto. Se merecen ser felices y, como me dijo la fantasma, ellos me quieren. Tengo suerte de tenerlos y a pesar de que nos distanciamos, sé que si los necesito estarán para ayudarme. No todo el mundo puede contar con unos padres que en caso de necesitar coger su mano, estos te la cojan con fuerza.

Pero, en el tema de Rodrigo, no sé si ellos me darían la espalda. Al igual que ellos, yo he elegido mi camino, el camino que me hace feliz y voy a luchar por él. Si soy yo la única que puede apreciar lo bueno que tiene Rodrigo, lo seré, pero no dejaré que los estúpidos prejuicios de mi padre nos separen.

Aparco la moto cerca del bar de Toni, son las seis y lo mismo Rodrigo esta aquí. Esta mañana me llamó para ver que tal estaba y me dijo que se pasaría un rato por casa de Gus, que había organizado una barbacoa. Tal vez aún esté allí, si no está en el bar de Toni, lo mismo están Luna y Pedro. No me apetece estar en mi casa sola.

Cuando llego la puerta está cerrada. La toco por si están dentro, me da un poco de corte, pero espero que alguien abra. Al poco, abre Toni y, nada más verme, me invita a pasar.

—Eh, hola.

Luna viene hacia mí y me da dos besos. Me acerco a Pedro, no sin antes echar una mirada al local y comprobar que Rodrigo no está. Le doy dos besos a Pedro y me siento en la mesa donde estaban jugando a las cartas. Sólo están ellos tres.

—No está Rodrigo, pero tal vez luego se pase—Sonrío a Luna que ha adivinado mis pensamientos y cojo un puñado de pipas de la mesa—.¿Qué tal todo?—La miro, pero no sé si contarle algo, Rodrigo y yo hemos acordado llevarlo en secreto.

—Bien, ayer mis padres dieron una fiesta y, por lo que me han contado, fue un éxito.

Aparte de eso, Rodrigo y yo nos declaramos, bueno más o menos, y unos fantasmas se presentaron a mi casa. Ah, y se me olvidaba, un fantasma entró en mi cuerpo y usó este para canalizar su magia y lanzar un conjuro a un brujo, que ahora es una nube negra encerrada en una caja de plata virgen. Sonríe ante lo que he pensado, pues si le digo eso, pensara que estoy loca o directamente me lleva al loquero.

—Sí, por tu cara algo debió salirte muy bien.

Levanto los hombros y veo como juegan a las cartas. Al poco, Toni acaba la partida para comenzar un juego nuevo, para que yo juegue también.

—Eh, que iba ganando dice Pedro molesto—. Bueno, porque es por ti.
— Le sonrío

—. Sabéis, el otro día estuve viendo lo que liamos cuando Gus trajo a Rodri borracho. Ese vídeo es mejor guardarlo bajo llave— Se ríe.

—A saber que haríais aquí los tres— Dice Luna sonriente. *Los tres, ¿no había chicas?*

—Nada, sólo beber, cantar y bailar, y acabamos confesándonos las penas. No te puedes imaginar de lo que se entera uno—Toni me mira y sonrío, yo me sonrojo—. Lo que me molestó fueron las fotos que salieron al día siguiente—Enseguida caigo en ellas y me doy cuenta de que está hablando del domingo de la semana pasada—. Él no estuvo con esas dos golfas, pero bueno la prensa es así, ahora esas dos irán a la tele y contarán lo que quieran, la gente se lo creerá y se venderán revistas y eso sólo hará que sigan acosando a Rodrigo
—En eso tiene razón—. Si la gente dejara de comprar esas revistas y de ver esos programas del corazón... Toda eso no existiría y gente, como Rodrigo, podrían ser libres. Y no pasarían cosas—Miro a Pedro, y observo a Luna moverse inquieta en la silla—. *El Toni*— dice refiriéndose a él mismo—, ha hablado de más. Cambiemos de tema.

—No pasa nada, tienes razón— Pedro le sonríe y Luna se tranquiliza. Es evidente que se preocupa por Pedro y por el daño que le pueden hacer ciertos comentarios—. Bueno, sacar el dinero que os voy a pelar.

—Tú lo único que vas a pelar esta tarde son las pipas—Contesta Toni.

Rompemos a reír y comenzamos la partida. Tal vez debería decirles que no s  jugar o mejor me callo y veo como se juega. Me lo paso bien con ellos, si pierdo no me importa.

—Otra para la nena—dice Pedro cuando gano otra partida. Al final no era tan difícil—. Si sigues así vas a ganar—Los miro sonriente y veo que Toni se levanta.

—Voy a preparar unas bebidas.  Te atreves?—Me mira y asiento, estoy demasiado eufórica por el triunfo como para negarme.

Rodrigo no ha venido, la fiesta ha debido alargarse, pero me f o de él, pese a su pasado, yo s  que Rodrigo no me engañaría, tal vez es porque lo conozco mejor que nadie. Aun así, tengo ganas de verlo.

— Qu  te pasa? — Luna se acerca a mí y me habla bajito.

—Nada.

—No paras de sonreír.  Ha pasado alto ente tu y...? — Lo deja a medias por si alguien esta escud ndolo, alguien mejor dicho Toni, pues no creo que tenga secretos con su pareja.

La miro y sonrío, no puedo mentir, me muerdo el labio ante mi indecisión.

—Estamos juntos, pero es secreto—digo al final muy flojo. Luna pega un bote y luego se controla.

—Lo siento, pero ya era hora de que a ese cabezón le salieran bien las cosas y, sobre todo, que le pasen cosas buenas. Me alegro, no dir  nada.

—Yo tampoco—Pedro me sonríe y le devuelvo la sonrisa.

—Menudo cotilla tengo por novio—dice Luna queriendo parecer molesta.

En ese momento, llega Toni con unos vasos y con el cóctel. Los sirve, Luna lo prueba y, por su cara, no parece que esté malo.

—No es muy fuerte, la niña no tiene cara de haber bebido mucho.

—Eh, ¡a quién llamas niña!—Lo miro tratando de parecer enfada y luego miro mi vaso—. Alguna vez he bebido.

—¿Sí? No lo parece.

—En las bodas y eso...

Rompemos a reír. Por fin me decido y pruebo un poco, no está malo, pero me quema un poco la garganta. Toni se levanta, ya que alguien ha tocado a la puerta. Alzo la mirada con la esperanza de que sea Rodrigo, y así es. Entra con las gafas de sol y un polo blanco con el bañador. El típico pijo salido de la piscina, pero he de decir que a Rodrigo le queda bien. No me ha visto y me temo que es por las gafas y que sus ojos no se han acostumbrado a la penumbra del local.

—¿Qué haces aquí?—Se quita las gafas y me mira, lo hace serio y yo lo miro seria también. Pensé que se alegraría al verme.

—Es evidente, ¿no?

—Sí, jugar a las cartas y beber alcohol. Vaya amigos tengo que te meten en la mala vida.

—Y a ti qué te importa lo que haga la muchacha.

—Qué haga lo que quiera, ya es mayorcita.

Rodrigo coge una silla y se sienta a mi lado, por su actitud pienso que ha decidido ocultar lo nuestro a sus amigos, miro a Luna y ésta levanta los hombros como diciendo que no entiende que se lo oculte a ellos.

—¿Qué bebes?—Coge mi vaso y lo huele. Luego mira a Toni con una ceja inquisitoria y éste levanta los hombros. Por fin, lo prueba—. Mejor deja de beber esto, es flojo, pero está muy dulce.

—Pues a mí me gusta.

Le quito la bebida y pego un trago, luego le sonrío y él me mira serio,

pero no dice nada. Coge la libreta para ojear los resultados.

—Vaya enana, vas ganando, no sabía que sabías jugar a esto—Lo miro y le saco la lengua y, sólo por un segundo, Rodrigo me mira como me miró ayer por la noche, con esa ternura envolviendo sus ojos verdes.

—Te sorprenderías—Rodrigo lanza una carcajada y dice que también juega.

Empezamos a jugar y empiezo a perder, ahora sólo soy consciente de Rodrigo y de cómo, poco a poco, estamos más juntos. Nuestras rodillas se tocan y parece como si éstas se hubieran buscado para sentir la cercanía del otro.

—Gané. Has perdido la racha, enana—Me mira sonriente.

—Voy al aseo.

Me levanto y voy hacia el pasillo donde están los servicios. Voy a abrir la puerta cuando me veo arrastrada por un abrazo abrasador y unas manos que inclinan mi cabeza para recibir unos labios que deseaba besar desde que los vi entrar. Rodrigo me acerca a él y alzo las manos para sumergirlas en su pelo, me siento atrapada por el beso y por el juego de su lengua enseñando esta danza a la mía. Me dejo arrastrar por su deseo y todo lo del alrededor pierde sentido, he dejado de ser consciente de donde estoy, sólo soy consciente de con quién estoy.

El beso se termina y me dejo caer en el hueco de su cuello, inhalo su aroma y siento su calor corporal bajo mi cara.

—Enana, eres muy peligrosa.

—Tendré yo la culpa de que hayas venido tras de mí—Rodrigo se ríe.

—¿Todo bien?— dice separándome la cabeza y acariciándome la mejilla mientras me siento atrapada por sus increíbles ojos verdes.

—Sí. Todo bien.

—Sí, ya he visto como ibas ganando la partida, pero no tienes nada que hacer con el mejor— Le doy de broma—. Reconócelo enana— Me río—. Pero te enseñaré. Te enseñaré muchas cosas—Y dicho esto, baja sus labios para besar

los míos y, antes de separarse, siento un ligero mordisco en los labios—. Primera lección, nunca te fíes de un hombre hambriento— Luego se aleja de mí y se ríe tras ver la cara que he puesto.

Entro al aseo y me echo agua en la cara para bajar mis colores, tras refrescarme, salgo y me siento. Toni no para de mirarnos a mí y a Rodrigo, lo veo agachar la cabeza y sonreír.

—¿Qué cojones te pasa?—Pregunta Rodrigo.

—A mí... Nada—Luego se ríe y mira sus cartas—. Sé de uno que no sabe que tengo cámaras... — dice mirando las cartas.

—Mierda, las cámaras—Rodrigo deja las cartas en la mesa y lo mira serio—. Una palabra y te mato.

—No diré nada. Puedes confiar en mí—dice mirándolo serio—. Además, no me sorprende, cuando bebes dices muchas cosas interesantes.

—Recuérdame que me vaya a beber a otro sitio—Rodrigo coge sus cartas.

—Puedes confiar en mí, nunca traicionaría a un amigo—Lo dice serio y puedo ver por la forma de decirlo, que es totalmente cierto lo que dice.

—Ya lo sé, pero me gusta me lo digas—dice Rodrigo con una media sonrisa—. Bueno y ahora juguemos a las cartas.

Al rato, Rodrigo nos gana y sonrío cuando cobra el dinero de la partida, el mío no lo coge, me cierra la mano cuando se lo voy a dar.

—Tengo que abrir—Toni nos mira y Rodrigo asiente.

—Prepara un par de bocatas especiales de la casa y unas patatas fritas —Toni asiente y se aleja para abrir la puerta—. ¿Has venido en moto?—Lo miro y asiento—. Bien, vete a tu casa y deja la moto, te recojo en la joyería que hay a dos calles.

Me acerco para darle un beso, pero Rodrigo mira a la puerta y me aprieta la mano. Acaban de entrar dos personas.

—Ahora nos vemos—Asiento y me levanto para irme. Me despido de

todos y me voy a mi casa.

No puedo quejarme de lo que yo misma he aceptado, pero me gustaría poder besarlo cuando quiera y poder estar con él sin esconderme de nadie. Me queda la esperanza de que algún día, no muy lejano, eso sea posible.

Capítulo 16

Rodrigo

Aparco en doble fila, Aysel viene y sube en el coche. Lo pongo en marcha para pararlo un poco más adelante en una zona más tranquila, y besarla. *Creo que he cometido un error*, pienso mientras la beso, Ella es lo mejor que me ha pasado, pero tengo la sensación de que esta felicidad es sólo momentánea. Tal vez sea un paranoico, pero no paro de pensar que cualquier día esto se desvanecerá y otra vez alguien vendrá a quitármela de mi lado.

Aysel me sonrío mientras conduzco hasta la playa privada donde está mi casa, y la que fue suya cuando era niña. Aparco en el garaje y entramos en la casa para coger una manta, unos cojines viejos, unos farolillos y velas. En poco tiempo montamos un ambiente acogedor en la orilla del mar. Aysel lo mira todo con deleite, le ha sorprendido que esta ahora fuera mi casa y que hubiera comprado ambas casas. Mientras cogemos las cosas Aysel comenta situaciones que vivimos en este lugar y yo sonrío sorprendido por su memoria pese a ser tan pequeña.

—Demasiado folclore para unos bocadillos—digo tras sentarme en la manta y ver nuestro alrededor iluminado por las velas.

—Unos bocadillos que huelen de maravilla y no hubiera podido elegir mejor lugar que este—Me río y Aysel empieza a sacarlos.

Cenamos en silencio. Cuando terminamos, dejamos las cosas a un lado,

me recuesto en la toalla y la atraigo hacia mí. Me mira con cara pícaro y, sin poder resistirme más, atrapo su sonrisa con mis labios.

Nunca he estado así con nadie, ni he perdido la cabeza con un beso. Nunca he soñado con el beso de nadie ni he anhelado, desesperadamente, el siguiente. Pero siempre he sabido que así sería con Aysel. Mientras la beso sintiendo sus labios y su sabor adictivo, no puedo dejar de pensar que todo esto puede ser efímero, y tengo miedo, miedo de perderla.

Me separo de ella y le aparto un mechón de pelo castaño que le cae sobre la frente. Salgo de mi ensoñamiento y la miro de forma burlona.

—Enana, qué he hecho yo para merecerte—Sonrío y ella me mira de forma pícaro.— No, si al final algo bueno he tenido que hacer en la vida—Me siento algo incómodo hablando de esto, me levanto para que pase este momento de declaración y tiro de su mano para llevarla a la orilla de la playa.

—¿Te acuerdas de cuando te constipaste después de meterte en la playa de noche?

—Más bien fue el perro el que me metió dentro del agua—Me río y una idea fugaz pasa por mi mente. Por la cara de Aysel sé que ha averiguado mis intenciones, empieza a soltarse de mi mano, pero la cojo de la cintura y tiro de ella.

—Suéltame.

La cojo en brazos y empiezo a meterme con ella en el mar. No para de patear y riéndome la alzo para dejarla caer cuando a mí me cubre por la cintura, cuando saca la cabeza del agua, por su mirada, sé que me la va a devolver.

—No puedes conmigo enana—Me tira agua con la mano—. Al contrario que tú, yo llevo el bañador y quería bañarme.

Me quito la camiseta y se la tiro, luego me lanzo de cabeza y empiezo a nadar. Al poco, noto que me coge de la pierna y, al darme la vuelta, Aysel se lanza sobre mí y nos sumergimos los dos en el agua. Salimos a flote y la miro con

la luz de la luna reflejada en su cara, la acerco a mí para besarla, besar esos labios con sabor a mar. Siento como el beso de Aysel se detiene y sé que está tramado algo. De repente, noto sus manos tratando de hacerme un *aguadilla*, pero se lleva la sorpresa de sumergirse ella en vez de yo.

Sale del agua, enfadada, y comienzo a reírme. Aysel me tira agua mientras nado hacia fuera, me sigue diciendo un montón de palabras sobre: *que se las pagaré y lo malo que soy*, lo dice entre risas, jadeos y para demostrar que lo dice en serio, no deja de lanzarme agua. Cuando salgo la espero en la orilla y me cruzo de brazos.

—¿Tú, y cuántas más como tú, vais a meterme en el agua?—Aysel me mira y sonrío, por la forma en cómo lo ha hecho está tramando algo y al instante lo sé. Me lanza arena al pecho que había recogido mientras salía.

—Te las estás jugando—Sigue tirándome arena y cuando se confía, la alcanzo en dos zancadas y acabamos los dos en el suelo, pero ella debajo.

—Para... me estás llenando de tierra—Se empieza a reír mientras trata de quitarme de encima. —. Eres un bruto.

—Te lo advertí.

Se detiene y me paro, pero sólo para perderme en sus ojos dorados. Tiene el pelo pegado en la cara, media mejilla llena de arena y, aun así, es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Me quedo mudo ante lo que siento. Nunca creí poder sentir esto, mirar a alguien y sentir que es la perfección ante mis ojos.

Alzo la mano llena de tierra y le acaricio la mejilla. Noto en mi boca una palabra callada que siempre supe que sentía por ella, pero que nunca creí poder decírsela y que hoy callo. Guardo silencio, pues esto puede ser efímero y no quiero hacerle daño. Si un día debemos decirnos adiós, prefiero que no sepa hasta qué punto la quiero. Tal vez sea porque soy un cobarde o tal vez, sólo tal vez, porque perderla me da tanto miedo que decirle *te quiero* me suena más a

despedida que a una confesión.

Bajo la cabeza sin dejar de mirar a sus ojos y acaricio sus suaves labios y, sólo cuando los míos devoran los suyos, cierro los ojos para ser sólo consciente de ella, de nosotros. La deseo y eso se demuestra en mis actos y en mis experimentadas manos que han empezado a acariciar su cadera llena de tierra bajo su camisa empapada. Aysel da un respingo y me detengo, no hay prisa, pero al mirar sus ojos, veo que me mira con indecisión y con una pregunta en ellos. Temo haberla asustado.

—No pasa nada, enana. Hay tiempo—Pero cuando digo eso la palabra me suena amarga. ¿Por qué tengo la sensación de que algo oscuro se cierne sobre nosotros? Odio esta sensación de sentirme observado.

—Pero tú...

—Yo necesito una ducha, por culpa de alguien estoy lleno de arena —Me levanto y le tiendo la mano, al levantarla cae sobre mí y sonrío.

Puedo esperar, llevo haciéndolo sin que ella lo sepa, toda la vida, pero no me gusta que ella crea que no. Lo que ha dicho la prensa de mí hasta ahora, está haciéndome más daño del que creía. Temo que un día nos pillen juntos y que algo tan inocente y bonito como lo que hacemos, se convierta en un mero cotilleo más, donde todos se crean con derecho de opinar. No quiero que eso pase. Ella no se lo merece. Es una suerte que la playa privada sea privada y la prensa no pase a ella porque sería allanamiento de morada. Y por suerte la prensa no suele venir a este lugar pues nunca he hecho nada interesante en él. Nunca he traído a nadie a esta casa. Hasta dudo que sepan de su existencia... pero nunca se sabe. Por suerte la prensa no parece sentirse atraída por mis visitas aquí y yo ahora lo agradezco.

Nunca he hecho mucho caso a lo que decían de mí, me molestaba, pues la mayoría de veces no era verdad, pero ahora me invade el miedo por que Aysel deje de confiar en mí, por que digan algo que le haga dudar de lo nuestro.

Sé que la dije que era una insensata, pero ahora que estamos juntos y no

quiero que se aleje de mí. No sé cómo sobrellevar lo que vendrá.

Recogemos las cosas y entramos en la casa. Le doy uno de mis pijamas y la llevo a la habitación de invitados para que pase al baño y se duche. Voy hacia mi cuarto y me ducho para quitarme la arena del cuerpo. Salgo de la ducha y me empiezo a poner un pantalón cómodo, cuando escucho la tele y un insulto poco femenino por parte de Aysel. Me puede la curiosidad y salgo descalzo y con la camiseta en la mano a ver qué le pasa.

Conforme me acerco al salón, escucho lo que dicen en la tele, me tenso cuando escucho a otra hablando de lo que he hecho con ella. Entro en el salón y veo a Aysel con mi pijama, que le queda gigante, y la cara roja de ira por lo que dicen. Si no estuviera tan enfadado por todo esto, me haría gracia verla así vestida. Me pongo a su lado y le quito el mando, apago la tele y tiro el mando en el sofá.

—¡No tiene ningún derecho a decir eso, ya se están pasando!—La miro y espero que siga hablando—. Esa zo... mujer asquerosa y mentirosa y...

—Me hago una idea de todo lo que quieres decir, pero Aysel no te va a pasar nada por decir que es una zorra.

—Ya... bueno, pues ha dicho que la otra noche estuvo contigo, que fuiste muy dulce con ella y que le dijiste que la querías, sólo para conseguir meterla... ya sabes dónde.

—En la cama.

—Sí—La miro, lo normal es que estuviera celosa, pero Aysel parece indignada—. Dice que eres dulce—Lanza un sonoro ¡ja! y me mira—. Y que la dijiste que la querías. Primera que tú no eres un falso, y segunda que tú no sabes lo que es decir esa palabra—La miro asombrando y cruzo los brazos en el pecho.

—¿A no?

—No—Lo dice tan segura que esto empieza a divertirme—. Tú darías mil vueltas antes de decirlo, o simplemente lo dirías, si temes no poder volver a

decirlo. No eres de los que dicen *te quiero* sin más. Nunca regalarías una palabra que te cuesta tanto decir. Me temo que nunca la has dicho. Ni siquiera sé si crees en ella.

—Es cierto, nunca la he dicho. Por eso no la diría. Si alguien me hace creer en algo que me parece que no existe, esa sería la única persona que merecería oírla—Aysel me mira y por su forma de hacerlo, sé que ha captado el mensaje escondido, que hay tras mis palabras. Prefiero que piense que no creo en ello, antes de que sepa que soy un estúpido sensiblero que lleva toda la maldita vida queriéndola. Uno tiene sus principios y todas estas ñoñerías me ponen algo nervioso—. Pero tienes razón, no lo diría a menos que fuera una emergencia.

—Ya... ¿no es verdad, no?—Al mirarla a los ojos por primera vez desde que he entrado, se la ve totalmente insegura.

—No, no lo es. Como tampoco lo son la mayoría de cosas que dicen de mí. ¿Por qué sabías que ella mentía antes de escucharme hablar? ¿Sólo por lo que ha dicho?

—En parte, y porque esa noche fue cuando te liaste con mi amiga—dice cada vez más flojito. La miro y me río a carcajadas.

—Y yo que creía que eras vidente o algo—Me acerco a ella y la atraigo a mí—. No, es verdad, y si me molesta lo que dice, es por si te hace daño a ti.

—Confío en ti—dice, mirándome con sus ojos increíblemente sinceros.

—Eso es algo que no entiendo. No he hecho nada para que te fies de mí.

—No necesitas hacerlo. Además, sin confianza no puede existir una relación.

Sonrío, pero no sé qué decir, no sé cómo reaccionar a su cariño ni a la fe ciega que siempre ha depositado en mí. Me da miedo fallarla, me da miedo romper esa confianza que me tiene, es como si tuviera en mis manos el más fino

de los cristales y pudiera quebrarlo con el mínimo golpe. No quiero hacerlo.

—Vamos a meter tu ropa en la lavadora—.

Hemos visto una película o más bien la he visto, Aysel está dormida en mi pecho, no quiero despertarla. Nada más poner la peli se ha quedado dormida y he puesto el canal de la entrevista para ver que decían. No me ha gustado nada como han acabado diciendo que la semana que viene se sabría una noticia muy gorda. No me ha gustado porque ahora no sólo tengo que pensar en mí.

Tendría que tomar medidas y denunciarlos, sólo hablan de difamaciones, cosas que no son ciertas, se les llena la boca diciendo lo que creen saber de mí. Que es nada, pues mucha gente solo ve al joven de revista y a lo que quieren creer, no a la persona que soy en verdad. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, pero no he hecho más que cualquier otro joven. He salido de fiesta, me he acostado con alguna que otra chica, pero no con todas con las que me han emparejado los medios de comunicación. Practico deportes de riesgo, pero es mi vida la que pongo en peligro. Nunca he hecho nada malo a nadie, tal vez por eso y por primera vez, hago tanto caso a los rumores y a lo que dicen de mí. Aysel parece fuerte y cree en mí, pero tal vez un día piense que sea verdad y eso nos separe. Y aunque eso no pasará, si se llegaba a saber que estamos juntos, sería nefasto para ella.

Acaricio su espalda y sonrío al verla con mi pijama. Aysel no es una chica presumida, casi nunca se pinta demasiado y lleva el pelo suelto, pero sin orden. Aun así, tiene algo que la hace diferente y hermosa.

—Diles a los fantasmas que sigo pensando—Aysel murmura en sueños.
La miro.

—¿Qué fantasmas?

—Esos—Señala dormida a la pared y miro hacia ella y, aunque parezca increíble, creo ver algo brillante, pero al cerrar los ojos veo que no hay

nada.

—No hay nadie.

—Eso es porque tú no estás preparado para verlos—Vaya, no sabía que Aysel hablara en sueños.

—Tal vez sea eso—Pienso en dejarla dormir, pero antes que pueda pensarlo más sale de mi boca una pregunta, que me ha estado rondando en la cabeza sin yo ser consciente—. ¿Por qué estás conmigo?

—Es evidente, ¿no?

—No—Se me hace raro hablar con ella en este estado y eso me hace recordar que no es justo—. No hace falta que contestes. Tienes razón, es evidente—Le acaricio la mejilla y la veo como se vuelve a dormir.

—Porque siempre te he querido— dice entre sueños, me quedo mirándola con el corazón laténdome en el pecho. *Siempre te he querido... siempre te he querido...* ¿Es posible? De ser así hemos estado haciendo el tonto todos estos años.

—Yo también enana, yo también.

Y sé que lo digo porque no puede oírme, sino sólo podría decirle lo que siento a través de mis gestos. Es más fácil transmitir con ellos lo que siento que decirlo sin más. Y entonces, con ella vulnerable en mis brazos, decido por primera vez luchar para que la verdad salga a la luz, aunque no sé cómo hacerlo. Pero lo conseguiré.

Aysel

Me despierto y al hacerlo, sé que no es mi cama, ésta es inmensa y entonces recuerdo que anoche Rodrigo me trajo a ella, yo me desperté y le pedí que se quedara. Me giro a para ver si está, pero no hay nadie. Salgo de la cama y veo que a los pies está mi ropa, Rodrigo ha debido dejarla. Voy a al baño a asearme.

Cuando salgo del baño, lo escucho hablar en la cocina con alguien. Al entrar me saluda y me señala la mesa donde ha puesto varias tostadas, leche caliente, mermelada y mantequilla. Me preparo leche con cacao y lo escucho hablar.

—Sí papá, quiero que busques al mejor abogado y denuncies las injurias que se están diciendo en la televisión sobre mí. También quiero que pongas una denuncia contra los medios que invaden mi privacidad... Sí, voy a luchar para conseguir que me dejen en paz... Sé que es difícil... Porque ahora tengo algo que me importa—Me mira de reojo y sigue hablando—. Haz lo que tengas que hacer, sé que sabrás manejar esto.

Rodrigo cuelga y me mira.

—He decidido denunciarlos, ya es hora de que la gente sepa que todo lo que se dice en los medios de comunicación sobre mí no es verdad. Si fuera a la televisión a contarlo no me creerían, pues haría lo mismo que ellas y que la gente que habla de mí sin conocerme, pero si pongo una denuncia y no salgo en los medios, la gente se preguntará si no tendré razón al dejar que la justicia investigue si es cierto o no.

—Me parece muy bien. Me alegro mucho por ti—Me levanto y lo abrazo, siento un tierno beso de Rodrigo en la cabeza—. Lo lograrás.

—Sí—Rodrigo dice un *sí* distraído. Lo miro, pero parece ausente en su mundo—. Desayuna y te llevo a tu casa, tengo que hacer unas cosas— Me muerdo la lengua para no preguntarle si puedo ir con él. Asiento y sigo desayunando.

—Está bien, así ordenaré un poco la casa.

—Eso me parece bien—Aun así, lo dice ausente.

No dejo de preguntarme que estará pensando Rodrigo y por qué parece tan lejos de aquí. ¿Habrá pasado algo? Lo miro preocupada y al poco siento como Rodrigo me coge la mano y me la aprieta, ha debido de ver mi preocupación en mis ojos, continúo comiendo más tranquila por su gesto.

Rodrigo me ha dejado en mi casa hace una hora y he decidido ponerme a limpiar. Empiezo a repasar el salón, al poco siento que alguien me está observando.

—Pensé que habíais sido un sueño y no volveríais—digo al ver a los fantasmas mirarme.

—Vaya forma de saludar tienen estos jóvenes—El hombre se aleja un poco mientras la mujer viene hacia mí.

—¿Limpiando?—Asiento—. Pensé que estarías averiguando quien fue el que hizo que tu padre y el padre de Rodrigo se enfadaran.

—Era demasiado pequeña para acordarme.

—Pero Rodrigo sí sabe más sobre el tema. Tienes que hablar con él —Me dice el hombre.

—No me creerá—digo con absoluta certeza.

—En cambio, tú tienes fe ciega en él. Es hora de que él te demuestre esa misma fe ciega, y que te dé lo que le has dado todos estos años. Confianza.

La miro y me callo, pues tal vez sea por eso por lo que no le he hablado a Rodrigo de los fantasmas, porque tengo miedo de que no confíe en mí. Y una pareja no puede existir sin confianza, yo siempre he confiado en él. Pero, ¿él en mí? ¿Confía Rodrigo en alguien? Me da miedo saber la verdad.

—No hay tiempo pequeña, tienes que decírselo y rezar para que aunque no nos vea confíe en ti—Me apremia la mujer, preocupada.

—¿No os ve?

—No, anoche estábamos con vosotros cuando dormías en sus brazos... ¿Sabes que hablas cuando duermes?

—¡Si anda! —Asiente—. ¿Qué dije?

—Nada... interesante—Pero por la forma en que lo dice me hace pensar que miente. ¿Habré dicho algo que molestó a Rodrigo y eso ha hecho que hoy estuviera tan raro?

—Tendré que decírselo, pero ahora necesito seguir limpiando.

—Nosotros nos quedaremos aquí para hacerte compañía, no te molestaremos—La mujer me mira, pero tras veinte minutos de intentar limpiar y casi chocarme con ellos cada dos por tres sé que es imposible—. Vale nos vamos, pero llámanos si pasa algo.

—¿Y cómo lo hago?

—Me llamas por mi nombre, claro. Ah, que no te lo he dicho, siempre lo olvido, me llamo Gloria. Llámame si necesitas algo. Adiós.

He tratado de estudiar, pero no lo he conseguido. Ahora estoy dándole vueltas a todo y no paro de pensar en la mirada de Rodrigo, algo trama lo sé, pues tenía la misma mirada de cuando era niño y tramaba su próxima travesura. ¿Qué será? Me da miedo lo que pueda hacer.

Escucho el timbre y me levanto para abrir. Al hacerlo, me encuentro a Leandro.

—¿Qué haces aquí?

—Vaya, hola, yo también me alegro de verte.

—Pasa—Leandro pasa y lo miro—. ¿Qué quieres?

—Pedirte un favor. Al menos para ganar algo de tiempo.

—¿Tiempo?

—Luego te lo explico de camino al Club de Golf, acompáñame a comer—Lo miro seria y pienso en Rodrigo, no creo que le haga gracia, pero él debe confiar en mí como yo lo he hecho—. ¿Por favor? — Lo miro a los ojos y veo una verdadera necesidad en ellos, asiento y parece como si su cara se relajara. ¿Qué pasará? Demasiadas cosas están pasando últimamente en mi vida.

—Tengo un problema—Me mira serio—. No tengo ropa adecuada de marca, la devolví toda— Rompe a reír y se mira, lleva un vaquero y una camisa por fuera arremangada, no va muy arreglado—. Vale, seré yo misma.

—No esperaba menos.

Al final me he puesto un vestido ibicenco de color blanco y el pelo lo he dejado suelto. Hoy ha salido un día caluroso de junio y no tenía ganas de ponerme de punta en blanco, sólo porque todo el mundo va así.

Cuando entro en el coche le pido que me explique para qué me necesita con tanta urgencia y, por suerte, Leo no se hace de rogar.

—Estoy con alguien, bueno, por decir algo, más bien nos queremos casar y a ser posible antes de que nazca el bebé.

—Espera, ¿te vas a casar? ¿Un bebé? ¿Pero tú y yo nos conocemos? — Me mira y le sonrío—. No sabía nada.

—Lo sé, es la hija de la cocinera, la conozco desde siempre, incluso antes de que su madre trabajara para nosotros. Hemos ido a la misma clase en el colegio. La atracción siempre ha estado allí, sólo que ninguno se atrevía cruzar la línea y, como suponía, cuando la cruzamos ya no había marcha atrás. El bebé es deseado, yo tengo veinticinco años y puedo cuidar de ella y del bebé, pero mi padre no quiere oír hablar de ello, él tiene la esperanza de que tú y yo... Ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Necesito que crea que entre tú y yo puede haber algo, mientras termino de arreglar mis asuntos aquí, antes de irnos. No necesito su aprobación para hacer lo que quiera con mi vida, pero necesito tiempo para tenerlo todo bien atado antes de irnos. ¿Lo entiendes?

—Claro Leo, te ayudaré en lo que pueda.

—Sabía que no me fallarías. Te debo una.

—No hace falta. ¿De qué vas a trabajar?

—De abogado, estoy adecentando un edificio en un pueblo de Valencia para ejercer allí la abogacía. También una casita para vivir. Mi abuela me dejó su dinero a mí cuando murió, y desde niño lo he invertido para el día de mañana.

—Me alegro.

Y es la verdad, la tensión que sentía al estar con él se ha disipado

cuando he sabido que sólo me ve como una amiga, no soportaba la idea que él pudiera sentir algo por mí y hacerle daño. Ahora me siento más cómoda estando con él, puedo ser yo misma, pues ya no temo lastimarlo.

Llegamos al restaurante del Club de Golf y el metre mira las pintas de ambos, pero no dice nada, sólo se limita a sonreír a Leo y acompañarnos hasta nuestra mesa. Leo me aparta la silla y me siento, nada más hacer esto siento a alguien mirándome, me giro y allí esta quien menos me esperaba ver, Rodrigo.

Sus ojos verdes me miran serios, le sostengo la mirada, no puedo explicarle nada, sólo puedo esperar que confíe en mí. Miro a su alrededor y veo que está sentado con sus padres y unos amigos de éstos, también esta Nico, su hermano. A Rodrigo se le ve serio, como si todo eso no fuera con él, pero a su padre se le ve feliz. ¿Qué habrá pasado?

Dejo de mirarlo, pues temo que alguien sepa ver lo que dicen mis ojos al mirarlo. Pedimos la comida y empezamos a comer, pero no puedo prestar atención a Leo, pues todos mis sentidos están puestos en Rodrigo y en lo que estará pensando. No me acaba de cuadrar por qué está aquí, me he girado un par de veces y lo he visto mirarme disimuladamente, pero sus ojos verdes me miraban serios. ¿Estará celoso?

—¿Dónde estás?—me pregunta Leandro tras coger mi mano.

—Aquí. ¿Dónde voy a estar?

—No paras de mirar a Rodrigo—Me sonrojo—. Y el otro día vi como te seguía cuando te fuiste a la playa. ¿Qué pasa? — Lo miro y recuerdo el secreto que él me ha confesado.

— Rodrigo y yo estamos juntos, pero no podemos decirlo porque nuestros padres se odian y porque la prensa...

—Te podría hacer daño. Os entiendo.

—No le ha hecho mucha gracia verme aquí contigo— le digo sonriendo y tomando parte de mí postre.

—Lo sé, he notado su mirada asesina puesta más de una vez en mí. Si

las miradas matasen...

—Luego hablaré con él.

—Lo que no entiendo es qué hace aquí con su padre y su hermano, y mucho menos, con todos los socios de su padre. Rodrigo sólo ha venido al campo de golf de fiesta. Nunca ha acompañado a su familia.

—Y ha tenido que elegir hoy para venir. Qué suerte la mía— Me meto un gran cucharada de tarta en la boca y miro a Leo.

—El padre de Rodrigo se acaba de levantar.

—Présteme atención— Me giro para mirarlos, Rodrigo me mira serio y con algo más que no se descifrar, casi me parece como si estuviera avergonzado.

—Hoy es uno de los días más felices de mi vida...

El padre de Rodrigo sigue hablando, pero yo sólo puedo pensar en su mirada, y me devano los sesos para poder leer lo que tratan de decirme sus ojos verdes.

—Mi hijo, por fin ha decidido honrarme con lo que llevo pidiéndole toda la vida.

Rodrigo agacha la mirada y comienza a levantarse, va con traje y parece más mayor de veintiún años, pero yo creo que es por su mirada tan seria y tan lejos de aquí.

—Rodrigo Adriano De Acebes, por fin se ha unido a mi gran número de accionistas, acaba de unirse a nosotros con todo su capital, siendo uno de los socios mayoritarios. Por fin mi querido hijo descarriado, ha decidido encarrilar su vida, brindemos por este gran comienzo— Rodrigo me mira con resignación y veo dolor tras sus ojos verdes—. Por este gran comienzo— Y entonces, cuando todo el mundo grita por este gran acontecimiento, yo sé por qué lo ha hecho. Por mí. Para ser mejor persona y que la prensa deje de hablar de él.

Me siento mareada y me tambaleo, Leo se acerca a mí y me dice de irnos. Yo asiento, pues de repente siento que me falta el aire. Rodrigo ha

decidido cambiar por mí y me siento la peor persona del mundo, pues siempre ha odiado todo esto, siempre ha defendido lo que él es y ha dejado claro, que no tenía intención de cambiar por nada, ni por nadie. Él es como es. Hasta ahora. Y yo he sido la causante.

Leo me acompaña al coche y cuando estamos llegando noto la melodía del móvil.

—Tenemos que hablar—Es Rodrigo, asiento hasta que me doy cuenta de que no puede verme.

—Voy a mi casa, te espero allí—Entro en el coche, Leo no dice nada, se lo agradezco, pues todo lo que ha pasado me golpea.

Rodrigo me dijo que no debía cambiar por mis padres, que si me cambiaban dejaría lo más importante, que es ser uno mismo, y él ahora ha decidido cambiar por mí. Le he arrebatado lo más importante, su personalidad.

Llegamos a mi casa y le pido a Leandro que me deje sola. Cierro la puerta y entro en mi cuarto, siento frío en los brazos y no me hace falta levantar la vista para saber que cuatro fantasmas me observan en las sombras. Me tiro en la cama y dejo que mis lágrimas salgan. ¿Qué he hecho? Yo quería que Rodrigo estuviera conmigo, pero no ha ese precio, no a un precio tan alto. Le quiero, pero si quererle es cambiarle, es que no le quiero lo suficiente. Me gusta tal y como es, no puedo dejar que cambie por mí. No puedo.

Siento una fría mano acariciar mi cara, pero en vez de darme escalofríos me siento más calmada y poco a poco siento como el sueño me invade y sé que ha sido obra de Gloria, pero me dejo arrastrar por él.

Escucho el timbre y me despierto, vuelve a sonar y me miro al espejo de la entrada tras haberme levantado e ir abrir. Tengo todo el rímel corrido, y los ojos hinchados. Menuda pinta.

—Un momento.

—Abre Aysel, no me gusta estar aquí por si me ven los vecinos.

Escucho la voz de Rodrigo y se me llenan los ojos de lágrimas por lo que he pensado y me llevo la mano a la boca para parar mis lágrimas y mi dolor. Me muerdo la mano para acallar un sollozo, pero no puedo, me sale haciendo un ruido extraño. Noto que la puerta se abre y tras las lágrimas, veo a Rodrigo con una tarjeta de crédito.

—¡Maldita sea! — Se acerca, pero me hecho hacia tras.

—No me toques.

—¡Y una mierda que no!— Lo dice furioso y al decirlo me coge de la mano y me acerca a su pecho. Nada mas sentir su calor y su cercanía, me desmorono y sólo pienso en aferrarme a él— ¿Dime qué te pasa? — Se le escucha preocupado y yo tiemblo en sus brazos—. Aysel, me estás asustando. Estoy aquí Aysel, estoy aquí.

Me abrazo con fuerza a él y sé que, pase lo que pase, no puedo dejarlo, lo abrazo y lloro por ser tan egoísta y no poder dejarlo marchar, aun sabiendo que sería lo mejor para los dos, pero no puedo, lo quiero y me moriría si le dijera adiós. ¿No es acaso mejor estar viva y con él? *A cambio de su personalidad*, escucho que me dice una voz en mi interior.

—No puedo... No sé qué hacer...

—Cuéntamelo— Me lo dice con calma y me separa de él un poco para mirarme a los ojos y secarme con una mano las lágrimas.

—Tu personalidad, has renunciado a lo que eres por mí... — Las lágrimas caen por mi mejilla—. No puedo dejar que hagas eso... tengo que dejarte para que seas libre... pero no puedo... soy una egoísta.

—Mírame Aysel—. Levanto la mirada y miro sus ojos verdes tras mis lágrimas—. Nada en esta vida me importa más que tú y eres la única persona en este mundo que sabe como soy, con la única que no tengo que cambiar, con la única persona que puedo ser yo mismo, sin tapujos, sin tener que ser más que nadie, sólo siendo yo. Sé que contigo puedo serlo, con los demás siempre haré

un papel, el del chico malo, el del mejor corredor, el del chico más vividor, el del pasota... todos esos son papeles los he representado durante toda mi vida para proteger algo que no quería mostrar a nadie, mi verdadero yo, ese que, por más que he tratado de esconderlo, sale cuando está a tu lado. Lo que tengo que hacer con mi padre sólo es un papel más de todos los que represento en mi vida, pero ese es el papel que nos permitirá ser libres. Y yo anheló esa libertad. Por fin tengo algo por lo que luchar y que me jodan si lo desperdicio por mi orgullo, pues sí lo voy hacer, si para eso tengo que ser el hijo perfecto de mi padre, lo seré, porque me queda el consuelo de saber que cuando termine mi papel, podré estar a tu lado para ser por fin yo mismo—No sé qué decir ante esas palabras, sólo puedo mirarlo a los ojos—, La vida es un continuo guion, te pasas la vida mostrando una cara de ti y sólo es con tu verdadera personalidad con quien te sientes, de verdad, a gusto. Sólo ante esas personas debes ser fiel siempre a tu personalidad, pues quien te quiere, nunca querrá que cambies. Si te pide que cambies para ello, es que no es a ti a quien ama.

Lo miro y me quedo muda por todo lo que ha dicho, nunca le he visto hablar con tanta sinceridad. Rodrigo a desnudado su alma para mí y, por primera vez, veo sólo a un joven como yo, con sus miedos y sus ilusiones. Lo abrazo y lloro, pero esta vez de felicidad, pues él me ha dado un gran regalo. Su corazón. Aunque ni siquiera ha sido consciente de ello.

—Te quiero Rodrigo. Te quiero de verdad.

Siento su corazón latir con fuerza y al igual que el mío, late con fuerza por la intensidad de las palabras que acabo de decir. Espero que él diga algo, pero el silencio es lo único que se escucha. Aun así, las siento, siento sus palabras no pronunciadas, pues su corazón ha brincado cuando se lo he dicho y ahora sus manos me abrazan con si temiera perderme y, a la vez, calmarme con sus brazos.

Nos quedamos en silencio, atesorando este momento único. Poco a poco voy serenándome.

—Voy a lavarme la cara—. Lo miro y sonrío.

—Sí así estás genial — dice de burla—. Deberías salir más a menudo así a la calle.

Sonrío y él me mira sonriente, otra vez vuelve a mostrarse distante pero, siempre guardare como un tesoro este día, el día en el que Rodrigo bajo todas sus defensas para mostrarme lo que se oculta tras su mirada, el día que supe, sin la necesidad de palabras, que él me ama.

Capítulo 17

Aysel

—Tienes que decírselo—Escucho la voz de Gloria en el servicio y sin poder evitarlo se me escapa un grito—. Ni que no supieras de nosotros— Me dice, me sereno y los veo en el aseo, tras de mí. Es una suerte que sólo este limpiándome la cara.

—¿Estás bien?—Rodrigo está al otro lado de la puerta.

—Sí, sólo... me he asustado al ver mi cara—Rodrigo se ríe.

—No es para tanto enana—Pero lo dice riéndose, *será tonto*, pienso con una sonrisa.

—Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? No puedo tener intimidad ni en el aseo —digo en un susurro muy leve.

—Es el día, él te ha dicho algo muy importante, debes decírselo y esperar que confíe en ti.

—Fe ciega, ¿no? ¿Os va a ver? — Todos niegan—Bien, debo decirle lo

vuestro y esperar que me crea, sin más—Se forma un nudo en mi estómago y los miro—. Me da miedo.

—Él te quiere.

—Pero pensará que estoy loca...

—Él debe confiar en ti como tú lo has hecho siempre con él, desde que eras una niña has confiado sin más en él, debe devolverte el favor. Estar con alguien es algo más que quererse, es dar sin esperar nada, pero la otra persona debe hacer lo mismo, dar, y en este caso a Rodrigo le toca darte su confianza.

Miro a Gloria y bajo la mirada al ver tras la suya las losas del aseo. ¿Cómo decirle a Rodrigo que veo a unos fantasmas, que somos sus descendientes y que de nosotros depende que ellos descansen en paz, porque sobre ellos pesa una maldición milenaria?

—Pues, por ejemplo, así—La miro enfadada—. Piensas muy alto.

—Eso no es excusa—Me giro y sigo mojándome la cara.

—Se acaba el tiempo Aysel, es hora de afrontar tus miedos y saber si Rodrigo confía en ti.

—Pero, ¿y si no lo hace? ¿Puedo seguir con él sin más? Una relación no puede existir sin amor y sin confianza.

—Es mejor saberlo cuanto antes, ¿no crees?

—Él me quiere...

—A veces el amor no es suficiente. Puedes querer mucho a alguien, pero si no confías en esa persona vuestra relación siempre estará en una cuerda floja. Hoy es esto, pero un día puedes ver unas fotos en las que estés con otra persona. ¿Confiaría en ti? Y sabes que eso puede pasar, por mucho que Rodrigo haya decidido cambiar y sea aburrido para que la prensa no tenga nada que contar de él. Es un hecho que un día tú quedas con un amigo y la prensa haga uso de eso contra vosotros. Si no confía en ti, él verá algo más tras esas fotos. Os esperan muchas sorpresas y solo podréis superarlas si confiáis plenamente el uno

en el otro.

—Me da miedo.

—El miedo debe de existir en esta vida, ya que sin él seríamos todos unos imprudentes. Pero debes saber hacerle frente—Sonrío—. Ánimo Aysel, Rodrigo no nos ve, pero debe de creer y confiar en ti.

Suspiro y con las manos temblorosas y la cara aun roja por las lágrimas, voy hacia el salón. Rodrigo está en la ventana, ya es casi de noche y sólo hay encendida una pequeña luz en la mesita. Se ha quitado la chaqueta y lleva la camisa arremangada. *Vuelve a ser él, conmigo es él mismo*, pienso recordando sus palabras. Sonrío y siento como los fantasma me incitan a entrar y hablarle. Ojalá pudiera escapar de todo esto...

—No eres una cobarde Aysel—Miro al hombre que me mira serio—. Ánimo niña.

—Anda has dicho algo agradable, eso deben de ser los años que te están ablandando—El hombre le bufá a Gloria que se está riendo por su reacción.

—Rodrigo—Se da la vuelta y me mira con la mirada seria—. Tengo algo que decirte.

—Si empiezas a hablarme de esa tontería de dejarlo, la tenemos.

—No es eso—Me siento el sofá.

—¿Estás bien?—Rodrigo se acerca y se sienta a mi lado.

—Sí, pero tal vez tú pienses que estoy loca tras lo que te voy a decir.

—Bueno, pues si estás loca ya lo superaremos. ¿Admiten visitas en el psiquiátrico? — Me río por su broma y me coge las manos—. Habla, sea lo que sea te escucho, no puede ser tan malo.

—No sé cómo decirlo.

—Dilo sin más.

—Vale... —Miro a los fantasmas y luego a Rodrigo a los ojos e imploro que me crea. Decirlo sin más... allá voy—. Rodrigo, veo fantasmas.

Rodrigo

Se ha vuelto loca, es el primer pensamiento que se me pasa por la cabeza. Luego la miro y le toco la frente preocupado, tal vez tenga fiebre, pero no tiene. Aysel me mira, sus ojos dorados están tristes y esperan algo, o más bien que diga algo. Pero, ¿qué narices se dice cuando alguien te dice algo así? Me da miedo decir algo que la hiera, quizá el *shock* de lo que ha pasado esta tarde ha sido demasiado fuerte. ¿Se habrá dado un golpe en la cabeza? Con esa idea alzo la mano y empiezo a tocarle la cabeza.

—¿Qué haces?

—¿Te has golpeado la cabeza?—Agranda los ojos y por su expresión, sé que ella no esperaba escuchar algo así. Pero, ¿qué espera que diga?

—No. Da igual—Se aleja de mí y aparta sus manos, mira a un punto entre la tele y el mueble y luego alza los hombros de forma resignada sentándose en el sofá.

Miro hacia donde mira. ¿Será verdad? ¡Pero qué estoy pensando! ¿Fantasmas? Es una locura, los fantasmas no existen. Y entonces recuerdo su mirada al decirlo, ella si lo creía, ella decía la verdad. Es imposible que existan los fantasmas, es totalmente imposible... La miro retorcerse las manos, y mis pensamientos vuelan a cuando esa manos pequeñas se aferraba a mí sin temor a nada, confianza. Confiaba en mí sin más, siempre lo ha hecho, sin esperar nada, sin pedir explicaciones, Aysel siempre ha confiado en mí. Y yo confío en ella. Si para eso tengo que creer que ve fantasmas, que Dios me perdone, pero creeré que ve fantasmas. Todo esto es una locura.

—Aysel—No me mira, me levanto y me arrodillo a su altura dejando una rodilla en el suelo y en la otra apoyo mi mano. Le alzo la cara, veo sus lágrimas y sus ojos vacíos mirarme—. Te creo—Sus ojos se agrandan y, tras

secarle las lágrimas, le cojo la mano—. ¿De verdad los ves?

—¿Me crees?—Asiento y sus ojos brillan por una alegría que nunca antes había visto en ellos, se lanza a mis brazos y caemos al suelo que, gracias a dios, está blando por la alfombra—. Temí que me tomaras por loca—Se ríe nerviosa—. Tenía miedo de que no confiaras en mí. Para mí era muy importante que lo hicieras—. Levanta la mirada y me sonrío—. Ahora te contaré más cosas.

—¿Más?— digo algo asustado—. ¿No crees que la confesión de que ves fantasmas ya es suficiente por hoy? — Levanta las cejas—. Vale, cuéntamelo todo.

—¿Tú no los ves?

—No. ¿Debería?—Asiente.

—Sí...—Levanta la mirada y miro hacia donde mira—. No los ves.

—¿Están aquí?—Asiente—. ¿Cuántos son? — Esta conversación me parece totalmente surrealista y pese a que la creo, sin saber por qué, no dejo de pensar que todo esto no es más que una locura.

—Son cuatro.

—¡Cuatro!—La cojo de los brazos—. Me encanta tenerte encima enana, pero ahora mismo necesito pasearme por el salón y tratar de asimilar todo esto. Y más si dices que hay cuatro fantasmas— Se levanta para sentarse en el sofá, empiezo a pasearme por el salón.

—¿Te cuento toda la historia?

—Sí, por qué no, ya puestos... —Me paso la mano por el pelo y la miro, me mira seria—. Lo siento. Comprende que me sienta algo extraño con todo esto.

—Sí, es normal, cuando yo los vi me quedé de piedra, pero más me sorprendió creerlos sin más y no asustarme. Ellos dicen que es porque en el fondo siempre he sabido de ellos.

—Ah... Bueno... ¿Cuándo los viste?

—El día que me declaré... Bueno, los vi antes de ese día cuando me

quedé dormida en los Luceros.

—¿Te dormiste en los Luceros?

—Y un policía me despertó—Me río, es más una risa nerviosa, pero prefiero alejarme de ella para no ir y zarandearla por haber pasado la noche durmiendo a la intemperie.

—No sabía que fueras una gamberra—digo para disipar, con una burla, mi preocupación por saber que pudo haberle pasado cualquier cosa.

—Me entró sueño— dice alzando los hombros como si eso lo explicara todo—. Bueno, el caso es que ellos son familiares nuestros— Me detengo—. Creo que no debería haber empezado por ahí — dice torciendo el morro.

—¿Qué tal si me cuentas la historia desde el principio y luego yo opino?

—Está bien, pues prepárate...

Empieza a contarme que hace muchos, muchos años, maldijeron a una pareja y los padres lucharon contra el brujo que los maldijo, y que lo único que pudieron hacer fue lanzar un conjuro para anular la maldición. Cuando los descendientes de estos volvieran a unirse, romperían con la fuerza de su unión la maldición, tras matar al brujo de una vez por todas, y con su muerte todos dejarían de estar malditos.

Saco un chicle en cuanto termina esta parte, pues no sé qué decir ante todo esto. Luego me mira y me dice que nuestra misión es averiguar quién es la persona que está utilizando el brujo, y qué tuvo que ver con la separación de nuestros padres hace años.

—Más o menos eso es todo.

—Más o menos.

Me paseo por la habitación, no sé qué decir, he mirado sus ojos mientras hablaba y ella cree en todo esto. Y maldición, yo también tras escucharla, ella dice la verdad aunque sea una locura, Aysel no miente. O tal vez el amor de verdad vuelve ciego a uno y estamos viendo fantasmas imaginarios... Dejo de

pensar, pues todo esto no me hace más que pensar tonterías. Voy hacia ella, tomo aire y me siento a su lado.

—Entonces, ¿tenemos que luchar contra el brujo que esta también maldito, para así acabar con la maldición que los ata a la tierra para siempre? —Asiente—. Todo esto no me gusta. No me gusta saber que al condenar al brujo a vagar por el mundo de los no muertos, hasta poder ser vengados y así revocar la maldición, se nos condenó de rebote a nosotros.

—A mí tampoco, yo era muy pequeña para acordarme de lo que pasó, pero tú sí lo sabes. ¿Qué pasó en verdad?

—La verdad... — Lo pienso un momento y me pregunto si la verdad de lo que pasó es lo que me contó mi padre hace años, cuando le exigí ésta misma explicación. — Mi padre me dijo que un socio quería unirse a su empresa, que les prometía una inversión segura y mi padre no quiso, pero tu padre apostó todo por el nuevo negocio. Lo perdió todo, mi padre tuvo que comprar sus acciones para no perder la empresa él también. Tu padre lo culpó de que él había inventado un socio falso para estafarlo y quedarse con todo su dinero y sus casas.

—Creo que tu padre tenía razón—Miro a Aysel—. Mi padre ahora ha hecho lo mismo, lo ha arriesgado todo con la apuesta del padre de Leandro.

—Pero esta vez le ha salido bien.

—Por ahora... Hay que averiguar quién fue el socio que quiso unirse a ellos, y hacer que deje de dar cobijo en su mente al mal.

—Es decir, que el mal sólo se instala en donde le dan cobijo.

—Sí, según me han dicho los fantasmas, el mal puede haberlo intentado con nosotros... Esta tarde, por ejemplo, él pudo haber sido el que implantó las dudas en mi mente, pero a mí me pudo más el temor a perderte y lo que siento por ti.

—¿Crees que ha estado todos estos años metiéndose en mi mente para

separarme de ti?

—No lo sé. Es posible, pues tú nunca rompiste la promesa, pero te mantuviste alejado de mí. El brujo sabía qué dudas implantarte para no acercarte a mí.

—Te envidio, eres más fuerte que yo, enana.

—Hoy casi he caído.

—Pero no ha vencido—Le acaricio la mejilla—. No te merezco.

—Eso ya lo sé—Me saca la lengua y le sonrío—. ¿Tienes alguna pregunta para los fantasmas? — Me tenso y miro hacia donde ella mira—. Están allí—Señala a la tele—. Y la pareja en el sofá. Tú descienes de tres de ellos, yo del joven. Y, ¿te sabes la leyenda de la cara del moro? — Asiento—. Pues los fantasmas trataron de ayudar a la pareja, y se pasaron toda la noche soplando a las flores de los almendros, para que cayeran blancas sobre el suelo del castillo y conseguir que se tiñera de blanco, pero pese a eso al final el mal venció—La tristeza nubla su voz—. Aunque tampoco tuvieron tregua con el padre de ella...

—Lo que nos recuerda a tu padre—La miro preocupado—. Entonces, ¿el brujo está tratando de separarnos de alguna manera?

—Sí, si no descubrimos quién es el que se está dejando guiar por éste, llegará un día que el brujo se sentirá fuerte y capaz de destruirnos y saldrá. Y ese único día es el que tenemos para vencerlo, lo malo es que él elige cuando será y ese día saldrá, y una vez lo ha decidido no hay marcha atrás, es decir, que si damos con la persona que está manipulando para lograr separarnos y ser más fuerte a través de su cuerpo, podremos convencerla para que aleje al brujo de su ser y así será más débil ese día, pues no le dará tiempo de encontrar a otra persona que sirva para sus propósitos. Sin cuerpo que canalice su magia, es fácil vencerlo. Y, por lo que parece, esta vez ha despertado más fuerte que nunca.

—¿Por qué?

—Por la cara del moro, todo el mundo piensa en la historia, y odia o siente lastima por lo ciego que estuvo el padre, que prefirió ver morir a su hija a

dejarla que fuera feliz con el hombre al que amaba. Él hizo que la piedra marcara el dolor del moro y ahora se crece por ese dolor y ese odio.

—El tío es listo.

—Ahora sólo es una masa de energía, es como los fantasmas, no pueden hacer nada sin una persona a la que usar como medio para su magia.

—Y tenemos que ser nosotros — digo con calma y cuando Aysel asiente.

—¿Me crees? — Me mira temerosa de que le diga que no.

—Sí, aunque no sé bien si ambos estamos locos— Sonreímos.

—Ellos me han dicho que no puedes verlos, pues no crees del todo en ellos, pero que pueden hacer algo para que sepas que están aquí. Gloria dice que has pasado la prueba.

—¿Qué prueba?

—Confiar en mí sin más.

—No podía ser menos enana, tú me has enseñado el significado de esa palabra— Y dicho esto cojo su mano, esa pequeña mano que cogía la mía cuando no sabía casi nada del mundo, pero si sabía que podía confiar en mí.

—Mira— Miro hacia donde me señala y veo como el jarrón empieza a levantarse y luego un marco. Me tenso, pero me quedo quieto mirándolos—. Dicen que si necesitas más pruebas.

—No, por hoy no necesito más.

—El hombre dice que te pongas a pensar quién pudo ser el socio de nuestros padres.

—Para eso necesito estar en calma.

—Es comprensible.

Me suena el móvil y al sacarlo veo que es mi padre. Me dice que he de ir a mi casa para preparar la reunión de mañana, trato de atrasarlo, pero insiste.

—Me tengo que ir.

—Lo he oído.

—¿Te da miedo quedarte sola?

—No estoy sola, y no me da miedo—Le acaricio la mejilla y bajo la cabeza para besarla.

—.Saldremos de ésta, no sé cómo, pero lo haremos.

—Yo también. Pero me da miedo pensar que será lo próximo que prepare para separarnos.

A mi también, pienso, pero no lo digo, sólo le doy un tierno beso que se transforma en otro más apasionado.

—Debo irme, y no te preocupes.

Mejor irme que seguir perdiéndome en el sabor de sus besos, tengo paciencia para esperar, pero desgraciadamente no soy de piedra.

Me levanto y Aysel me acompaña a la puerta, aunque quiere mostrar entereza puedo ver en sus ojos como le preocupa todo esto. Seguro que se ha pasado todo el día tratando de saber a quién manipula el brujo o gran parte de del día, pienso al recordar su comida con Leandro.

—Por cierto, ¿por qué has ido a comer con Leandro?

—¿No te fías de mí? — dice con una pícara sonrisa.

—Enana, acabo de crearme que ves fantasmas, creo que después de eso puedes estar segura de que confío en ti.

—Lo sé. Leandro tiene novia, está embarazada y se va a casar con ella, pero su padre se opone. Necesita algo de tiempo para acabar la casa y el buffet de abogados que se está construyendo. Y si su padre cree que las cosas van bien conmigo, no lo atosigaré y no se dará cuenta de otras cosas hasta que sea tarde. Leandro dice que su padre está muy raro últimamente. No se fía de cómo se pude tomar el embarazo de su novia y su inminente boda.

—Vaya, parece que no somos los únicos que lo tienen complicado.

—No, somos una pareja normal y corriente.

—Sí, muy normal teniendo en cuenta que cuatro fantasmas esperan que acabemos con su maldición—. Sonríe y atrapo esa sonrisa con mis labios—. Nos vemos pronto. Llámame si necesitas algo.

—Tú también.

Me alejo y pienso en todo lo que me ha dicho, y lo primero que se me viene a la cabeza es que estoy loco, pero sé que es verdad, pues lo siento, lo he visto en sus ojos y aparte lo he sentido. Si mi vida no era de por sí complicada, ahora aparecen más problemas, y no unos cualquiera, sino cuatro fantasmas. Me sale una risa sarcástica. Y a mí que me gustaban los deportes de riesgo, ahora mi vida misma es uno.

¿Qué será lo siguiente que intente el brujo? Solo espero ser fuerte para poder luchar contra él. Pase lo que pase, venceremos, no me dejo vencer fácilmente y esta batalla la pienso ganar, el precio del fracaso es muy alto, tan alto que me dejaré la vida en ello, antes que permitir que le suceda algo malo a Aysel. La pienso proteger con mi vida de ser necesario. Todo tiene que salir bien.

Aysel

Por fin sé la nota de selectividad, al final podré estudiar la carrera que quería. Tengo que hablar con mis padres, esta semana han estado algo distraídos con su nueva vida social y he tratado de pensar en cómo solucionar el problema de los fantasmas. Pero aunque ellos han aportado todo lo que saben, de momento no tenemos nada. Rodrigo lleva toda la semana liado con su padre y el trabajo que le ha mandado. Ha estado mirando los libros de cuentas de su padre para ver si daba con el hombre misterioso, pero nada. Me ha llamado todas las noches,

pero lo echo de menos y quiero saber si al verlo se me pasa esta sensación de que algo gordo va a suceder.

Salgo del instituto, mi amiga está muy rara. Se ha ido en el recreo, ha venido un chico a buscarla y se ha ido con él sin terminar las clases. Dice que es muy feliz con él, haber cuanto le dura. Ella verá lo que hace, según me ha dicho los análisis han salido todos bien, ha tenido suerte, pero debería tener más cuidado la próxima vez, pues esta vez ha ido todo bien, pero no siempre se puede tener tanta suerte.

Bajo por la cuesta para ir a mi casa. Oigo un claxon, pero lo ignoro.

—Enana, sube.

Miro hacia la carretera y veo a un sonriente Rodrigo con gafas de sol en un Mercedes plateado. Pero, ¿cuántos coches tiene? Corro hacia el coche, y cuando entro no puedo reprimir una sonrisa, que se ensancha hasta casi hacerme daño en la cara. Se acerca antes de arrancar, me da un beso y luego sonrío y conduce por las calles de Alicante. Llegamos hasta su casa de la playa y entra en la cochera. Salimos del coche y Rodrigo va hacia el maletero.

—Hoy vas a probar una de mis comidas—Se ríe y empieza a sacar bolsas. Entramos en la casa y deja las bolsas en la encimera.

—¿De verdad sabes cocinar?

—Sí, sé hacer los mejores macarrones que hayas probado nunca—Se ríe de forma pícaro—. Se mete la pasta en un cazo con agua hirviendo y, cuando la pasta está lista, le añado esto—Saca una salsa de tomate—. Y listo.

—Y yo que creía que de verdad sabías cocinar—Le ayudo a sacar cosas de las bolsas y veo que ha comprado una tarta pequeña.

—No te quejes enana. Al menos he podido librarme de mi padre por hoy—Lo dice serio y bajo la mirada, ya que, a pesar de lo que me dijo, no puedo evitar sentirme culpable por todo esto.

—Cosa que me parece muy bien—Me acerco a él y lo veo sacar la olla y poner agua en ella.

—¿Qué tal las clases?

—Mal—Me mira serio—. Pero por lo menos sé la nota de selectividad y puedo coger la carrera que yo quería.

—Enhorabuena—Me besa para felicitarme—. ¿Y con los fantasmas que tal? ¿Sigues preocupada como me dijiste anoche?

—Sí, dicen que se agota el tiempo. Creen que pueda ser la noche de san Juan y mañana empiezan las Hogueras. Es cuestión de días—Me alza la cara y lo miro a los ojos verdes.

—Lo resolveremos. Además, he estado hablando con mi padre y, bueno, tengo una mala noticia, pero aún no es tarde.

—¿Qué pasa?

—Es mejor que comamos y luego hablamos—Me pongo delante de él—. Quieres saberlo ya, ¿no? —Asiento y se pasa las manos por el pelo—. Está bien. He hablado con mi padre de lo que pasó y me ha dicho cosas muy interesantes.

—¿Qué cosas?

—Cuando tu padre se quedó sin dinero, mi padre le ofreció un préstamo, pero tu padre lo rechazó y dijo que no quería un préstamo de quien se lo había quitado todo.

—¿Por qué haría eso?

—Porque era más fácil echar la culpa a mi padre, que aceptar el hecho de que se había equivocado, y por esa equivocación lo había perdido todo.

Lo miro. ¿Es verdad eso? ¿Mi padre culpo injustamente al padre de Rodrigo?

—No sé qué creer.

—Lo sé, yo solo te cuento lo que ha dicho mi padre—Asiento, Rodrigo se apoya en la encimera—. Mi padre enseguida mandó investigar al hombre que estafó a tu padre, pero no encontró nada de él, solamente que había engañado a tu padre con el nombre de su empresa, y lo demás era todo falso. Mi padre

quería demostrar su inocencia, pero quién engañó a tu padre lo ató todo muy bien.

—Vaya. Es una lástima que no se supiera la verdad.

—Pero daremos con ella, estoy seguro. Mi padre nunca dejó de investigar y ahora mismo no está muy convencido de lo que acaba de hacer tu padre.

—Le ha ido bien. Ha recuperado el dinero — digo tratando de defender a mi padre.

—El dinero que está usando tu padre es de un préstamo procedente del padre de Leandro. Si todo sale mal, tu padre se vuelve a arruinar.

—Pero el que más perdería sería el padre de Leandro.

—Sí... A menos que haya previsto algo. No lo sé, pero tu padre se ha metido en un préstamo muy alto. Está corriendo un riesgo innecesario. Puede perder lo que tenía, vuestra casa, su antiguo coche y quedarse sin nada...

Es cierto y eso me deja intranquila, si sale mal perderíamos otra vez todo, y ya teníamos la casa casi pagada. ¿Por qué se arriesgaría mi padre otra vez?

—No te preocupes, tal vez tu padre esta vez sepa lo que hace.

—Ojalá. Pero no puedo evitar preocuparme.

Rodrigo se acerca a mí y me abraza.

—Me gustaría dar con el misterioso socio y que nuestros padres se reconciliaran.

—Es más fácil dar con el sospecho, que tu padre y el mío se vuelvan hablar como si nada. El orgullo de tu padre quedó dañado. Lo perdió todo por hacerlo mal y eso es algo que le costará olvidar. Pero tu padre ha demostrado ser un luchador y os ha sacado adelante, nunca se ha rendido y ojalá ahora todo le salga bien y pueda recuperar parte de lo que perdió.

—Sí, pero me da miedo que no sea así— Rodrigo me abraza y me da un tierno beso en la cabeza—.¿Qué tal con tu padre y el trabajo? — digo tras un

rato.

—Bien— Escuchamos hervir el agua y Rodrigo se gira para meter la pasta en la olla—. La verdad es que me gusta. Me ha sorprendido mi padre, yo creí que no me conocía y él ha sabido ponerme en el lugar que más me gusta. En las inversiones. Creo que me conoce más de lo que pensaba, y yo todos estos años tratando de reivindicar mi personalidad.

—Los padres nunca dejan de sorprendernos—. Lo miro y sonrío.

—No se está mal trabajando, me gusta lo que hago. Pero siempre temí que una vez entrara en su juego, trataría de cambiarme y hacer de mi otra persona. Siempre he temido que para tener su aprobación tendría que ser un clon de mi hermano. Y he descubierto esta semana, que mi padre no sólo sabe como soy, sino que está orgulloso de mí. Nunca pensé que llegaría a decir esto. Creo que llevo toda la vida huyendo. Huyendo por miedo a no ser aceptado.

Sonrió, me ha aliviado escuchar eso, pues estaba preocupada por si Rodrigo estaba viviendo un infierno por mi culpa.

—Me alegro. A veces huimos de las cosas porque es más fácil huir que aceptar la verdad. O porque tememos no saber reponernos ante ésta, y luego resulta que la verdad es menos complicada de lo que creíamos.

—¿Qué soy como mi padre? — dice con sorna.

—No, que te gusta trabajar con él y, aunque a tu manera, seguir sus pasos.

—No lo sé, tal vez—Abre el bote de tomate y tras colar la pasta se lo añade y lo remueve todo—. Además he descubierto algo de mi hermano—. Sonríe de forma pícaro—. Es un poco malo con los números. No me alegro de eso... pero siempre pensé que era perfecto y descubrir que no lo era... me ha hecho verlo más humano— Le sonrío—. Por cierto, el nombre del hombre que estafo a tu padre es Rafael Gómez. Es un nombre muy común y dieron con mucha gente con ese nombre, pero a ninguno que pudiera culpársele de estafador.

—Sí, la verdad es que es muy común. Podría tener un nombre menos corriente.

—Bueno, ya investigaré más— Saca dos platos y les echa la pasta. Pongo la mesa y nos sentamos a comer.

Rodrigo me comenta que ha hecho dos exámenes y le han salido bastante bien. Cuando terminamos de comer Rodrigo se sirve un café de máquina y yo un café con leche para tomarlo con la tarta. Empiezo a comer la tarta y al levantar la vista para decir a Rodrigo que esta riquísima, veo a los fantasmas detrás de él.

—Ya están aquí.

—Vaya recibimiento—dice el hombre malhumorado.

—¿Están aquí? — Asiento a Rodrigo y miro al hombre.

—Sí, están aquí. ¿Hay alguna novedad? — les pregunto.

—Algo va a pasar, pero no hemos podido saber el qué — dice la mujer.

—¿Qué dicen?

—Que algo malo va a pasar— Cuando lo digo me sube es escalofrío y Rodrigo debe de sentirlo pues me coge la mano para apretármela—. Y no saben qué puede ser.

—Bien, me encantan ese tipo de noticias—Rodrigo se toma el café de un trago y se levanta para dejar los platos en el lavavajillas—. ¿Algo más?

Miro a los fantasmas y todos niegan con la cabeza.

—Dicen que no.

—Bien — dice serio y distante.

—¿Qué pasa?—Le pregunto.

—Nada, sólo que tenía una extraña sensación. Creía haberme equivocado...

—Yo también la he tenido.

—Hoy es la *plantá* de las Hogueras—comenta cambiando

deliberadamente de tema. —. ¿Vamos? Luego podemos ir al bar de Toni, me ha dicho que lo abriría solamente para los amigos a eso de las diez de la noche. Pero antes descansamos un poco en el salón viendo una película... si quieres, ¿vamos?

—Me parece bien, pero... ¿no crees que es algo arriesgado salir juntos a ver las Hogueras?

—Si llevo las gafas les costará más saber que soy yo.

—Sí—Miro a los fantasmas y Gloria alza los hombros—. Me gustaría mucho ir contigo. Además me han dicho que la del ayuntamiento es preciosa.

Rodrigo asiente con aire ausente, desde que le he dicho lo que me han comentado los fantasmas está en su mundo. ¿Qué estará pensando? ¿Qué será lo que pasará?

Hemos estado viendo una película o más bien la he visto yo, pues Rodrigo pese a estar a mi lado cogiéndome la mano y acariciándomela, estaba ausente, de hecho ahora sigue estándolo mientras miramos la hoguera del ayuntamiento. Se plantan hogueras por toda la ciudad que entran en concurso de diferentes categorías, ya que la mayor categoría es la especial, y estas hogueras siempre son las más visitas por su impresionante tamaño y la complicación de sus elementos. Verlas montar es una pasada, ya que suelen siempre arriesgar de alguna forma y cuando la grúa va montándolas, ves, expectante, como la hoguera toma forma y como lo imposible, se hace posible. Cada año son más bonitas y llegan a medir a veces más de veinticinco metros, pero solo las especiales, y de ochenta y siete hogueras grandes, solo suelen haber unas nueve hogueras especiales, pero todas tienen su encanto. Ahora estoy mirando la hoguera del ayuntamiento, que este año es muy alta y me gusta mucho ver como los trabajadores ultiman las figuras y como le dan forma. Pero Rodrigo no está prestando mucha atención a todo esto.

Le he preguntado varias veces qué le pasaba, pero me ha dicho que

nada, que está bien. Y por supuesto que no lo está. Lo miro más a él que a la hoguera, tratando de ver que es lo que le está pasando por la cabeza, pero si ya era difícil sin las gafas, con éstas es imposible.

—Es muy bonita este año.

—Sí, pero me da mucha lástima que se quemem. Todo este monumento reducido a cenizas— Añado algo melancólica.

Es una lástima que todo esto se queme, pero así es la fiesta, y después de las cenizas empiezan los proyectos e ilusiones para el año siguiente.

Vamos hacia la hoguera infantil, son muñecos de cartón y corcho, decorados con pinturas muy saladas y luminosas. Casi siempre me gustan más las infantiles, las que se hacen para los niños más pequeños de la hoguera. Veo un ratoncito en la hoguera y le hago un foto, Rodrigo me coge la cámara y me hace una foto a mí con la hoguera de fondo, pero cuando le digo de hacérsela yo, se niega y comienza a andar.

—Tengo sed, voy a por agua al bar.

Me alzo y Rodrigo recibe con gusto mi beso, luego voy hacia uno de los restaurantes que hay en la plaza del ayuntamiento y entro para pedir una botellita de agua. Mientras el camarero me la sirve, veo en la tele una foto de Rodrigo y presto atención para ver de qué hablan.

—Esta noche y en exclusiva, todo lo que Carla no quiso contar de su noche con Rodrigo Adriano. Y lo que pasó tras esta.

Noto como la sangre se me sube al rostro.

—Señorita, ¿está bien? — Miro al camarero y asiento, le pago la botella y salgo del bar. No, no estoy bien. ¿Es por eso por lo que Rodrigo está tenso? ¿Será eso lo que temen los fantasmas? ¿Qué será lo que va a contar Carla?

—¿Qué pasa? — Rodrigo viene hacia mí, asustado. Me pone una mano cariñosa en la mejilla.

—Nada... He visto en la tele un anuncio... de Carla— La mandíbula de Rodrigo se tensa—. ¿Lo sabías? — Asiento—.Y es por eso por lo que estás

tenso.

—No sé que puede ser eso tan importante que tiene que decir. No paso nada del otro mundo esa noche. Diga lo que diga, será mentira, pero eso sólo lo sabré yo, y la duda la implantará de todas formas.

—¿Estás preocupado?

—Sí— admite—, la culpa la tiene la prensa y toda la gente que esta noche estará pegada al televisor para escuchar esa mentira. Si la gente no viera esos programas, acabarían por desaparecer. La mitad de las cosas que dicen son mentira y se creen con poder para poder hablar de mí como si lo supieran todo. Da asco que la gente pierda el tiempo ante el televisor para que le llenen la cabeza de sandeces. Tenía un mal presentimiento tras escucharlo, cualquier cosa que diga es mentira, pero desde que dijeron los fantasmas que algo iba a pasar...

—Piensas que lo que tenga que decir te hará más daño del que temías—
Asiente distraídamente.

Comienza a andar y lo sigo, tras ponerme a su lado le cojo de la mano y caminamos en silencio hacia la Rambla.

—Nunca he hecho nada diferente a un joven normal y corriente. Me molesta que algo que es tan común sea visto como si yo fuera un inmoral...

—La gente que de verdad te conoce sabe cómo eres.

—Eso lo sé. Pero según lo que diga esta noche, puede hacer que la prensa me siga más, y de ser así...

—Limitaría nuestras visitas—Asiente y seguimos caminando hacia la hoguera de Hernán Cortés.

El camino lo hacemos en silencio y cuando llegamos a la hoguera, casi no aprecio el monumento, pues ahora si siento un nudo de nervios en el estómago por lo que pueda decir Carla.

—Les he puesto una denuncia. Pero les da igual, tienen dinero de sobra para pagarla, y luego siguen haciendo lo que quieren. No sabes lo que es no tener vida privada... Sabes que en cualquier esquina alguien puede estar con una

cámara, acechando, para sacar una foto tuya desde un ángulo que incite a pensar cosas que no son.

—Y de esa foto se hablará durante semanas.

—Sí, he tenido varias de esas. Soy noticia por ser como soy.

—Cuando haces deportes de riesgo también te sacan y eso los deportes de riesgo son cada vez más practicados por las personas.

—Sí, un día tenemos que ir hacer rafting.

—Ni de coña.

—Te gustará enana—Lo dice algo sonriente y le sonrío. Ha decidido cambiar de tema y lo respeto, pues ya me ha dicho un poco de cómo se siente a ser el blanco de la prensa rosa.

—Me da miedo—Le digo y se ríe.

—Eres una miedica—Me da un beso en la mejilla—. Pero no tienes que tener miedo, vas con el mejor.

—Serás presuntuoso.

Se ríe y me coge de la mano para seguir viendo Hogueras. Pero pese a que le sonrío para no dejar entrever mi preocupación, sigo preocupada y pensando en lo que pasará esta noche.

Capítulo 18

Aysel

Estamos en el bar de Toni que ha montado una pequeña fiesta para los amigos, y ha ambientado el bar con cosas típicas de las Hogueras. Hoy, como es la noche de la coca de atún de zorra, que es una parte especial del pescado, o

como se dice aquí “*coca amb tonyina*” y las brevas o “*bacores*”, ha comprado varias para todos. No somos muchos, pero, a pesar de eso, Rodrigo está algo distanciado de mí, sé que es porque no se fía de los amigos de Toni. Luna está hablando conmigo sobre mi aprobado en selectividad y estamos comentado la carrera que quiero estudiar.

—¿Qué hora es?—Toni mira el reloj y luego coge el mando de la tele—
¿No quieres saber qué van a decir de ti? —dice mirando a Rodrigo.

—Una sarta de mentiras—dice sonriendo—. Qué digan lo que quieran
—Parece despreocupado, pero yo puedo apreciar preocupación en su mirada, aunque me temo que lo que más le preocupa, es que esto me haga daño.

—A mí me da mala espina — comenta Pedro—. Deberíamos verlo.

Toni no espera la aceptación de Rodrigo y enciende la tele, lo hace justo en el momento que Carla hace su aparición en el plató de televisión, con un vestido verde que deja muy poco a la imaginación. Rodrigo me mira y veo en su mirada preocupación por mí, le sonrío, me duele saber que ha estado con esa... pero ahora está conmigo y ella nunca ha tenido de él ni la mitad de lo que él me da. Pero aun así, no puedo evitar sentir celos cuando mi mente piensa que las manos de Rodrigo han acariciado su cuerpo y ella el de él. Sería una tonta si sintiera envidia por una noche loca, cuando Rodrigo me está dando tanto. El cuerpo es algo efímero que con los años se envejece, a mí Rodrigo me ha dejado paso en su alma inmortal.

Rodrigo está sentado a mi lado y, bajo la mesame coge la mano.

—¿Estás bien? — me pregunta al oído.

—Sí, no pasa nada, me preocupa lo que quiera decir de ti, por si te hace daño.

—A mí esa no sabe cómo herirme.

Rodrigo me mira muy serio. En cierta forma es verdad, pues sólo alguien que le conoce bien puede herirle, pues conoce sus puntos débiles, por eso Rodrigo no confía en casi nadie. A muy pocas personas les muestra cómo es en realidad, es su forma de protegerse ante los ataques.

Empiezan a contar en la tele lo que ya sabíamos, pero de repente, alguien la mira y la pregunta qué era eso tan importante que tenía que contar. Carla comienza a llorar y me tenso.

—Es una falsa — dice Luna indignada—. Se ve a la legua que lo que quiere es protagonismo, suelta dos lágrimas y todos la creen sin más.

—Si no fuera porque está hablando de Rodrigo quitaba la tele. No apoyo esta clase de programas que se lucran con la vida de las personas, mintiendo. Dan asco—Miro a Pedro, pues tiene razón.

Los entrevistadores empiezan a decirle cosas para calmarla y el presentador le pregunta si puede enseñar unas fotos y ésta asiente. Luego, en la pantalla, aparece una foto que todos conocemos muy bien. Es la foto de las dos jóvenes rubias con las que supuestamente estuvo Rodrigo la noche que yo me dormí en los Luceros.

—Es mi hija — dice Carla. La mano de Rodrigo se tensa—. Él... Es muy fuerte para mí decir esto—Miro la tele, ya no escucho nada más que la voz de la mujer. Me temo lo peor—. Rodrigo Adriano cuando se acostó conmigo, me dijo de hacer cosas con mi hija...— Comienza a llorar—. Yo me negué, y él se fue enfadado. Y la noche de las fotos...— La foto vuelve a aparecer—. Él se acostó con ella, es sólo una niña de quince años—. Todos guardamos silencio. Pues la acusación no se ha dicho, pero ha quedado totalmente en el aire—. Rodrigo Adriano abusó de su popularidad para incitar a dos menores.

—¿Estás diciendo que forzó a tu hija? — No me puedo creer que esto esté pasando. No es posible que le hayan pagado para que se sienta a decir algo tan grave de una persona.

—¿Qué puede saber de eso una niña de quince años? — La mano de Rodrigo está rígida. Lo miro—. Él la cameló para llevarla a la cama y mi hija está sufriendo por ello. Sí, se puede decir que abusó de ella.

La mano de Rodrigo se queda rígida. Todos nos quedamos en silencio y yo siento una opresión en el pecho, todos los presentes lo miran.

—¡¡Eso es mentira!!— Exclama fuera de sí Pedro rompiendo el silencio

—. ¡Pasaste la noche aquí con nosotros!

—¿Rodrigo estás bien? — Rodrigo no dice nada, pero hace algo que me sorprende, saca un paquete de chicles y se mete dos a la boca como si nada. Me quedo asombrada con la frialdad con la que se lo está tomando esto.

—¡Esa mujer es una zorra!— alega Toni que acaba de explotar—. Gus lo trajo aquí, pero ahora ha creado la duda, todo el mundo lo puede creer o no. Es una bruja, y con todo lo que ha dicho la prensa de él... y todo por conseguir más dinero. Eso debería estar prohibido.

Rodrigo sigue como si nada, trato de cogerle la mano, pero esta rígida. De repente se levanta y sin mirar a nadie y sin despedirse se va hacia la puerta de salida. Yo me quedo parada, pero al poco corro tras él, pues no entiendo su actitud, pero cuando llego a la puerta Rodrigo ya ha montado en el coche y simplemente me da tiempo a ver como se aleja.

Me quedo parada sin saber qué hacer, viendo como se pierde el coche de Rodrigo de mi vista, y cuando desaparece del todo me invade el miedo. ¿Qué va a hacer?

—¿Dónde está? — Miro a mi lado y veo a Luna—. Oh, pequeña, ¿qué ha pasado?

—Se ha ido—Digo aguantándome el nudo que tengo en la garganta.

Luna me invita a entrar al bar, Toni les está pidiendo a sus amigos que se vayan. Estos lo hacen sin decir nada, cuando me siento, arropada por Luna, noto como mis lágrimas corren por mi cara sin poder contenerlas. Son lágrimas producidas por el dolor, la rabia y la impotencia. Siento una impotencia tan grande que casi noto que se escapa de mi pecho. Me invade la rabia, la rabia porque una mujer, que se le nota a la legua que es una cualquiera, diga algo tan difamatorio y la crean, y no sólo eso, también porque haga que la vida de Rodrigo se transforme en un caos porque ella quiere ser más rica.

Ahora todo se ha complicado, es una acusación muy grave, y aunque vayan a juicio y se pruebe la verdad, la gente tendrá la duda de si es cierto o no, y por mucho que se limpie el nombre de Rodrigo, éste quedará manchado para

siempre, y todo a cambio de unos cuantos millones. Me pregunto cómo puede dormir la gente tras decir algo así y cómo los periodistas de prensa rosa pueden ir a trabajar y sentirse a gusto con su trabajo cuando, más que informar, al final lo único que hacen es decorar la historia de la manera que les resulte más rentable.

No digo que alguna vez tengan razón, pero está claro que esta vez han metido la pata y han dado pie a especulaciones y preguntas en contra de Rodrigo, que él no se merecía. Él no ha hecho nada malo, no ha hecho ningún mal a nadie, sólo ha vivido su vida y por ser un personaje público, la gente se cree que puede decir lo que quiera de él. Por desgracia, la gente le da más importancia a las noticias del corazón, que a las que de verdad interesan en el mundo.

Rodrigo nunca ha vendido su vida, pero como su vida vende, hacen lo que sea para sacar más dinero sin importar que para conseguirlo destruyan la vida de un joven. Me pregunto dónde estará límite.

Si un hombre pega a su mujer, la noticia se sabe, pero a las pocas hora la gente no se acuerda de ese hombre ni de esa mujer, en cambio, si un famoso se emborracha y hace algo fuera de normal, la noticia es comentada por todos y tarda muchos meses en olvidarse. Me da rabia que se le da tanta importancia a esas cosas, y más ahora que sé que Rodrigo está mal y yo no puedo hacer nada. Es injusto. No sé qué hacer.

Luna y los chicos me están hablado y animando, pero sólo soy consciente de mi mundo y de lo que podrá estarle pasando a Rodrigo. Se ha esforzado esta semana intentando enderezar su vida, para que la prensa, con el tiempo, se olvidara de él y poder brindarme un futuro a su lado como cualquier pareja, pero de un plumazo, en tan solo unos segundos, su esfuerzo se ha venido abajo. Pasarán muchos meses, sino años, para que esto se olvide. Por unos millones que se los gastará en fiestas o en operarse de cualquier parte del cuerpo, esa mujer nos ha condenado.

—¿Dónde habrá ido?—digo mirando a Pedro.

—Seguramente a su casa. A la que era antes de sus padres. Pero no lo sé seguro.

Asiento. Debe de haber ido allí, estará pensando en todo. Tengo que ir con él.

—Gracias, voy a ir a su casa—Comienzo a levantarme, pero todos niegan con la cabeza—. Pienso ir a verlo.

—Vale, pero te llevamos nosotros. Vamos — dice Pedro.

Salimos del bar y Toni lo cierra. Al llegar al coche de Pedro, Luna le ayuda a entrar en su coche especial para minusválidos y, una vez todos dentro, conduce hasta la casa de Rodrigo.

De camino a la casa, me invaden las dudas y la inseguridad de que puedo decirle. Los fantasmas siguen al coche y me miran con semblante serio. Han estado en todo momento cerca, pese a que los he ignorado. Llegamos a la casa y veo luz en una de las ventanas.

—Vamos contigo — dice Luna.

—No, esto es algo entre Rodrigo y yo, pero gracias por todo. De verdad.

Me dan todo su apoyo y bajo del coche, temerosa de que no me abra, pero no tengo que descubrir si me abrirá o no, pues Rodrigo ha dejado la puerta medio abierta. Entro y los fantasmas me siguen de cerca.

—¿Dónde está? —les pregunto.

—En el salón, pero ahora mismo su mente es un caos y no está en su mejor momento. Debes de ser fuerte. Y, diga lo que te diga, resistir. Tú eres la que más lo conoce, sigue tu instinto— Miro a Gloria y asiento.

Entro en el salón y la oscuridad, sólo iluminada por la luz que sale de la cocina, no me deja verlo. Poco a poco, mis ojos se acostumbran a ésta y lo veo cerca de la ventana mirando la noche. Lleva una copa en la mano, le veo alzarla y luego escucho el ruido que hacen los hielos al chocar en el vaso vacío. No sé qué decir, quiero decir tantas cosas que no sé por dónde empezar.

Pensé que al verlo lo sabría, pero me he quedado en blanco.

—Vete.

No dice nada más, pero en vez de irme me acerco más.

—No.

—Insensata—Se da la vuelta, pero no me mira, va hacia el mueble bar y se sirve otra copa—. Es mejor que te vayas Aysel.

—No pienso irme—Dejo el bolso en el sofá y doy un paso hacia él.

—Si me conoces sabes que quiero estar solo.

—Te conozco, por eso sé que ahora mismo me necesitas—Lanza una sonora carcajada.

—Yo no necesito a nadie—Bebe de su vaso, y a pesar de que sus palabras me duelen, sé que lo ha dicho porque teme lo que puede pasarle tras las declaraciones de Carla.

—A mi sí—Lo digo con más fuerza de la que siento, pues las piernas me tiemblan y todavía tengo los ojos irritados por las lágrimas derramadas—. No pienso irme, no pienso dejarte solo, te pongas como te pongas—Sonríe pero no dice nada.

Nos quedamos en silencio, él bebiendo y yo esperando, aunque no sé muy bien a qué.

—Yo iba muy bebido esa noche. Se me acercó y me incitó a beber más, era un juego, ya iba algo pasado y me pilló con las defensas bajas—Sonríe cínicamente—. Me acosté con ella, sólo con Carla, pero nada más. Recuerdo lo que pasó, ni vi a su hija, ni sabía que tenía una hija, si hasta me dijo que acababa de cumplir los treinta y de lo mal que iba la creí. Se puede decir que, irónicamente, ella ha sido la que se ha aprovechado de mí y de mi debilidad ante la bebida. Lo curioso, es que lo que ha dicho es tan distinto de lo que sucedió ese día, y es lo que más le gusta creer a la gente— Bebe de su vaso y lo deja con ruido en la mesa—. Es mejor que te vayas y lo mejor será alejarnos para siempre.

—¿Me estás dejando?

—Es lo mejor Aysel. Ahora sólo te puedo traerte desgracias.

Se da vuelta y se acerca a la ventana, me armo de valor y voy hacia él,

miro de reojo a los fantasmas y todos me animan a que vaya.

—No podemos dejar que él venza, eso es lo que quiere. Yo aún no he dicho mi última palabra y no pienso dejarte.

—Eso sólo lo podía decir alguien tan insensata como tú—Se gira y se encara a mí—.¿Qué crees que pasará ahora? Pues te lo diré, la prensa me perseguirá día y noche, vigilará todos y cada uno de mis pasos. Será cuestión de horas que sepan que estamos juntos, y entonces te seguirán y sacaran a la luz lo que le pasó a tu padre, todo se destapará y tu padre sentirá vergüenza de todo aquello otra vez. Aunque ahora haya recuperado lo que perdió, todo el mundo sabrá que le engañaron. ¿Quieres eso para tu padre? ¿Quieres volver a hundirlo?

Miro a Rodrigo, y todo lo que ha dicho me ha dejado mal, pues si eso pasara, mi padre se hundiría. Pero luego me acuerdo del brujo y pienso que él está implantando todas esas dudas en Rodrigo para alejarlo de mí, y no lo pienso permitir.

—Lo superará y se crecerá como persona, la gente verá a un luchador, que pese a perderlo todo, consiguió sacar a su familia adelante, que no se rindió nunca y que a pesar de todo lo que pasó, tiene una familia que le ha querido y ha estado unida a él en los malos momento. La gente lo mirará y sentirá envidia, pues ha sabido salir y ser lo que es ahora. Mi padre no tiene nada de qué avergonzarse, pues se cayó y se levantó con la cabeza bien alta. Es un luchador y lo admiro por ello. Si alguien tiene que esconderse es el hombre que tuvo la poca vergüenza de engañarlo, no mi padre. Mi padre es un gran hombre. Y quien no lo sepa ver es porque no tiene ojos en la cara.

Rodrigo me mira pero no dice nada.

—Qué haría sin ti—Entonces, abre los brazos y corro hacia ellos, y sin poder contenerme más, lloro por la tensión que he estado aguantando—. Tengo miedo de lo que pueda pasarte — dice al rato.

Me abrazo a él y no digo nada, no sé qué decir, me siento tan a gusto en sus brazos y tan feliz, que me parece mentira lo que se nos va a venir encima.

Me da miedo, más que miedo, estoy aterrada. Pero hemos demostrado ser fuertes y lucharemos juntos. Juntos.

—Me gusta que estés aquí, pese a lo que he dicho. Pero debes irte, antes de que venga la prensa. Al menos, dejemos que todo esto se enfríe un poco—. Me separo y lo miro, Rodrigo me acaricia la mejilla—. Déjame hacerlo a mi modo, no me podría perdonar que te sucediera algo—No me queda más remedio que asentir.

—Te voy a echar de menos. — Lo abrazo.

—Yo también a ti... enana.

Miro a Rodrigo, pues a cabo de descubrir por qué añade *enana* cuando dice algo importante, es una forma de hacerlo menos formal, es su manera de no dejar expuesto, del todo, su corazón. Sonrío y Rodrigo agacha la cabeza para besarme, percibo su sabor en mis labios mezclado con lo que ha estado bebiendo. Lo beso con pasión y con amor, pues no sé cuándo podré sentir sus cálidos y fuertes labios besando los míos. Ojalá todo se solucione pronto, soy adicta a sus besos y no puedo vivir sólo con el recuerdo de sus labios.

Capítulo 19

Aysel

Rodrigo ha llamado a Pedro para que me recogiera y, para mi sorpresa, estaban afuera. Se habían imaginado que me iría pronto por miedo a la prensa. Me han dejado en mi casa, y aunque tengo sueño y estoy cansada, no puedo dormir. Estoy tensa y la incertidumbre de no saber qué hacer y cuándo podré ver a Rodrigo, me crea un mal estar que no me deja dormir. Al final caigo rendida y creo que es de tanto pensar. Pero nada más despertarme me invaden otra vez las imágenes de lo ocurrido, y no puede dejar de darles vueltas.

Ahora me estoy vistiendo para bajar a por el periódico, aunque me asusta lo que me pueda encontrar en él. Llego hasta la prensa y veo que en la mayoría de periódicos hablan de la posible violación a una menor por Rodrigo. Al final decido no comprarlos y me voy a la panadería para comprarme algo para desayunar. Pienso, mientras me sirven lo que he pedido, en lo que ha pasado. Lo han acusado de violar a una menor.

Pasarán muchos meses hasta que todo se resuelva, hasta que la gente deje de hablar de él.

Cuando llego a mi casa veo a Gloria mirarme con cara resignada. Me siento a comerme lo que me he comprado, pero me quedo mirando la nada con el

bollo a medio camino de la boca. Escucho de pronto el sonido inconfundible de una traca, la gente está de celebración, ajena a mi dolor. Y no tengo ganas ni de sonreír ante las fiestas de mi tierra. Siento que abren la puerta y voy corriendo deseando que sea Rodrigo, pero no es Rodrigo, son mis padres.

—Hola cariño, te hemos traído churros—Justo lo que necesitaba para el mal estar de estomago que tengo.

—Estaba desayunando— Mi madre me da dos besos y entra en la cocina.

—¿Qué tal? — Mi padre me mira sonriente.

—Bien. Aquí... estoy—No sé qué decir, pues mi padre me está mirando con los ojos entrecerrados, se ha dado cuenta de mis ojos hinchados.

—¿Algo que quieras contarme?

Muchas cosas, pero no me escucharías, pienso y me siento mal por ocultarles mi dolor, pero no puede decírselo. Eso sería enfrentarme a ellos. Y no puedo... hoy no puedo.

—No, nada. Anoche salí de fiesta con mi amiga... Y he dormido fatal.

—Tanta fiesta no es bueno, pero bueno no todos los días son fiesta—
Entran en la cocina y se preparan el desayuno.

Mis padres tratan de convencerme para ir a ver Hogueras, pero al final se convencen de que estoy verdaderamente cansada y me vendrá bien quedarme en casa.

—¿Te has enterado de lo de Rodrigo? — Me tenso, pero sin saber cómo, la miro de forma que mis emociones no se reflejen en mi cara.

—No... ¿Qué ha pasado?

—Violación, ha violado a una joven. Ya sabía yo que iba por mal camino, pero esto se pasa de castaño oscuro. A ver si lo denuncian y que se pudra en la cárcel—. *Se pudra en la cárcel... Se pudra en a cárcel...* Las palabras de mi madre me golpean y me tambaleo—. Hija, ¿estás bien? — *No, no estoy nada bien*, pero asiento con la cabeza, aun

estando muriéndome por dentro.

—Una bajada de tensión—Mis padres me miran serios—. Hace mucho calor— Parecen creerlo.

—No deberías beber Aysel, pero confiamos en ti.

Mi madre me da un cariñoso apretón en el brazo. Casi me derrumbo, les pediría que me abrazasen y que me dijeran que no va a pasarle nada a Rodrigo, pero me callo, porque sé que no me entenderían, que se enfadarían conmigo, y en vez de encontrar apoyo, me sentiría peor.

—Mama, ¿por qué crees, sin más, a esa mujer? Porque seguro que todo esto ha sido cosa de esa tal Carla — digo recordando que antes le dije que no sabía nada—. ¿Tú la verías por la calle y confiarías en ella sin más? ¿No crees que lo que quiere precisamente es televisión? Si de verdad hubiera violado a su hija, hubiera ido a la policía y no a un plató.

Mi madre se queda pensativa.

—No sé...puedes tener razón, pero no creo que alguien se invente eso y llore de esa manera.

—Por gente tan crédula como tú, ella se está haciendo de oro.

—¿Estás defendiendo a Rodrigo?—Me pregunta mi padre incrédulo.

Los miro, ellos me estudian.

—Sí— He dicho la verdad, pero al ver como la cara de mi padre se tensa, sé que no debería haberlo hecho—. Toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario — digo repitiendo la frase que he escuchado en algún sitio.

—Será mejor que nos vayamos— Mi padre está muy serio, esto no me gusta nada. Miro hacia los fantasmas y no tienen buena cara.

—Aysel, ya no es ese niño al que perseguías — dice mi madre con voz calmada.

—Lo sé. Aun así, prefiero mil veces creer en su inocencia. Si tan malo ha sido, ella debería estar apoyando a su hija y no en un plató. Sé está lucrando

con la posible desgracia de su hija, antes que presentar una denuncia. Da que pensar. Rodrigo es inocente y no, ya no es ese niño, pero tampoco es como todos pensáis.

Mis padres me miran, pero no añaden nada más, me pregunto que se les estará pasando por la cabeza, pero me da igual. Me he cansado de quedarme callada, de no decir lo que pienso, les quiero, pero ellos me tienen que aceptar y no puedo darles la razón cuando no la tienen. No está bien lo que están haciendo con Rodrigo, ni con él ni con los muchos a los que han acosado, injustamente, antes que a él. Mis padres se van y me dejan con el malestar, que sé que han creado mis palabras. Miro a los fantasmas.

—El tiempo se agota.

—¿Y qué queréis que haga? No puedo hacer más de lo que estoy haciendo.

—Tal vez deberías hablar con tu padre.

—¿Y me lo dices ahora? Además, no. No tenía muy buena cara cuando se ha ido.

—Tu padre siempre ha temido que un día buscaras a Rodrigo. De niña te pasaste muchos años preguntando por él.

—Pues entonces es porque es listo, y vio que había algo entre nosotros antes que yo — digo con ironía.

—Tranquila Aysel.

—No me pidas que esté tranquila — digo mirando a Gloria—No cuando Rodrigo podría ir a la cárcel. Y ahora dejarme un momento sola, quiero pensar.

—No puedes ver a Rodrigo.

—Lo sé, pero eso no quita que no lo necesite. Dejarme unas horas sola, por favor.

Pasan por mi lado y desaparecen, Gloria me da un apretón en la mano y se va.

¿Qué voy a hacer? No puede ir a la cárcel, él no ha hecho nada. Siempre he

pensado que la verdad al final saldría a la luz, pero ¿saldrá a tiempo? ¿O será demasiado tarde? Tengo miedo, y no me gusta esta sensación de que otros decidan mi vida por mí. Me siento muy impotente ante todo esto. Y sé que Rodrigo se siente igual que yo. Ojalá pudiera hacer algo más por él. Es muy doloroso saber que está mal y no poder ayudarlo, simplemente esperar, y esto me está matando. Espero que todo esto se termine pronto y bien.

Rodrigo

La prensa me acosa hasta llegar a la oficina de mi padre, para mi sorpresa, mis padres me han apoyado en todo y Nico también. No lo esperaba, vinieron a buscarme a la casa de la playa, y quien más me sorprendió fue mi madre. Me dijo que era un vividor y un cabeza loca, pero ante todo era un amante de las mujeres y que nunca haría daño a ninguna de ellas. Algo me conoce, salvo, que sólo soy amante de una en especial. Después de que se fuera Aysel, estuve dándole vueltas al hecho de dejarla, pero ella no renunciaría y en el fondo estoy contento de que no salga corriendo a la primera de cambio. Ahora sé lo que sintió su padre, cuando tras perderlo todo, la madre de Aysel lo apoyó. Lo debe de querer mucho. Aysel tenía razón con lo que me dijo de su padre, yo tampoco he hecho nada malo, si me escondo les estaré dando la razón. No pienso esconderme.

Después de hablarlo con mis padre hemos decidido denunciar a Carla, lo que tememos es que pongan una denuncia por violación. ¿Sería capaz de llegar a eso, para ganar dinero? Espero que no, espero que todo se quede en un comentario en algunos platós de televisión. Pero aun así, ya hemos presentado una denuncia contra ella por difamaciones. A ver qué tal sale todo esto. Lo que me molesta, es que por ahora no podré ver a Aysel, la prensa no me deja respirar y eso me limita los movimientos, no quiero tampoco, meter en problemas a mis

amigos, es mejor que me mantenga alejado de ellos, por un tiempo.

Aparco en mi plaza de garaje en la empresa de mi padre y subo hasta la última planta, donde está reunida la junta directiva de la empresa. Entro y veo caras largas y como el silencio se apodera de la sala en cuando me ven. No me preocupo, voy junto a mi padre.

—Quien no quiera trabajar a mi lado que se largue. Yo no he hecho nada malo y por eso vengo a trabajar con la cabeza bien alta. Si no estáis a gusto, iros, no necesito a nadie que se esté preguntando todo el tiempo por mi inocencia y cuestionándome. Como vosotros hay muchos. Detrás de mí está la puerta. Os animo a que os vayáis.

Sé que puedo parecer duro, pero no me gusta que piensen que soy débil por ser joven, pues no lo soy. Llevo toda la vida rodeado de los socios de mi padre y sé, que sólo te hacen caso, si te comportas como un jefe y les muestras desde el principio como están las cosas. Yo soy su jefe y agachando la cabeza no conseguiría su respeto. La gente siempre se queja de que los jefes deberían ser más amigos de sus empleados, ser más como ellos, pero al final eso no resulta, pues un jefe siempre será un jefe y si se creen que pueden sacarte lo que quieran, el día que les des un grito, porque tienes que mantener una empresa, serás muy malo, pues ellos creían que eras como ellos. Por eso un jefe, aunque no quiera, siempre tiene que ser un jefe y dejar siempre claro dónde está su sitio, y eso estoy haciendo yo. Mi sitio está al lado de mi padre, como socio, y a quien no le guste que se vaya.

—¿Alguien quiere ser el primero? ¿No? Bien, pues entonces comencemos la reunión con cosas serias y no cotilleando como marujas.

Mi padre me mira y asiente, por primera vez me doy cuenta que me parezco más a él de lo que creía. Y aunque siempre creí lo contrario, en el fondo no es tan malo ser como él. Creo que por eso nos hemos mantenido tan distanciados, porque somos iguales. Y los polos iguales están destinados a

chocar.

—Tenemos que hablar de algo— Entro en el despacho de mi padre, la reunión ha sido un éxito y mi padre sonrío por ello.

—Me alegro de tenerte en el equipo. Yo era muy orgulloso para pedírtelo y tu muy orgulloso para unirte— Sonríe—. Pero ahora estamos juntos — Lo dice con orgullo, tanto que me siento algo violento, no sé cómo reaccionar ante sus muestras de cariño.

—Bien... Esto. ¿Has sabido algo de Rafael Gómez?

—No. ¿Por qué?

—Tengo una extraña sensación.

—Mis investigadores no han dado con él.

—Habrá que cambiar de investigadores.

—Son muy buenos.

—Sí, por eso llevan trece años trabajado en el caso y no han dado con nada.

—Lo pensaré.

—No hay tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Algo que deba saber?

—No.

Mi padre me mira con sus ojos verdes iguales que los míos, sabe que le oculto algo, pero también sabe que no debe forzarme a que se lo diga, porque será cuando yo quiera.

—Pero sí, me he enterado de algo interesante—Me pasa unos papeles—. El padre de Leandro ha iniciado la construcción de unos pisos, de cuatrocientas viviendas. Por eso tenía dinero para dárselo al padre de Aysel y unirlo a la firma... pero hay algo que me tiene mosqueado. El padre de Aysel tiene grandes ideas, trabaja bien cuando es jefe, cosa que hacía codo con codo conmigo, sólo una vez nos enfadamos, pero fue suficiente... — dice con amargura—. No entiendo qué interés ha tenido el padre de Leandro en meter a

Rodolfo en esto, espero estar equivocado, pero me temo que le quiere estafar.

—Dejándole que firme todo con su nombre, y si la cosa sale mal le cargan con el muerto.

—Exacto. Le he mandado un fax de todo esto que pienso, no me ha contestado, no espero que lo haga. Pero él sabe que yo no fui quien lo engañó la otra vez, ya es hora de que se quite esa venda de los ojos y deje de echarme la culpa, y que asuma que se equivocó y deje de cargarme a mí con el muerto. De todos modos, no es el primer fax que le he mandado, todo lo que me han dicho mis informadores se lo he pasado, él verá que hace con la información.

—El padre de Aysel siempre ha sido muy cabezota.

—Sí, pero también muy listo, espero que por los errores que cometió en el pasado, sepa ver las cosas, ahora, antes de tiempo.

—Eso espero— Miro los planos de las obras y me quedo pensando en lo que hemos hallado — ¿Dónde estaba el padre de Leandro cuando sucedió lo tuyo con Rodolfo?

Mi padre se toca la barbilla de forma pensativa.

—El caso es que el padre de Leandro, si no me equivoco, apareció en escena justo después de que todo esto pasara.

—Qué casualidad, ¿no? — Me levanto para irme, no necesito decir nada más, mi padre lo ha entendido a la perfección.

Aysel

—Hoy es el día.

Miro a los fantasmas, y no paro de dar vueltas por la casa. El brujo no es estúpido, ha usado la noche de san Juan, la noche más mágica de todas para salir de su escondite. Vuelvo a intentar llamar a Rodrigo, una vez más, pero no contesta, me estoy preocupando. Ayer domingo me llamó y hablamos un rato, pero estaba distante, aun así me contó lo de su familia, me alegro que todo esto

haya servido para que se unan más. Es en los malos momentos cuando te das cuenta, realmente, quién está a tu lado.

Oigo como la puerta se abre y al mirar hacia esta veo a mi padre entrar por ella hecho un fiero.

—¿Se puedes saber qué es esto? Me has defraudado Aysel.

Lanza en la mesa una revista del corazón y conforme cae veo en primera página

la foto de Rodrigo conmigo, paseando por Alicante, viendo Hogueras, él me lleva de la mano y en el momento de la foto me está dando un tierno beso en la mejilla.

—Dos personas que se quieren—digo corroborando lo evidente—. No veo nada malo en ello. Cualquier persona que tenga ojos en la cara puede verlo.

Levanto la mirada para enfrentarme a mi padre, pero no llego a hacerlo, pues mi cara es golpeada por la mano de este. Me quedo quieta, no muevo la cara, mi padre respira agitadamente yo no sé qué decir, no sé como mirarlo tras esto. Me digo una y otra vez que mi padre ha actuado impulsado por el brujo, pero eso no quita que se ha dejado guiar por sus impulsos, en vez de pensar las cosas.

—Te quedarás encerrada hasta que recapacites, y yo me encargaré de que ese desgraciado esté donde debe estar.

Levanto la mirada y veo como mi padre se va, cogiendo mis llaves, y cerrando la puerta tras él.

—¿Qué vas a hacer? — No contesta, veo a través de la mirilla como se aleja y trato de abrir la puerta—. ¿Podéis hacer magia?

Los fantasmas niegan con la cabeza.

—El brujo ha usado a tu padre como conductor de su magia, ahora él está gobernado por el brujo. Es más fuerte y pude dominar a varias personas a la vez.

Cojo el móvil y tratando de llamar a Rodrigo, sin éxito. El timbre

comienza a

sonar y al cogerlo es la prensa, quieren hablar conmigo de las fotos. ¿Es que nadie más ve lo que yo? Dos personas que se quieren, sin más, por qué tienen que poner en titulares que soy la próxima víctima de Rodrigo, es injusto.

Llamo a Luna y me dicen que vienen hacia aquí, le explico lo de la prensa y ella

dice que pensará algo, que ya ha llamado a un amigo suyo que es bombero. Los bomberos, la cosa se complica, pero debo avisar a Rodrigo y creo que sé donde puede estar.

—¿Os puede ver?—Les pregunto a los fantasmas.

—No, de ser así podríamos ir nosotros a decírselo.

—¿Qué trama mi padre?

—Meterlo en la cárcel.

Lo temía, pero al escucharlo en alto me derrumbo, aun así saco fuerzas y asiento, como si no pasara nada. Debo de ser fuerte. Esta noche venceremos al brujo.

—Es como lo que pasó con Zahara y Ricardo, él se metió en la mente del padre y

éste acabó matando a Ricardo, y más aun, cuando se enteró que tenía pensado fugarse con su hija.

Alguien toca a la puerta y al mirar hacia afuera veo en ella a dos bomberos y a Luna.

—Aysel soy Luna, ahora mismo te sacamos de aquí.

—Es una puerta blindada, va a ser difícil— Les comunico.

—Es cierto. Vamos a pensar algo.

Se van y al poco me llama Luna al móvil.

—¿Te atreves a saltar? — Miro por el balcón y veo que han puesto una colchoneta— Si te atreves hazlo rápido, pues la prensa está empezando a entrar.

Miro a los fantasmas, luego al suelo, no es muy alto, un segundo. Si estuviera Rodrigo le pediría consejo, ya que él ha hecho tantos deportes de

riesgo. Sonrío y sin pensarlo, me preparo y salto viendo como los últimos acontecimientos pasan por mi mente. Estoy aterrada, pero pienso en Rodrigo y eso me da fuerzas. Tardo poco en llegar al suelo, pero he sentido que pasaba más tiempo, y como caía, y caía hacia un futuro incierto.

—Toma, ponte esto— Luna me da una peluca y una chaqueta de color azul eléctrico—. Me temo que el coche de Pedro está rodeado.

—Voy con mi moto. Gracias por todo.

La abrazo y no pierdo más tiempo en irme hacia la moto. Cuando salgo del garaje, la prensa, gracias a dios, no me reconoce con la peluca rubia. Me tiembla todo, y no sé si encontraré a Rodrigo en la casa de la playa.

-*Está allí.*— Me dice Gloria mentalmente.

Miro a Gloria y le sonrío. No me acostumbro a saber que todos mis pensamientos sean leídos por un fantasma... por cuatro fantasmas. Pero ahora mismo se lo agradezco, pues quiero ver a Rodrigo cuanto antes. Noto una gota en el casco. *No puede ser que empiece a llover... o más bien sí,* pienso cuando de la nada aparece una lluvia casi torrencial. Con todo el follón no me había fijado que el cielo estaba tan negro.

-*El brujo, ha convocado una tormenta*— Gloria irrumpe una vez más en mi mente para informarme.

-*¿Qué pretende con eso, matarme?* Le pregunto pensado en ellos sin abrir la boca.

-*Sí.*

Esa afirmación me hiela la sangre y me doy cuenta del juego al que me ha tocado jugar. Estamos jugando a algo que nos puede costar la vida. Y parece que para ello sólo quedan horas. Me fijo bien en la carretera, aunque estoy empapándome por la lluvia, sé que lo más sensato sería bajarme de la moto y esperar a que amainara, pero teniendo en cuenta que todo esto es obra de un brujo y que hoy me atrevo a todo, pues me he lanzado desde un segundo piso,

prefiero seguir siendo tan imprudente y desafiar al maldito brujo, una vez más. Al final va a tener razón Rodrigo cuando dice que soy una insensata.

Llego a la casa de Rodrigo y a pesar de la poca visibilidad que me permite la lluvia, veo que hay cámaras apostados en la entrada. *Maldita sea. ¿Cómo puede vivir siendo acosado noche y día? ¿Y ahora qué hago?*, pienso mientras conduzco hacia donde yo vivía antes. Entonces me acuerdo que nuestra playa privada tiene una entrada por uno de los lados, hay que mojarse un poco los pies, pero se puede llegar a ésta sin problemas y entrar a la casa de Rodrigo por la puerta de la piscina.

Sí, eso haré. Pero cuando llego allí, lo de mojarse un poquito, es mojarse casi del todo, el brujo ha hecho que por causa de la lluvia el nivel del mar crezca. Me está empezando a cansar este brujo. Me quito el casco, la moto la he dejado aparcada junto a la entrada.

No sé si quitarme las zapatillas, las miro y veo que están empapadas, por un poco más no creo que pase nada, lo que sí me quito es la peluca que tengo pegaba a la cabeza por la lluvia. Y una vez más, me toca dar la razón a Rodrigo por mi insensatez.

—Sí que eres una insensata — dice el hombre fantasma en alto.

—¿Alguna otra sugerencia? —Todos niegan—. No tenéis magia para hacer descender el agua, ¿no?

—Estamos malditos y podríamos hacer justo lo contrario— Me informa Gloria.

—¿Y si te metes en mi cuerpo?

—Ahora mismo es mejor guardar la magia para el final. Pero si quieres...

Gloria tiene razón. Así que niego con la cabeza y me meto en el agua sin separarme de las rocas, trato de cogermelas y siento como las rocas me golpean, pero es un trozo muy corto y poco a poco voy consiguiendo mi objetivo y llego al otro

lado.

—¡Lo conseguí!—No puedo evitar gritar, pues tenía miedo y es una forma de descargarlo.

Comienzo a correr hacia la casa de Rodrigo, la lluvia es tan intensa que el cielo parece negro, pobres Hogueras, por culpa del *brujito* la mayoría sufrirán serias consecuencias. Tal vez cuando llegue a la casa de Rodrigo se pare, al ver que no ha conseguido detenerme. Escucho un relámpago de fondo y pienso si es su respuesta a que no nos dará tregua. *¿También puede leerme la mente?*, pienso para mí.

—Sí—Me sobresalto al escuchar esa afirmación, pues se me había olvidado, otra vez, que los fantasmas pueden leer mi mente—. Pues mejor que no lo olvides, pues esta noche tienes que tener la mente en blanco para luchar con el brujo.

—¿Y me lo dices ahora?

—Casi nunca hemos presenciado la batalla final, todos han perecido antes.

—Eso casi es un consuelo. Casi...

Miro la puerta de la piscina y me vuelvo hacia los fantasmas.

—Quedaros al margen, esto es entre Rodrigo y yo, ¿vale?

—Estaremos cerca por si nos necesitas.

Asiento y los veo alejarse, luego abro la puerta que da a la piscina y camino hacia la cristalera del salón. Está cerrada, lo descubro cuando trato de abrirla. Empiezo a golpear la puerta y al poco las cortinas se corren y allí aparece Rodrigo. Abre la puerta y su mirada verde asombrada, se torna en otra de furia.

—¿Qué demonios haces aquí con esta lluvia?

Pero yo no contesto a su pregunta y me lanzo a sus brazos, escucho como se cierra la puerta, pero todo pasa a un segundo plano.

—Mi padre... Han salido unas fotos nuestras— Noto como Rodrigo se tensa.

—¡Maldición! ¿Dónde? ¿De cuándo?

—Del otro día, cuando fuimos a ver Hogueras.

—Llevaba las gafas... ¡Fui un imprudente!— Se aleja un poco de mí y se pasa la mano por el pelo. Luego me mira—. ¡Dios, estás empapada! ¿Por dónde has entrado? — Me mira—. Dime que no has sido tan imprudente de hacerlo por el paso de las rocas— Algo en mi cara ha debido confirmarle que tiene razón, pues empieza a decir un montón de palabras mal sonantes—. ¡¡Eres una insensata!! ¿Pero qué diablos tienes en la cabeza? — No digo nada, es mejor que no sepa que me he lanzado desde un segundo piso y que he venido en... —. ¿No habrás venido en moto hasta aquí? — Demasiado tarde—. ¿Cómo se puede ser así? Está cayendo una increíble tormenta y todo el mundo se resguarda de ésta menos tú. Y todo para venir aquí. Y además, estás empapada. Ven, tienes que cambiarte.

Está enfadado, pero sé que es porque se preocupa por mí. Voy tras él y entramos en su habitación.

—Quítate la ropa, vas resfriarte.

Me quito la chaqueta. Rodrigo se acerca a mí y empieza a quitarme la camiseta que esta empapada. Me tenso cuando mi sujetador empapado queda a la vista, él lo ha hecho por su preocupación a que me resfríe, pero cuando me quedo casi desnuda ante él, sus ojos verdes se posan en mí, y al alzar la vista veo algo en ellos que nunca había visto y que creo saber que es, deseo. Y aunque la situación sea caótica, o tal vez justo por eso, y todo nuestro mundo se está desmoronando, mi respiración se agita y mi mirada se pierde en su deseo y en las caricias que su mano está haciendo en mi brazo. Es una locura, pero con un futuro tan incierto como el nuestro, necesito sentirme lejos del mundo y sólo ser consciente de Rodrigo. Quiero que me ame.

Alzo la mirada y lo miro desafiante, Rodrigo me acaricia la mejilla y luego va posando su mano en mi cintura. Ha debido de leer mi mensaje, pues sus ojos se nublan más si cabe y mi respiración se agita. Noto como la sangre me

arde como un volcán cuando su boca, tierna y posesiva, se junta la mía. Pero este beso no tiene nada que ver con los otros besos que nos hemos dado, es un beso más posesivo, más hambriento, más desesperado y, sobre todo, tierno. Ya no hay tiempo para pensar. Sólo para sentir, sólo para vivir.

Alzo las manos temblorosas hacia su camisa, que está empapada por mí, y las meto debajo de ésta, no sé si lo haré bien, pero si sé que Rodrigo me guiará. Como siempre. Su boca me devora y sus manos no pierden el tiempo y, con mucha ternura, comienza a desnudar mi piel, que hasta hace unos instantes estaba fría por la lluvia y ahora arde por todo lo que siento, cuando las manos expertas de Rodrigo me acarician.

Se separa de mis labios y comienza a besarme con ternura el cuello, cada beso desata en mí un sinfín de escalofríos. Mientras me besa, trato de quitarle los botones de

la camisa, pero es un poco difícil hacerlo cuando tienes la mente en otro sitio, en sus besos. Al fin, cuando sus besos van bajando por mi cuello, puedo separar su camisa de su cuerpo y acariciar su duro y firme pecho. Está ardiendo, y cuanto más le acaricio, más quiero, quiero memorizar su cuerpo y demostrarle con mis manos todo lo que siento por él. Borrar con mis manos las caricias que antes le dieron otras. Quiero marcar a fuego las mías y que sólo recuerde éstas.

Rodrigo se separa y me alza en brazos para dejarme caer en la cama con cuidado, luego me mira y sonrío, es una sonrisa limpia y en ella puedo ver la promesa de lo que vendrá a continuación. No hay preguntas, no hay dudas, no hay nada más que nuestras miradas, transmitiendo el mismo deseo de ser uno sólo. La ropa comienza a desaparecer, y cuando no queda nada en nosotros más que nuestro deseo, Rodrigo me abraza en un abrazo posesivo, en un abrazo de amantes. Estoy temblando, pero sus labios me calman, el momento de ser uno llega y no siento miedo, pues confío en él, sólo siento ganas de llorar por todo lo que estoy sintiendo.

Nos unimos, nos amamos, ya no hay nada más que nosotros dos. La tormenta ha

quedado relegada a un segundo plano, no existen los periodistas, ni las amenazas de denuncias, mi padre y sus amenazas quedan olvidadas en mi mente. Sólo somos nosotros dos en nuestro pequeño paraíso. Sólo somos un par de jóvenes, que con la pasión, han dejado al descubierto sus sentimientos.

El amor.

Me despierto en los brazos de Rodrigo tras sentir sus caricias en mi espalda desnuda, me sonrojo tras pensar en lo que ha pasado, pero no me arrepiento. Estoy apoyada en su pecho, no sé cómo he acabado así, lo que ha sucedido ha sido tan intenso, que no recuerdo nada después de ello.

—Enana, no te hagas la dormida—Siento la voz de Rodrigo.

—Se está muy bien durmiendo—Se ríe y le acaricio el pecho—. Me gustaría quedarme así para siempre. No tener que luchar contra un brujo asqueroso, no tener que... — Me levanto olvidando mi desnudez y miro a Rodrigo que sonrío tras verme así. —. No te rías, esto es serio. Mi padre quiere meterte en la cárcel. ¡Cómo me he podido olvidar de decírtelo! — Me llevo la mano a la cabeza—. Al enterarse de las fotos vino a mi casa... ¡Para! — me paro cuando lo veo mirarme con una pícaro sonrisa.

—Eres una tentación para la vista, enana—Miro donde mira y me sonrojo al ver mi desnudez, tiro de la sábana y Rodrigo se ríe.

—¿No te importa?

—¿Te ha hecho algo? — Dice refiriéndose a mi padre, pienso en decirle lo del tortazo, pero prefiero negar con la cabeza—. Entonces no te preocupes, él no puede meterme en la cárcel—Se pasa las manos detrás de la cabeza y me mira relajado, y estallo.

—¡Y luego yo soy la insensata! ¿No te das cuenta de que puedes ir a la cárcel? ¿No te importa? — Siento que mis ojos se llenan de lágrimas. Rodrigo se levanta y me acaricia la mejilla.

—Tu padre no puede meterme en la cárcel, él no conoce a Carla, y aunque la conociera, Carla no tiene pruebas contra mí. No pasa nada.

—Tengo miedo. El brujo está avanzando mucho, mi padre parecía poseído— Rodrigo detiene la mano—. Te habías olvidado del brujo...

—Sí, tengo muchas cosas en la cabeza... Pero no he dejado de investigar al estafador de tu padre.

—Hoy será la batalla.

—¿Hoy? — Asiento—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Cuando llegue el momento, si no hemos encontrado al que cobija al brujo en su cuerpo, debemos coger la caja de plata y encerrarlo en ella, pues esta caja está embrujada, con la magia de los fantasmas y guiados por nosotros, lo haremos desaparecer para siempre, y al hacerlo se romperá la maldición.

—Así de simple.

—Sí... No parece complicado.

—No te hagas la valiente, sé que estás asustada.

—Un poco. Pero también me da miedo no verte siempre que quiera.

—Buscáremos la forma. Además, ahora que todo se sabe, no hay nada que esconder, aunque debemos pensarlo todo bien. No quiero que pase lo de Pedro.

—Rodrigo, ese día la prensa tuvo la culpa, y Pedro cogió la moto borracho, sus reflejos estaban reducidos por el alcohol.

—Lo sé... Por eso nunca conduzco borracho, aunque antes de que pasara eso tampoco lo hacía. Pero yo vi el accidente, si no hubiera estado borracho, lo habría esquivado, él prácticamente fue contra ellos... La prensa no debería haber iniciado una persecución contra él.

—¿Por qué les interesaba sacar a Pedro y a Luna? No le veo sentido, son dos personas más.

—El padre de Pedro es un presidiario, está en la cárcel por robar dos bancos.

—No lo sabía.

—Casi nadie lo sabía, pero cuando se destapó que éramos amigos, la prensa sacó su historia a relucir para decir con la clase de gente que Rodrigo

Adriano De Acebes se juntaba. Ellos no sabían nada de Pedro, sólo sabían que era hijo de un presidiario, pero fueron a saco contra él y contra mí. Pedro lo pasó mal, pero sabía que yo no tenía la culpa. Es un buen muchacho, la prensa no tenía por qué meterse en su vida, no tenía por qué sacar a la luz su pasado, sólo para señalarme con el dedo, porque, según el refrán *dime con quién vas y te diré quién eres*. No quería que eso te pasara a ti. Pero ya es tarde.

—No pasa nada, lo superaremos—Rodrigo sonrío y luego me cobija en su pecho. —Aysel—Miro hacia la puerta y doy un bote al ver a Gloria en ella—. ¿Qué pasa? — pregunta Rodrigo—. ¿Los fantasmas? ¡Es que no respetan la intimidad!

—Sí, dile que sí, he entrado porque tu padre viene hacia aquí.

—¿Mi padre?— Gloria asiente—. Rodrigo, mi padre viene hacia aquí.

—¿Cómo sabe que estás aquí?

—No viene solo...

Miro a Gloria mientras Rodrigo sale de la cama y se empieza a ponerse la ropa, se pone el pantalón y va hacia el armario y me da un chándal. Me lo pongo, y mientras lo hago escuchamos unos golpes en la puerta y luego como esta cae el suelo.

—¡Pero qué diablos pasa!

—Gloria, ¿qué pasa?

La miro y veo a los cuatro fantasmas en la puerta. Me levanto tras haberme puesto el chándal y veo como los fantasmas se desvanecen tras la entrada de mi padre. Está enfurecido, y cuando me ve su cara se torna una máscara de furia dirigida hacia mí. Viene directo a mí y levanta la mano, pero Rodrigo lo detiene.

—Ni se te ocurra golpearla— Rodrigo mira serio a mi padre. Su mirada es fría y la de mi padre también, se sostienen la mirada —.¿Qué haces en mi casa?

—Justicia. Pero veo que mi hija ya está corrompida—Nos mira a Rodrigo y a mí—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Papá, te estás dejando llevar por el odio y éste te está tapando los ojos ante la verdad—Le imploro—. Tienes que ser fuerte y no dejar que el odio te guíe y no puedas ver la verdad...

—¡La verdad! ¡La verdad es que mi hija se está acostando con un delincuente, con un violador!

—Él no...

—Le invito a que se vaya de mi casa, nadie me insulta en ella. Y menos le grita a mi novia.

Rodrigo lo dice serio y lo dice sosteniéndole la mirada a mi padre. Ha dicho aposta lo de que soy su novia, pues es más fácil dañarlo con eso que insultarlo. Esto se está convirtiendo en un juego peligroso.

—No por mucho tiempo.

Mi padre se lanza contra mí y me separa de Rodrigo. Éste no pierde el tiempo, pero se detiene, y al mirarlo veo que tiene a dos policías, uno a cada lado.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tiene derecho a un abogado, si no tiene se le adjudicará uno de oficio, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra—Me tensó y miro a mi padre, él sonrío, pero sé que esa sonrisa no es suya. El brujo—.

Acompáñenos a la comisaría.

—Vaya forma de pedirlo.

Rodrigo me mira amargado, veo tal furia y dolor en su mirada que me siento atravesada por ésta. Trato de soltarme de mi padre, pero no me deja.

—¿De qué se me acusa?

—De violación — dice mi padre, y me mira como si quisiera decir que Rodrigo me ha violado a mí.

—¡Él no me ha violado! — Me defiendo, aun sabiendo que los policías no están aquí por mí. Ojalá fuera por mí, lucharía con todas mis fuerzas para que vieran la verdad. Pero sé que la acusación viene por la hija de Carla.

—Eso lo veremos, pero no es de esa violación de la que se le acusa — dice mi padre—. Carla y su hija han presentado una denuncia formal. Parece ser que por fin la verdad vence. Hay justicia en el mundo.

Rodrigo trata de soltarse, pero le ponen las esposas.

—¿La verdad? La única verdad es que está cometiendo el mayor error de su vida. Pero la verdad se sabrá, sólo espero que pueda vivir con la culpa y sabiendo que su hija nunca le perdonará esto.

—Mi hija....

—Rodrigo tiene razón, papá. Nunca te podré perdonar lo que estás haciendo.

Sé que está poseído por el mal, pero el brujo no podría hacer nada si mi padre tuviera una mente fuerte, y no se dejara embestir por sus ataques. Pese a que, tal vez, él solo no habría llegado tan lejos, aunque está claro que mi padre quiere a Rodrigo entre rejas.

La policía comienza a llevarse a Rodrigo, lo miro con los ojos llenos de lágrimas. Él me devuelve la mirada, está ausente, pero pese a ello me sonrío.

—No pasara nada enana.

Lo dice para calmarme, pues sus ojos verdes no me pueden ocultar la verdad. Él teme que hayan pruebas y no pueda demostrar que dice la verdad. Veo como se lo llevan y trato de ir tras él, pero mi padre me lo impide. Me muevo

impotente en sus brazos, le doy un pellizco con ganas y mi padre me suelta.

—Lo siento papá, pero el quererte no me hace darte la razón en todo —Me alejo hacia la puerta—. Te has vuelto a equivocar. Otra vez.

Salgo a la calle y escucho a mi padre correr tras de mí. Llego a ver como la policía se llevan a Rodrigo, como la prensa va tras ellos. Al darse cuenta de mi presencia, me empiezan a acosar a preguntas, pero los ignoro, salgo corriendo hacia donde he dejado la moto, la lluvia ha amainado un poco, pero aun así me moja la sudadera que me ha dejado Rodrigo. Siento la cara mojada, pero ya no sé si es la lluvia o son mis lágrimas. Los fantasmas me siguen de cerca, en sus caras se puede ver reflejada la tristeza, el brujo ha vuelto a ganar.

—¡Aún no he dicho mi última palabra! — grito al cielo lluvioso—. Has usado a mi padre y has metido entre rejas al chico que quiero. Acabaré contigo. ¡Me oyes!

Sé que me escucha, pues en el instante que lo digo el cielo se ha visto roto por un relámpago. Dicen que las cosas malas o te hunden o te hacen más fuerte, pues a mí me han hecho más fuerte, y esta noche él y yo nos veremos las caras. Nadie se mete con las personas que quiero y sale impune. Nadie.

Capítulo 20

Aysel

Llego a la moto y busco el móvil en el asiento de ésta, es una suerte que lo dejara aquí cuando monté en ella. Sino ahora estaría calado y seguramente roto. Busco el móvil de Leandro, que como abogado, sabrá que hacer. Marco con las manos temblorosas por todo lo que está pasando.

—¿Qué pasa? He visto las fotos, te he estado llamando.

—Acaban de llevarse a Rodrigo, preso.

—¿Preso? ¿No será verdad lo que dicen? No lo creo de él. Lo habrán llevado a declarar.

—No, no lo es, pero mi padre no sé cómo ha conseguido que Carla lo denuncie. Ayúdame por favor.

—Eso no tienes ni que pedirlo, claro que te ayudaré. ¿Dónde estás?

Le digo dónde estoy y dice que vendrá a por mí en su coche. Me siento en el bordillo, pues en esta zona no hay casas y un árbol no es muy aconsejable un día de tormenta, y más con un brujo que me quiere muerta. Me suena el móvil y al cogerlo es Luna, le cuento lo que ha pasado y me dice que irán a la comisaría, pues le digo que a mí me va a recoger Leandro. Al poco llama mi madre.

—No tengo ganas de hablar.

—He visto las fotos. ¿Estáis juntos?

—Sí—Admito, ya no tengo ganas de seguir mintiendo—. Pero Rodrigo no es como todo el mundo cree...

—Lo sé, es un chico más, un joven que sólo ha tenido la mala suerte de ser un personaje público. No sabía nada de lo vuestro. ¿No confías en mí?

—Sí, pero tenía miedo... Mamá, papá ha hecho que arresten a Rodrigo.

—¿Por lo de la violación?

—Sí, pero él no lo hizo.

—Eso pensé tras tus palabras, me guíe por lo que dijo una cualquiera. Conozco a ese niño desde que nació... Sabía que te metía en líos, pero siempre te cuidaba. Cuando ibais juntos no temía que te pasara nada, pero su madre era muy severa con él y el niño temía los castigos, él sabía que a ti no castigaríamos. También sé que entraba a escondidas a tu cuarto y te llevaba helados.

—¿Por qué nunca dijiste nada?

—Porque era vuestro secreto. El día que te castigamos porque llegaste mojada, sabía que la culpa había sido de Rodrigo, pero me asusté, temía lo que te pudiera pasar, no te regañamos porque te hubieras empapado, temía por ti.

—Lo quiero mucho, mamá, y tengo mucho miedo—Me derrumbo—. Él no ha hecho nada malo...

—Lo sacaremos de allí, voy a llamar a mi amiga. Ya es hora de que dejemos atrás el orgullo. He apoyado a tu padre todos estos años, sé que el padre de Rodrigo no fue quien lo estafó. A veces una tiene que elegir y, ante todo, tú padre es mi marido. Pero ya es hora de que reconozca la verdad. Yo hablo con sus padres. ¿Tú adonde vas?

—Leandro viene a por mí.

Escucho el ruido de un coche y, como si se hubiera materializado tras nombrarlo, Leandro sale de el, lo veo acercarse a mí. Cuelgo a mi madre tras decirle que me lleve ropa a la comisaría, y me levanto para ir hacia él. Leandro me dé un abrazo y me dejo abrazar.

—Lo sacaremos. Tenemos que buscar una prueba, pero lo sacaremos.

Entro en el coche tras Leandro y al mirar la hora en éste veo que son más de la cinco. Es más tarde de lo que pensaba, no me he acordado de comer, aunque ahora mismo mi estómago no admitiría comida, lo tengo demasiado tenso, demasiado contraído por los nervios por todo lo que está sucediendo. Leandro arranca el coche y empiezo a contarle todo lo que ha pasado. Él me escucha con mucha atención, sé que ahora mismo está actuando como abogado más que como amigo.

—Bien, Rodrigo es inocente y lo sacaremos de allí. Si tuvieras alguna prueba, de que ese día estuvo de verdad con sus amigos...

Y entonces veo la luz.

—¡Hay un vídeo! — grito por la emoción—. El amigo de Rodrigo tiene

un bar y ha puesto una cámara de seguridad en su bar. Esa noche Rodrigo fue recogido tras la foto, por Gus, un amigo, y lo llevó allí, se pasaron toda la noche bebiendo. ¿Es prueba suficiente? En el vídeo refleja la fecha en la que fue grabado...espero.

—Sí, pues es una cámara de seguridad. Eso es más que suficiente—
—Leandro sonrío y me siento algo más animada, todo se puede solucionar—. Vamos, dime dónde está esa prueba.

Le digo la dirección del bar de Toni y vamos hacia allí. Nada más parar el coche salgo de éste, aún está lloviendo y me mojo mientras llego a la puerta. Toco con ganas pero nadie me abre. Me desespero, tal vez no esté, es fiesta... Pero mi ilusión renace cuando la puerta se abre y Toni aparece en el umbral de ésta.

Entro y le cuento que Rodrigo está en la comisaría, le pido la cinta de vídeo y no pierde el tiempo en dármela, se ofrece para ayudarme en todo lo que quiera. Me dice que le llame si tiene que testificar. Tras darle las gracias voy hacia el coche de Leo y cuando entro lo veo hablar por teléfono.

—Me da igual... Es mejor que te vayas... No voy a anteceder por ti, Rafael... Para mí no eres nada... Además, tú demostraste que no pertenecías a esta familia el día que te quitaste el apellido que te dieron tus padres adoptivos... Sí claro, el Gómez te pega más... Olvidarme. Adiós.

Leo cuelga, me quedo mirando la lluvia, pensando. Rafael Gómez... Rafael Gómez... ¿De qué me suena ese nombre? Y entonces se me enciende la luz. Ése es el nombre del hombre que estafó a mi padre. Que coincidencia...

—¿Quién era?—Le pregunto.

—Mi tío... Bueno, es el hermano adoptivo de mi padre. Yo prefiero no tener parentesco con él—. Por su tono de voz puedo ver clara su enemistad.

—Ah... ¿Tu padre y él no se llevan bien?

—Sí, al menos antes de que se fuera, pero ahora ha vuelo y han discutido, no sé por qué y mi tío quiere que interceda por él. Y no pienso

hacerlo.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Trece años—Hago cuentas mientras miro por la ventana y éstas salen bien, hace trece años que mi padre fue estafado.

—¿Tu tío tiene dinero?

—Mi padre le dio algo cuando tuvo un golpe de suerte hace años. ¿Por qué tantas preguntas? Soy abogado, y sé que lo estás preguntando por algo y, además, no soy tonto. Ahora, dime por qué.

—Eres demasiado listo para mi gusto — digo tratando de ganar tiempo y pensar qué decirle.

—No pienses qué decirme. Cuéntame la verdad, no diré nada. Pero por tu silencio sólo se puede pensar que es importante.

—Sí, lo es. Hace trece años mi padre fue estafado. Sólo que él prefirió echar la culpa de todo a su mejor amigo, pues tras perderlo todo, el padre de Rodrigo fue quien lo compró todo. El hombre que estafó a mi padre no era el padre de Rodrigo, sino uno llamado Rafael Gómez— Siento como se tensa, pero no dice nada—. El padre de Rodrigo lleva muchos años buscándolo, pero no ha dado con él, en parte, por su nombre tan común. Al decirlo pensé que...

—Que mi tío era el que estafó a tu padre.

—Lo siento, no quería acusar a nadie... — digo tras ser consciente de lo que estoy haciendo.

—No pasa nada—Pero pese a lo que ha dicho siento la tensión en su voz.

Llegamos a la comisaría. Salimos del coche y, cuando me pongo al lado de Leandro, lo detengo y me mira.

—No he querido decir...

—Ahora resolvamos lo de Rodrigo—dice señalándome la cinta—. Luego resolveremos lo otro.

Asiento y vamos hacia la comisaría. Cuando entramos veo a mi padre

discutiendo con el padre de Rodrigo.

—Como le pase algo a mi hijo lo pagarás caro.

Mi padre lo mira con rabia y me fijo que quien está a su lado no es mi madre, sino Carla. Me tenso y Leo al darse cuenta, me pone una mano en la cintura. No soporto verla y saber que ella es la causante de todo esto, que por lucrarse ha metido en la cárcel al chico que quiero. Me invade la furia y lo primero que pienso es en lanzarme contra ella y tirarla de los pelos hasta que confiese, pero luego me doy cuenta que eso sería ponerme al mismo nivel de ella, y eso no puedo permitirlo. Tendrá más años que yo, pero yo tengo más clase. Y no pienso rebajarme.

—¿Qué demonios haces aquí? — Mi padre se vuelve hacia mí.

—He venido a estar con Rodrigo y a sacarlo de aquí.

—No lo permitiré.

Lo observo mirarme con rabia, y me duele ver esa mirada dirigida hacia mí.

—Yo ya he elegido mi vida papá y es una lástima que tú no quieras compartir esa vida conmigo, que no me apoyes y que, por el contrario, hayas sido el causante de destruir mi felicidad. No me lo esperaba de ti.

Camino hacia donde están los padres de Rodrigo y el hermano, veo que al lado de la madre de Rodrigo está mi madre. Ésta me ve y me abraza.

—Lo sacaremos, el padre de Rodrigo ha mandado llamar a uno de los mejores abogados.

—Yo he traído al mejor. Sé que Leandro podrá sacarlo.

—Aysel cariño, sé que lo haces para ayudar... — La madre de Rodrigo trata de decirme que no necesitan a Leo.

—Confíad en mí. Nadie más que yo desea que todo esto se resuelva.

—Puedo ocuparme de esto y ahora me gustaría hablar con usted — dice Leo acercándose al padre de Rodrigo.

Los veo alejarse y miro a mi padre, un padre que no reconozco hablando con Carla y con su hija.

—¿Qué quiere conseguir con todo esto? ¿Separarnos?

—Tu padre lleva unos días que no parece el mismo... No sé que le está sucediendo.

Yo sí, el brujo lo está utilizando para separarnos a Rodrigo y a mí, pienso molesta.

—Me gustaría ver a Rodrigo—Pido.

—Le están tomando declaración. Ahora es imposible.

—Odio todo esto—. Mi madre me aprieta la mano y la madre de Rodrigo se pone a mi lado.

—Yo me siento... Tenía miedo de haber sido una mala madre con Rodrigo, y sin querer me distancié de él y lo juzgué por lo que contaban. Me arrepiento mucho de no haber sabido ver, como madre, cómo era de verdad mi hijo. Creí antes a mujeres y a gente tan vulgar y mentirosa como ésa— dice mirando de reojo a Carla —, antes que a mi propio hijo. Ojalá pueda arreglado. Esta semana hemos hecho un pequeño acercamiento y tal vez no esté todo perdido.

—No lo está. Tranquila.

Mi madre le da ánimos y me siento como si volara en el tiempo y viera a las dos madres juntas, preparando la comida o hablando en el salón. Me gusta que estén juntas y es una lástima que esta felicidad se vea empañada por la tristeza de saber lo que debe de estar pasando Rodrigo. Me gustaría estar a su lado. Y espero que él sepa que, pase lo que pase, no dejaré de estarlo.

Cojo la ropa que me ha traído mi madre y voy al servicio para cambiarme y también a quitar de mi cara los rastros de maquillaje corrido por las lágrimas.

El tiempo pasa lentamente, la noche cae sobre Alicante y me noto cada vez más y más desesperada. Miro a mi madre y luego al hermano de Rodrigo hablando con su padre. Sigo vagando la vista por la sala cuando veo a los cuatro fantasmas hablando aparentemente alarmados.

-Tenemos que irnos... Tienes que irte. Ha llegado la hora. Pero estás sola... ¿vas a intentarlo?— La voz triste de Gloria irrumpe en mi mente.

Los miro pues no me han dejado sola y veo la duda en sus ojos, temen que los deje tirados y prefiera dejar pasar esto y que el brujo gane y sigan malditos más tiempo. En el momento que se metió con Rodrigo y conmigo, esto dejó de ser cosa de ellos. Voy a luchar, es una locura, pero no voy a esconderme. Aún no he dicho mi última palabra.

—Mamá, me tengo que ir—Mi madre me mira seria—. Tengo que hacer algo muy importante. Tengo que ayudar a unas personas.

—¿Estás bien? Yo pensé que querías a Rodrigo y que preferías estar aquí para cuando saliera.

—Lo quiero mamá, por eso lo hago. No te preocupes por mí.

Mi madre me mira y asiente, no pierdo más tiempo y me voy hacia la puerta, pero al llegar a ésta mi padre se pone delante.

—¿Ahora te vas?

—Sí papá, y tu deberías mirar a tu alrededor y darte cuenta del lado en el que te has posicionado y, si sabes mirar bien, te darás cuenta de que es el equivocado. Mama y yo siempre te hemos apoyado en todo, hasta cuando lo perdiste todo, siempre hemos estado a tu lado. Y ahora, cuando yo más te necesito, me has dejado claro que no tengo tu apoyo. Yo de ti, pensaría si estás haciendo esto por orgullo, o porque de verdad piensas que es lo correcto. Sólo te diré que se estás cometiendo una injusticia. Rodrigo es inocente. Aún estás a tiempo de no perderme—Lo miro esperando que diga algo, pero guarda silencio y se aleja de la puerta.

Me da tristeza irme así, pero no me queda otra, tengo que ayudar a mis amigos. Además tengo la esperanza de que una vez que acabe con la amenaza del brujo, las influencias de este se terminen y Rodrigo pueda demostrar su verdad. Voy caminando hacia los Luceros y escucho la música de los “*racós*” en las calles, la gente está feliz, de fiesta, ajena a lo que yo estoy viviendo. Me parece increíble mirarlos y no verlos tristes, pero ellos no saben de mi dolor, no saben nada.

Llegamos a los Luceros, está vallado. Entro siguiendo a los fantasmas esperando que nadie me vea.

—¿Qué hacemos?

—Pensar — dice el hombre fantasma—. Por cierto, me llamo Lucas. Tal vez ya es hora de que te diga mi nombre.

—Gracias. ¿Y qué pensamos?

—Como llevar a cabo un plan estando tú sola. Al ser solamente tú, sólo uno de nosotros podrá ser fuerte usándote. Pero la unión hace la fuerza y no sé si funcionará todo esto si no estáis los dos juntos en el momento en el que lo encerramos en la caja. Dadas las circunstancias, tenemos que intentarlo contigo sola.

Empiezan a dar vueltas por la fuente, cierro los ojos tratando de coger fuerza para lo que se supone que tengo que hacer. Tengo miedo, miedo de que salga mal.

—El brujo irá solo... ¿no?

—No. Lo más seguro es que esté junto al hombre que ha manejado para que en ese momento esté con él.

Los veo callados y Gloria niega con la cabeza.

—Es la única salida, lo sabes, y el tiempo se agota, debemos meterlo en la caja antes de que sea demasiado tarde, sino, otra vez nos quedemos sin poder romper la maldición.

—Hagámoslo. ¿Qué tengo que hacer?

—Pasarte al plano espiritual, es decir, estaremos en Alicante, pero sólo se verán las almas perdidas y nosotros, y si conseguimos sacar al brujo del cuerpo que usa mediante magia... No sé, ya se vería... En ese plano podemos vencerlo y así romper la maldición. En este plano no podemos eliminarlo, al usar sólo tu magia.

—¿Alguna pega?

—Sí. Si todo sale mal, tú te quedas vagando en este plano. Debemos encerrar al brujo en la caja y destruirla. Y con ella, la maldición.

—Es muy arriesgado — dice la mujer—. Si estuvierais los dos sería más fácil, pues la maldición se rompe con la unión de los dos. Así sólo somos más fuertes en ese plano y junto contigo podríamos vencer. Tal vez como tú y Rodrigo estáis unidos por el lazo invisible del amor, se pueda vencer al brujo... Pero no las tenemos todas con nosotros.

—Hay que hacerlo.

Pienso en Rodrigo y me invade el temor de que todo salga mal, de que nunca más pueda volver a verlo. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero sé que debo hacerlo, no puedo irme sin más, y pasarme toda la vida arrepintiéndome por ser una cobarde. Tengo que vencer al brujo, pues ese ha sido mi destino incluso mucho antes de nacer. Me aterra no volver, pero más me aterroraría echar la vista atrás y saber que por las calles de mi tierra, hay cuatro fantasmas a los que fallé por mi miedo. Además, el brujo se ha metido conmigo, nos separó a mí y a Rodrigo cuando éramos niños, separó a nuestros padres y hundió a mi padre con ello. Mi padre lleva toda la vida arrepintiéndose de lo que pasó por aquello y mi madre, triste por haber pedido a su mejor amiga. A mí me ha robado trece años de estar con Rodrigo, de haber podido ser mi hermano, para más tarde ser amigos que estaban destinados a enamorarse. Nos ha usado, nos ha manipulado y si no hago algo, volverá a manipular a otras personas y estos cuatro fantasmas seguirán malditos, sin hallar la paz. Antes de saber qué diría que sí, sé que la decisión estaba tomada.

—Hagámoslo. Estoy preparada—O mejor dicho prefiero no pensarlo, si lo pienso, no lo haría.

—Vamos allá. Todo saldrá bien.

Sonrío, es lo máximo que puedo hacer, me acerco más a la fuente y me giro para mirar hacia donde está el castillo. Veo a la gente pasear, están de fiesta, felices, y yo estoy aterrada. Alzo la mano y cojo mi caballito de cristal, todo tiene que salir bien, no puedo vivir sin estar con él. Debe de salir bien. Saldrá bien. Escucho las voces de los fantasmas, cantan un cántico en un idioma que no entiendo, cierro los ojos, pues prefiero sentir como paso del plano de los vivos al de los muertos, sin más. Respiro agitadamente, las voces ya no las escucho, todo es silencio, no hay nada más y cuando voy abrir los ojos para ver donde estoy, siento que alguien me coge de la mano y me saca de mi ensueño.

Abro los ojos de golpe para encararme a quien me está llevando, y veo que es Leandro. Le grito que me deje, pero él sigue caminado sin escucharme, alejándose de los Luceros sin que mis ganas de que se detenga sirvan de nada. Miro hacia atrás y entonces me quedo helada al ver allí, donde yo estaba y donde se supone que debería estar, a Rodrigo sonriéndome. Se ha cambiado por mí. No salgo de mi asombro y no me explico que está pasando.

Lleva la camisa por fuera, las mangas arremangadas y al verlo, pese a su sonrisa, parece un ser de la noche, un temido pirata. Sus ojos verdes me mandan un callado mensaje. Empiezo a gritar que tenemos que ir juntos, pero no parece escucharme, solo sonrío y veo como una bruma de color blanco va difuminando su cuerpo.

Trato de soltarme de Leo le grito a Rodrigo que se detenga, que hay otra salida pero la fuerza de Leandro y determinación de Rodrigo, me hacen fracasar y verme sin remedio arrastrada fuera del círculo mágico, es como si Rodrigo ya no me escuchara, como si ya estuviera hubiera viajado al mundo paralelo. No puedo quedarme sin hacer nada y, doliéndome más a mí que a él, le doy una patada a Leo y corro antes de que la bruma se lleve del todo a Rodrigo, pero sólo

llego a tiempo de alzar mi mano a la suya y chocar con un escudo invisible que nos separa. Alzo mis ojos a los suyos, pero ya no son verdes, ahora no son más que dos círculos fantasmales. Rodrigo ha pasado al otro lado.

Golpeo el escudo, invisible que ahora comprendo que era lo que hacía que no me escuchara, pero ya es inútil. Rodrigo alza su mano que ahora es un destello fantasmal y la deja en éste, pongo la mía donde está la suya y le imploro, con los ojos inundados de lágrimas, que vuelva. Esto no debería estar sucediendo. *Debería haber sido yo... Debería haber sido yo...* Trato de hablar con él, pero no me escucha. Y, poco a poco, desaparece ante mis ojos, su cálida sonrisa se pierde en la noche de Alicante y se graba a fuego en mi alma, pues una parte de mí teme no volver a verla. Se ha ido.

—Aysel—Siento la mano de Leandro en mi hombro—. Vamos.

—Sí, tenemos que acabar con un brujo.

Rodrigo

Veo como Aysel desaparece ante mis ojos y como mi mundo pasa, poco a poco, a ser el plano de los fantasmas, de los muertos que vagan sin rumbo por las calles. Mi cuerpo ha pasado a ser transparente, pero sólido.

Me giro hacia los fantasmas, por fin los veo, los cuatro me miran esperan que diga algo, pero yo aún no he salido de mi asombro.

—No tenemos tiempo para que lo asimiles joven— dice el más mayor de todos—. De todos modos, de haber sabido que venías, no hubiéramos lanzado este conjuro.

—Tenéis más fuerza juntos.

—No os podía escuchar y no quiero poner a Aysel en peligro.

—Una vez iniciado el conjuro no hay marcha atrás. Además, ella no se quedará de brazos cruzados—. Miro a la mujer.

—No sé por qué no me sorprende—. La mujer se ríe.

—Pero eso nos da ventaja, pues aun, en un plano diferente estáis juntos, y esa unión romperá la maldición.

—¿No puedo verla?

—Sí, y también tocarla...tu no estás muerto y una parte de ti está en el mundo de los vivos. Pero se gasta mucha magia, mejor lo dejamos para el castillo, cuando luchemos contra el brujo.

Asiento, pues no sé que más decir, todavía no he asimilado estar hablando con fantasmas y estar en su plano.

—No hay tiempo que perder. Vamos—El hombre nos mira serio.

—¡No pensaras hacerlo andando!

—Pues prefería ir en moto, pero se ha quedado en el otro plano.

He escuchado parte de la conversación que tenían con Aysel mientras trataba de llegar hasta ella, sólo la escuchaba a ella hablar. Cuando su madre me dijo que tenía algo importante que hacer tras salir de la comisaría, intuí que iba a enfrentarse a esto sola. Tenía que esperar el momento adecuado y con la ayuda de Leandro, cambiar las tornas, no podía dejar que se enfrentara al brujo, puede ser muy peligroso, tenía que ponerla a salvo.

Al final, las pruebas, además de mi declaración, han servido para quitar la denuncia y estoy libre, ya que Clara se vio acorralada porque ha visto que sus pruebas no tenían fundamento, y no le ha quedado más remedio que retirarlo todo y confesar la verdad. Nunca en mi vida me había sentido tan impotente. Pues era la palabra de la hija de Carla contra la mía. Hasta que Leandro no llegó con el vídeo, todos me exigían que declarara que la violé, que dijera la verdad, pues tenían una declaración jurada de la hija de Clara. Y mi confesión acortaría los años en la cárcel. Pero tras ver el vídeo y ver la fecha de éste y la hora, han visto que yo tenía razón. Además Gus, Pedro y Toni han venido a declarar que estuvieron conmigo esa noche. La denuncia se caía por su propio peso, pues ésta había declarado que pasé la noche con ella, cosa que al ver el vídeo se sabía que era mentira, ya que son muchas horas de grabación en la que estamos solos hasta

el amanecer. Al final, la niña por miedo a una denuncia por difamaciones e injurias, ha confesado que seguía las órdenes de su madre. La que no se va a librar de la denuncia va a ser Clara, ya es hora que se deje de lucrar a mi costa y aunque haya retirado la denuncia, el daño ya está hecho.

—Ya que no tenemos mi moto... ¿Cómo sugerís que subamos al castillo?

—Eso déjame a mí—.El hombre se pone delante de la fuente de los Luceros y la mujer bufá.

—Ya está dándoselas de sabelotodo.

El hombre la mira serio y luego alza las manos, tras decir un conjuro mágico, uno de los caballos de piedra empieza a moverse, al hacerlo sale de éste una luz dorada. El caballo salta de la fuente y se posa al lado del fantasma.

—¿Qué dices a eso chico?

—Démosle una patada a ese maldito brujo y mandémoslo al otro barrio. Ya ha empezado a cansarme.

—No era la respuesta que esperaba, pero me gusta. Vamos a darle una patada en el culo.

—¿Y cómo se supone que monto a... este pedazo de piedra? — El caballo bufá—. No te ofendas caballito.

—Es que mi marido para los detalles es nulo.

El marido dice algo, luego la mujer alza las manos y el caballo de piedra se trasforma en uno de verdad, de un color que parece plateado con su silla de montar lista para ser montado.

—Ahora sí—Los miro y, sin pesarlo, me subo al caballo y una vez subido en él, alza las dos patas delanteras.

—Vamos.

El caballo responde a mis órdenes y empezamos a galopar por las calles vacías, en este plano, de Alicante, solo habitadas por los fantasmas. El ambiente es desolador, pero sólo pienso en acabar con todo esto y poder salir de aquí

cuanto antes. Vamos por Alfonso el Sabio, las Hogueras han desaparecido, sólo están las casas..

Estoy llegando al final de la calle con los fantasmas a mi lado, cuando veo como un relámpago cae ante mí. Detengo al caballo y trato de esquivar los relámpagos lanzados por el brujo para impedirme llegar al castillo. Al final, me meto por la Rambla para buscar otro camino.

—Explicarme qué se supone que debemos hacer una vez lleguemos al castillo.

—Matar al brujo, pero para ello tenemos que eliminarlo mediante la magia y volver a meterlo en su caja de plata donde, una vez en ella, estallará y morirá del todo, y con él, nuestra maldición, eso si tú y Aysel estáis juntos y... vivos—La miro serio. Maldición, esto se está poniendo muy feo—. Pero si consigue salir de su prisión de plata antes de que lo vencamos, será más fuerte que nunca y eso hará que sea más difícil volver a encarcelarlo. Y si no lo vencemos, tú... — La mujer se calla.

—¿Yo qué?

—Te quedarás atrapado para siempre en este mundo.

Esquivo un rayo mientras pienso lo que me ha dicho, veo como la calle estalla en mil pedazos ante mí.

—Un momento, ¿pensabais hacer esto mismo con Aysel? — Su silencio responde a mi pregunta—. Debería dejaros malditos solamente por eso. Pero, ¿en qué demonios estabais pensando?!

—La joven quería —se defiende el hombre.

—Pues yo no. Malditos locos.

—Malditos sí, pero locos no, joven, y cuidado con lo que dices—Me dice la mujer.

—Sí, mejor acabemos con esto de una vez por todas. Y os pierdo de vista para siempre.

—No iba a salir mal Rodrigo, todo iba a salir bien — dice la mujer al

tiempo que esquivo otro rayo.

—Pero no tenías garantías.

—No.

Y tampoco las tienen para mí. Esquivo otro rayo y decido dar marcha atrás y volver sobre mis pasos para ir al castillo por la cuesta. Espero que Aysel no esté haciendo ninguna locura, espero que todo esto esté sirviendo para que ella esté a salvo. Pero sé que estará subiendo al castillo para enfrentarse al mago. Es una insensata. No podría vivir, si a ella le sucediera algo malo. Me es muy difícil imaginarme la vida sin ella. Todo tiene que salir bien. Para ese desgraciado brujo, esta será su última noche. Nadie se mete con Aysel y sale impune.

Aysel

Tras reponerme del impacto de ver a Rodrigo desaparecer y aceptar mi destino, he convencido a Leandro para que me lleve en su coche hacia el castillo. Leo está alucinando, me ha confesado mientras subíamos en el coche, que de no haberlo visto con sus propios ojos, no lo hubiera creído. Ahora lo cree, y no sólo eso, le he explicado la historia por encima y le he dicho que creía que su padre era el canalizador del brujo, y me ha dado la razón.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al casillo?

—No lo sé.

Conforme subimos sentimos un coche tras nosotros, al girarme me parece ver a mi padre y a otra persona. Lo miro mejor y veo que parece ser el padre de Rodrigo, pero no puede ser. Los estoy mirando por el espejo retrovisor, debo de estar equivocada. Pero al seguir mirándolos, veo que no sólo parecen ellos, sino que el coche es el de mi padre. ¿Qué hacen ellos aquí? Y lo que es más misterioso, ¿qué hacen aquí los dos, y juntos? Prefiero descubrirlo cuando

todo esto haya pasado, temo por la vida de Rodrigo y no sé qué haría si todo saliera mal y él quedara atrapado para siempre en un plano en el que nunca podría verlo. Me aterro de solo pensar algo así. Tengo que ayudarlo como sea y estar a su lado.

Llegamos al aparcamiento y salgo del coche, Leandro me imita y lo veo mirar hacia el castillo.

—¿Qué miras?

—Mi padre.

Miro hacia el castillo y el padre de Leo viene hacia nosotros sonriente, pero es una sonrisa que hace que se te ericen todos los pelos del cuerpo. Es una sonrisa siniestra.

—Aysel, ¿qué está pasando?

—Créeme papá, no lo entenderías—le digo a mi padre cuando éste se pone a mi lado, mientras el padre de Leandro se acerca hacia nosotros.

Todos miramos al padre de Leandro, o más bien, al brujo.

—Vaya, vaya, nunca pensé que esta vez tendría tantos espectadores.

El que habla no es el padre de Leo, es el brujo, que cada vez es más fuerte, gracias a la noche mágica de San Juan y es cuestión de minutos que salga del todo de su jaula de plata y que sea aun más fuerte. El tiempo se agota.

—Sí, hemos venido para que ardas en el infierno — digo mirándolo desafiante, a lo que él me contesta con una sonrisa incrédula.

—¿Qué es todo esto Carlos? ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Está poseído, papá.

—Carlos ya no existe. Pero alégrate hombre, he eliminado al que fue el causante de tu destrucción, deberías estar orgulloso de mí.

—No era así como pensaba ganar la partida... Pero, ¿con quién se supone que hablo?— me pregunta mi padre algo angustiado.

—Papá, es todo muy complicado... Debo irme.

Tengo que llegar a la caja antes de que sea tarde, saber si Rodrigo ha

conseguido llegar a ella y poder usar la magia de los fantasmas y nuestra unión para encerrar al brujo en ésta y deshacer la maldición.

Empiezo a irme, pero el brujo profiere una carcajada que me atraviesa el cuerpo y no me queda más remedio que mirarlo. Al hacerlo, la luna hace que brille la pistola que lleva en la mano.

—¿A dónde vas Aysel? No pensarás ir a ningún sitio, ¿verdad?

—Deja esa arma, Carlos, hablemos como las personas— le dice mi padre aterrado al ver que me apunta con ella.

—Yo no soy una persona, viejo. Soy un ser poderoso, no estoy al nivel de seres como tú.

—Carlos, debes salir a la superficie y no dejar que el brujo te gane. Debes... — digo tratando de ganar tiempo.

—Cállate—El brujo alza la mano y dispara al aire—. O que tal si... Si te elimino, y todo se ha acabado para ti, luego elimino a tu amorcito y yo gano la partida, otra vez.

Habla para el mismo. Lo miro por lo que ha dicho y, antes de que pueda decidir qué hacer, antes de que pueda si quiera dar un solo paso, escucho el grito desgarrado de mi padre y veo, como si se tratase de cámara lenta, que el arma es disparada y como el proyectil viene hacia mí. Me preparo para el impacto, cierro los ojos con fuerza, como si esto evitara el dolor. Los abro al ver que, tras el grito de mi padre y el del padre de Rodrigo, el impacto no perfora mi cuerpo.

Bajo la mirada a mi pecho, no hay nada, pero al tiempo que pienso que estoy bien, me recorre un escalofrío seco y un dolor que no procede de mí. Siento algo a mis pies, no lo veo, pero no me hace falta verlo para saber que Rodrigo ha recibido la bala que iba destinada mí, y ahora yace a mis pies. Grito por el dolor y me tiro al suelo. Noto su cuerpo caliente, pero no lo veo. Noto algo pegajoso en mis dedos. Grito por la desesperación, por no poder verlo, por no poder hacer nada por él, pues está en un plano donde nadie puede hacer nada para curar su herida.

—No me dejes... ¡Maldita sea, no puedes dejarme!

Siento una mano aferrar la mía, miro mi mano, no hay nada. Pero puedo sentir desde el otro plano la firme mano de Rodrigo coger la mía con fuerza. Esto aún no ha terminado. Me levanto y aprieto la mandíbula. Tenemos que matar al brujo, sólo así los dos mundos serán uno y Rodrigo pondrá ser curado. No hay tiempo para pensar, no hay tiempo para llorar, solamente hay tiempo para matar al brujo y mandarlo al infierno, de una vez por todas.

Capítulo 21

Aysel

Miro con una furia desafiante al brujo.

—Acabas de sellar tu destino—El brujo se ríe.

—¿Tú y cuántos más como tú vais a acabar conmigo?

—Pues, por el momento, nosotros tres—Dice mi padre, que ya no está bajo las influencias del brujo, y que por fin ha sabido ver cuál es su sitio.

—Y nosotros—Miro tras el brujo y aparecen mi madre, la madre de Rodrigo, Nico y los amigos de Rodrigo.

—Hija, no sé qué está pasando, pero haz lo que tengas que hacer. Nosotros nos ocuparemos de... lo que sea esto.

Miro a mi padre y antes de irme me quito el collar y lo dejo donde supuestamente esta la mano de Rodrigo.

—Devuélvemelo cuando todo esto acabe—Rodrigo me aprieta la mano con fuerza y me levanto para encararme al brujo—. No puedes lograrlo, creías que sólo luchabas contra dos personas, pero somos más de dos y, por si no lo sabes, la unión hace la fuerza. Y ahora mismo no hay simplemente dos descendientes de los fantasmas, hay muchos más. Yo de ti empezaría a temblar Brujo—Lo digo con rabia, pues ahora mismo prefiero centrarme en la furia para no dejar que le dolor me domine.

El brujo alza las manos y el castillo comienza a temblar. En ese instante, Pedro se lanza contra él, al hacerlo, el brujo cae al suelo y el arma sale disparada impactando en una roca. Me quedo impactada al ver como Pedro se ha levantado, tanto que me quedo quieta sin saber hacia dónde debo ir. ¿Pedro anda?

—¡Corre hija! — grita mi madre haciéndome salir de mi ensoñación y dejando ese tema para más tarde.

Asiento y corro hacia la cámara secreta para coger la caja y que los fantasmas, a través de Rodrigo, puedan usar la magia para romper la maldición y mandar al brujo al otro barrio. Llego a la cámara secreta y meto la mano, como recuerdo que hice la otra vez cuando Gloria estaba en mi cuerpo. La cámara se abre ante mis ojos y entro sin perder más tiempo. Impacta en mi cuerpo el frío de ésta cuando entro, veo como sale de la caja de plata un humo negro y, por desgracia, ya es solo un hilo. No hay tiempo, debo correr.

Llego hasta la caja y me atraviesa una descarga que me lanza contra la pared. Me quedo sin respiración momentáneamente, pero me levanto, debo lograr sacarla, no puedo dejar que Rodrigo muera. Se me llenan los ojos de lágrimas tras pensar esto, pero las reprimo apretando la mandíbula, debo de ser fuerte.

Me levanto y voy otra vez hacia la caja, veo como una masa de energía viene en dirección a mí, pero la esquivo. Por fin llego a la caja y trato de levantarla pero pesa más de lo que creía.

—¿Necesitas ayuda? — Miro a mi madre y a la madre de Rodrigo—. No sé qué está pasando, pero no estás sola. No estáis solos — rectifica.

Las miro y entre las tres alzamos la caja y la sacamos, con algo de dificultad, del pasadizo secreto. Llegamos y vemos como mi padre y el padre de Rodrigo terminan de atar con una cuerda a Carlos, mientras éste lanza un sin fin de insultos. Llevamos la caja, que está cada vez más vacía, hasta donde está Carlos, y la dejamos en el suelo. Una vez aquí, me siento impotente viendo que no sucede nada, que el brujo sigue en el cuerpo de Carlos. Temo que esto no haya servido para nada y hayamos llegado demasiado tarde.

Rodrigo

Veo como nuestros padres y nuestros amigos mantienen atrapado a Carlos. El brujo se está desesperando y está saliendo poco a poco del cuerpo. Aysel mira hacia donde estoy con los ojos llenos de lágrimas. Los veo a todos como si ellos fueran fantasmas, los veo como si fueran sombras y eso es porque Gloria, viendo lo que pasaba, lanzó un conjuro para que pudiera verlos. Lo malo es que es un conjuro que sólo dura unas horas, de quedarme aquí nunca más volvería a verlos.

Me levanto del suelo y siento un dolor desgarrador en el costado, de mi boca sale un grito amargo, pero cierro la boca con fuerza para poder vencerlo y

así vencer al dolor. Siento en mi mano la cadena de Aysel, pero no es más que un espejismo de la realidad, aun así, me la guardo en el bolsillo y me prometo a mí mismo que volveré para devolvérsela. Tengo que verla, aunque sea por última vez. Sabía que la bala me alcanzaría, pues me dijeron poco antes los fantasmas, que aunque yo parecía un fantasma no lo era, y que al no serlo del todo seguía unido al otro plano y los ataques del brujo al otro plano si no los esquivaba también podían herirme.

El brujo al fin sale del cuerpo de Carlos y se planta ante nosotros como es en realidad, un fantasma de un hombre viejo y demacrado.

—Acabemos con esto. El tiempo se agota.

Los fantasmas me miran y, tras pensarlo, el hombre se mete en mi cuerpo y noto como éste va más ligero, y como yo paso a un segundo plano. El fantasma empieza a decir unos conjuros y alza una de mis manos, y de ésta salen dos bolas de energía plateadas. Los otros tres fantasmas hacen lo mismo y recitan el mismo conjuro. Poco a poco, las bolas de energía se unen a una que sale de mi mano, la más fuerte y brillante. Impacta contra el brujo, pero no le hace nada. Miro las caras de los fantasmas a través del plano en el que estoy, y siento la preocupación del fantasma que está en mi cuerpo. Algo no va bien.

Miro hacia donde está el cuerpo de Carlos y veo como todo se desvanece, el conjuro ha desaparecido, ya que la magia de los fantasmas se ha debilitado tras el ataque. Me siento impotente al ver que no hacen nada, grito con toda la fuerza de mi alma. ¿Ya se ha acabado todo? ¿Mi destino es quedarme aquí? Entonces, cuando creo que está todo perdido, cuando creo que de verdad no hay salida, siento a alguien a mi lado y noto como, poco a poco, su pequeña mano busca a tientas la mía. Aysel.

Aun estando en un segundo plano en mi cuerpo, busco con todas mis fuerzas la mano de Aysel y, cuando la agarro con fuerza, miro como una nueva bola de energía sale de mi mano. Pero es una bola de energía más fuerte, más intensa, más pura.

Entonces, puedo volver a verlos a todos y noto como el fantasma se siente triunfante, pues hemos hallado la forma de mandar al brujo al infierno. Veo como a nuestro lado aparecen, como si fueran sombras, nuestras familias y amigos. Y como esta unión hace que la bola de energía sea cada vez más intensa.

La lanzamos en el mismo instante que el brujo lanza un contra ataque, pero la energía que le lanzamos es más fuerte y lanza la suya lejos. La bola de energía da de lleno en el brujo y éste desaparece de nuestros ojos gritando de dolor. Vemos como una masa negra entra en la caja plateada y, una vez dentro, los fantasmas vuelven a lanzar otro hechizo sobre ésta, y cuando la bola de energía choca contra la caja de plata, explota, dejando a su paso una estela de luces plateadas.

El hombre sale de mi cuerpo y caigo presa del dolor y de la poca fuerza que me queda por la falta de sangre. Sé que he arrastrado a Aysel conmigo, pero estoy demasiado débil para moverme.

—Lo hemos logrado—Alzo la cabeza, pues esa voz no es de nadie que conozca, y al hacerlo veo que quien ha hablado ha sido la fantasma más joven.

—Hemos roto la maldición — dice su pareja tras abrazarla.

Los miro, pero estoy perdiendo el conocimiento. Atisbo a ver como el mundo de los muertos y el de los vivos es uno, y como los fantasmas van desapareciendo mientras me miran con una cara de agradecimiento, teñida por el dolor de mi herida. Todos me dan las gracias, pero sé que todos piensan que para su salvación yo vaya a tener que pagar un precio muy alto. Abro los ojos una vez más, no puedo irme ahora. No puedo.

Aysel me aprieta la mano que aún está unida a la mía y me abraza temerosa de hacerme daño. Me dejo abrazar y trato de coger fuerzas, para no dejarme vencer por el maldito sueño que no me da tregua. Miro sus ojos llenos de lágrimas y le sonrío, al menos la he podido ver por última vez.

—Enana estoy bien...

—Sí. Bien fastidiado — dice con amargura—. Como me dejes, te las verás conmigo. Tienes que luchar.

—Lo... estoy haciendo.

Me mira con preocupación y temo no poder mirarla más a los ojos, temo no poder volver a sentirla, y por primera vez en mi vida, no necesito correr riesgos para saber que quiero vivir, porque tengo algo en mi vida que sí merece la pena.

—Aysel yo...

—Ni se te ocurra—Me lo dice furiosa, lo cual queda curioso con el contraste de sus lágrimas—. Más te vale ponerte bien y decirlo entonces.

Sus ojos tratan de parecer calmados pese a las lágrimas que corren por sus mejillas, pero puedo ver su dolor y su preocupación tras ellos.

—Trato hecho... enana—Aprieto la mano y recuerdo el caballito de cristal. Meto la mano, con dificultad, en mi bolsillo y lo saco para dárselo—. Toma.

Aysel pone la mano y dejo caer el caballo de cristal en su mano, como cuando era niño y trataba de buscar su perdón. La miro una vez más, antes de sucumbir a este sueño que me está llevando sin darme opción. Trato de sonreírle, trato de aferrar con fuerza su mano, pero poco a poco las fuerzas me abandonan y voy sucumbiendo a un sueño tenebroso. La miro una vez más y ruego a Dios para que esta no sea la última vez que mis ojos la vean.

Capítulo 22

Aysel

Llevo dos semanas sin ver a Rodrigo. Cuando acabó todo, se lo llevaron a una clínica privada y el padre de Rodrigo prefirió que no fuéramos, por miedo a que la prensa le atosigara. Yo acepté, y no he dejado de hablar con ellos por

teléfono. La operación fue un éxito, pero Rodrigo ha necesitado varios días para recuperarse.

A mí estos días se me están haciendo interminables. El muy cabezón tampoco quiere hablar por teléfono con nadie, dice que así se repondrá antes. Al menos me consuela saber que está bien, pero lo echo terriblemente de menos. Todavía se me hiela la sangre al recordar como Rodrigo apareció ante mis ojos, para más tarde desplomarse ante mí. Vi como la sangre manaba de su costado y como sus ojos se iban cerrando ante los míos, y temí no volver a ver sus increíbles ojos verdes mirarme de nuevo. Aun recuerdo el nudo del dolor que sentí cuando se cerraron y como me aferré a su mano, con la esperanza de darle mi fuerza y que no me dejara.

Me separaron de él cuando llegó la ambulancia, y por culpa de la cabezonería de Rodrigo, aún no he vuelto a verlo. Sé que está bien, porque me lo ha dicho su madre, que ahora está ayudando a la mía a arreglar nuestra antigua casa, parece ser que todo va a ser como antes. Pero me falta Rodrigo, o mejor dicho el cabezón de Rodrigo.

Sé que él quiere hablar conmigo cuando esté bien del todo, no quiere verme sufrir por su recuperación, pero yo necesito verlo. Necesito ver con mis propios ojos que está bien.

Ahora estoy sentada en nuestra playa privada. Al final, el padre de Leandro ha tenido que ir a la cárcel por la estafa que cometió con mi padre hace años. Del disparo, preferimos decir que fue un delincuente que huyó. El padre de Leandro no tuvo la culpa de esto, pero sí de la estafa y de todo lo que planeó para volver a estafar a mi padre, al final fue él quien usó el nombre de su hermano a cambio de pagarle por su cooperación y silencio, y quien lo preparó todo para que él no pareciera culpable de nada, pero al final se ha hecho justicia.

Según parece, mi padre desconfió de él tras unos informes que le pasó el padre de Rodrigo, y cuando le ofreció unirse a él, éste vio la oportunidad de recuperar su dinero. Mi padre lo tenía todo controlado, sabía algo del terreno que

tenía el padre de Leandro comprado, y la idea de este era vender las casas y coger el dinero. Pero éstas nunca se iban a construir. Luego vendrían los problemas y el único culpable sería mi padre, pues sería su nombre el que aparecería en todos los papeles.

Al final, fue mi padre quien se la jugó legalmente y, con la confianza que pareció darle el padre de Leandro, se metió en los archivos y descubrió que él fue quien lo estafó. Cuando le dijo de firmar el préstamo para recuperar la posición social, mi padre puso una cláusula que parecía otra cosa a simple vista, pero que en verdad le cedía el dinero y no tendría que devolver nada de lo prestado por el padre de Leandro. Éste no se esperaba que alguien a quien timó, fuera ahora tan listo. Lo hizo por si no descubría la verdad, pero ésta al final salió a la luz. Lo descubrió poco antes de que pasara todo, pero aún no había dicho nada, porque estaba en manos de sus abogados.

Ahora, hemos recuperado lo que perdimos y el padre de Rodrigo le volvió a vender la casa en nombre de su hijo y le ofreció volver a ser —presidentes de la empresa, como siempre habían sido. Mi padre después de mucho discutir, cedió en su cabezonería y aceptó.

Ahora, vuelven a hablarse, pero aún les queda un poco para volver a ser tan amigos como antes. Pero por lo menos han dejado atrás el orgullo y, como socios, son los mejores.

Leandro no quiso ser el abogado de su padre, pues tendría que defenderlo y no creía ya en él. Leandro sigue intentando recuperar su vida, pero aun está afectado por las estafas de su progenitor según pude apreciar cuando vino a comunicarme que se iba con su mujer, pues ya se habían casado, al pueblo. Me dio la dirección y me dijo que esperaba que fuéramos Rodrigo y yo a verlo. Es una suerte que todo lo que tiene Leandro se deba a la herencia que su abuela le dejó, y haber sabido invertirla desde entonces. Me alegro por él y espero que todo le vaya bien con su familia, y que un día pueda superar lo de su padre. Porque, por mucho mal que haya hecho, no puede cambiar que es su

padre.

Cuando pasó todo aquello en el castillo, no pude despedirme de los fantasmas, con lo que le estaba sucediendo a Rodrigo no tenía la cabeza para nada más.

Pero una noche, Gloria entró en mis sueños para decirme adiós. No tenía mucho tiempo y yo, de lo poco que me dijo, hay algo que no olvidaré con facilidad. Le pregunte si algún día vería a más fantasmas en mi vida y ella se río.

—Siempre habrán fantasmas en tu vida. Tus miedo, tus temores, tus dudas...

Sólo que en esa ocasión no podrás verlos, pero debes saber vencer todos tus temores y hacer frente a todos los fantasmas que habiten en tu vida. Tú eres fuerte y puedes lograrlo, nunca pienses que no eres capaz, pues la primera equivocación antes de lograr algo, es temer no ser capaces, puesto que empezarías perdiendo y hay que emprender todo lo que te propongas con la cabeza bien alta y pensando que lo lograrás. Si yo hubiera desistido, esta maldición nunca se hubiera roto, pero no me rendí y ahora soy libre. Lucha por aquello en lo que crees, pues el día que dejes de luchar será el día en el que habrás perdido. Si tienes miedo o temores en tu vida, lucha contra ellos y vencerás. El querer es poder.

No voy a rendirme ante mis sueños, y me voy a hacer fuerte para poder luchar contra mis propios fantasmas. Por ahora ya he hecho algo para poner mi vida en orden y la de Rodrigo, no se me ocurrió nada mejor para limpiar su nombre y que todo el mundo conociera la verdad. Se me ocurrió...

Noto que algo cae ante mis ojos, y mis pensamientos se pierden. Bajo la vista y veo el libro que escribí contando la verdad de mi historia con Rodrigo. Para que todo el mundo viera lo que se esconde tras los bulos y calumnias que inventa la gente para ganar más dinero.

—¿Me firmas el libro?

Es la voz de Rodrigo. Me giro y lo veo tras de mí con esa sonrisa pícaro y esos ojos verdes increíblemente alegres. Esos ojos verdes que temí que nunca más me volverían a mirar. Me levanto de un salto y me lanzo a sus brazos. Casi caemos, pero Rodrigo detiene la caída y me abraza con fuerza. Lloro y grito a la vez por volver a sentirlo. No me puedo creer que este aquí conmigo. Soy tan feliz.

—Me vas a empapar con tantas lágrimas, enana — dice sonriendo—. ¿Qué pensabas, que podían acabar conmigo? Soy muy duro de pelar.

—Lo que eres es un presuntuoso—Rodrigo me alza la cabeza y me seca las lágrimas—. ¿Por qué no me dejabas ir a verte?

—Quería tener algo que me hiciera recuperarme antes, y las ganas de verte bien merecían que me repusiera más rápido—Su sonrisa es pícaro y sus labios sonríen—. Te he echado de menos.

Y esa frase hace callarme la réplica que tenía preparada, pues él sabe tan bien como yo, que si no quería que fuera, entre otras cosas, era porque no quería que lo viera débil.

—Yo también.

Rodrigo baja la cabeza y se apodera de mis labios, siento como sus cálidos labios atrapan los míos con fuerza y a la vez con ternura. Me besa y le beso como si fuera la primera vez que nuestros labios se unen, como si no hubiera nada más en el mundo que nosotros dos, como si nos hubiéramos pasado toda la vida esperando este momento, este beso. Alzo mis manos a su cuello y lo acerco a mí, quiero sentirlo vivo entre mis brazos, pues temí perderlo y no volver a sentir sus cálidos brazos abrazarme con fuerza. Lo quiero, y no puedo evitar ser la mujer más feliz del mundo, porque la vida me ha dado la oportunidad de volver a tenerlo a mi lado.

—¿Has leído el libro?, es una suerte que lo escribiera rápido y que tus padres pagaran los gastos de la impresión, ellos también deseaban que la verdad

se supiera— digo cuando nos separamos y lo miro a los ojos.

—Sí, pero creo que como tú me ves es imposible que me vea nadie. A tus ojos parezco demasiado bueno. No sé si me gusta que la gente piense de mí que tengo corazón.

—No seas tonto.

—Hasta ahora todos creían que sólo pensaba en mí mismo.

—Tenía que hacerlo, ya me había cansado de que la gente solamente supiera la verdad que ellos decían y se olvidaran de la verdadera. Ahora, saben la verdad, si quieren ignorarla es su problema y, al revés de los que van a la tele a lucrarse a tu costa, este libro sólo sirve para ayudar a la asociación de minusválidos que fundaste. Tenía que hacerlo.

—Gracias ena... Aysel.

—De nada— Rodrigo baja los labios y me besa.

—Eso me recuerda...¿Sabes lo de Pedro?—Asiente feliz.

—Me contó que hace unos meses sintió una mejoría, y que lleva desde entonces ejercitando sus piernas, si no me había dicho nada era por miedo a no conseguir volver a caminar y no quería que sufriera. Estoy feliz porque pueda volver a caminar. Aun queda mucho trabajo por delante, pero los médicos son optimistas.

Le beso y le sonrió feliz.

—Me alegro mucho por él.

—Y yo, se merece lo mejor.

Me besa. Cuando se separa noto incomodidad en su mirada. ¿Qué sucede?

—Hay algo que prometí decirte, pero que... Será mejor que abras la primera página del libro.

Rodrigo parece incómodo y me separo para agacharme a coger el libro que ha tirado a la arena. Lo abro y miro a Rodrigo antes de leerlo, éste parece tenso y mira hacia el mar, como si esto no fuera con él y por fin me decido a

leerlo:

Te amo, enana.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me río ante el *enana*, es su forma de hacer lo importante menos formal. No cambiará nunca, y me alegro por ello. Sé que si lo ha dicho fue porque el día del disparo pensó en decírmelo, por temor a no poder decírmelo más tarde. De no haber sido así, pasarían años antes de que él dijera esas dos palabras.

—Si no pones el *enana*, no serías tú— Rodrigo me mira alzando una ceja.

—¿De todo lo que he puesto es eso lo único que te llama la atención? Tiene gracia que la primera vez que digo algo así... — Dejo el libro en el suelo lo abrazo y lo beso.

—Yo también.

—Lo sé.

—Creído— Rodrigo se ríe y me besa, ahora menos tenso.

—Hola chicos—Miramos a mi padre— ¿Podemos hablar? ¿A solas? — dice mirando a Rodrigo.

—Claro.

—No sé si...

—Estaremos bien—me promete Rodrigo yabiendo que fastidiará a mi padre, baja la cabeza y me da un ligero beso, y oímos un bufido de mi padre. Yo me voy, pensando en que será lo que tiene que hablar mi padre con él. ¿Irá a pedirle perdón? Ojalá.

Rodrigo

Miro como Aysel se le aleja dubitativa hacia mi casa, donde están

preparando nuestras madres una comida de bienvenida. Temí no volver a verla, y ahora sé que debo aprovechar cada instante que esté a su lado. Me he pasado muchos años alejado de ella, por miedo a lo que pasaría si me acercaba. Me he pasado toda la vida pensando en lo que pasaría, en lugar de actuar y ver de verdad que era lo que sucedía. Si me hubiera pasado algo antes de acercarme, nunca hubiera conocido lo que es ser amado por Aysel. Me hubiera perdido muchas cosas por dejar que el miedo me dominase. Por buscar excusas que se caían por su propio peso, para no ir a ella. A veces, por culpa del qué pasará, nos pasamos toda la vida pensando, y no somos capaces de dar ese pequeño paso para hacerlo. Yo he tenido suerte, y doy gracias a Dios por ello.

—Muchacho deja de mirarla, no se va a ir a ningún sitio— Miro serio al padre de Aysel —. Tenemos algo pendiente...

Está molesto. Yo debería estar enfadado con él porque casi me mete en la cárcel, pero me pongo en su lugar, y escuchando lo que se decía de mí, yo con mi hija hubiera hecho lo mismo, no puedo enfardarme con él por querer a su hija.

—Sólo actuabas como un padre protector—El padre de Aysel me mira.

—Sí, pero me dejé llevar por lo que decían de ti, te juzgué sin conocerte. Me siento mal por ello. Debía de haber escuchado a Aysel, no debía haber ido a convencer a Carla para que presentara la denuncia. Pero me asusté. Me asusté de que fuera verdad lo de Carla e hicieras daño a una de las dos personas que más quiero. Pero cuando vi que tú habías intercedido entre ella y la bala, supe lo confundido que estaba. Pues todos decían que sólo pensabas en ti mismo, y de ser así, nunca hubiera dado la vida por nadie.

—Déjalo, de verdad... — Lo miro, pues me siento incómodo escuchando sus halagos y me doy la vuelta para mirar el mar—. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar si hubiera escuchado todo lo que se decía. Pero te juro que nunca haré daño a Aysel, intencionadamente.

—Lo sé. Es muy difícil no hacer daño a la persona que se quiere, pues

yo quiero a mi hija y aun así le hice daño. Pero me basta con saber que la quieres lo suficiente, como para dar tu vida por ella.

—Sí... ¿Qué tal ha salido lo de tu dinero? ¿Lo has recuperado?

El padre de Aysel se da cuenta que quiero cambiar de tema, espero que tenga la educación de no decir nada. No sé qué decir cuando me halagan. Sé actuar mejor ante las reproches. Tendré que acostumbrarme.

—Al final, mi plan salió bien y el padre de Leandro fue el estafado, por así decirlo. Recuperé mi dinero. Aunque tras meterlo en la cárcel, se destapó todo la verdad y todo iba a ser mío de todas maneras. Carlos había planeado la estafa junto con su hermano, ellos dos me estafaron y luego Carlos, con mi dinero, entró en el mundo de la construcción y llegó aquí como si fuera un rico más. Lo tenía todo bien pensado. Pero la codicia le pudo.

—Bueno, algo más que la codicia.

—El brujo lo usó porque él se dejó usar, igual que yo. Él sólo repetía en mi mente aquel miedo que yo tenía, aquellas dudas. Hacía que fueran pensamientos más fuertes, pero no dejaban de ser míos. En el caso de Carlos, me usó y el brujo aprovechó aquello para separaros. Pero Carlos no era un santo. El brujo te puede guiar, pero si tienes fuerza para negarte, te niegas. El mal solamente va a aquellos que se dejan influenciar fácilmente. Por eso habéis vencido, porque fuisteis fuertes y no os dejasteis vencer por las dudas y los miedos que implantaba en vuestras mentes.

—Veo que Aysel te ha puesto al día.

—Créeme, después de seguirte tras salir de la comisaría, ver tu cara de espanto por lo que le podía pasar a Aysel y ver que desaparecías literalmente en la fuente de los Luceros... Y, bueno, todo lo que vino a continuación. Sabía que Aysel tenía mucho que explicarme. Es una suerte que el acontecimiento solo pudiera ser visto por nosotros. Y nadie viera lo que ocurrió en Luceros, si no hubiéramos tenido que dar muchas explicaciones.

Asiento.

—Me alegro de que estuvierais allí.

—La unión hace la fuerza. El brujo lo sabía por eso quería separarnos.

—Sí.

Se me hace raro hablar esto con el padre de Aysel, pero ahora lo veo como si no hubiera pasado nada entre nosotros, y siguiera siendo el amigo de mi padre que me regañaba cuando hacía alguna trastada.

—Toma, Aysel se ha dejado el libro—El padre de Aysel coge el libro del suelo donde lo dejó Aysel antes de abrazarme. Lo abre y sonrío—. Deberías decírselo a la cara. Créeme, una vez que lo haces la primera vez, te das cuenta de que es la que más cuesta, pero que no es para tanto. Si lo sientes, díselo.

Cojo el libro, pero no digo nada, por el contrario, comienzo a andar hacia la casa. Llego y veo a Aysel sentada en una de las hamacas, me mira seria y luego a su padre, este le sonrío y ella me sonrío haciendo que me pierda en sus ojos. Es increíble, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Miro al padre de Aysel y me acuerdo de lo que me ha dicho. Aysel se merece algo más que unas palabras garabateadas en un libro. Miro hacia la playa antes de ir hacia ella y, cuando llego a su lado, le tiendo la mano.

—Ven.

—¿A dónde? — Me mira ilusionada, como cuando era niña y cogía mi mano para seguirme allá donde fuera.

—Confía en mí.

Alza su mano y la entrelaza con la mía, como hacía siendo una niña que confiaba en su hermano mayor, como hace ahora porque me quiere y confía en mí como mujer, como sé que hará ahora y siempre que yo le tienda la mano, como sé que yo haré siempre que ella me tienda esa misma mano. Porque la unión hace la fuerza, porque lo nuestro siempre me dará fuerzas.

¿Qué pasará mañana? No lo sé. El mañana ya vendrá, pero sé que siempre amararé con fuerza su pequeña mano para que nada ni nadie nos separe

jamás.

Y ahora me queda lo más difícil y a la vez lo vas fácil... o eso ha dicho el padre de Aysel. Decirle que la amo. Pero eso ya es sólo algo que debemos vivir en la intimidad. Eso es algo entre ella y yo.

Aysel me mira y añade una palabra que, aunque no lo sabía, esperaba escucharla con desesperación.

—Siempre.

FIN

Descubre más cosas sobre la novela y fotos de Alicante en:

<http://confiaenmi-moruenaestringana.blogspot.com.es/>

Otras novelas de la autora:

Saga 'El reino del Águila':

-1º **El círculo perfecto**, Publicado por la editorial ámba, a la venta en librerías online o cualquier librería de España.

-2º **La maldición del círculo perfecto**, a la venta en noviembre del 2012 aquí: www.moruenaestringana.com

Serie Mi error:

-1º **Mi error parte 1'** A la venta aquí:

<http://www.moruenaestringana.com/2012/03/reserva-ya-tu-libro-de-mi-error->

[tomo-1.html](#)

Si quieres hablar con la autora y comentarle tus opiniones sobre la novela
escribelé a:

moruena@moruenaestringana.com